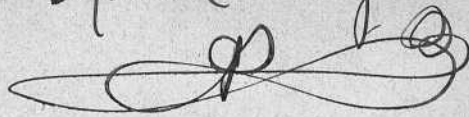








Mmanuel Pelayo



1896

LA TAUROMAQUIA



A faint, handwritten signature or mark, possibly a stylized letter 'L' or 'K', located to the right of the central emblem.

MARIANO NÚÑEZ SAMPER, EDITOR

SUCESOR DE JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ



LA TAUROMAQUIA

ESCRITA POR

D. LEOPOLDO VÁZQUEZ, D. LUIS GANDULLO

x

D. LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

bajo la dirección técnica

DEL CÉLEBRE DIESTRO CORDOBÉS

Rafael Guerra, GUERRITA

—
TOMO PRIMERO
—

ADMINISTRACIÓN

CALLE DE DON MARTÍN, NÚM. 13

TELÉFONO NÚM. 3 197

—
MADRID
+

Esta obra es propiedad del Editor,
y nadie, sin su consentimiento, podrá
reimprimirla ni traducirla.


Queda hecho el depósito que marca
la ley.



CORDOBA 1 de Enero de 1896

Dr. D. Luis Gandullo

Mi buen amigo Acepto gustoso la invitación que me haces para que te ayude en la publicación de La foromaguia y. por lo tanto, todo la parte financiera de la obra será inspirada por mi, siempre con el temor de no poder estar a la altura de las empresas que nos proponemos aún con la valiosa ayuda de los Sres. Varguez y Lopez de Jaá. Después de expresarte mis ideas espero que todos los pliegos me los remitas antes de su publicación para poner en ellos mis conformidad. En la seguridad de que el público siempre me agradecerá ser tu buen amigo.

Pascual Guerra
Guerrita


INTRODUCCIÓN

Nuestro inspirador.—La afición á los toros.—Algo de historia.—Recuerdos de antaño.—El entusiasmo de ayer y el de hoy.—Pedro Romero, «Pepe-Hillo» y «Costillares».—Escuela Rondeña.—Juan León.—El picador Luis Corchado.—Montes, «Cúchares» y «Chiclanero».—Escuela sevillana.—«Lagartijo», Escuela cordobesa.—Cómo surgió Guerra.

No sabemos si el público agradecerá nuestros afanes, porque la gratitud está muy lejos de ser una virtud generalizada, pero nada más justo que esta recompensa moral á los que no han reparado en sacrificio alguno para allegar datos, amontonar papeles, registrar archivos y acometer con impertinentes preguntas á cuantos consideran como verdaderas notabilidades en esto de la inteligencia de corridas de toros, para dar remate á una obra creada al fuego lento de su entusiasmo, y que de tanta utilidad puede ser para los que se dedican á la difícil tarea de la lidia de reses bravas.

Claro está que nuestros escasísimos conocimientos de esta profesión, adquiridos en fuerza de ver corridas y más corridas en muy largo período de tiempo, y de escribir cuartillas al menudeo para los periódicos profesionales, hubieran sido cosa insuficiente sin la valiosa égida del más popular de nuestros matadores de toros, el digno heredero de *Chiclanero*, Montes y *Lagartijo*, que tantas cosas suyas deja que aprender y tantas gentilezas que imitar á los toreros del porvenir.

Rafael Guerra (*Guerrita*), contaminado con ese fuego de nuestro entusiasmo, se ha brindado espontáneamente á dirigir nuestros esfuerzos para lograr el fin que se anhela; de tal modo, que en esta obra, preciso es confesarlo, nuestras plumas no serán sino la aguja imantada que marca las letras sobre el disco, la frase que modela un pensamiento, el estilo que, manejado más ó menos hábilmente, materializa la idea dando cuerpo á la creación del lidiador célebre.

Nada más lejos de nuestro ánimo que la suposición de que la fiesta es-

pañola decae, como pretenden probar sus escasos detractores, sino que, por el contrario, creemos que la afición á ella resurge en cada generación con más ímpetu, se ensancha, crece y se torna más exigente cuanto más numerosa, cuanto más ilustrada, más difícil de contentar, y es que tenemos el privilegio de que es *nuestra* exclusivamente y necesita de las claridades de nuestro cielo y las alegrías de nuestras almas para ser lo que es. España, la nación, si no la más poderosa, la más artista á pesar de todos los hijos que tiene vertidos al francés y á otros usos, ha preferido siempre la nota de color á la nota seria, monótona, triste de la vida práctica. Nuestros aires vienen del meridiano y los fríos hiperbóreos no podrán helar nunca las fantasías de nuestros cerebros. Queremos lo hermoso mejor que lo útil, porque el firmamento que nos sonríe, la tierra cuajada de flores, los ojos de nuestras mujeres pidiendo amor sin fin, embriagados siempre de pasión y nunca reflejando la luz mortecina del cálculo, piden el pensamiento, convertido en cadencia, el fuego y la ternura, el valor y la gentileza, y esto sólo, digase lo que se diga, gentileza y valor es lo que se admira en las corridas de toros, es nuestra esencia y nuestra manera de ser.

Los hombres del siglo de hierro, aquellos que relegaron tantas cosas grandes á estos siglos mezquinos que tan pronto las supieron perder, cuando tras del fragor del combate ó la tenacidad del torneo dejaban sus cotas y sus espadas de dos manos, entretenían sus ocios en alcanzar un premio de su dama rivalizando en alancear y derribar toros.

Los caballeros de rizada gorguera, riquísimo airón y toledana invencible llenaban las almas de regocijo cuando, caballeros en nerviosos corceles cubiertos de ricas gualdrapas, llevando en la diestra el flameante rejoncillo, se ostentaban en la Plaza Mayor, haciendo palpitar de emoción y deseo el corazón de las mujeres, en tanto que los hombres, llenos de ansiedad, contemplaban aquel arco de Atocha por donde codicioso y rugiente, debía aparecer el bravo toro del Jarama.

Todas las leyes de nuestro país se han revocado, y los usos también, y únicamente la costumbre de ir á los toros ha sido inalterable para nosotros. Ni las ideas francesas, que buscaron asilo en España cuando el advenimiento de los Borbones, y empezaron por arrancar á Felipe D'Anjou el decreto prohibiendo estas fiestas, decreto que no sirvió sino de aliciente á la afición; ni las continuas revueltas políticas que se sucedieron después, ni las sediciones, ni los motines, ni las preocupaciones más graves, consiguieron desarraigar esta poderosa afición de nuestra raza, afición cuyo origen histórico explicaremos en el transcurso de esta obra, y cuyo origen nacional viene tan de lejos, que no hay español que no sepa las terribles emulaciones que dieron lugar á luchas sangrientas entre Gazules, Zegries y Abencerrajes, por sus rivalidades en los cosos granadinos alanceando toros.

Refiriéndose á la fiesta nacional, y constituyendo quizá su mejor defensa, encontramos la siguiente noticia en un documento referente á las antiguas Cortes de Castilla, celebradas en Córdoba el año de 1570, y en Madrid el de 1573. (Peticiones 13 y 22.)

Dicen así:

«Lamentándose los procuradores de la escasez de caballos que se notaba en el reino, y de que se iba acabando la buena casta caballar en España, y entre otros medios para fomentarla, proponían el de que todos aquellos que tenían obligación de salir á los alardes con armas y caballos se les eximiera de este servicio, con tal que mantuvieran seis yeguas. De tal modo se tenía por útil al fomento de la cría caballar los ejercicios de equitación, al uso que llamaban la jineta, que, observándose lo que perjudicaba á estos ejercicios la falta ó *suspensión* de las corridas de toros (1570), cuya supresión se había pedido antes, se suplicó á las Córtes de Córdoba, y posteriormente á las de Madrid, que se restablecieran las fiestas y espectáculos de toros con la *brevedad que la necesidad requería* (á las Córtes aquellas no asistió el Sr. Navarrete). A lo cual contestó favorablemente el Rey, diciendo que mandaba á los del Consejo no dejaran de tratar este asunto hasta que se consiguiera este fin y efecto de lo contenido en esta petición. Mas parece al propio tiempo, cosa extraña, que para lidiar toros se creyera necesario pedir la venia á Su Santidad.»

Cuando en las postrimerías del siglo pasado estalló el célebre motin de Squilache, que encontró ecos en toda España, la corte concibió por el pueblo un odio terrible, y se vengaba aboliendo á decretazos, ó valiéndose de peores medios, todas las diversiones públicas, respetándose, sin embargo, las corridas de toros, como no había podido menos de hacerlo un gran Rey, Carlos III, que, sin embargo, era un impenitente impugnador de la fiesta.

El primero que, según testimonios que poseemos, pensó desde luego en abolirla, fué D. Manuel Godoy, y desde entonces nació la terrible antipatía que el pueblo profesaba al celebrado Príncipe de la Paz. El pueblo dejó extinguir las célebres veladas en la Huerta de Juan Fernández, las verbenas en el Prado de San Fermín ó en el Sotillo del Manzanares; pero su debilidad fué siempre la fiesta de toros, y es que, respecto á este asunto, hay que decir con aquel personaje de la época:

No sé si daña ó no daña
la fiesta española, pero
el corazón del torero
es el corazón de España.

Al llegar el lunes abandonaba su poltrona el rígido personaje del Consejo de Estado; dejaba descansar su tirapie el maestro de obra pri-

ma; el abacero cerraba las puertas de cuarterones de su lonja, y se vestía su rendigot para festividades; el currutaco se anudaba al cuello su mejor corbata de á catorce vueltas; vestíase la duquesa el traje de medio paso; la manola ocupaba junto á su majo el aéreo calesín, y allá se iba hacia la Puerta de Alcalá toda aquella brillantéz de colores y toda aquella riqueza de sonidos. El viento de la primavera pasaba, levantando indiscreto mil ondas de mantillas blancas, rozando cariñosamente las faldas de seda, y robando para llevárselo lejos, muy lejos, ahuyentando tristezas, el repiqueteo continuo de los cascabeles, el deje picante, el charloteo inacabable de aquella muchedumbre entusiasta, de donde el alma sacaba alegría y el sol destellos. ¡A los toros! Había que aplaudir al Sr. Pedro Romero, á Pepe-Hillo, á Costillares, y á sus chulos y varilargueros y los dominguillos del tío Machaca, el curtidor del Portillo de Embajadores; y había que volver otro lunes y otro y otro y siempre, hasta que la muerte cerrara los párpados, dejando entrever entre los crepúsculos de la agonía, aquella plaza en que tanto se había gozado, como una de las pocas cosas buenas que se han de dejar para siempre.

Pues bien; todo esto que entonces sucedía, sucede hoy, aunque con manifestaciones distintas. Cuando las campanas anuncian con alegre clamoreo la Pascua de Resurrección y los toros abandonan la calma silenciosa de los prados, y aguijoneados por la garrocha, siguen la polvorienta cañada ó penetran en el angosto cajón que ha de transportarlos por el ferrocarril como una mercancía inútil; cuando los primeros efluvios de la primavera dan templanza al aire, transparencia á los cielos y brotes nuevos á las plantas; cuando el verdadero aficionado lleva en el bolsillo su billete de corrida de inauguración con más cuidado que si llevara un billete de cien pesetas; cuando la hora de la corrida está próxima y hacia la carretera de Aragón ruedan rebotando por la ancha calzada ómnibus y berlinas, entonces, si no hay el mismo vocerío, hay por lo menos tanta animación como en otras épocas.

Lo que sucede es que el entusiasmo se lleva más escondido en el corazón y la preocupación constante no deja alzar la voz á la alegría. Hay algo también de costumbre que nos impulsa; es que se va á paso de oficina, á paso de taller, al paso que la costumbre de la monotonía nos ha impuesto. El indiferentismo actual que alcanza á todo y á todos, nos evita volver la cabeza para establecer un cambio de impresiones con el espectador de al lado. Vemos y experimentamos el deleite de la ansiedad satisfecha; nuestro corazón se desborda de entusiasmo frenético; pero, á pesar de eso, el entusiasmo se localiza en el alma y el cerebro y brillan los ojos, pero las manos permanecen ociosas. Aplaudimos con la idea y sentimos caer los brazos con desmayo á lo largo del cuerpo, como si nuestra naturaleza decadente comprendiera que el aplauso es un dispendio de fuerzas que es muy necesario evitar.

El fieltro empenachado ó el trapo hecho rebujos y adornado con flores de artificio y musgo de perenne verdor, ocultan los negros rizos de la mujer española, ocupando por la comodidad el sitio que antes por la gracia cubría la mantilla de blondas, aquella mantilla que, sujeta por la artística peina de concha, caía sobre el levantado seno como una cascada de ondas y encajes, dando mayores atractivos y acentuando más la graciosa curva.

Era la nota predominante en aquella tonalidad alegre, en aquel cuadro que se llamaba un tendido, fuerza de color que desapareció por fin cambiada en el azul ó el gris uniforme que nos ha impuesto la moda actual.

Pero dejando aparte reflexiones y entrando de lleno en la cuestión, diremos que nada nos parece tan erróneo como asegurar que el toreo de hoy es un reflejo pálido del de ayer. En el proceso de las costumbres, como en el de las artes, no se puede retrogradar, porque el tiempo trae sin cesar nuevas enseñanzas. Lo que sucede en la lidia de toros es que, como todo lo difícil, tiene muchos que intentan practicarlo; pero del intento á la realización hay tanta distancia como de lo ridículo á lo sublime. La afición desbordándose del circuito de plaza reservado á los espectadores, arroja á torrentes toreros de admiración, pero no de vocación ni de facultades, y he aquí, por consecuencia, la abundancia en defectos. No; la fiesta, lejos de retrogradar, ha llegado á su mayor auge, y esto es lo que pretendemos demostrar en el transcurso de la presente obra.

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII no se vió nunca en la lidia de reses bravas nada más que un regocijo ó una prueba de superioridad en la equitación, y únicamente á los albores de la afición verdadera no se llegó á descubrir que la práctica del toreo podía ser un verdadero arte, realizándolo á pie y á caballo con sujeción á reglas.

Surgieron las tres figuras principales en Romero, *Pepe-Hillo* y *Costillares*. El torero de Ronda con el de Sevilla tenían por única especialidad la de recibir toros, y recibían siempre valiéndose para vaciar hasta de un sombrero; á tal grado había llegado su perfección en la suerte; pero como tampoco se sabía otra cosa, resultaba que cuando el toro, ya por sus malas condiciones ó acobardado por el castigo, se defendía y tapaba sin arrancarse, los diestros andaban de cabeza, como vulgarmente se dice, y tenían que hacer seña al presidente para que éste ordenara la salida de los perros ó el uso inmediato de la media luna.

Costillares, sevillano también, fué el que puso término á este conflicto, inventando (?) la difícil suerte del volapié, y probablemente, como supondrán nuestros lectores por ser de pura lógica, aquellos colosos la practicarían peor que el más rematado de nuestros novilleros.

A estos siguió Juan León, cuya notabilidad estribaba en la ra-

pidez con que se preparaba los toros para el descabello. En la cuestión de banderillas, no se estimaba sino la práctica de las reglas susodichas. El banderillero citaba en corto con los codos levantados, pero entraba como podía y todo era morrillo, desde los cuartos traseros hasta el vértice de las orejas; siendo la suerte mejor practicada entonces la de picar, porque á ella se dedicaban, no *el que quería*, sino *el que podía*. Por lo general, los varilargueros, como se llamaban entonces, eran hombres de elevada estatura, de complexión robusta, brazo de hierro, y así se explica el que entraran al toro poniendo el pecho del caballo en línea recta del testuz, citando á tres pasos, sujetando en firme, á vara corta y lanzando á la res hacia la derecha, mientras el violento empuje de las rodillas y el tirón de las riendas hacia la izquierda, hacían salir ileso al caballo.

Hoy es natural que parezca fabulosa la existencia de tales picadores; pero si mal no recordamos, y entre muchos por el estilo se puede citar al célebre Luis Corchado, que se presentó por primera vez en Madrid en las corridas reales de 1803, y del cual se dice que llevando en vez de mona medias de seda, picó una corrida con un solo y magnífico caballo que salió sin la más leve herida. A este nombre se pueden añadir los de Juan Sevilla, Juan López, el *Francés*, Miguez, *Charpa* y un sinnúmero que sería difícil mencionar.

Hasta el advenimiento de Montes no se constituyó seriamente lo que se llama una cuadrilla, y entonces fué cuando el toreo recibió verdaderamente un notable impulso. Siguiéron á este diestro las parejas de Cúchares y el *Chiclanero*, serio éste, alegre y juguetón aquél, trabándose entonces entre los dos una verdadera competencia que hizo se dividiera la plaza en dos bandos, de los que, preciso es confesar, que el del torero de Chiclana estaba en justificada mayoría. Esta pareja fué sustituida en el coso por otra no menos célebre y muy parecida. Antonio Carmona (*Gordito*) y Antonio Sánchez (*Tato*), los dos sevillanos, el uno muy amante de adornar la lidia con filigranas y floreos; el otro, rigorista elegante, metódico. El *Gordito* impulsa por cauces de alegría las corrientes del gusto, y poco á poco se va haciendo tan grande como el método clásico y la manera rondeña, sobria, elegante, concisa y triste como un entierro, aquel estilo particular que es ya como un anuncio de la escuela cordobesa, la de hoy, y la más acabada.

Rafael Molina (*Lagartijo*) se presenta en el redondel y lleva tras de sí la admiración. Su figura, sin pretenderlo, es elegante; cada postura suya puede inspirar un cuadro; tiende el capote y remata con una larga que ondula y envuelve el cuerpo erguido que á poco avanza paso á paso, mientras el capote se desarrolla con las mismas ondulaciones que se arrolló y en todas las localidades de la plaza estallan los vítores y los aplausos. Al toro que llega rebrincando, indeciso, lo toma con un magnífico pase en redondo, juega con la muleta, sujeta á los toros, los burla y em-

bebe con el capote, y los alegra con las banderillas, y los cambia y llega con ellas, y las deja como al descuido, y hay en todo elegancia y el corte perfecto de la nueva escuela, que estaba destinado á sintetizar y á hermohear el torero más grande de todos los tiempos, aunque se trate de un contemporáneo, el que ha perfeccionado el toreo y lo ha llenado de cosas nuevas y suyas, Rafael Guerra, en fin.

La verdadera afición adivinó en él, desde que se presentó por primera vez en la plaza como banderillero del *Gallo*, al maestro del porvenir; en efecto: el público no puede olvidar al muchacho vestido de grana y negro, que, estando el toro recostado en tablas del tendido 2, se acercaba al animal paso á paso, y á menos de dos metros lo alegraba con los palitroques; aquello estaba hecho con tanta verdad, que arrancó á todos los labios una involuntaria exclamación; el toro se arrancaba; Guerra le dejaba llegar ó daba él mismo una carrerita, y consintiendo con verdad, entregándose casi, dejaba invariablemente, como dibujados, sus dos palos en todo lo alto del morrillo.

En otra ocasión aquel muchacho, que como sabía mucho no podía demostrar de una vez todo lo que sabía, y lo fué patentizando poco á poco, quiso demostrar en qué alto grado poseía la primera de las tres condiciones que, según Montes, ha de reunir el torero: el valor frío y sereno. Acababa de matar, si mal no recordamos, *Lagartijo* su segundo toro, cuando Rafaelillo, corriendo por entre barreras, fué á entablar conversación con unos amigos que se encontraban en la meseta del toril. No había sonado la señal para la salida del toro siguiente, cuando *Guerrita*, saltando con precipitación la valla, se situó á muy poca distancia del chiquero, y esperó á pie firme, no sin antes haber arrojado el capote.

Lagartijo y el *Gallo*, que comprendieron su intención, salieron cada cual por su lado para evitar un desavío; el toro tarda en salir, Guerra alegra con el cuerpo y da un quiebro perfectísimo á la res, logrando una de las ovaciones más colosales que hemos oído.

El muchacho de entonces y el maestro de hoy, van pues á consignar generosamente en esta obra todas las observaciones adquiridas en su larga práctica, y á enseñar el medio de ejecutar las suertes y recursos inventados por él. Se explicarán minuciosamente las distintas suertes de capa, demostrando la utilidad de cada una de ellas, casos en que se deben practicar, condiciones que ha de reunir la res con que se ejecuten. Suertes de picar y rejonear; distintos procedimientos que se emplean, cómo es y cómo debe ser.

Banderillas al relance, al sesgo, de sobaquillo, quebrando, á toro parado, al cuarteo.

Pases. Descripción de las aptitudes de la res con que se debe ejecutar cada uno de ellos, y malas consecuencias que pueden surgir de emplear

algunos indistintamente con todos los toros. Forma de entrar á matar, y, en resumen, todo lo que se relacione con el difícil arte del toreo, y que pueda servir de consulta á cuantos á él se dediquen, ó de mera distracción al aficionado.

Y enunciada bien ó mal la labor, sólo nos toca retirarnos por el foro, con gran contentamiento de los lectores, y conceder la palabra al inspirador de la obra. Hable, pues, y quiera el cielo que como es de buena la intención, sea de provechosa la enseñanza.

CAPÍTULO PRIMERO

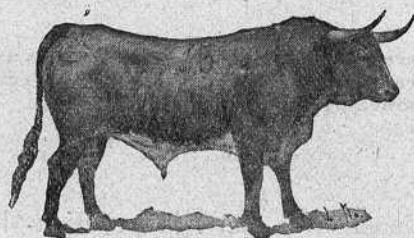
El toro.—Consideraciones generales.—Tienta por acoso.—Tienta en cerrado.—Herraderos.—Pinta y trapío.—Diferencias de las ganaderías.—Clasificaciones de los toros.

Siendo indispensable para la práctica de las suertes que explicaremos después, el conocimiento de las reses con que se ejecuten, ya para el mayor lucimiento de la fiesta ó bien para quitar resabios y defectos que los toros puedan presentar en el transcurso de la lidia, nos parece conveniente adelantar algunos detalles, que, aun siendo conocidos de la mayor parte de nuestros lectores, son de absoluta precisión para comenzar nuestro trabajo.

Así, pues, explicaremos someramente los procedimientos que se emplean con los toros desde su nacimiento, hasta esa época en que, llenos de lozanía y vigor, se ostentan sobre la arena de las plazas y acosados de continuo, se irritan y acosan á su vez, determinando con su bravura el solaz de los espectadores, poniendo de relieve la habilidad del hombre que los burla, los domina, juguetea con ellos, evade sus acometidas, y, por último, frente á frente, los tiende á sus pies al impulso de sus certeras estocadas.

No existe animal tan gallardo como el toro en la plenitud de sus facultades; su cabeza engallada al ruido más

pequeño; su prominente y robusto morrillo; sus lomos llenos y brillantes; su rápido y encendido mirar; lo pausado y majestuoso de sus movimientos; su perfil admirablemente cortado, y destacándose sobre el fondo vegetal de la dehesa, que es donde se halla en su elemento, hacen de él una fiera hermosísima, á la que siempre se admira y siem-



pre se teme. Allí, en el silencio de la naturaleza, rodeado de una vegetación que la tierra fecunda prodiga, sin que en tal fecundidad intervenga para nada el artificio, encuentra en la savia de esa vegetación exuberante su fiereza selvática y su valor ciego. Libre como el jaguar en las cavidades del Himalaya, y el león en sus soledades del desierto, tiene una ventaja sobre estos animales terribles, y es que sabe conservar su independencia y su fiereza hasta morir, sin doblegarse nunca bajo el látigo del domador, y acomete, lucha, se desangra, se apoya en la barrera cubierto de heridas, y cuando sus fuerzas decaen, cabecea y muge y se defiende, hasta que el puntillero, de un solo golpe en la médula, extingue sus energías para siempre.

La Academia de la Lengua, al dar la definición del bravo animal, alma de la fiesta, dice así:

«Toro (del latín *Taurus*), masculino. Animal cuadrúpedo, corpulento, rumiante, que muge, con cuernos ó astas grandes en la testa, de miembros fornidos y nervudos, uña hendida, piel dura y peluda, ojos grandes y encendidos, cola larga y al remate cerdosa, que suele echarse sobre el lomo, y lengua muy áspera, con la cual corta los tallos de la hierba que pace. Es animal muy feroz, principalmente cuando se le irrita; pero castrado y amansado se domestica y sirve para las labores y trabajos del campo, y entonces se le llama *buey*. *Abanto*: el medroso y espantadizo. *Corrido*, fig. y familiar. Sujeto que es dificultoso de engañar por su mucha experiencia. *De campanilla*: el que tiene colgando debajo del pescuezo un pedazo de pellejo que hace la figura de campanilla. *De cola* (México). El que se colea á diferencia del que se lidia. *Correr toros*. Lidiarlos en las plazas con vara larga ó rejón, y también á pie, haciéndoles suertes con la capa, hierro ú otra cosa semejante, ó ponerles banderillas ó garrocha, y matándoles con estoque, etc.»

Creemos, sin embargo, que la mejor definición del cuadrúpedo de que vamos á ocuparnos en sus diferentes aspectos, es la que nos proporciona un distinguido profesor, concebida en los siguientes términos:

«En el tipo vertebrados, clase mamíferos, y en el orden actual de los *Artidúctilos*, en el que se encuentra incluido el de los *rumiantes*, y en la familia de los *Tubicornios*, está comprendido el género *Bos L.*, una de cuyas especies es el *Taurus L.*, ó sea el toro.

»Con la frase *Bos Taurus L.*, se indican, así mismo, los individuos de la especie en sus diferentes sexos, y como el toro, la vaca y el buey, así como también el *ternero* ó *choto* durante la época de la lactancia, el *becerro* cuando tiene

de ocho á doce meses, *añojo* al de un año cumplido, *eral* al de dos y *novillo* después de cumplir dos años hasta los tres, que es cuando comienza á padrear.

»Además de los caracteres generales y comunes á todos los *bóvidos*, los individuos de este grupo se caracterizan por tener el hocico ancho, sin pelo y limitado en forma de arco por las fosas nasales que se abren en los lados; pezuña en número par é iguales las del medio; cola larga provista generalmente de largas cerdas en el extremo.

»Esta utilísima especie presenta infinidad de razas, entre las que tenemos en España el *toro de lidia*, que es el más acabado tipo por su belleza exterior de cuantos se conocen. Su cabeza pequeña, por lo general, y bien armada; ojo vivo y frontales anchos con pelos largos y rizados; cuello corto y grueso; pecho ancho con gran papada, y extremidades cortas con relación al cuerpo, que es muy grueso.

»La vida del toro, generalmente, no escede de los dieciséis años, y se halla en toda su fuerza desde los cuatro hasta los siete.

»La edad de los toros puede conocerse fácilmente, bien por los dientes ó bien por los cuernos.

»Cuando la res ha cumplido los ocho ó nueve meses muda los dientes de delante, llamados de leche, echando otros más grandes, blancos y consistentes.

»Seis meses después de los primeros se le caen los de los lados, y á los tres años los incisivos, que son sustituidos por otros que igualan á los que tiene.

»Tanto unos como otros comienzan á amarillear y ponerse feos, desde que cumplen seis años.

»Por los cuernos ó astas se puede también precisar la edad que tenga, sabiendo que á los tres años se desprende desde la punta una lámina que se hiende ó abre en toda

la longitud del cuerno, y cae á la menor frotación ó roce, con la cual se forma cerca del nacimiento una especie de anillo de distinto color, blanquecino comunmente.

»Un año después y en los sucesivos le ocurre lo propio, formándose otro rodete inmediato al anterior.

»Por lo tanto, con ver el número de anillos ó rodetes que tiene en cualquiera de los cuernos, quedará patentizada la edad del toro, contando tres años para el primer anillo y uno más por cada uno de los restantes.

»Entre los ganaderos y gente del campo, es muy usual contar la edad de los toros por los años de yerbas que han pastado. Y como los pastos los comienzan antes de cumplir un año, de aquí que al contar de este modo resulte un toro de cinco yerbas de poco más de cuatro años.

»La mejor edad para la lidia es la de cuatro y cinco años.»

Anteponiendo estas definiciones acerca del toro, elemento indispensable, y á cuyas condiciones se han de subordinar necesariamente las variadas y múltiples suertes que constituyen la tauromaquia, vamos á dar una ligera idea de los procedimientos que se usan en las ganaderías destinadas á dar reses de lidia, para declarar apto al cornúpeto, á fin de que pueda ser jugado con el mayor lucimiento posible en los circos taurinos.

Apartadas las vacas llamadas de vientre que tengan probado ser de buena sangre y trapío, se les echa el número de uteros ó cuatreños, á lo sumo, que se consideran indispensables, y se hayan escogido para padrear después de probada su bravura y su suficiencia en condiciones de tipo, pelo, etc., con objeto de que las crías que produzca la liga no desmerezcan de la casta, que, por el contrario, debe ir mejorándose con los elementos elegidos para la procreación.

La cubrición de vacas se verifica, por regla general, en los meses de Abril y Mayo, y el parto viene, por tanto, á verificarse durante los meses de Diciembre y Enero.



Las crías permanecen al lado de las madres regularmente un año, procediéndose después de esto á la separación de los becerros, no sólo de las vacas, sino del resto de las reses de la ganadería, estando á su cuidado personas inteligentes, á fin de que tengan siempre los pastos adecuados y no se piquen, inutilizándose.

Para que los arropen en caso preciso y les sirva de guía en todos los movimientos que deban hacer para el renuevo de pastos, cambio de corrales, donde guarecerse durante la noche y demás, hay su correspondiente piara de cabestros.

Cuando los becerros pierden la categoría de erales (cerca de los dos años) y entran en la de utrerros, es cuando se procede al examen de sus condiciones para ser ó no destinados á toros de lidia.

A este examen se le da el nombre de tienta.

Se verifica de dos modos: ó por acoso en campo abierto ó en corral.

El primer método se emplea generalmente en las gana-

derías andaluzas y el segundo en Castilla y el resto de España.

Muy á la ligera indicaremos cómo se ejecutan ambas operaciones.

TIENTA POR ACOSO

En un terreno apropiado para el efecto y lo más llano que sea posible, se disponen los cabestros y los erales ó utreros que hayan de ser objeto de la prueba.

Para llevar ésta á cabo se dispone el número de parejas de jinetes que se juzgue conveniente y el picador que haya de tentar.

Los jinetes van provistos de las correspondientes varas de detener.

Una vez prevenidos los que han de acosar, una pareja ó collera, como se llama en Andalucía, se dirige al punto en que se encuentra el ganado y saca á uno de los bichos.

El becerro al verse acosado y separado de los demás, se



Tienta por acoso.

espanta y emprende una carrera larga. La collera le persigue hasta que logra darle alcance en el momento en que la res va perdiendo algo de su vertiginosa marcha.

En este momento, el jinete de la derecha monta la garrocha, que habrá llevado descansando, en la sangría del brazo izquierdo, y apoyándose sobre los estribos é inclinando el cuerpo hacia adelante y á la derecha, dirige la punta del palo sobre las palomillas ó cuarto trasero del animal, y sin gran esfuerzo, le hace caer con precipitación.

El jinete que marcha al lado opuesto va sirviendo de amparo al compañero y cortando á la vez el escape del toro.

Por lo general, el becerro al levantarse emprende de nuevo otra huida, en cuyo caso le sigue la collera, cambiando de puesto los jinetes, pasando á derribar el que amparaba y á servir de amparo el que antes había derribado, operación que suele repetirse algunas veces, hasta que, apurado el becerro de facultades, se detiene y desafía.

El tentador, que estará prevenido, irá poco á poco acercándose á él, y si es bravo se arranca desde luego y aguanta uno, dos ó más puyazos, según su calidad y resistencia.

Si los toma con coraje y recargando sin dolerse, el que dirige la tienta dice en voz alta: «¡toro!» y los jinetes abandonan el bicho que, ó bien vuelve al rodeo ó punto de partida, ó toma otra dirección, que generalmente es alguna antigua querencia, sin que por el momento nadie le moleste.

Pero si el becerro se duele al castigo del tentador ó vuelve la cara para huir, en este caso la palabra «¡buey!» indica desde luego que terminada la tienta, se procederá á la castración.

En Andalucía, en cuanto se desecha un becerro, los aficionados que acuden á las tientas se lanzan hacia él con objeto de torearlo hasta que se queda sin fuerzas, no sin antes propinar sendos porrazos y no menos sustos; estas

capeas, en que cada cual practica la suerte á que tiene más afición, proporcionan con su desórden una de las notas más brillantes y alegres del tentadero.

En el acoso, cada becerro da un juego diferente, mostrando, como es natural, diversas condiciones. A unos cuesta trabajo hacerles salir del rodeo por revolverse, amparándose de los cabestros, en tanto que otros se lanzan á la carrera desde el primer instante. Los hay que se revuelven al verse perseguidos de cerca, y otros derrotan contra los jinetes desmontados en cuanto tratan de levantarse, ocasionando á veces sensibles desgracias, como la ocurrida al picador Juan Román Caro en 1888 en la dehesa del marqués del Saltillo, cuyo picador fué muerto por un toro al que mató luego *Guerrita* de una magnífica estocada recibiendo.

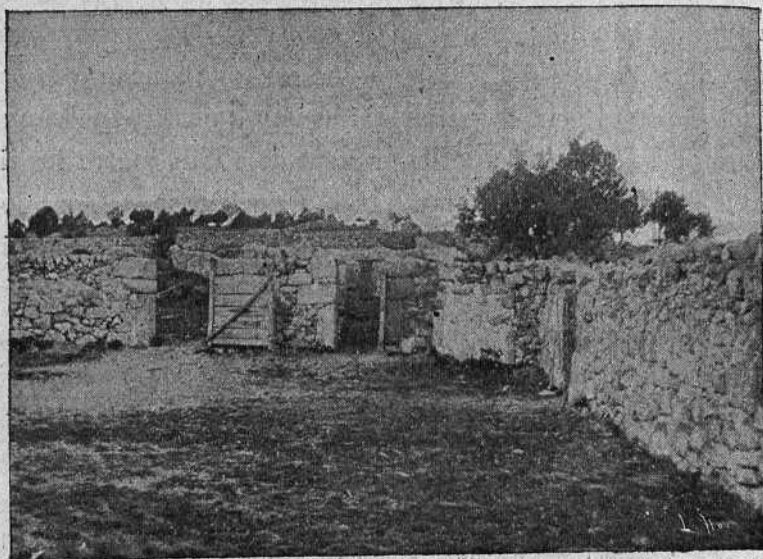
De la manera que tienen de revolverse y acometer, y según el número de veces que llegan al tentador, se deduce luego la clasificación de toro de primera, segunda, tercera, etcétera, con que aparecen consignados en los registros de la ganadería, llevándose además para cada uno de ellos, nota circunstanciada de todas cuantas vicisitudes le puedan ocurrir hasta su venta.

TIENTA EN CORRAL

Para llevar á cabo la prueba de bravura de los becerros en esta forma, se previenen las reses conque haya de practicarse la operación en un corral inmediato, próximo al lugar en que ha de efectuarse y de fácil acceso al mismo.

En el corral que ha de servir de tentadero, provisto, como es consiguiente, de los burladeros necesarios, permanecerá únicamente un peón auxiliar, el director de la operación y un vaquero.

Por regla general, contra querencia ó en sitio conveniente de la corraleta que en muchas ganaderías hoy es una placita bien acondicionada, está situado un vaquero ó un



Corral.

picador de toros á caballo con vara de detener, de puya corta.

El peón auxiliar tendrá prevenido un capote de brega para defender al jinete en las caídas, ó llamar la atención de la res.

Así prevenidos el tentador y peón auxiliar, se mete en la corraleta al becerro, el cual si arranca con fe y coraje al picador, si recarga ó da de otro modo pruebas de bravura y condiciones de lidia y el ganadero ó encargado de dirigir la operación queda satisfecho, se le señala para toro; y si no sucede así, en tal caso, como en la tienta por aco-

so, se le destina para la labranza ó á ser corrido en las novilladas y capeas.



Tienta en corral.

Las mismas operaciones y en idéntica forma, se verifican también con las becerras ó vacas para clasificarlas según su bravura y trapío en vacas de vientre ó de labor.

Excusado es decir que de la escrupulosidad con que se verifican las tientas, depende en absoluto el que las razas conserven su bravura, no decaigan las ganaderías, y hasta que mejoren de condiciones las crías que á su debido tiempo han de ser lidiadas.

Antes de proceder á estas operaciones en una vacada, y después en otras, se verifica el herradero de los becerros y becerras.

Se da el nombre de herradero al acto que tiene lugar cuando á las reses jóvenes se les marca ó pone el hierro distintivo de la ganadería.

Para llevarlo á efecto, se reúnen las reses en un corral cerrado que tiene comunicación con otro, al que se hace salir á uno de los animales dispuestos, siendo sujeto y derribado en seguida por los vaqueros ó personal encargado, y en esta situación se saca del fuego la marca de la ganadería que se aplica á la parte del cuerpo que se acostumbra en cada una, siéndolo por regla general en la cadera derecha ó en las palomillas.

Se le cortan luego las orejas y punta de la cola y se aplica barro sobre las quemaduras de la marca y número, soltando al torete á la ganadería.

Durante esta operación, por regla general, el ganadero inscribe el nombre que ha de tener el bicho, el del toro y vaca padres, su pinta y cuantas circunstancias lo merezcan ó se crean convenientes.

En España, como por regla general se ejecuta el herradero con becerros de poca edad, es fácil derribarlos y marcarlos. En cambio, en América, donde se efectúa cuando tienen más tiempo, la operación ofrece serias dificultades, y hay que hacerla en campo abierto, rodeando al ganado gran número de jinetes, estrechándolo á fuerza de vueltas, y cuando esto se ha conseguido, los enlazadores sujetan á los bichos por los cuernos ó la cabeza con unos lazos de cuerda y los gauchos les cojen de las patas, haciéndolos caer.

Una vez derribados, y á una orden del que dirige la fae-

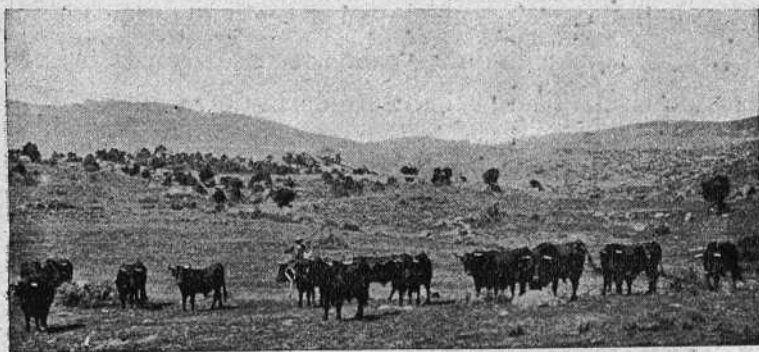
na, se procede á marcarlos, donde instantáneamente se les puede aplicar el hierro.

* * *

La tiente de reses, que ha ido generalizándose en casi todas las ganaderías, en algunas no se efectúa, y en otras se tiente sólo á las becerras.

En la antigua ganadería de D. Alvaro Muñoz sólo se probaba la bravura de los becerros, soltando uno á uno en un corral, en cuyo centro se colocaba un *dominguillo*, mereciendo la aprobación el que remataba en el hulto.

La tiente y herradero se practica en Castilla y en los puntos septentrionales de España con más retraso que en las ganaderías andaluzas, por razón del clima.



Toros.—Una punta de ganado.

Desde que terminan estas operaciones hasta que las reses están en disposición de ser lidiadas, se cuida mucho de su crianza, escogiéndolas los pastos y lugares más apropiado, y guardando entre ellas la conveniente separación, acompañándolas de continuo una piara de cabestros y el personal de vaqueros necesario, con objeto de que se cor-

neen lo menos posible y no se inutilicen para la lidia, cosa que suele ocurrir con frecuencia, á pesar de las precauciones que se toman para impedirlo, dado su terrible ensañamiento en la lucha.

El trapío color, y diferentes manifestaciones de los toros, así como sus condiciones también distintas de bravura y poder, son, según las regiones de donde proceden, y se distinguen perfectamente unos de otros á poco que en ello se fije la atención.

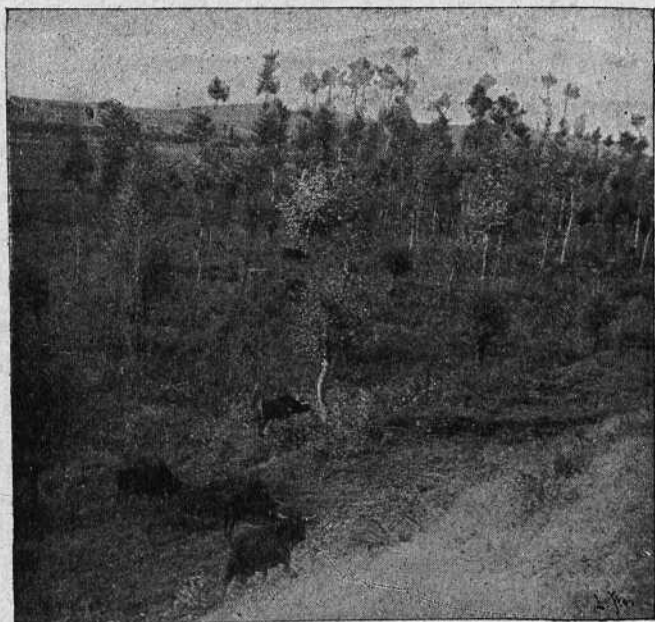
En las reses de Colmenar que conservan la casta pura, el color del pelo predominante es el retinto más ó menos oscuro y la alzada bastante mayor que en las de las demás regiones.

Todos los animales de la creación parece que toman algo del ambiente en que viven y de la naturaleza que los rodea. El tigre de Malaca ostenta en su aspecto exterior algo de la brillantez amarilla de las palmas secas, los matices verdes de los jarales, el tono ocre de la tierra abrasada que le sirve de lecho. El león argelino lleva perpetuamente en su negra guejeja las sombras de sus bosques impenetrables. La jirafa y la cebra son algo así como detalles imprescindibles y cosas creadas para recorrer las risueñas praderas de las tierras del Cabo. El ave del paraíso parece reflejar en su plumaje espléndido los iris y tornasoles que en el agua pulverizada de los torrentes producen los rayos del sol, quebrándose entre los árboles de las selvas de la Papuasía. El oso polar lleva en su piel la triste refracción de los hielos en donde habita. El color del saurio no se distingue del de la superficie cenagosa de las charcas del Nilo ó el Ganges, ni el de la mariposa del de los vergeles en que revolotea.

El toro de las regiones montañosas, conserva en su for-

ma un sello inequívoco de rusticidad y fuerza incomparable; se nos podrá objetar, sin embargo, que en otras regiones más montuosas que las de España, y aun en España mismo, en Navarra por ejemplo, existen toros de menores dimensiones y aspecto mucho más débil, pero como el vigor y el crecimiento dependen en absoluto de la fuerza de los pastos y las condiciones de raza, quedará, por consiguiente, el argumento destruido.

Los toros de Colmenar ya citados, y no nos referimos á otros por ser éstos los de más larga historia como reses de lidia, han de tener más facultades en los remos que sus congéneres andaluces, y los de las tierras llanas de Castilla. El violento ejercicio á que se ven obligados continuamente, salvando obstáculos, y la frescura que tiende á vigorizar su sangre, es lo que les proporciona las facultades repetidas.



Vista de un grado en Colmenar.

En cambio, los andaluces y los que se desarrollan en terrenos feraces y llanos, son mucho más finos, su pelo es más variado y sedoso, mayor su agilidad y más atildado su corte; suelen ser bravos y nobles, tanto como aquellos pegajosos y duros, más rápidos en la acometida, pero más pujantes, y sin duda ninguna, con mejores condiciones para el lucimiento de todas las suertes.

Los toros colmenareños son codiciosos y difíciles para los peones, á los que persiguen con furia, sin hacer caso á veces de lo que pretende distraerles de su objeto.

Cuando se les pica mal y se les aburre á capotazos, acaban recelándose de todo y se amparan en las tablas, donde encuentran defensa y alivio, pero sin perder muchas facultades.

A veces los espectadores confunden estas condiciones con la de huído, que es bien diferente, puesto que el toro huído no hace más que trotar esquivando toda clase de pelea, y si acomete es para que les dejen franco el terreno de la fuga, mientras que los que se cobijan en las tablas arrancan y acuden á los cites, aunque sin separarse mucho de la barra en su acometida y buscando únicamente la defensa.

Los toros de la tierra baja, como denominan algunos á Andalucía, tienen toda clase de pintas; son, como hemos dicho, de menos alzada que los colmenareños, y en general, bravos y de recargue en el primer tercio, no presentando dificultades á los peones.

Hoy día, por efecto de los cruzamientos que se han hecho en muchas ganaderías, se ha obtenido como consecuencia el bastardeo de las razas, que tanta fama dieron á D. Vicente José Vázquez, D. Rafael Cabrera, conde de Vista Hermosa, D. José Arias Saavedra y D. Pedro Lesaca.

De tal manera miraban estos ganaderos por su buen nom-

bre, que no vendían una corrida sin tener la seguridad de su bravura y poderío.

Se cuenta del referido D. Vicente J. Vázquez, que después de recibida una carta de Corchado en que éste le notificaba haber picado toda una corrida suya con un solo caballo y medias de seda, el ganadero le contestó que sabiendo que en breve plazo debía picar otros toros hermanos de los anteriores, le mandaba *unos becerros* para que se divirtiera con ellos como en el Puerto de Santa María; y de tal bravura y pujanza resultaron, que el segundo mandó á la enfermería al citado picador con una pierna fracturada; al cuarto estaban lastimados otros picadores, y los restantes jinetes echaron fuera la corrida á fuerza de bandera, ó sea picando á palo largo.

Los toros navarros, en los que abunda el pelo colorado melocotón, hacen una buena lidia, son francos y duros con los jinetes, tirando con mucha rapidez en una acometida varios derrotes, y acaban nobles y bravos.

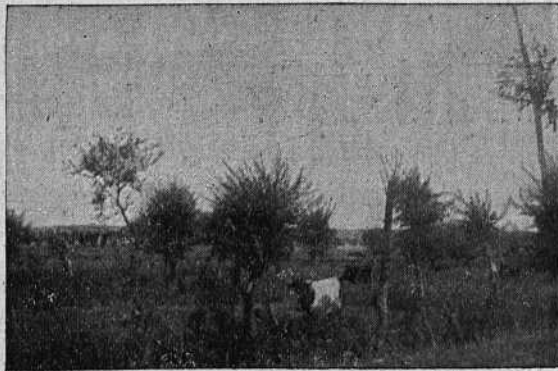
En muchas plazas, á pesar de estas condiciones, no gustan las reses de procedencia navarra, por su poca talla, que les hace parecer becerros, siendo toros con la edad requerida.

Existen, no obstante, algunas ganaderías navarras y aragonesas que han conseguido mejorar sus toros de alza da por medio de los cruzamientos que han llevado á cabo.

En la provincia de Madrid se crían reses de buen trapío y excelentes condiciones de lidia, especialmente para el primer tercio, en el que pegan mucho y se dejan castigar, pasando á los demás sin perder la nobleza, pero faltos de las facultades que desarrollaron en el primero.

Los pastos próximos al Jarama son los más á propósito para la conservación de la bravura en las castas.

La pinta general en la tierra es la berrenda, jabonera y colorada.



Toro berrendo.

Los toros de Castilla la Vieja y campo de Salamanca son por regla general de muchos pies; pero en cuanto se les castiga se acobardan y huyen, haciendo una lidia desigual y de poco lucimiento.

No obstante, de pocos años á esta parte han conseguido algunos criadores salmantinos la transformación de las condiciones de sus reses, ya por medio de cruzamientos, ya por los cambios y mejoras de los terrenos en que pastan.

* * *

Se da en tauromaquia el nombre de pinta de un toro al color del pelo que cubre su piel.

Como los colores son múltiples, vamos á dar una nomenclatura de las más generales y conocidas:

Albahío.—Color blanco amarillento.

Albardado.—Toro cuyo pelo es más claro en el lomo y parte del costillar, formando una especie de albarda, que el resto del cuerpo.

Aldinegro.—Toro retinto ó castaño que tiene negro el pelo de la piel de medio cuerpo abajo en toda su longitud.

Aparejado.—Se dice al toro berrendo que tiene á lo largo del lomo una lista de unos veinte á veinticinco centímetros.

Atigrado.—Se dice al toro que tiene la piel de dos colores, siempre que las manchas del color más oscuro sean como lunares pequeños.

Alunarado.—Se llama así al bicho en que las manchas de los dos colores son proporcionadas en tamaño.

Barroso.—Toro cuyo pelo tiene un color amarillento sucio que tira á ceniza oscura.

Berrendo.—Toro que tiene manchas blancas, de mayor ó menor extensión y desiguales, sobre un fondo distinto, que puede ser negro, colorado, retinto, cárdeno y jabonero.

Cárdeno.—Toro cuya piel negra está mezclada con pelo blanco sin formar manchas. Según la mezcla es más ó menos pronunciada, se dice que es cárdeno claro ú oscuro.

Capuchino.—Toro que tiene la cabeza de un color y el resto del cuerpo de otro, concluyendo en punta sobre el cerviguillo la capucha que parece tener echada de la frente á la cerviz.

Castaño.—Toro cuyos pelos tienen el color castaño apagado.

Colorado.—Se dice al bicho cuyo pelo es semejante al castaño de los caballos. Cuando este color es muy encendido, tirando al rojo, se denomina jijón. Se le da este nombre, porque era la pinta general que tenían las reses del célebre criador D. José Jijón, de cuya casta conserva rastros alguna ganadería de Colmenar.

Chorreado.—Se dice del toro que sobre el color de su piel tiene líneas verticales, del lomo al vientre, más oscuras que el resto de la pinta.

Ensabanado.—Se da este nombre al toro cuyo lomo, costillares, vientre y extremidades son blancos.

Jabonero.—Toro que tiene la piel de un color blanco sucio, parecido al amarillento.

Negro.—Toro cuyo pelo es negro. Si el negro tira á pardo, se dice negro *mulato*; si el pelo es aterciopelado y brillante, negro *azabache*.

Retinto.—Cuando el color del pelo se aproxima más al colorado que al castaño, teniendo el cuello más oscuro que el resto de la piel.

Sardo.—Se dice cuando sobre la piel en general tiene juntas unas con otras manchas de diferente magnitud, de los colores blanco, colorado y negro.

Para otras particularidades que sobre las pintas generales se observan, hay también su correspondiente clasificación, que creemos deber dar á conocer para especificar mejor la reseña de un bicho en cuanto al color se refiere.

Botinero.—Es el toro que tiene la parte inferior de sus manos y patas de un color diferente al del resto de la piel.

Calcetero.—Se dice del que, siendo oscura su pinta, tiene las extremidades de los remos blancas ó de un color más claro que el resto de la piel. En algunas regiones se da también el nombre de calcetero al botinero cuando tiene abierto por una lista clara el color oscuro de los botines.

Bragado.—Toro que, teniendo su pinta oscura, tiene la horcajadura blanca.

Capirote.—Se dice al toro que tiene la cabeza y parte del cuello de un solo color y el cuerpo de otro diferente, ó que siendo igual está mezclado con otros. De modo que pueden serlo los berrendos, jaboneros, cárdenos claros y ensabados.

Careto.—Se aplica este nombre al toro que tiene blanca la cara y oscuro el resto de la cabeza, ú oscuro el frente de la cara y blanco ó claro lo demás de la cabeza.

Girón.—Se da este nombre al bicho que, siendo de un color uniforme su pelo, tiene una mancha blanca en el fondo del cuerpo no tan grande como la de los berrendos, aunque no esté unida á la lista de los aparejados ni á la mancha de los bragados.

Verdugo.—Al que, siendo su pinta de un color dado, tiene manchas oscuras diseminadas por su cuerpo. También se dice verdugo si las líneas que dan lugar á la clasificación de chorreados, en vez de ser verticales, son transversales coloradas oscuras.

Listón.—Toro que tiene la piel de la espina dorsal en toda su extensión de un color más claro ó más oscuro que el resto de la piel, no llegando su anchura á seis centímetros.

Lombardo.—Toro que, siendo negro, tiene el lomo ó parte de él castaño más ó menos oscuro.

Lompardo.—Toro que tiene pardo el lomo y más oscuro que éste el pelo del resto del cuerpo.

Meano.—Toro que tiene blanca la piel que cubre el balano, siendo oscuro el resto del pelo.

Meleno.—Se dice del toro que, sea la que quiera su pinta, tiene sobre el testuz una melena ó mechón de pelo que cae sobre la frente.

Nevado.—Toro que sobre el fondo de su piel tiene más ó menos manchas blancas pequeñas.

Ojalado.—Toro que tiene la piel de alrededor de los ojos, en forma de cerco de unos dos centímetros de extensión, de color diferente que el de la cabeza.

Ojo de perdiz.—Cuando el cerco que tiene el bicho alrede-

dor de los ojos es colorado encendido, y como su nombre indica, muy parecido al que tienen las perdices.

Ojinegro.—Cuando el cerco de los ojos es negro y en mayor extensión que los referidos, siendo más claro el color de su pinta.

Rebarbo.—Es el toro que teniendo oscura la piel, por lo menos en la cabeza, tiene blanco el hocico. También se da este nombre al que además tiene blanco el extremo de la cola.

Coliblanco.—Se dice del toro que siendo oscura su pinta, tiene la cola más ó menos clara.

Salpicado.—Toro sobre cuya piel oscura y próximas las unas á las otras tiene manchas blancas grandes y pequeñas.

Salinero.—Toro cuya piel es jaspeada de colorado y blanco sin formar manchas de un solo color.

* * *

Definidas las pintas generales que tienen los toros, y las particulares que tienden á ampliar su reseña, vamos á hacer lo propio también respecto de sus armas.

Los cuernos, que son excrecencias prolongadas, curvas, redondeadas, lisas, y cubiertas por una capa muy resistente, les empiezan á salir en los extremos del testuz á los pocos meses de su existencia, formando una especie de cruz con la cabeza, y en tal dirección siguen creciendo hasta que tienen cerca de dos yerbas ó poco más, desde cuyo tiempo comienzan á retorcerse hacia adelante, formando con su base una media luna, dirigiéndose sus puntas de abajo á arriba.

El asta se divide en dos partes.

Una, la punta ó extremo superior que tiene una longitud de dos á cuatro centímetros, á que se denomina pitón; y

otra, la inferior, desde donde termina éste hasta el rodete que la separa de la cabeza y que tiene el nombre de pala.

La fuerza que desarrolla el toro con el cuerno en su acción ofensiva supera á cuanto puede imaginarse, y pruebas mil dan de ello en la plaza agujereando un capote al tirarlo por alto y recogerlo, levantar todo un tablero de la barreira, agujerear ésta, levantar de cuajo las puertas, pasar los estribos de las monturas y las suelas de los zapatos de los picadores, etc., etc.

Como la dirección de las astas no es igual en todos los toros, según sea de más ó menos pronunciada, así se le da el nombre, lo que origina una nomenclatura especial, de que se hace mención en las reseñas de cada toro por la prensa profesional.

Por esta causa creemos del caso dar á continuación una idea de tan variadas formas, para mejor comprensión de las mismas.

* * *

Brocho.—Toro cuyas astas, sin ser gachas, están algo caídas, y al mismo tiempo tienen las puntas más unidas que de ordinario.

Capacho.—Cuando tiene las astas algo caídas y abiertas, sin que se le pueda llamar cornigacho.

Cornalón.—Toro que tiene demasiado grandes las astas y en su dirección natural.

Corniabierto.—Toro cuyas astas, estando bien situadas en su encuentro, se abren en demasía, formando una cuna bastante ancha.

Corniapretado.—El que tiene las astas en la parte de los pitones demasiado unidas y forman, por tanto, una cuna muy estrecha.

Corniavacado.—El cornúpeto que tiene el nacimiento de

las astas muy atrás del testuz y su inclinación es más bien abierta que cerrada.

Cornidelantero.—Se dice cuando el nacimiento de las astas arranca en la parte delantera del testuz, siguiendo su inclinación hacia adelante.

Cornicorto.—El que tiene pequeñas las astas.

Cornigacho.—Toro que tiene el nacimiento de las astas más bajo que de ordinario, y cuya dirección es á la vez agachada, sin abrir ni cerrar demasiado los pitones.

Cornipaso.—Toro que tiene los pitones vueltos hacia los lados.

Corniveleto.—Se dice cuando teniendo poco pronunciada la vuelta natural de las astas, son éstas altas y derechas.

Cornivuelto.—Se da este nombre cuando tiene los pitones vueltos hacia atrás.

Cubeto.—Es el toro que tiene las astas muy caídas y casi juntas por los pitones, por cuya razón no hiere con facilidad.

Despitorrado.—Toro que tiene rotas una ó las dos astas, siempre que queda en ellas algo de punta.

Hormigón.—Se da este nombre cuando sus pitones son poco agudos.

Mogón.—Se dice cuando tiene rota, y por lo tanto roma completamente, la punta ó pitón de un asta ó la de las dos.

Playero.—Recibe este nombre un bicho cuando está mal encornado. Pero más generalmente se aplica tal dictado á los toros algo abiertos cuando tienen las puntas retorcidas hacia atrás.

Bizco.—Se da este calificativo al bicho que tiene una de las astas más baja que la otra, bien por estar aquélla más caída ó torcida ó ser más corta.

Astillado.—Se denomina así cuando por cornear cuerpos duros uno ó ambos pitones están rotos, formando hebras ó

astillas más ó menos finas. Cuando toda la parte del pitón está convertida en partículas semejantes que simulan una escoba, se dicen escobillados.

Astiblanco.—Toro que tiene blanca el asta y negro el pitón.

Astiverde.—Cuando el color del asta es verdoso y el pitón negro.

Astifino.—Toro que tiene delgadas, limpias y brillantes las defensas.



CAPÍTULO II

**Encajonamientos.—Encierros.—Requisitos que preceden al apartado.
—Condiciones de los toros.—Denominación de sus aptitudes y clases
en que se los distingue.**

Vendida por el dueño una corrida de toros, procede inmediatamente después el sacarla de los cerrados ó prados en que pastan, para conducirlos al punto de su destino.

Para separarlos de la piara se les va seleccionando poco á poco de los demás, valiéndose del cabestraje destinado para estas operaciones, y una vez conseguido, se les conduce valiéndose de dos medios: ó por jornadas y caminando, ó bien en cajones.

Por jornadas suele practicarse cuando es bastante crecido el número de reses, y hay tiempo sobrado para que después de su llegada, puedan descansar, reponerse de las fatigas del viaje y acostumbrarse al cambio de pastos y aguas.

El medio más usual hoy para el transporte de los toros, es el del encajonamiento, por ser el más rápido, seguro y menos expuesto á contratiempos para las reses.

Por regla general, el encerradero se compone de un corralón espacioso para la estancia del ganado, y cuyo corral comunica con otro ú otros más pequeños, á los que se

abren las compuertas de los chiqueros valiéndose de maromas sujetas desde los corredores que hay encima.

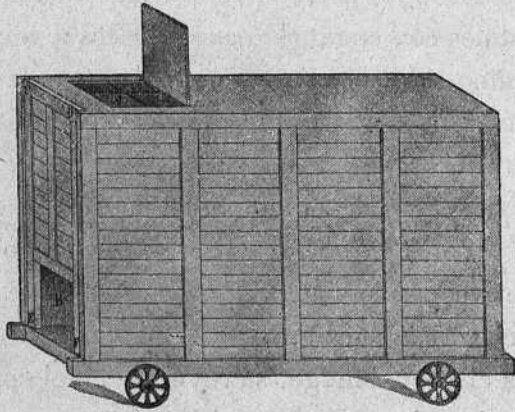
Atrayéndoles con engaños ó acosándolos á voces, y, en último término, por ser el más expuesto, con la garrocha, se hace entrar desde el corral que ocupa la piara al otro contiguo, un toro, que nunca suele pasar sin ir precedido del cabestraje. Ciérrase entonces la puerta de comunicación entre los dos corrales, y se van echando fuera los bueyes, aprovechando siempre las ocasiones que se presenten para dejar aislado al toro.

Entonces el animal muge, se revuelve en el corralillo, se engalla y quiere lanzarse contra la gente que ve agitarse en el corredor. En aquel instante se abre la puerta del primer chiquero, y se va echando á la res de un toril á otro; practicándose operación idéntica con los demás.

Hecho esto se disponen los cajones en fila, unos detrás de otros, los que sean precisos, y sujetos convenientemente, se colocan frente á la puerta del chiquero destinado para salida, y pegados á ella, y entonces los toros, cansados de la oscuridad y viendo luz en el fondo de aquel improvisado pasillo, se precipitan por él, uno á uno, dejando el tiempo suficiente para bajar las puertas de corredera, á medida que va entrando cada animal en su correspondiente cajón.

La puerta debe cerrarla una persona que esté práctica en este ejercicio, que se hallará sobre el jaulón. Una vez cerrada, cuidará de ver por la mirilla que tienen los cajones en el techo, si el toro está bien colocado.

Los cajones en que se encierran las reses son de madera fuerte, abarrotada de trecho en trecho con barras de hierro. Tienen la altura de unos dos metros, y es su ancho de 1,50, y su longitud de 2,50.



Cajón.

Unos tienen los dos postiguillos, situados en la parte anterior y posterior del cajón, de corredera de abajo á arriba, y otros en la forma de las usuales, pudiendo en este caso levantarse los pestillos desde arriba por medio de una cuerda para encerrar en los chiqueros.

Las ruedas sobre que descansa el jaulón, y que tiene por objeto, como se comprenderá, el facilitar el transporte de los cajones de un lado á otro, llevarlos á las estaciones de los ferrocarriles y colocarlos sobre las plataformas, deben ser lo más pequeñas que sea posible, para facilitar la entrada y salida de las reses.

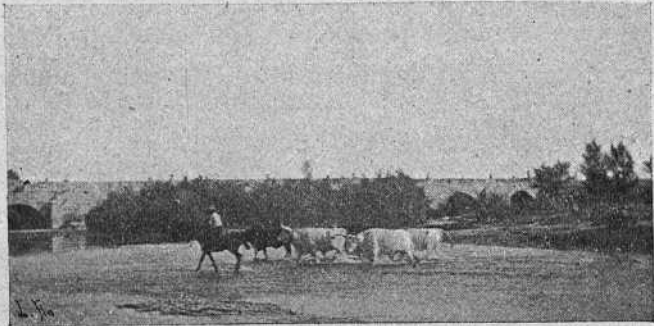
Los bichos así conducidos, suelen perder algo por el atollondramiento que naturalmente ha de producirles el movimiento y ruido de los trenes, y la inercia absoluta á que se ven reducidos en un espacio tan pequeño durante tantas horas de marcha. Es por consiguiente de gran utilidad para los empresarios ó ganaderos que desean que sus toros no desmerezcan nada en bravura, el que estos viajes

se realicen de modo que las reses lleguen al punto donde han de ser lidiadas, con dos ó tres días de anticipación y se las lleve á un terreno á propósito y con buenos pastos, á fin de que el descanso les devuelva las condiciones momentáneamente perdidas.



El encierro.

Uno de los mayores atractivos para la antigua afición era el encierro de los toros la víspera de la corrida por la noche, y en Madrid, por ejemplo, cuando llegaba la inauguración de temporada, no había un verdadero aficionado que, teniendo un corcel á su disposición, dejara de salir con su traje de garrochista, su montura á la jerezana y su vara al hombro en dirección á los prados de La Muñoza, el Soto del Señorito ó el Puente de Viveros todos los sábados, con objeto de apartar las reses y seguirlas luego por Coslada ó por Canillejas hasta los corralones de la plaza.



Puente de Viveros.

Casi todos los personajes más linajudos de nuestra aristocracia tenían, á manera de singular deleite, esta costumbre, que les daba ocasión de probar su destreza como jinetes, y un placer ignorado para casi todos los que no le disfrutaban: el de seguir á los toros en medio de la noche, rodeados del silencio más absoluto, interrumpido sólo por el medroso sonar de los cencerros y el eco de los ladridos lejanos, viendo temblar á las estrellas y alejarse y aparecer de pronto en los ribazos del camino grupos de árboles como fantasmas avanzados de la noche, caseríos abandonados al parecer, siluetas de casas esfumadas en la oscuridad y trochas y veredas bifurcándose y perdiéndose unas entre dislocados terraplenes y blanqueando otras á través de los sembrados que ondulan como negras oleadas al impulso del viento.

Aquí la conversación amenizada por el indispensable cuento ó la picante anécdota, se interrumpe de pronto bruscamente por encabritársele el caballo á uno de los interlocutores, que se lanza á campo traviesa queriendo en vano sujetar á su impaciente potro; allá los vaqueros de á pie,

disputan á gritos, haciendo entre palabra y palabra esas pausas que constituyen el sistema de conversación de las gentes del campo, y dominándolo todo como notas perdidas de aquel extraño diálogo, suenan en el silencio de la noche el grito de *¡toroo!*, como el principio de un cántico, el lejano silbido y el constante restallar de la honda.

A veces aquella heterogénea procesión de sombras se descompone por un momento. A la luz de la luna, que ríe la sobre el ceniciento camino, se ve subir á los toros el suave repecho, presentando escorzos fantásticos, que en seguida se borran; á veces, cunde por toda la escolta extrema agitación. Un toro espantado se revuelve y escapa aventando el aire de la dehesa, y entonces es de oír el repiqueteo de los galopes sobre el camino ó el precipitado y bronco sonar de los cencerros y la gritería que se produce hasta que aquellas sombras ecuestres, que saltan por los sembrados y quieren ganar en velocidad á la res fugitiva y ya aventajada la burlan con pronunciados zigzag, logran rodearla y volverla al punto de partida.

Al fin, y aislada en el horizonte como una estrella de primera magnitud, se ve brillar una luz roja. Allí está la plaza, y la gente se dispone de un modo conveniente para el encierro; hasta entonces los toros han llevado un paso de camino; pero al llegar á las inmediaciones de los corrales, el vaquero de á caballo que va delante, galopa, y los de á pie se ponen en ala á los lados de los toros; la luz brilla más cerca y ya se percibe la manga, ó sea una larga barrera colocada desde los límites del camino hasta la entrada del corral.

A fuerza de gritos de *¡toro! ¡toro!* se logra que las reses aceleren su marcha, hasta que como una tromba penetran en el corral. Entonces las grandes puertas se cierran,

el jinete delantero, que ha entrado el primero en el patio, pica espuelas y sale por otro portón, que se cierra tras él.

Y el encierro está terminado.

Tal era la afición, que por lo poético de la hora en que se verifica despertaba antiguamente la conducción de toros, que se cruzaban verdaderas influencias para que los pasasen por las posesiones que algunos encopetados señores tenían en los caminos cercanos á los que se usaban generalmente, y á este propósito recordamos, y nuestros lectores pueden comprobarlo cuando gusten, que en la magnífica posesión que en el cercano pueblo de la Alameda tenían los duques de Osuna, existe un ancho balcón de hierro con vistas al camino, y contiguo al salón de baile, donde en las noches de encierro se originaban veladas deliciosas y se repartían refrescos esperando la llegada de los toros.

Aunque el encierro, por lo que la sana razón aconseja, debe efectuarse siempre de noche, esto depende de la costumbre, variando no sólo la hora, sino la manera de llevarlo á cabo en cada región. En Pamplona, por ejemplo, una de las provincias más fanáticas por nuestra fiesta nacional, el encierro se verifica al ser de día. A las cinco de la mañana empiezan á recorrer las calles los gaiteros de Estella, promoviendo bailes, que la gente moza improvisa al momento, mientras llegan los toros.

El trayecto que el ganado ha de seguir se llena de gente, así como la plaza, hasta cuyo circuito tiene paso libre todo el mundo, y, lo que es mejor, paso gratis. Las bocacalles se obstruyen con vallas, tras de las cuales rebulle y ondula compacta muchedumbre.

De pronto suena un chupinazo, que es la señal.

Oyese estridente griterío; desde la puerta de Francia, y corriendo á todo escape por la calle de Mercaderes y la de

la Estafeta, avanza un bullanguero tropel de mozos y muchachos, y detrás, y esto es lo más milagroso, inmediatamente detrás, van los toros, apretados entre los bueyes y el inmenso gentío que todo lo llena, siguiendo hasta la plaza, donde la Providencia, velando de continuo por los imprudentes, evita un sinnúmero de percances.

La multitud, sin embargo, no se disuelve; tiene que esperar la lidia de los tres toros de prueba, á las nueve de la mañana, y la corrida de por la tarde. Es la verdadera afición, que, contenida un año entero, se desborda el día de la fiesta de San Fermín, el patrón de Navarra.

* * *

El mismo día de la corrida, y antes de proceder al apartado, los profesores veterinarios que designe la autoridad correspondiente, deben reconocer á los toros con la escrupulosidad necesaria, y expedir una certificación que firmarán por triplicado; un ejemplar para entregarlo al que haya de presidir la fiesta, otro que remitirán al gobernador de la provincia ó primera autoridad del punto en que radica la plaza, y el tercero al empresario.

En estas certificaciones deberán constar los nombres, pelo, número y marca de los toros, el orden en que hayan de jugarse, su edad, su estado de salubridad y su utilidad para la lidia.

Son inútiles para la lidia en corridas de toros los mogones, hormigones, despitorrados, demasiado cornigachos, muy apretados, tuertos, reparados de la vista, resentidos de algún remo, con contrarroturas, pajazos, etc.

Los toros que tienen estos defectos son los que después se lidian en las novilladas, comprendiéndolos en la denominación de *desecho de tienta y cerrado*.

Reconocidos los toros como útiles por los profesores veterinarios, y cuatro horas antes de la marcada para celebrarse la corrida, se procede al apartado, á fin de que pase cada uno de ellos á ocupar el chiquero que le corresponda, según el turno de salida que de antemano se les designe.

Mientras los toros permanezcan en los chiqueros hasta su salida al redondel, habrá una persona encargada de vigilarlos constantemente é impedir la entrada en los locales, á fin de que nadie pueda dañar al ganado ni transitar por encima de los chiqueros, porque llamarían la atención de los animales, viciándolos al obligarles á tener levantada la cabeza.

De aquí que juzguemos contraproducente que sobre la meseta de los toriles se sitúe en algunas plazas la música, ó que por ella transite mucha gente, porque los ruidos siempre llaman la atención de los toros, y poco ó mucho, como decimos anteriormente, suelen viciarlos, pues con ser una de las fieras más poderosas de la creación, es también de las más sensibles y necesita muy poco para perder las condiciones de lidia.

Llegado el momento de dar principio á la fiesta, se procede á desenchiquerar al toro que ha de lidiarse en primer turno, á cuyo efecto, y desde sitio conveniente, se le abre la puerta del chiquero en que ha permanecido y se le hace pasar al callejón de toriles que da salida á la plaza.

Una vez en él, por una compuerta ó trampa que hay en el techo se le clava la divisa, distintivo de la ganadería á que pertenece, operación que practica una persona apta para ello.

La divisa se compone de tantas cintas como colores deba ostentar y mide unos ochenta centímetros de longitud;

va sujeta á un arpón de esta figura, que se clava en el cervigullo ó morrillo del toro por medio de un palo, á uno de cuyos extremos y en una pequeña hendidura para poder desprenderlo fácilmente, se coloca el cabo del referido arpón.

Ya relatado cuanto al toro se refiere respecto á su crianza, conducciones, encierro y demás referidas, sólo nos resta explicar someramente sus diferentes estados y aptitudes desde que salen al redondel hasta que mueren, así como las diversas condiciones que presentan para ser jugados, á fin de hacer más comprensible y clara la explicación de cada uno de los varios lances y suertes que puede el lidiador ejecutar con ellos.



Arpón
de la divisa.

Como difieren mucho las aptitudes de los toros al salir á la plaza y de las condiciones que presenten según sean de más ó menos favorables, depende el lucimiento de determinadas suertes ó la aplicación de otras que tiendan á corregir sus defectos, se han hecho tres denominaciones del estado que presentan, y de cuyo conocimiento dimana la clase de lidia que se las ha de dar.

Estas tres definiciones son las de *toro levantado*, *parado* y *aplomado*.

Se dice que un toro es levantado, cuando á su salida del toril emprende indecisa carrera de un lado á otro con la cabeza alta y cerniéndola; á veces hace por todos los objetos que le llaman la atención, sin fijarse en ninguno ni mostrar tendencias determinadas, y aunque logre coger, no se revuelve ni se ensaña contra aquello que derribó, sino que prosigue su viaje para embestir de nuevo, sin otro fin que el de buscar espacio en que correr después de las cuatro

horas de inmovilidad casi absoluta á que ha estado sometido en los toriles.

Se denomina toro parado, al que desposeyéndose del atondramiento mostrado en un principio, pára su atención exclusivamente en una cosa determinada, y acude al llamamiento de los lidiadores, fijándose y empapándose en los objetos que se le presentan y rematando en ellos.

En este estado, es en el que los toros presentan mejores condiciones para la buena marcha de la lidia; y, finalmente, el estar aplomado consiste en que, habiendo perdido el animal bastante de su primitivo poder y facultades, se mueve con lentitud y no acude á los cites, sino cuando se hacen desde muy cerca, costando no poco el separarle de las querencias que toma en determinado sitio del redondel, y adonde vuelve á la terminación de cada carrera ó de cada suerte.

Estas querencias se denominan naturales y accidentales. Son naturales, las puertas de salida de toriles ó la que le haya dado acceso á la plaza, si en ella fué desencajonado, y accidentales las que toman en ciertos sitios del redondel, por haber un caballo muerto ó encontrar más defensa y verse menos hostigado, como acontece cerca de las tablas, ó por estar la tierra mojada, ó sentir más fresco donde se haya conservado la humedad del riego.

Sabido es de todos los aficionados, y aun de las personas legas en el asunto, que todos los toros tienen condiciones é instintos diferentes y que, con arreglo á ellos, hay que lidiarlos, según se desprende en buena lógica, practicando con unos suertes que no sólo no es fácil, sino peligroso ejecutar con otros, por su manera de acudir á los cites y salir de ellos.

Dependiendo, pues, del perfecto conocimiento de las condiciones de las reses, el buen resultado de las faenas ejecu-

tadas por los diestros, juzgamos indispensable enumerar las más precisas aunque muy á la ligera, extendiéndonos más en ellas en el lugar oportuno de esta Tauromaquia.

Son las que siguen:

1.^a *Toros abantos.*

2.^a *Toros boyantes, nobles ó claros.*

3.^a *Toros revoltosos.*

4.^a *Toros que se ciñen ó que ganan terreno.*

5.^a *Toros de sentido.*

6.^a *Toros burriciegos.*

7.^a *Toros inciertos.*

8.^a *Toros huidos.*

9.^a *Toros blandos.*

Se conocen con el nombre de toros abantos á los que al ver acercarse al torero hacen un extraño y huyen, bien volviéndose en seguida, ó esquivando por completo las suertes; á los que arrancan y antes de entrar en jurisdicción se salen con prontitud por cualquier terreno, y á los que acometiendo con presteza en el centro de las suertes se quedan cerniéndose en el engaño hasta tomarle ó escupirse.

Se da la segunda denominación á los que conservan en toda la lidia la nobleza característica de la raza, van siempre por su terreno, siguen con afán el engaño y rematan las suertes todas sin riesgo para el lidiador.

Se da el nombre de revoltosos á los que, con idénticas condiciones que los boyantes, tienen más codicia y se revuelven con ligereza, sosteniéndose en firme sobre las manos en los lances, y siguen con la vista el engaño que huyó de su cabeza, sin darse cuenta de cómo ni por dónde.

Se conocen con el nombre de toros que se ciñen ó ganan terreno, á los que aunque toman bien el engaño se acercan mucho al cuerpo del diestro y le pisan casi el terreno.

Se llaman toros de sentido á los que distinguen desde luego el cuerpo del lidiador del objeto que se emplea para el engaño, sin hacer caso de éste y procurando rematar en aquél, aun cuando el capote lo vele ó la muleta flameando les llame la atención hacia la salida. Con reses dotadas de tan grandes resabios, no es imposible, como generalmente se cree, el ejecutar suertes de lucimiento; pero su práctica exige que el lidiador tenga, además de un conocimiento exacto del animal, el arte preciso para empaparle, llevarle al engaño y distraer su atención, valiéndose de recursos que cambian por completo sus condiciones. Estos recursos no pueden tener reglas determinadas, porque los mejores y los que más resultados dan son los que se improvisan, como lo hace Rafael Guerra, ante la cabeza de los toros y en el momento oportuno. En esto verdaderamente consiste la maestría del lidiador.

Los burriciegos son de varias clases:

Unos que ven mucho de cerca y poco á distancia, y parten con codicia cuando se les consiente: otros que, por el contrario, ven poco de cerca y mucho de lejos, y como no distinguen bien acometen á cuanto se les pone por delante y buscan el bulto, por ser lo que más se les destaca; otros que no viendo lo suficiente de ninguna manera siguen al torero, sin rematar, y otros que ven bien de un ojo y mal del otro, y pierden por tanto de vista á los bultos en cuanto se pasan de uno al otro lado.

Los toros inciertos son aquellos que, atendiendo á todos los objetos que se mueven á su alrededor, no se concretan á perseguir á uno solo, sino que quisieran hacerlo á todos á un tiempo.

Como su nombre indica, se tiene por cobarde al toro que esquiva la pelea y toma camino contrario al en que se le cita,

y si acomete lo hace acosado, saliéndose al punto y buscando que le dejen libre.

Y, finalmente, se denominan blandos los que se duelen al castigo y en cuanto lo sienten buscan la salida coceando y torciendo el cuello.



CAPITULO III

Prueba de caballos y reconocimiento de los mismos.—Cuadrillas, su composición y presentación en el redondel.—Colocación del personal necesario para empezar la lidia.

Una de las operaciones que menos debieran tenerse en olvido por la importancia que revisten para el más brillante resultado de la fiesta, es la prueba de los caballos que han de servir á los picadores en la ejecución de la suerte que les está encomendada.

Esta prueba cuando hoy se practica se hace de una manera tan deficiente, que apenas si la dan importancia la mayoría de los picadores á quienes interesa en primer término, unas veces por llegar á los puntos en que se celebran las corridas con pocas horas de anticipación y otras por razones que están en el ánimo de todos y que no suelen trascender á noticia del jefe de la cuadrilla.

Sea por una ú otra causa, el resultado es que á veces ni se lleva á efecto, y de aquí que en no pocas ocasiones en cuanto comienza la función y salta al redondel un toro voluntario para este tercio y de poder, se susciten frecuentísimas disputas entre el contratista encargado de la provisión de caballos y los picadores, dándose á veces el caso de

negarse éstos á montar por creer que no reúnen las condiciones precisas sus cabalgaduras.

Y justo es confesar que la mayor parte de las veces tienen razón.

En efecto, no basta que los caballos sean de la alzada reglamentaria, de un metro cuarenta y cinco centímetros, y estén bien presentados, sino que han de reunir á la consistencia necesaria para aguantar de la mejor manera posible la acometida de los toros, el estar bien de boca y ser fácilmente manejados, á fin de evitar los percances que de otro modo pudieran surgir, puesto que el jinete tendría que pelear á la vez con dos enemigos: el toro que acomete y el caballo que no se deja regir.

Para obviar todos estos inconvenientes, á fuerza de experiencia y á fines del siglo anterior, cuando las corridas fueron tomando el carácter que hoy conservan, se dispuso el reconocimiento de los caballos que habían de servir para las corridas, y al que tenían que asistir uno de los espadas, regularmente el más antiguo de los anunciados, un delegado de la autoridad, los veedores veterinarios, los picadores y el encargado de dar el servicio de caballos ó persona que haga sus veces ó tenga su representación, con el personal de mozos de servicio necesario.

Y de tal manera se llegó á velar porque esta operación se practicase á conciencia en algunos tiempos, que hasta el jefe político D. Melchor Ordóñez la presencié no pocas veces é hizo meter en cintura á algunos contratistas y picadores, sin que disimulara la más pequeña falta ó transgresión á unos y á otros.

Antes de comenzar la prueba debe el contratista presentar en las cuádras el número de caballos que se marque en contratos ó reglamentos para su reconocimiento por los

veedores, quienes los darán por aptos para la prueba si tienen la marca exigida y la salubridad necesaria.

Inmediatamente después ó á una hora convenida, los picadores probarán las condiciones de los caballos, escogiendo para picar tres de primera y dos ó tres de los llamados de comunidad.

Para verificar esta prueba, se ensillarán los caballos como si fueran á salir á la plaza, y una vez así prevenidos los picadores, valiéndose de una garrocha sin puya, detienen el caballo y empujan como si se las hubiesen con un toro, sobre la pared ó algún poste ó pilarote de madera destinado al objeto, haciendo al salir fuerza de riñones para conocer si tienen la resistencia requerida en los cuartos traseros y ver al mismo tiempo si son ó no manejables y sensibles para las riendas en el momento de echarse fuera de la suerte.

Reconocidos y probados los caballos, se procederá á su reseña y marca, con objeto de que al comenzar la corrida no se susciten reparos y disputas que tiendan á retardar la salida de cualquier jinete, y, por lo tanto, á entorpecer en lo más mínimo la marcha regular del espectáculo, dando origen á la impaciencia del público ó á que los toros codiciosos se enfrien, perdiendo esa bravura tan precisa para el lucimiento de la suerte de vara.

Practicados la reseña y reconocimiento, los veedores ó profesores veterinarios extenderán las certificaciones correspondientes, entregándose una de ellas al delegado de la autoridad encargado del turno de salida que ha de tener cada picador.

Nada más añadiremos respecto de la importancia que debe tener la prueba de caballos, puesto que en el ánimo de todos está el comprender las transcendencias que tiene, no

sólo para el orden del espectáculo, sino también por las alteraciones que puede producir en la lidia.



Patio de caballos.

A las autoridades, por su intervención en el espectáculo, y á los matadores por lo que les interesa, se debe encomendar el que se cumpla con todo rigor este requisito indispensable, puesto que de la ejecución del primer tercio de la lidia, depende el que los toros sean más ó menos manejables en los demás.

A un picador que sale mal montado no se le puede exigir que haga proezas, sino que se defienda de la mejor manera posible; pero, en cambio, si el caballo tiene las condiciones precisas, podrán el espada y el público exigir al jinete que tome á los toros en la forma que marcan las buenas prácticas y entre á picar allí donde las condiciones de la res lo permitan, sin traspasar en modo alguno la línea que le está vedada, sino en casos excepcionales.

Y no se debe cuidar únicamente de las condiciones de resistencia, dureza de boca, resabios, etc., sino como hemos apuntado antes, de la salubridad del caballo también; y del mal resultado de este examen depende en la mayoría de los casos la gravedad de las cogidas; pues bien puede suceder que el toro, acabe de herir á un caballo que padezca alguna enfermedad infecciosa, el muermo por ejemplo, y llevando en las astas el germen del mal, se le inocule al diestro que coja después, aunque la herida no sea producida sino por un leve puntazo; al correr de la pluma, y sin buscar ni recordar más antecedentes, citaremos el caso del célebre espada Antonio Sánchez (*Tato*), á quien hubo necesidad de amputar una pierna de resultas de la cogida que le imposibilitó de seguir toreando, por habersele declarado la gangrena, efecto de la referida causa.

*
* *

Desde que los picadores dejaron de ser ajustados directamente por las Juntas de hospitales y las empresas, y entraron á formar parte del personal subalterno de un espada, se formaron las cuadrillas, que desde entonces se componen de

El espada, jefe,
Dos picadores,
Tres ó cuatro banderilleros
Y un puntillero.

Los espadas deben cuidar muy mucho de la elección de los diestros que han de servir á sus órdenes, porque de ella depende no poco el lucimiento que haya de tener su trabajo.

Un toro mal picado y mal banderilleado, lógico es que no llegue al último tercio en condiciones para que el espada

pueda torearle con el desahogo que se requiere, ni entrar á matar con conciencia, puesto que llegará descompuesto á sus manos.

En cambio, cuando á los toros se les da el juego que sus condiciones requieren, y son bien picados y banderilleados en regla, el espada tiene ancho campo para lucir sus conocimientos y ajustarse á cuanto previene el arte en el momento de matar, el más difícil y arriesgado de cuantos tiene la lidia.

Por consiguiente, ¿cómo no han de ser circunstancias indispensables en el picador la robustez, la fuerza y tanto ó más el conocimiento exacto de la suerte á que su misión se reduce?

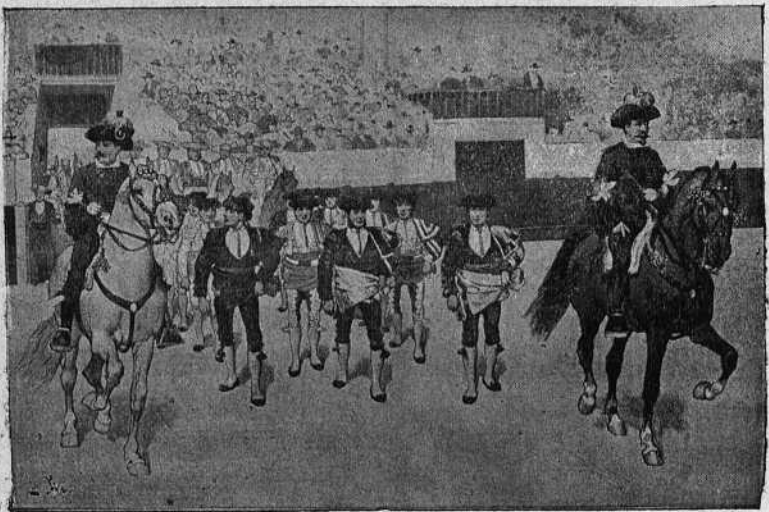
El banderillero tiene que ser, además, un peón para la brega. El espada, cuando no empuña la muleta y el estoque, auxilia con su capote y quita los toros; pero al picador no se le exige otra cosa que ser buen jinete y saber detener y despegar y librar á su cabalgadura de las acometidas de los toros.

El banderillero debe poseer, asimismo, el conocimiento exacto de todas las reglas necesarias en la profesión á que se dedica, y torear en la persuasión absoluta de que, aparte del lucimiento con que las circunstancias pueden favorecer su trabajo, éste no es sino un detalle preparatorio para la labor del espada, y que ha de reunir á la agilidad indispensable un rápido golpe de vista para examinar las condiciones de las reses y torear ajustándose á ellas, corrigiéndolas y escogiendo con mirada segura el momento oportuno de entrar á clavar los arponcillos y evitar las salidas en falso, que, no estando hechas á propósito y con conocimiento, dejan aprender demasiado á los toros. Otro tanto decimos del puntillero, cuyas indecisiones son causa,

la mayor parte de las veces, de que se desluzca la faena del matador, teniendo éste que muletear y estoquear de nuevo.

*
* *

Verificado el despejo, que antiguamente solían hacer fuerzas montadas del ejército ó institutos populares, tiene efecto la presentación de las cuadrillas que han de tomar parte en la fiesta, haciéndolo en perfecta formación y cruzando el redondel hasta el sitio ocupado por la presidencia.



Salida de cuadrillas.

El orden de esta presentación á que la gente aficionada da el nombre de paseo, y es uno de los actos más lucidos de la fiesta por lo vistoso del conjunto y la espectación que produce, es el siguiente:

Abriendo la marcha van los alguaciles ó personal que haya efectuado el despejo.

A continuación, y guardando una distancia prudencial,

ocupan la primera fila los espadas: el más antiguo en el lugar de la derecha; el que le sigue en categoría en el de la izquierda, y en el centro el ó los de alternativas más recientes.

Detrás de estos, solo, el lidiador que en los carteles figure como sobresaliente.

Detrás, y en dos filas, los banderilleros por orden de antigüedad de las cuadrillas, los puntilleros y los chulos encargados de abrir la puerta de los toriles y dar las banderillas á los peones.

A continuación, y también por riguroso orden de antigüedad, los picadores, y detrás de ellos los mozos del servicio de plaza, cerrando la comitiva los tiros de mulillas, engalanadas convenientemente y guiadas por sus respectivos ramaleros y zagales.

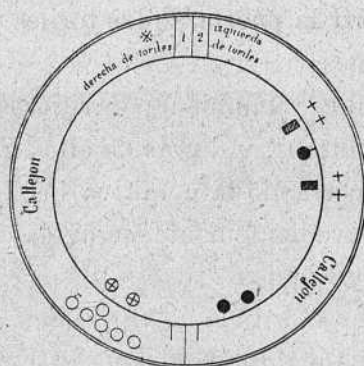
Una vez hecho el saludo á la presidencia, los picadores de tanda y los llamados de entra y sal se proveen de las garrochas reconocidas y marcadas de antemano, y todos los lidiadores ocupan los sitios de plaza que la experiencia ha señalado como más convenientes y son ó deben ser por lo menos:

El de los picadores, cerca de las tablas, á la izquierda de los toriles, y á una distancia aproximada de diez ú once metros, el más moderno, y á catorce ó quince el otro, ambos en disposición de picar, toda vez que es lo natural y casi seguro, que ellos sean el blanco más fácil que encuentre el toro en su primer ímpetu.

Entre uno y otro picador se situarán, bien el espada que ocupe el último turno, ya el sobresaliente ó el peón que designe el jefe del redondel, para estar á la defensa del picador. El que tenga esta obligación podrá estar en el estribo ó entre barreras, á igual distancia de los dos picadores.

Frente á la puerta de salida habrá un par de peones con los capotes prevenidos, para llamar en caso de necesidad la atención de la res y acudir con prontitud á la menor eventualidad que suceda.

Los espadas se situarán convenientemente, y donde consideren que es más necesaria su presencia, para seguir las



N^o 1 y 2 - Puertas de toriles

- - Picadores
- - Tercera espada ó sobresahente, pegado á los tableros
- ⊕ - Primera y segunda espada
- - Peones auxiliares
- - Peones de descanso
- + - Monos sabios
- * - Agente de la autoridad para impedir se cambie la salida de los toros.
- | - Barrera
- | - Contra barrera.

Redondel: sitios que deben ocupar picadores y peones antes de la salida del toro.

peripecias de la lidia ó abrirse de capa ante el toro que les corresponda, caso de que éste saliera abanto y con muchas facultades, á fin de cohibirle éstas y llamarle la atención para que se fije en los objetos.

Los peones á quienes corresponda estar entre barreras procurarán situarse en lugar distante de los toriles, y por el

callejón no circularán sino los operarios y dependientes que sean precisos, debiendo evitarse asimismo y con toda energía que en la parte de barrera que corresponde á la derecha de los chiqueros y más especialmente al exterior, se sitúe persona alguna con objeto de llamar la atención de los toros en el momento de su salida, para que modifiquen el viaje que naturalmente emprendieron.

El director de lidia, en uso de las amplias atribuciones que tiene concedidas dentro del redondel, y á fin de evitar abusos, cuidará de que estos detalles se ultimen con rigor, prohibiendo de igual modo á los llamados monos sabios que permanezcan en el redondel y marchen en grupos detrás de los jinetes con el pretexto de llevar del diestro á los caballos y arrearlos.

El picador debe entrar solo á practicar la suerte, y cuando más, seguido de uno de los monos, yendo los demás que están encargados de levantarle en las caídas por dentro del callejón, hasta que sean necesarios, en cuyo caso saltarán al redondel, abandonándole inmediatamente de cumplir su cometido.

Prevenida la gente en esta forma, llega al fin el momento con tanta impaciencia deseado por el público, ese minuto de espectación y anhelo en que las ávidas miradas de los asistentes se concentran en la puerta roja que ha de dar escape al agente más indispensable de su fiesta favorita; ese minuto durante el cual, y á creer á *Cúchares*, el torero no sabe dónde se ata la faja, y que tiene el privilegio de sus-pender en todos los labios la conversación más interesante, porque el alma, entregada á la curiosidad y las ideas á la asechanza del deleite, no tienen otro desco en cuanto el presidente hace la tan conocida señal y vibran los agudos clarines como toques de guerra, que uno solo y no pareci-

do á ningún otro, el de admirar al toro que sale desafiando, revolviéndose y presagiando en su encendida mirada que brilla al sol y en la deshecha baba que arroja á un lado y otro como ténues hilos metálicos, un capítulo de horrores que por misterio inexplicable de nuestro organismo si los condena la conciencia, tienen la facultad exclusiva de electrizar el pensamiento, suspender el ánimo, y producir ese aplauso que desde el primero al último día del mundo, desde el siglo de Caracalla hasta estos siglos civilizados y pusilánimes, resonando á través de todos los tiempos y levantando ecos en todos los países, estalla ante todos los espectáculos horribles, sí, pero marcados con un sello de grandeza indudable.

* * *

Franqueada la puerta del toril y ya el toro en la arena, es difícil conocer por su presentación sus condiciones de lidia, á no ser en casos excepcionales; porque, generalmente, todos salen con ligereza suma buscando libertad y deseando imprimir movimiento á sus remos, inactivos durante las horas que permanecieron encerrados y faltos de luz.

La salida de los toros, y muy especialmente la del primero, como hemos dicho, es hermosa y de un gran efecto, aun para aquellos que asisten continuamente al espectáculo.

Entre las distintas direcciones que sigue al salir, se conoce por *natural* cuando se dirige hacia la izquierda y al sitio ocupado por los picadores, á los que unas veces acomete y derriba, ensañándose con los caballos; otras, pasa por delante y sale rebrincando si por ir muy cerca le castiga el jinete, y otras pasa de refilón, sin acometerles y tomando el terreno de fuera, recordando tal vez las puyas de

la tiente, puesto que el toro, como es sabido, no es de los animales que están más exentos de memoria.

Otras veces se dirigen hacia la derecha, diciéndose entonces que toman *dirección contraria*, y á la carrera y sin fijarse pasan barbeando las tablas, dando en esta forma una ó dos vueltas por el redondel, hasta que paran, bien porque se les haya llamado la atención tirándoles un capotazo ó bien porque se hayan fatigado en aquella primera intentona.

Otros no toman ni una ni otra de las mencionadas direcciones y parten como una flecha, recorriendo, por decirlo así, el diámetro del redondel hasta la parte opuesta del chiquero, donde deben estar situados dos peones, á los que persigue, cerniéndose cuando se aproxima y rematando en las tablas ciego de coraje y ansioso de coger al bulto que ha visto y se le ha escapado guareciéndose en el callejón.

Algunos de éstos al llegar á los tableros, sin hacer caso de capotes ni de objeto alguno y sin cornear en la barrera, la saltan, siguiendo en un principio al bulto que al salir del chiquero les llamó la atención; pero luego, buscando solamente espacio en qué correr.

A estos toros hay que embeberlos en seguida para que no intenten nuevamente el salto, que es una de las causas principales de que se conviertan de nobles y bravos tal vez en huidos y querenciosos.

Otros de los que toman la dirección referida, y en contraste con los anteriores, no llegan á las tablas, sino que se quedan en los medios ó en los tercios contrarios moviendo la cara en diferentes direcciones y á veces girando todo el cuerpo sobre las manos con presteza, dando frente hacia los diversos bultos que ven moverse á su alrededor, como

vacilando sobre á cual de ellos han de dirigirse en primer término, dándose el caso de que al agitarse cualquiera de ellos haga un movimiento de avance hacia él, retrocediendo de nuevo hasta el sitio en que estuviera antes parado como en espera de ocasión más propicia para su embestida.

Esto suelen ejecutarlo los toros burriciegos, por las causas que son propias á los grados de vista que tienen.

Hay toros que salen pausadamente, dirigiendo la vista en todos sentidos, andando así algunos metros, hasta que se paran para arrancar de pronto sobre los bultos que primero divisan.

No falta alguno que saliendo de este modo y al mover un peón la percalina cerca del lugar donde el toro se encuentra, en vez de acudir á este, se revuelva, retroceda, cocee, rebrinque y tome viaje en dirección contraria á la en que se le ha llamado la atención.

Otros de índole distinta, en el momento de pararse escarban la arena á intervalos, humillan y mugen con fuerza como para aprestarse al combate que presienten, y en el que para no llevar la peor parte empiezan indicando su defensa y los pocos deseos que tienen de entrar en pelea.

Hay ocasiones en que al salir el animal, y no bien rebasado el dintel de la puerta y al sentir el ruido que esta produce al cerrarse, se revuelve corneándola con furor, habiendo otros, por el contrario, que salen con velocidad, se detienen de pronto en los medios, efecto á veces del deslumbramiento que les produce la transición violenta de la oscuridad en que han permanecido á la viva luz que ilumina la plaza, y allí situados se encampanan y desaffian.

La dirección que tomen los toros depende de un detalle cualquiera; una voz ó el golpe de una vara contra los ta-

bleros, basta para hacerlos torcer su camino y mostrar aptitudes, á primera vista, muy diferentes á lo que en verdad son. Es difícil, muy difícil, conocer por la salida ó dirección que tome el toro sus condiciones, toda vez que éstas se desarrollan y cambian en el transecurso de la lidia, obediendo á tantos detalles.

¡Cuántos juicios anticipados y errores no se oyen emitir en la plaza á verdaderos aficionados, que padecen la obsesión de decretar *á priori* lo que el animal ha de ser! Ese toro es blando, y el toro se muestra luego codicioso y recarga. Ese toro será huído, no hay más que ver cómo sale, y el toro se cambia en aplomado ó bravucón.

Insistimos en este punto; las condiciones de los toros, y este es el conocimiento de ellos, se ven á medida que se desarrollan, como es lógico que suceda, pero por la salida ó por la dirección no se pueden adivinar.]

CAPÍTULO IV

El torero.—Anatemas que mereció la profesión.—Cualidades de que debe estar adornado el diestro.—Los trajes.—Capotes de brega.—Terrenos.—Modo de atacar y defenderse.—A qué se llama ver llegar los toros.

La profesión de lidiador de toros, hoy tan considerada, floreciente y objeto de singulares atenciones para todas las clases de la sociedad, no mereció la misma distinción en los pasados tiempos, cuando la fiesta, únicamente practicada hasta entonces por individuos de la nobleza, gentes de armas y caballeros de buen origen, comenzó á ser ejecutada por hijos del pueblo con otro carácter y como profesión, en la que exponían de continuo su vida mediante un escaso estipendio.

Esta fiesta fué execrada por el rey don Alfonso X el Sabio, en su famoso Código de las *Siete Partidas* (1), y anate-

(1) Partida primera.—Ley LVII (respecto á los *Perlados*).

«..... así como no deben alanzar, bohordar ó lidiar los toros ú otras bestias brauas, nin yr á ver los que se lidian... ca si lo fiziesen después que los amonestassen los que tienen poder de lo facer, deuen por ello ser vedados de su oficio por tres años.»

Partida setena.—Ley IV:

«..... é aun dezimos que son enfamados (de derecho) los que lidian con bestias brauas por dinero que les dan... Ca estos atales, pues que sus cuerpos auenturan por dineros, en esta manera bien se entiende que farían ligeramente otra maldad por ello.»

En la Partida VI, y tratando de las causas que podían justificar el desheredamiento de un hijo, dice:

matizada por el papa Pío V, que en su bula *De Salute* condenó la lidia de toros, fulminando entredichos contra los príncipes que las consintieran en sus reinos, y en otra lanzó EXCOMUNION MAYOR contra los lidiadores, privándoles de sepultura eclesiástica en caso de morir en su arriesgado ejercicio, bulas que fueron modificadas más tarde por la Constitución XLVIII del Papa Gregorio XIII y el rescripto de Su Santidad Clemente VIII, en vista de lo poco que consideraba aquellos documentos pontificios, el cristianísimo rey don Felipe II, cuya hábil política no consentía que decreto alguno del orden religioso ó civil se antepusiese á su voluntad soberana, que lo absorbía todo, hasta el punto de que hubiera podido exclamar mejor que Luis XIV: «*Yo soy el cielo y el Estado y Dios y el rey*»; y es que á Felipe II, que ya había tenido en poco la petición aprobada por las Cortes de Castilla en 1566 para que no se corrieran toros, no se le ocultaba el profundo arraigo que en las costumbres de su pueblo tenía una fiesta que, en vez de perjudicar, engrandecía, conservando con su ejercicio el vigor y la disposición de sus hombres para el combate.

* * *

Las condiciones de que debe estar adornado el torero de á pie para el mejor ejercicio de las suertes y lucimiento en ellas, son:

Valor, agilidad y conocimiento de los preceptos de la Tauromaquia.

«Eso mismo sería si se aienturase por precio á lidiar con alguna fiera braua.»

Partida tercera.—Ley IV:

«Non puede ser abogado por otro, ningún ome que recibiese precio por lidiar con alguna bestia... Porque cierta cosa es quien se aienture á lidiar por precio con bestia braua, non dubdaria de lo resibir por fazer engafio ó enemiga de los pleytos que ouiesse de razonar.»

El valor no consiste en esa ciega temeridad de que tantos insensatos alardean, sino en saber conservar delante del toro la presencia de ánimo indispensable para ejecutar en el momento preciso la suerte requerida, pensando más en su perfección que en el peligro que se pueda correr.

La agilidad del torero no se debe confundir con la del acróbata, porque ni se manifiesta en los saltos inoportunos y fuera de la visual del toro, ni en las volteretas innecesarias que acaso puedan deslucir una suerte, ni en el bailotear sin freno delante de los animales que no tienen malas condiciones ni deben inspirar cuidado al lidiador. La agilidad debe traducirse únicamente en la soltura de los movimientos, en la fuerza y velocidad de la carrera, en la movilidad necesaria del cuerpo ó de las piernas para trasladarse de un terreno á otro, al querer sujetar la res, al ejecutar ó rematar una suerte con lucimiento, y al evitar de un solo salto los embroques en el momento necesario.

* * *

Respecto á la indumentaria que usan los lidiadores y por la amenidad que pueda tener, considerándolo como detalle curioso, ya que no como necesario, diremos que antes de que la lidia se regularizase no había, como es lógico suponer, un criterio fijo respecto á la adopción de la forma en que habían de vestir los lidiadores, y únicamente cuando el arte, adelantando sin cesar, dejó destacarse unas cuantas figuras que tomaron á profesión la lidia de toros, fue cuando empezó á existir cierta uniformidad en los trajes.

En la época en que las Maestranzas comenzaron á hacerse cargo de algunas plazas y á organizar corridas, equiparon

de su cuenta á los lidiadores que en ellas tomaban parte, dando á los picadores chaquetillas de grana con adornos negros y á los peones justillos de ante.

En tiempo de Pedro Romero se usó el calzón de ante sujeto por la espalda con trencillas, coletto largo y ajustado de lo mismo, con mangas acolchadas de terciopelo, cinturón ancho de correa, media blanca y zapatos con hebilla.

Después vistieron calzón corto, chupa (1) y chaqueta con aldetas, todo de un color, con adornos negros, media blanca, zapato con hebilla, capote con mangas, sombrero de los llamados de medio queso, trenza de pelo, cofia, redecilla para recoger el pelo y peineta.

En el cartel de la 7.^a corrida de toros celebrada en Madrid el 2 de Julio de 1787, encontramos la siguiente descripción de los trajes que sacaron las cuadrillas de Costillares y Pepe-Hillo:

«La cuadrilla de Costillares va de gusanillo (2) verde ciledón. El espada lleva en el vestido guarniciones de galón de plata por las costuras y rapacejo (3) de plata por los cantos.

»Las dos medias espadas, Garcés y Ximénez, vestirán del mismo color, llevando el galón de plata de las costuras más angosto que el del espada, sin flecos ni ojuelas.

»Los banderilleros de esta cuadrilla, Juan José y *Mancheguillo*, irán del mismo color sin galón en las costuras, con ojal y botón de plata.

»*Pepe-Hillo* vestirá traje de gusanillo tornasolado, batido, dorado y color botella, llevando igual guarnición que *Costillares*.

(1) Especie de chaleco largo.

(2) Género de hilo de labor menuda.

(3) Franja.

»Igualmente corresponden en guarniciones y adornos las dos medias espadas de esta cuadrilla Francisco Herrera y Francisco de Paula Maligno, y los banderilleros el *Pocho* y Manuel Nona.

»Capas: Primera cuadrilla, encarnadas. Segunda, azules, con galón de plata en el cuello las de los dos espadas.

»Los picadores Manuel Ximénez, Diego Molina, Laureano Ortega y Alberto Cordero y Carmona, llevarán casaquillas de la misma tela y color que la cuadrilla de *Hillo*, y las chupas de la misma tela y color que la de *Costillares*, con las guarniciones respectivas y correspondientes á los dichos dos primeros espadas. Las cintas de todos de color de leche y plata.

»Los que alargan banderillas llevarán vestidos blancos de lienzo guarnecido de azul, y el que abre el toril guarnecido de encarnado.»

Á principios del siglo actual, Curro Guillén y *Sentimientos* añadieron nuevos adornos, no sólo de plata, sino también de oro, á los vestidos; trocaron por seda el gusanillo y sustituyeron la trenza, la cofia y la peineta por la coleta y la moña.

El traje de los toreros de hoy es muy costoso y de un gran efecto.

Los lidiadores de á pie llevan chaquetilla y pantalón corto, llamado generalmente taleguilla, de punto de torzal de seda, bordado en oro, plata ó pasamanería á los lados, claleco de tisú, faja y corbata de seda, estas dos cosas de un mismo color, montera andaluza con caireles, media de seda ó algodón finísimo, blanco ó color rosa, y zapatillas sin tacones con lazo en lugar de hebilla. Capote de paseo de la forma de las capas usuales, confeccionado con tela de seda, con forros de seda también, con profusión de

bordados en la esclavina, parte exterior correspondiente á los embozos y en la parte media inferior de la espalda.

Los capotes de brega tienen hechura semejante á los de paseo y están confeccionados con telas fuertes de algodón, hilo ó seda crudos de algún peso, para que el viento los mueva lo menos posible, y con el suficiente vuelo para despedir sin esfuerzo á las reses después de cargar la suerte más ó menos, según las facultades y condiciones que tengan los toros para la práctica de cada una de ellas.

Para dar más facilidad á su manejo, cuando precisa llevarlo sujeto por una de las puntas con el fin de correr á los toros de un lado á otro de la plaza, entre los forros, y en la misma punta, se dispone un corcho ú otro objeto que sirva para sujetar.

*
* *

Hecho el anterior relato, y antes de comenzar la definición técnica y explicación de cada una de las variadas suertes que comprende tanto el toreo de á pie como el de á caballo, explicaremos el significado de algunos términos que el lector ha de ver empleados constantemente en esta obra para su mejor inteligencia.

Uno de ellos es el que se usa para determinar el sitio que en cada suerte deben ocupar el diestro y el toro, y se conoce bajo la denominación de *terrenos*.

La división de los terrenos no es la misma para la práctica de las suertes de á pie que para las que se verifican á caballo.

En las suertes de á pie, el terreno del toro es el que media desde el punto en que está colocado para la ejecución de la suerte hasta los medios de la plaza, y el terreno del diestro, el que resta desde el punto en que se halla el cornúpeto hasta la barrera.

Como en la suerte de picar los terrenos cambian según las posiciones en que aquella se verifica, y nos proponemos explicar al lector las variaciones de terrenos que en dicha suerte pueden ocurrir cuando detallemos las mismas, diremos ahora únicamente que por lo general se conoce por terreno del toro, el que se extiende á la izquierda del picador, sitio al que debe penetrar el cornúpeto por delante de la cabeza del caballo; y por terrenos del picador, los que deja más pronto la salida de la fiera después de embestir, ó sea el que en aquella actitud marcan sus cuartos traseros.

De esta clasificación de terrenos se deriva el que los diestros encargados de hacer los quites, ocupen un puesto á la izquierda de los jinetes, y á distancia conveniente de éstos, sin rebasar la línea de los pechos de los caballos para que los toros no entren inciertos, y en el momento de salir de la suerte, recogerlos y evitar que se revuelvan sobre el bulto que acaban de dejar.

Centro de la suerte se denomina, tanto en los lances de á pie, como en los que ejecutan los picadores, el punto en que se verifican unos y otros, ó sea en la línea divisoria de los terrenos del toro y de los lidiadores; cuando engendrando la fiera el derrote, el lidiador carga la suerte y sale de ella por pies, ó valiéndose de un quiebro, pasando entonces el torero al lugar ocupado antes por el toro y viceversa.

* * *

En el toro predominan dos cualidades esencialísimas:

La desconfianza de cuanto le rodea.

La acción ofensiva.

El menor ruido llega hasta él.

El roce de una vara en el suelo, los pasos que oye resonar á su espalda, aunque se produzcan con la mayor

precaución, todo le hace volver el cuerpo de frente, enderezar las orejas ó encampanarse.

El más leve objeto que se le presente ante los ojos en cuanto sale á la plaza, es causa de su acometida.

Su instinto le enseña todo lo que puede esperar de aquellos bultos que ve moverse á su alrededor y en los que al acercársele sólo puede encontrar dos cosas:

La burla que le exaspera, ó el golpe que le hiere.

Para vengarse y evitar lo primero, ó persigüé con encono y acude, ciñéndose, buscando codicioso el bulto y ganándole terreno para descubrirle, ó esquivando los objetos que se le aproximan, busca únicamente la defensa, tapándose, alzando el testuz para no dejar al descubierto el sitio del nacimiento de la médula, que es en su cuerpo lo más vulnerable.

En todas las suertes puede observarse la defensa del toro, pero donde más suele distinguirse, es en la de banderillas.

Al aproximarse el banderillero, el toro que se defiende, humilla para estar preparado y dar con más rapidez el derrote, mete el hocico entre las manos, escarba y sopla.

Otras veces, por el contrario, espera con la cabeza alta, volviendo el cuerpo en la dirección del lidiador, pero sin humillar, viéndose entonces precisado el banderillero á alegrarle con la voz al entrar en la suerte, saliendo muchas veces desarmado. Del mismo modo se defienden ante el matador, bien tapándose sin humillar, derrotando alto ó llevando la cabeza al suelo.

Los cornúpetos en su acción defensiva son más ó menos torpes, habiendo algunos que no hacen más que hocicar ó topar sin bajar la cabeza. Y otros que elevan mucho el derrote.

Todos cornean mejor de un lado que de otro, inclinación que se nota desde las primeras acometidas, y que no debe pasar desapercibida para los diestros desde que la res sale del toril, si quieren practicar las suertes con más seguridad.

* * *

En las teorías taurómacas se comprende bajo la donominación de *ver llegar los toros*, á las condiciones de presencia de ánimo ó serenidad con que el torero espera la acometida de la res para efectuar la suerte, entendiéndose que en la mayor parte de los casos, la carencia súbita de esta serenidad, una duda momentánea que sugiera el desconocimiento de lo que se intenta practicar ó el aceleramiento que impide al llegar el toro á jurisdicción, ver si se debe ó no enmendar el terreno, si se ha de esperar inmóvil el ataque, separar, acortar ó agrandar el engaño, son la mayor parte de las veces el origen de las grandes cogidas.

Al arrancar el toro, y juzgando por su movimiento de avance, debe brotar rápidamente en la imaginación del torero, todo el plan de la suerte y modo de salir de la misma.

Antes de sacudir el capote frente á la cabeza del animal, hace falta una cosa:

Dominio sobre él.

Este dominio se alcanza únicamente con la exacta apreciación de sus defectos y condiciones en general.

En la ejecución de la suerte, debe desaparecer una cosa:

La duda.

Sin la duda podrá salirse bien ó mal, con aplausos ó sin aplausos, pero ileso.

Sintiendo la duda como causa preliminar, lo más probable es sufrir alguna cornada.

Otro defecto hay, del que debe prescindir el lidiador siempre que pueda.

Y decimos siempre que pueda, porque consideramos muy difícil evitarle en ciertos momentos en que la vanidad nos ciega y el amor propio nos hace considerar como cosa despreciable la vida:

La obcecación.

Esa es la peor consejera de los toreros, toda vez que se produce en los casos desesperados, cuando la impaciencia del público ó el mucho tiempo que se lleva empleado en el intento de la suerte, deciden al lidiador á jugar el todo por el todo, entregándose, sin meditar las consecuencias que su impremeditación le puede traer, ó destruyendo si á mano viene una faena perfectamente llevada en principio, y que se desea concluir cuanto antes, abreviando del peor modo y haciendo caso omiso de las consideraciones que al público se deben.

En la ejecución de los recortes y cambios, es también muy necesaria esta presencia de ánimo al ver llegar los toros, teniendo especial cuidado de observar cuándo el enemigo entra en el centro de la suerte, para en el instante preciso en que meta la cabeza con el deseo de coger, practicar aquellos con seguridad, volviendo la cara, á fin de observar la salida que toma el bicho, ver si se repone pronto y si le sigue en el viaje, para salir con la ligereza que en tal caso le indiquen sus facultades.

El espada debe tener en mucho el ver llegar los toros en los pases de muleta, porque si no adelantará el pase antes de que el toro tome el engaño, y como no está empapado en él, la cogida es casi una consecuencia indefectible.

Y si en los pases es tan preciso esto, en la suerte de estoquear muchísimo más, por lo complejo de la ejecución y

por lo variado de los movimientos que se han de imprimir á la vez con el cuerpo para hacer el quiebro necesario, con el brazo izquierdo para marcar la salida de la res, y con el derecho para dejar clavado el estoque, imprimiendo otros á las piernas para salir de la suerte con limpieza.

De no reunir el diestro esta condición ineludible de conservar la serenidad necesaria para ver llegar los toros sin adelantar los movimientos que ha de ejecutar, dependen la mayoría de las cogidas que sufren los toreros.



CAPÍTULO V

Modo de correr los toros, pararlos, abrirlos y cerrarlos.—Recortes.—Cambio de rodillas.—Cambios y quiebros.—Salto de Martincho.—Una anécdota.—Salto sobre el testuz.—Salto de cabeza á rabo.—Salto del trascuerno.—Salto de la garrocha.

Para correr á los toros con lucimiento y seguridad á la vez, se ha de tener presente que si el animal es de facultades y sus condiciones de vista lo permiten, se le debe tomar desde lejos, sobre todo en las primeras acometidas, echándole el capote bajo, corriéndole en línea recta ó por derecho al principio, y luego, y al sentirse ganado en velocidad, imprimiendo al capote un zig-zag prolongado, que el toro, embebido, sigue, perdiendo así terreno y dando ventajas al torero.

Si tiene pocas facultades, le tomará corto, parándose al citar lo con objeto de que el toro siga tras él, procurando entonces el diestro amenguar su carrera, guardando una distancia proporcionada con la res; pero sin perderla de vista y suspendiendo el viaje si el animal se detiene.

Cuando los toros toman querencia á un sitio determinado y lo que se intente para sacarlos de ella resulta estéril, es preciso consentirles mucho á poca distancia, tomando el capote con ambas manos, abriéndole y reincidiendo hasta embeberle, saliendo entonces por pies y procurando torear-

le en todos los tercios contra la querencia referida, ya que sin este cuidado un solo detalle puede cambiar por completo sus condiciones.

A los toros boyantes, á los revoltosos, á los que se ciñen ó ganan terreno, se les corre con facilidad y sin grande exposición.

Son difíciles de correr los denominados toros de sentido y que conservan facultades, á no ser que el diestro tenga mucha agilidad y esté seguro de que puede hacerlo con ventaja.

Los toros abantos, efecto de rematar en raras ocasiones, pueden ser corridos con facilidad suma, y la mayor parte de las veces sin necesidad de que el diestro busque refugio en el callejón, bastando para desviarles la ondulación del capote en el sentido de su carrera.

Siempre que un diestro la repita tendrá mucha precaución para no atravesarse con su adversario, porque de hacerlo, es fácil taparse la salida, y muy expuesto cambiar la dirección y salirse de la suerte por pies para librar el embroque.

Esta dificultad puede evitarse dando el salto al trascuerno, si el torero tiene suficiencia para aprovechar la ocasión.

Los recortes, tanto de una forma como de otra, se ejecutarán sólo con las reses sencillas y boyantes, aunque tengan muchas piernas. Con las revoltosas sólo los ejecutarán los diestros dotados de verdadera agilidad, porque como son celosas por el engaño y se revuelven fácilmente apoyándose en firme sobre las piernas, no dan lugar á que mejore el diestro de terrenos.

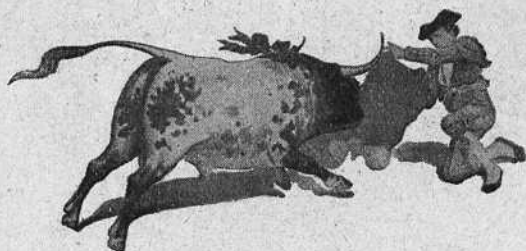
Con las reses que se ciñen ó ganan terreno y rematan en el bulto, es muy expuesta su ejecución.

Esta suerte pertenece á la escuela sevillana de juguetos y adornos, y perjudica mucho á las reses por el destronque que suele producirles, muy especialmente cuando se ejecuta con el capote suelto.

CAMBIO DE RODILLAS

Es una de las suertes más lucidas y vistosas que se ejecutan con los toros á poco de abandonar los toriles y cuando tienen todas sus facultades.

Para efectuarla se coloca el diestro de rodillas en línea recta del animal, le llama la atención con el capote, y cuando parte y llega á jurisdicción, le marca una salida



Cambio de rodillas

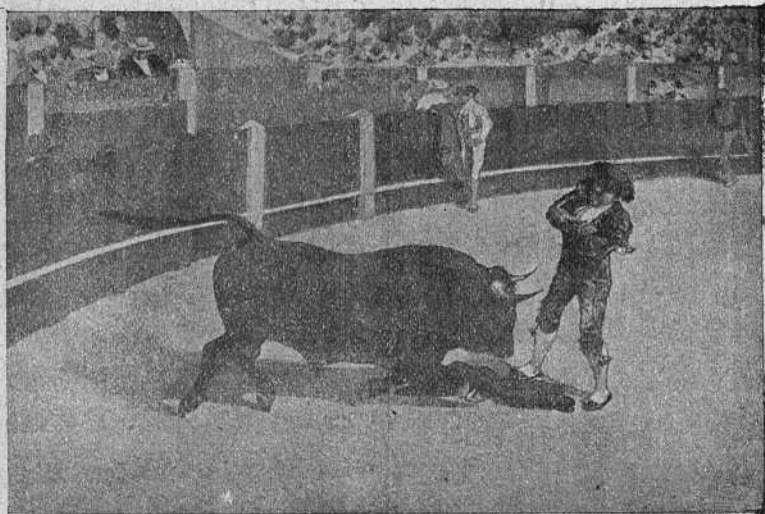
que cambia en el momento de tomar el engaño, levantándose en cuanto el toro pasa. Esta suerte ha sido siempre ejecutada con gran fortuna por Fernando Gómez (el Gallo), quien la ha llevado á la práctica muchas veces aun con toros aplomados.

Si el toro se revuelve con ligereza y el diestro tiene sangre fría, puede repetir la suerte en la seguridad de que la

res, con el segundo destronque que sufre, no ha de hacer de nuevo por el lidiador.

Cuando se ejecuta sin capote, toma el nombre de quiebro de rodillas, y en este caso el diestro, que ve llegar al toro á jurisdicción, se inclina muy marcadamente hacia el lado derecho ó el izquierdo, y cuando el toro humilla para engendrar la cabezada, se marca el quiebro.

Esto es tan puramente matemático y de tal modo hay que aprovechar los tiempos, que si el lidiador adelanta ó retrasa sus movimientos por mal cálculo, es inevitable la cogida.



Quiebro.

Para ejecutar el quiebro llamado á pie firme y á cuerpo limpio, se coloca el lidiador á la distancia que crea conveniente, según las facultades propias y del toro, y en su rec-

titud con los pies unidos y los brazos generalmente cruzados.

En esta forma se llama la atención de la res, alegrándola con la voz ó dando algún salto. Parte el toro y cuando se halla cerca, se inclina muy marcadamente el cuerpo al lado derecho ó el izquierdo, moviendo muy poco los brazos ó dando un paso corto de costado para perfilarse, señalando al toro una salida, y cuando el animal engendra el derrote, vuelve á su primitiva posición.

El lidiador debe efectuar este quiebro muy en corto.

Relativamente á poca distancia del diestro que quiebra debe colocarse un peón, con objeto de llevarse al toro y evitar que se revuelva al verse burlado.

Debe ejecutarse esta suerte con toros nobles y boyantes.

Se practica también cuando el animal sale del chiquero, colocándose enfrente y á poca distancia de la puerta, para evitar que se fije la res en otro objeto y tenga indecisión en su acometida.

El quiebro está muy generalizado en el Mediodía de Francia, y en Portugal se practica con mucha frecuencia el últimamente explicado, que allí denominan *á porta gayola*.

Los cambios, y más generalmente los quiebros, se efectúan no pocas veces á la fuerza, cuando el torero se halla en apurado trance de sufrir una cogida al verse embrocado sobre corto.

La primera vez que según nuestras noticias se practicaron algunas de las suertes antes mencionadas, fué en las corridas reales que se celebraron en la Plaza Mayor de Madrid en el mes de Noviembre de 1725 con motivo de la exaltación al trono de España por segunda vez del rey don Felipe V.

Refieren las crónicas de aquella época, que durante la corrida permanecieron en el centro de la plaza dos hombres embozados y cubiertos con grandes sombreros, los cuales fingían estar en animada conversación; cuando la res partía hacia ellos no se movían del sitio, librando la acción ofensiva por medio de quiebros con el cuerpo, ó cambiándoles la dirección con los vuelos de los capotes.

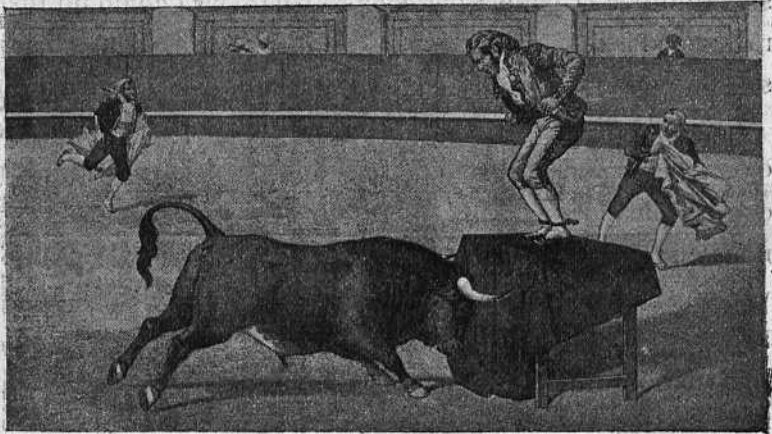


Don Bernardo Falces

Uno de los individuos que tal ejecutaron era don Bernardo Falces, vulgarmente conocido por el licenciado de Falces, natural del pueblo así llamado en la provincia de Navarra. El referido don Bernardo era muy diestro en sortear reses bravas y particularmente en la ejecución de los recortes ó cuarteos á los toros sin deshacer el embozo de su capa ni una vez sola.

Aunque los saltos no tienen utilidad alguna para la lidia, puesto que no modifican las condiciones de las reses, como es arriesgada su ejecución y constituye una prueba del conocimiento y agilidad de los lidiadores que los practican, ó los practicaron, nos ocuparemos de los principales, que son:

El salto llamado de *Martincho*, el salto sobre el testuz, al trascuerno, de cabeza á rabo y el de la garrocha.



SALTO DE MARTINCHO

El salto de *Martincho* es la perfección de uno arriesgadísimo que daba Manuel Bellón (el *Africano*) desde una silla. Para ello se coloca cerca de la puerta del toril y frente á la misma una mesa, de la que pende, por el lado que da frente á los toriles, un capote; sobre la mesa se sitúa el dies-

tro, que al acometer y humillar el toro da el salto, que consiste en salvar el cuerpo de la fiera, para caer por detrás de los cuartos traseros. Requiere mucha precisión y golpe de vista.

Este salto se ha llegado á practicar por algunos teniendo sujetos los pies con grillos y cuerdas.

A propósito de este salto recordamos la siguiente anécdota, atribuída por unos al torero de principios de siglo Alfonso Alarcón (*Pocho*), y por otros á Lorenzo Baden, contemporáneo del anterior.

Sea quien fuere el personaje, el caso es que estaba considerado por la policía del célebre Chamorro como un liberal empedernido, y como á tal se le perseguía sin descanso, buscando un motivo fútil para quitarle de en medio.

Cansado de tal persecución, y un día que se hallaba en cierta taberna del Rastro, donde acostumbraba á reunirse con los picadores Rueda, Juan Monje y otros compañeros, unos cuantos secuaces del absolutismo trataron de promover una algarada, haciendo intervenir en ella directamente al *Pocho* ó á Baden.

Este tuvo la fortuna de magullarlos de lo lindo y escapar después.

Había transcurrido algún tiempo cuando en una corrida de beneficencia se anunció que uno de los lidiadores ejecutaría el salto de *Martincho*.

Aquel lidiador era Baden.

No bien se había colocado la mesa frente á la puerta del chiquero y ya el saltador se dirigía á ocupar su puesto, cuando un policiaco conocido en todo Madrid por sus malas entrañas y más aún por los favores que prodigaba su mujer á propios y extraños, le puso la mano en el hombro.

El torero se volvió rápidamente.

—Haga usted el favor de venir conmigo—exclamó el agente.

—¿Dónde?

—Adonde yo le lleve.

—¿Pero no ve usted lo que voy á hacer?

—¿Qué?

—Voy á dar el salto de *cabeza á rabo*.

—Tiene usted que dar otro salto mejor.

—¿Cuál?

—De *cabeza á la cárcel*.

—Ya voy—respondió Baden; y se plantó encima de la mesa; pero como el obstinado agente se empeñara en hacerle bajar sin tener en cuenta la rechifla é indignación del público, el torero gritó furioso:

—Mire usted: yo tengo que saltar aunque usted se empeñe en impedirlo, y ó doy el salto de cabeza á rabo, ó...

—¿O qué?

—O el del trascuerno—y diciendo y haciendo saltó por encima del sicario de Chamorro, dándole un espolique terrible en la cabeza y excitando las carcajadas del público.

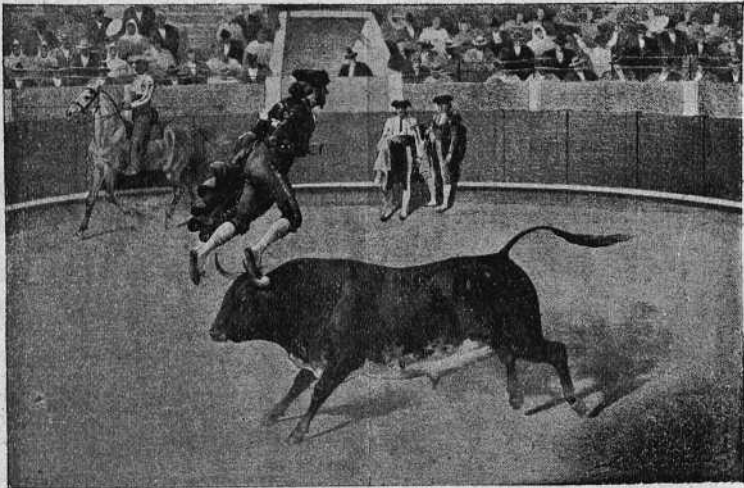
SALTO SOBRE EL TESTUZ

Hay dudas respecto de si fué Lorenzo Fernández (*Lorencillo*) ó José Cándido quien practicó primero el *salto sobre el testuz*, pero de todos modos se sabe que ambos lo ejecutaron con general aplauso é igual maestría,

Hay dos modos de darle: uno consiste en esperar la acometida del bicho á pie firme y en el momento de la humillación poner un pie en el nacimiento de las astas, y dejándose impulsar por el derrote, caer de pie por la cola.

En la otra forma se practica corriendo el diestro al en-

cuentro del toro, y en el centro de la suerte y cuando llega al embroque, aprovechar el momento en que humilla para saltar como queda dicho.



Salto sobre el testuz

Este salto debe ejecutarse únicamente con los toros bovantes que conservan facultades, y nunca con los revoltosos, porque el mismo celo que tienen por todos los objetos y la facilidad de sostenerse sobre las manos, parando de pronto la carrera, puede hacer que se detengan y viendo el bulto por encima rebrinquen y lo enganchen.

Detrás del lidiador que vaya á ejecutar este salto, como en todos los demás, deben situarse convenientemente uno ó dos toreros para llamar la atención de la res, ó auxiliarse después si fuese preciso.

Las raras veces que hemos visto á los diestros españoles intentar este salto han resultado cogidos. Por eso se le llama también salto á la eternidad.

El salto de cabeza á cola, que dió por primera vez en España el célebre saltador francés Paul Daverat, es semejante al del testuz que queda descrito y consiste en saltar sin apoyarse en punto alguno de la res, cayendo pasada la cola del cornúpeto.

Como aquel, puede ejecutarse de dos modos: ó bien esperando el diestro á pie firme la acometida, saltando cuando engendra la cabezada, ó ya saliendo en la rectitud del toro con la velocidad necesaria, y en el instante en que humilla saltar, sin otro auxilio que el impulso del cuerpo del lidiador.

Un peón debe meter el capote con oportunidad para que el toro, atraído por él, continúe su viaje, haciendo caso omiso del bulto que ha desaparecido de su vista.

SALTO DEL TRASCUERNO

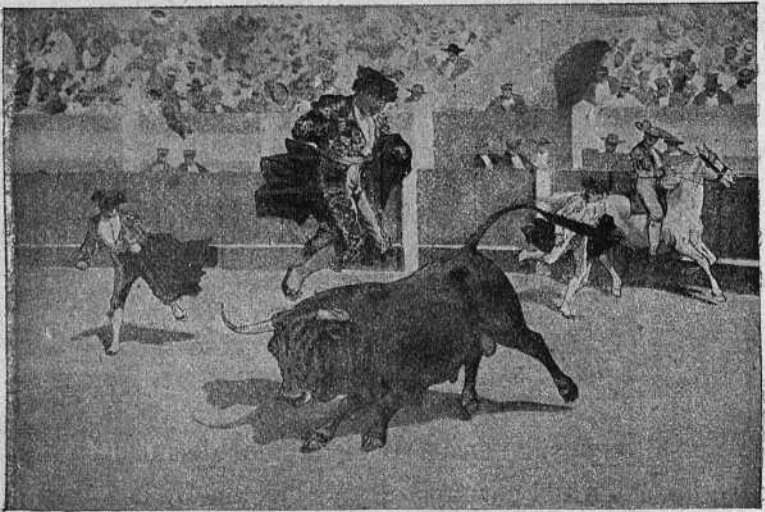
Este salto consiste en pasar el lidiador de un brinco por entre las astas del cornúpeto, y se ejecuta en la forma siguiente:

Sale el diestro á cuerpo limpio, ó cuando más con un capote recogido sobre uno de los brazos en dirección al toro como para hacer un recorte, tomándolo sesgado y procurando que conozca su viaje, y al llegar al centro de la suerte y con la salida tapada, al humillar la res para engendrar la acción ofensiva el torero salta, esquivando la cabezada.

El diestro, en su movimiento de avance, irá deteniendo ó acelerando éste, según las facultades de su adversario,

para llegar al centro de la suerte atravesado y con la salida tapada.

Este salto, que algunos juzgan puede efectuarse con todos los toros, no es conveniente que se lleve á cabo con los toros de sentido, con los que se ciñen ó con los burriciegos que ven bien á largas distancias y poco ó nada desde cerca.



Salto del trascuerno

Con los demás, caso de intentarla, debe el diestro procurar que sea en el estado de levantados ó á poco de haber salido de los chiqueros.

Entre los diestros que lo han ejecutado con gran lucimiento y precisión figuran Montes, Pablo Herráiz y el inspirador de esta TAUROMAQUIA.

SALTO DE LA GARROCHA

Este salto, que de todos los referidos es el que más generalmente se practica y en el que recientemente ha tenido su especialidad el diestro José Lara (*Chicorro*), se ejecuta en la forma siguiente:



Salto de la garrocha

Provisto el diestro de una vara de detener ó picar, sale en la rectitud del toro y lo alegra con el movimiento ó la voz. Al llegar al centro de la suerte clava la garrocha en el suelo, se apoya en ella y, elevándose, va á caer por los cuartos traseros del animal.

Aunque Montes aconseja que el lidiador que lo practique procure no soltar la vara, esto no puede constituir regla, porque depende de las circunstancias, hasta tal punto que

en la mayoría de los casos, y por clavarse demasiado el palo en el suelo, lo quiebra el derrote.

Lo más común es no dejar la vara hasta que se ha practicado el salto, que es lo que hacen cuantos lo realizan.

Esta suerte no puede efectuarse con toros revoltosos ni faltos de piernas.

Se procurará ejecutarla á poco de salir el toro, sin esperar á que haya tomado vara alguna ni haya sido corrido con los capotes.



CAPÍTULO VI

Suertes de capa.—Su objeto.—Capeo á la verónica.—Toros con que debe ejecutarse.—Capeo á la navarra.—Toros apropósito para efectuarla.

Las suertes de capa, siempre vistosas y aplaudidas cuando son ejecutadas con arreglo á lo que prescribe el arte ó la discreción del lidiador, constituyen, por decirlo así, una de las principales bases del toreo, si no la principal, puesto que á ellas se subordinan todas las restantes, y sin el auxilio de ellas ninguna podría llevarse á la práctica.

En la ejecución de las mismas es también donde más pone de relieve el torero las condiciones que le adornan para el ejercicio de su profesión y los muchos ó pocos conocimientos que posee de las reses con que ha de pelear, llevando en la lucha todas las ventajas posibles.

Las suertes de capa, que nacieron cuando la lidia comenzó á hacerse ordenada y fueron perfeccionándose cuando el espectáculo tomó el carácter que conserva, tienen por objeto modificar las dificultades que presentan los toros para la mejor práctica de las que han de efectuarse inmediatamente después, siempre que se hagan en el momento preciso en los terrenos que requieren y no se abuse de su ejecución, porque en tal caso, y en vez de destruir los resa-

bios que presentan los toros, se contribuirá á aumentarlos ó á que adquieran otros nuevos.

Las que se ejecutan á poco de haber salido los toros al redondel, tienen comunmente por objeto el de que pierdan la condición de levantados con que se presentan, y se paren y fijen en los objetos que les llaman la atención.

El diestro debe procurar cuando pueda, y las condiciones de los toros se lo permitan, el parar mucho los pies y mover con agilidad y soltura los brazos.

Del mayor ó menor movimiento que en la ejecución de dichas suertes se imprime al cuerpo, nacieron las dos escuelas denominadas rondeña y sevillana. Aquella, parada y escueta de adornos; ésta, alegre, juguetona y movida.

La suerte primitiva del toreo fué la llamada *natural*, que consiste en colocarse el diestro en su terreno, llamar la atención de la res sosteniendo el capote desplegado con ambas manos y agitándole en caso preciso, y cuando la fiera acomete empaparla y vaciarla por el lado derecho ó el izquierdo, parando los pies lo más posible y tomando viaje una vez ejecutada.

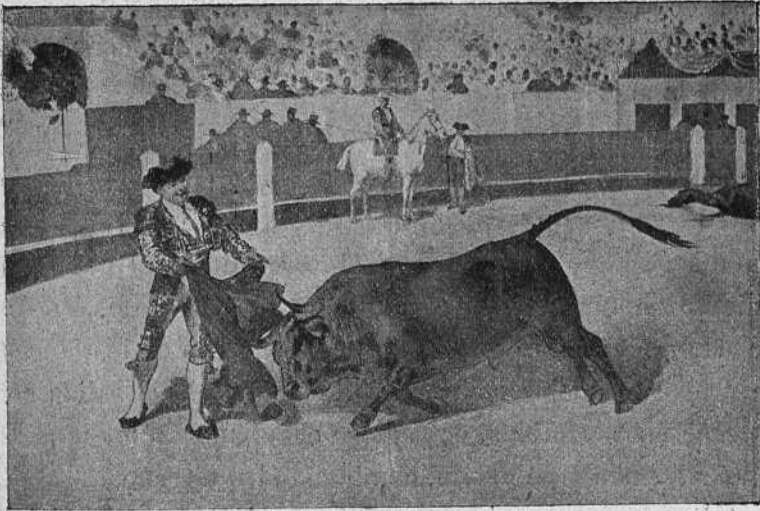
De esta, que puede hacerse con todos los toros, se derivan las demás que hizo necesarias la práctica ó descubrió el arte.

SUERTE DE LA VERÓNICA

La suerte de la *verónica*, que es una de las más seguras y lucidas que tiene el toreo, se debe al diestro sevillano Joaquín Rodríguez (*Costillares*).

Se ejecuta en la forma siguiente: se coloca el diestro de costado, en la rectitud del toro y á la distancia que le indiquen las facultades de su adversario, que procurará esté paralelo á las tablas; le citará tendiendo la capa, que tendrá

sostenida con ambas manos; le dejará venir por su terreno, y cuando llegue á jurisdicción, le cargará la suerte empáñdole bien en el capoté y lo vaciará trayéndose la mano izquierda al costado derecho, y alargando el brazo derecho, ó viceversa, según del lado de que se practique, procurando que la res quede derecha y no atravesada.



Suerte de la verónica

En la posición referida, encontrándose el diestro de costado al bicho, y no de frente, tiene más facilidad para dar la salida y para repetir la suerte sin moverse de medio cuerpo abajo.

La suerte practicada en esta forma, resulta de más lucimiento y más parada que cuando el lidiador da la cara al toro, situándose de frente, porque para repetirla tiene, por lo menos, que dar una media vuelta girando sobre los talones.

A los toros que tienen muchas facultades se les citará á bastante distancia, porque siempre pueden rematarla; y á los que estén escasos de ellas, el cite se hará sobre corto, á fin de que no se queden antes de llegar al engaño ó al centro de la suerte.

A los toros que se ciñen, comenzará á tenderles la suerte desde el momento en que se arranquen para desviarlos de su terreno, y euando lleguen á jurisdicción, les hartará de capa, con especial cuidado de no sacar ni tirar del engaño hasta que el animal esté bien humillado en el referido centro de la suerte.

Estos toros que poco ó mucho ganan en las suertes el terreno que ocupa el lidiador, es de lógica que son difíciles para la verónica, pero se puede ejecutar, desde luego, como queda dicho, siempre que el torero haga el necesario quiebro de cintura prevenido; però si se ve que, á pesar de esto, se cuéla el toro al repetir cada uno de los lances, se procurará mejorar el terreno, ó se le dará la salida con dirección á las tablas, echándose el lidiador á los medios, ó, técnicamente hablando, cambiando los terrenos.

A los toros de sentido, que atienden á todos los objetos, sin fijarse especialmente en el que los cita, se procurará que no vean en el primer lance más objeto que el diestro, y de esta manera se evitará que partan con desproporción.

A los toros de sentido que no obedecen al engaño, y que aun cuando le tomen procuran siempre rematar en el bulto, se les llamará teniendo perfectamente cubierto el cuerpo con el capote, con lo que se les obliga á tomarlo, y aun cuando su remate sea hacia el bulto, se evita no moviendo los pies hasta que el animal haya humillado y tenga la cabeza bien harta de capote, de modo que no pueda ver el

lado de la salida del torero, quien en esta disposición cargará la suerte, y sin tirar todavía de los brazos, con un quiebro mayor ó menor del cuerpo, se saldrá con ligereza dando cuatro ó seis pasos á la espalda para ocupar el terreno que dejó libre la fiera, en cuyo momento sacará la capa por alto, rematando la suerte.

Pepe-Hillo dice oportunamente en su *Tauromaquia*, que estos toros son los más difíciles de llamar, porque sus remates son desde luego al bulto, al que embrocán sobre corto; por consiguiente, y para evitarlo, es preciso que procure el diestro cubrir bien con el capote la cabeza y ojos de la res, y salirse con velocidad por donde sea posible.

Con los toros revoltosos que al darles el remate vuelven con prontitud sobre el objeto que se le ha quitado de la cara y se sostienen con firmeza sobre las patas, se deben seguir las mismas reglas que con los toros sencillos, levantando mucho el engaño para que rematen fuera y den más tiempo á la repetición de la suerte.

Con los abantos ó cobardes también se puede ejecutar el capco á la verónica, siempre y cuando el diestro, al efectuarle, tenga en cuenta que el toro suele quedarse en el centro de la suerte ó antes de llegar á jurisdicción, cerniéndose ó escupiéndose del engaño hacia las afueras ó al terreno contrario.

Tales contingencias se evitan en la siguiente forma:

Cuando toman el terreno contrario se les torea como á los que ganan terreno, y si se quedan cerniéndose en el engaño, el diestro no moverá los pies y los citará hacia fuera; si así acometen los llevará bien empapados, con bastante quiebro de cuerpo, hasta darles el remate para fuera.

A estos toros también puede toreárseles de otro modo bastante seguro.

En lugar de esperar el diestro la acometida á pie firme en el puesto en que le llama la atención, debe recoger y reunir al cuerpo todo el engaño, y marchar hacia la res parando los pies cuando llegue á jurisdicción, y entonces desarrollará de pronto la capa, obligando á su adversario á que la tome, lo que ejecutará por no tener otro remedio, practicándose entonces la suerte.

En esta forma, el diestro consigue á la vez que el toro no varíe de terreno y que se desengañe y en los lances consecutivos acuda bien.

A los toros bravucones se les burla con facilidad, pero es muy bueno darles siempre el terreno de fuera, porque á veces suelen rebrincar al llegar al engaño ó se quedan en el centro sin rematar la suerte. En este último caso, será oportuno que el lidiador adelante el terreno lo necesario y marque dicha suerte de nuevo.

A pesar de todo, esta suerte sólo debe ser ejecutada con toros claros y boyantes.

CAPEO Á LA NAVARRA

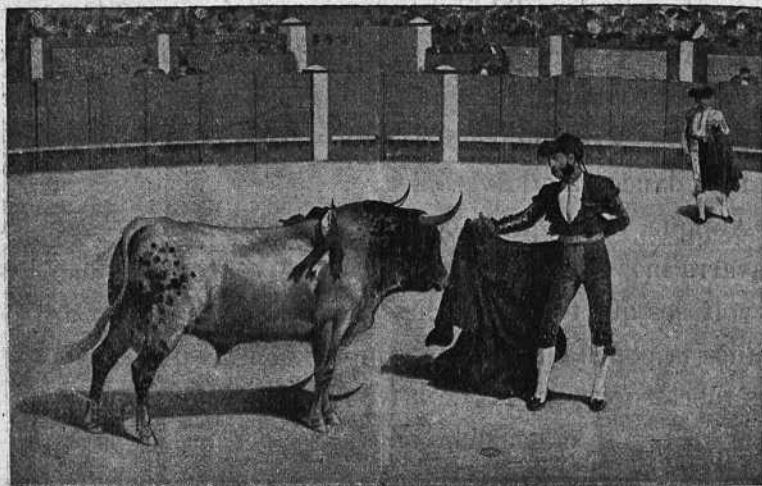
Fué uno de los primeros en dar á conocer este brillante capeo el célebre Martín Barcáiztegui (*Martincho*), y constiyo la suerte favorita de Francisco Arjona (*Cúchares*), quien la ejecutaba con notable maestría. Debe practicarse únicamente con los toros bravos que conservan muchos pies, y con los revoltosos.

Con los que se ciñen ó ganan terreno, resulta de gran exposición.

Por eso, sin duda, la musa popular ha dicho:

Capeo á la navarra
 tiene mi niña,
 y con ella no hay hombre
 que no se cifa;
 de tal manera,
 que siempre está encunada
 cuando torea.

Con los toros de sentido, los burriciegos y tuertos del derecho, no sólo es muy expuesta, sino que resultará siempre arrollada y sucia.



Capeo á la navarra

Para llevarla á efecto, se colocará el diestro como si fuese á torear á la verónica; marcada la embestida de la res, se comenzará á tender la suerte hasta que, ya entrada en jurisdicción, estando bien humillada y pasada la cabeza, el matador retira el capote por bajo y da una vuelta en redondo girando hacia el lado contrario al que haya marcado la salida, volviendo á quedar frente al toro.

Conviene ejecutar esto después que haya pasado la cabe-

za, porque de este modo el bicho tarda más en revolverse, y el diestro, por el contrario, tiene suficiente tiempo para consumir la suerte con limpieza y sin peligro alguno.

Con los toros revoltosos se debe tener la precaución de cargar más la suerte que con los bravos y boyantes, y despedirlos hacia fuera con un marcado quiebro del cuerpo para estirar sin peligro los brazos y sacar el capote.

También se debe imprimir más rapidez á la vuelta, para rematarla antes que el toro se reponga.

Si por retrasarse el diestro en dar dicha vuelta y haber marcado poco la salida, el toro se revolviere prontamente buscando el engaño que se le escapó, entonces, y para mejorar el terreno, dará de espaldas los pasos que juzgue necesarios, y en lugar de repetir el capeo de que nos ocupamos, lanceará á la verónica.

Aunque, como queda consignado, no debe torear-se á la navarra más clase de toros que los bravos y boyantes y los revoltosos que tengan muchas facultades, sin embargo, algunos la ponen en práctica también con los que se ciñen y los tuertos ó reparados de la vista izquierda.

A los que se ciñen se les tirará la capa cuando hayan tomado ya el terreno de afuera, y á los tuertos ó reparados del izquierdo se les retirará el engaño, como á los bravos.

El diestro que no tenga en las piernas suficiente poder y flexibilidad, no debe intentar en modo alguno el capeo á la navarra, so pena de verse expuesto, no al deslucimiento de la suerte, sino á un serio percance.

* * *

Cuéntase que en la corrida celebrada el lunes 3 de Mayo de 1858, en que actuaban como matadores *Cúchares* y *Ca-yetano Sanz* y se lidiaban reses de D. Justo Hernández y

D. José Rafael Cabrera, salió un quinto toro de muchísimo cuidado, al que el célebre Pablo Herráiz, que ya había actuado de sobresaliente en otras corridas, quiso, mostrando una impremeditación disculpable por su buen deseo, lanzar á la navarra; pero con tan mala fortuna, que al dar la vuelta, el toro le encunó y estuvo á punto de causarle un desaguisado.

La noche de la ocurrencia, varios aficionados que rodeaban á *Cúchares* en la célebre taberna de la calle del Principe, comentaban el hecho y discutían acaloradamente acerca de la forma en que debía efectuarse el susodicho capeo á la navarra.

Cúchares guardaba silencio.

—¿Y usted, señor Paco, cómo entiende que se ha de hacer?—le preguntó uno.

—Con mucho sentío, muchas piernas y estando mu suerto de aquí.

Y con los brazos tendidos simulaba la suerte.

—Pues todo eso lo reúne Pablillo, y ya ve usted.

—Él es el que tié que ver.

—Es buen peón.

—¿Sabe usted lo que le digo?—contestó reposadamente el torero.—Que al mejor peón le falta muchas veces cuerda.

Sacando su correspondiente moraleja á la sencilla contestación del matador célebre, diremos que el diestro que no tenga el conocimiento exacto de lo que es la suerte y las facultades precisas para ejecutarla, haciéndola á salga lo que saliere, es casi seguro que, como á Herráiz, le faltará la cuerda y saldrá bastante peor que encunado.

CAPÍTULO VII

Suerte de frente por detrás.—Suerte de tijera ó á lo chatre.—Capeo entre dos ó á la limón.—Farol.—Gallicos.—Toros manejables para efectuar estas suertes.

SUERTE DE FRENTE POR DETRÁS

Es de gran lucimiento y debe ser ejecutada con toros bravos y boyantes á poco de su salida del toril, siempre que tengan facultades. Su inventor fué José Delgado (*Hillo*).

Se practica colocándose el diestro de espaldas á la res, y en su rectitud, la capa á todo vuelo y cogida por detrás del mismo modo que para torear de frente.

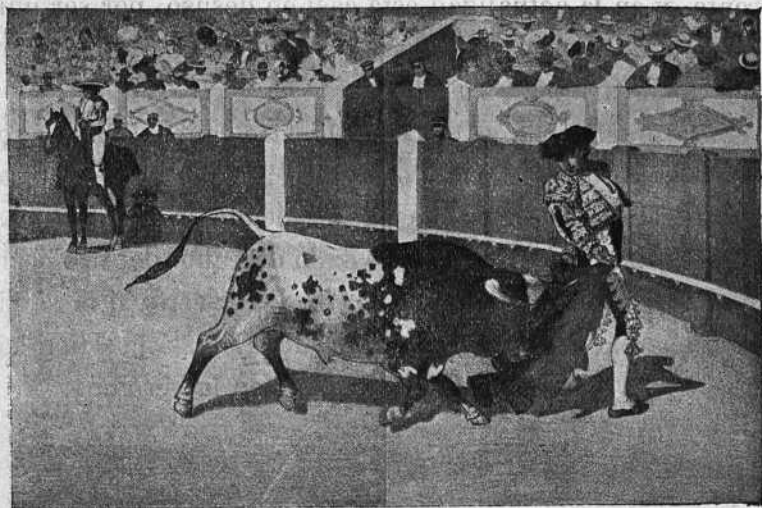
Cuando el toro acude, se le carga la suerte, describiendo un segmento de círculo con el capote y dándole la salida por uno de los lados. Con este sólo movimiento, el lidiador queda nuevamente de espaldas al cornúpeto y en disposición de repetirla.

El diestro ha de tener sumo cuidado en observar la marcha del toro en cada viaje, observando las facultades que va perdiendo para no repetir en cuanto el animal se quede algo ó se ciña mucho.

Esta suerte es de mérito por lo difícil de la posición que se ve obligado á guardar el torero para ejecutarla, llevan-

do siempre la cara vuelta para ver con precisión la manera de acometer y llegar al capote.

Aunque *Pepe-Hillo* dice en su *Tauromaquia*, que esta suerte fué inventada por él, y así lo consignamos, no deja de llamarnos la atención que el lápiz de Goya en cierta lámina de su notable colección de suertes del toreo, haya representado á un moro toreando de frente por detrás.



Suerte de frente por detrás.

¿Tendría el ilustre pintor alguna referencia histórica respecto á la antigüedad de esta suerte, ó sería nada más un capricho de artista la elección del personaje cuyo boceto trazó ejecutándola?

Sea lo que fuere, este sólo detalle, frívolo al parecer, ha dado motivo á controversias acerca de quién fué el inventor del toreo de frente por detrás.

Aunque según varias opiniones, ya la conocieran y eje-

cutaran los moros granadinos, que salían acompañando y sirviendo á los alanceadores en los cosos, si el primer totero que la aplicó al arte y creyó inconscientemente descubrirla fué *Pepe-Hillo*, el inventor es él.

SUERTE DE TIJERA Ó Á LO CHATRE

La suerte de torear de tijera ó á lo chatre, se ejecuta de frente, y en la actualidad está casi en desuso, por ser únicamente de adorno y no prestarse á lucimiento por lo fácil que es embarullarse en ella.

Para practicarla, se coloca el diestro como si fuese á torear á la verónica, llevando cogido el capote con los brazos cruzados en forma de aspa y teniendo en cuenta que si la salida ha de darse por el costado derecho, debe colocarse el brazo izquierdo sobre el otro, y viceversa si la salida ha de marcarse por el lado izquierdo. En esta posición hará el cite y ejecutará lo demás como en la verónica.



Suerte de tijera

No debe efectuarse sino con los toros boyantes y claros, porque teniendo cruzados los brazos no hay la suficiente

libertad en ellos para tender la suerte, darles remate fuera y despegárselos lo preciso, y más si se ciñen ó ganan terreno y rematan en el bulto.

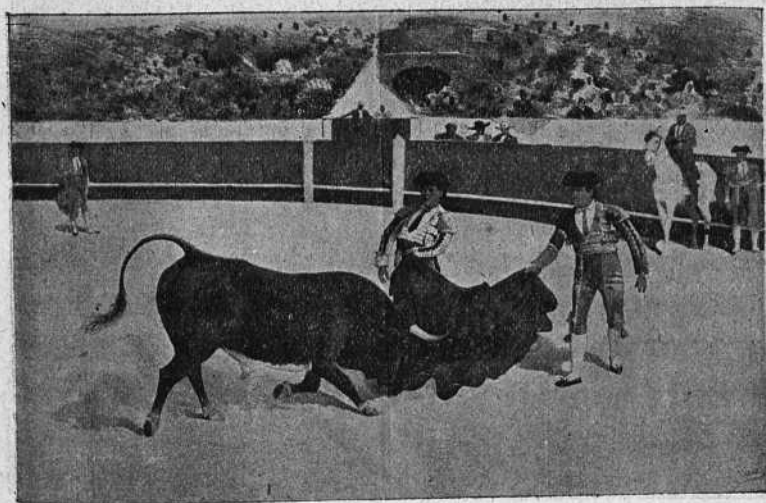
Han toreado de tijera ó á lo chatre con gran lucimiento y perfección pocos toreros, sobresaliendo entre ellos Jerónimo José Cándido, Francisco Montes y Cayetano Sanz.

Desde los tiempos de este último diestro rara vez se ha visto en las plazas de toros practicar esta suerte.

CAPEO Á LA LIMÓN

El capeo entre dos ó á la limón es una de las suertes más vistosas y seguras que tiene el toreo, y cuya práctica ha vuelto á estar en auge cuando ya parecía olvidada ó desterrada.

Para efectuarla, los dos lidiadores que la han de llevar



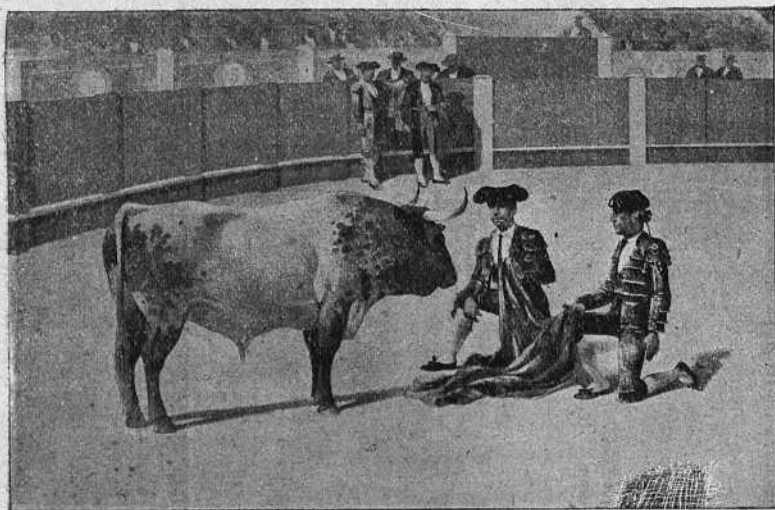
Principio de la suerte

á cabo, toman un capote de bastante extensión, cada uno por un extremo del mismo.

Colocados así á la distancia que crean conveniente, según las facultades del toro, le citarán, y cuando engendre el movimiento, se le tenderá la suerte, teniendo cuidado de sacar el capote por alto y rozando los costillares en el instante de empezar la cabezada, dando unos pasos de espalda y cambiando de mano para repetirla á causa de haber dado media vuelta sin cambiar de terreno.

Esta suerte se hará tres, cuatro ó más veces seguidas hasta conseguir que el toro páre con el destronque que sufre en las revueltas que le obligan á dar, en cuyo momento, y dándole el frente, pueden los lidiadores arrodillarse y hacer algún adorno, con objeto de poner más de relieve su trabajo.

A propósito de ésto, recordamos á nuestros lectores que



Fin de la suerte

sean de la profesión, no olviden nunca, para evitarse disgustos, que jamás, ni aun en los momentos en que las reses estén en su mayor aplomo, se deben entregar á una confianza ciega, para ejecutar temeridades que sólo evoca en momentos determinados, y cuando se ha ejecutado algo á perfección, ese deseo de hacer más, que tantas cogidas proporciona.

Como dijimos en otro lugar de este libro, el valor verdadero tiene un límite.

Y de allí no se debe pasar.

La misión del torero, no es entregarse al toro.

Es burlarle.

Lo demás es un suicidio por amor propio, ó lo que es peor, por ignorancia desmedida.

La defensa que tienen los toreros en esta suerte, estriba en primer término, en no soltar el capote de las manos, y en segundo, en no perder de vista al cornúpeto para que no gane terreno.

En ocasiones, y á una palabra convenida, suelta uno de los lidiadores la punta que tenía asida, y el otro le llama con el capote así extendido, para llevarse al toro corriendo por derecho ó recortarlo.

Esta suerte, por más que hay quien cree que puede verificarse con toda clase de toros, no debe ser ejecutada sino con los toros bravos, boyantes y revoltosos, que sean francos y entren y salgan con rectitud sin fijarse en los bultos.

FAROL

Es una de tantas derivaciones como tiene la de la verónica en su terminación, y también de muy agradable conjunto.

Se ejecuta en su primera parte como la de la verónica; pero en el momento de sacar el capote de la cara del toro, se hace un movimiento como si se fuera á colocar sobre los hombros, dando con él una vuelta en derredor de la cabeza del diestro y volviéndolo á su primitiva posición si ha de repetirla, ó dejándola sobre los hombros si quiere terminar la suerte galleando.



Suerte de farol.

Debe ejecutarse únicamente con los toros francos y de facultades, y aún con los revoltosos.

GALLEOS

Los galleos constituyen una de las suertes más vistosas, seguras y lucidas.

Se ejecutan de dos maneras.

Una de ellas consiste en que al salir el toro del chiquero, y aprovechando ese momento en que aún no ha perdido ninguna de sus facultades y *en la suerte encontrada*, se coloca el lidiador el capote de un modo semejante al que se emplea para el toreo de frente por detrás, y se encamina hacia la res describiendo una curva cuyo fin es el centro de la suerte.

Entonces, y al percibir la acometida, arranca delante del toro, llevándole empujado, girando los brazos de derecha á izquierda, yendo de este modo y ganando en lucimiento cuanta mayor sea la fuerza y velocidad de su carrera.

Debe procurarse rematar muy bien para en el instante oportuno en que la carrera del toro pierde en intensidad, y aprovechando su postrer ímpetu ejecutar otra de las muchas suertes que se pueden improvisar con arreglo á las circunstancias y según el gusto que tenga el lidiador.

Otra manera de practicarse el galleo es la denominada del *bu*, que se ejecuta cuando el bicho está á media pelea á la salida de un quite, y se lleva á cabo colocándose la capa en la forma natural, partiendo hacia el toro como para recortarle, y al estar en el centro girar los brazos de derecha á izquierda y quebrar con el cuerpo cuando, embebido en el capote, está humillado, operación que se repite en un viaje determinado las veces que sea posible, saliéndose de la suerte ya corriendo por derecho, ya marcando al animal la conveniente salida.

Se da por algunos el nombre de galleo, cuando el diestro, llevando recogido el capote en una de las manos, al llegar al centro de los quiebros se acerca al toro para que humille, en cuyo momento toma el lidiador la salida y cambia el capote á la otra mano, haciendo un quiebro de cintura, con lo que el bicho toma viaje por su espalda y da el derrote fuera.

También se da el nombre de galleo cuando el diestro, viendo venir al bicho hacia él, tira el capote al hocico de su adversario al llegar á jurisdicción, pero sujetándole por uno de sus extremos, con lo que se consigue que humille, pasándose en este momento por delante de la cara á ocupar su terreno, haciendo el quiebro necesario y en-

contrándose libre. Entonces tirará del trapo con rapidez, sufriendo el bicho un fuerte destronque que lo hará hoci-car detrás del lidiador.

Las dos primeras suertes del galleo, que son las que verdaderamente merecen tal nombre, pueden ejecutarse con los toros bravos que tienen facultades, con los abantos, los que se ciñen y los revoltosos, debiendo evitar el llevarla á la práctica con los aplomados y los burriciegos.

Han galleado con gran habilidad y lucimiento Montes, Cayetano, Cúchares y Francisco Sánchez (*Frascuelo*).

CAPITULO VIII

Suerte de picar.—Condiciones que deben reunir los picadores.—Algo más acerca de los caballos.—Caídas.—Trajes.—Clases de toros en este primer tercio.

La suerte de picar, la más primitiva y base de las tres de que consta el toreo (1), é indudablemente la más precisa para el mayor lucimiento de cuantas han de ejecutarse con posterioridad, tiene por único objeto parar y castigar á los toros en debida forma, y conseguir lo que se llama ahor-marles la cabeza.

Lógico es, por tanto, asegurar que de la buena ó mala ejecución de esta suerte depende el que los toros lleguen mejor ó peor á los tercios restantes.

(1) Los primeros datos ocupándose de la lucha del hombre con el toro formando parte de los espectáculos públicos, los encontramos en una obra de Cayo Suetonio Tranquilo, que vivió por los años 63 á 74 de la Era cristiana.

Lleva por título *Los doce Césares*, y en ella, ocupándose de las diversiones que tenían lugar en tiempo de Tiberio Claudio por los años 41 al 44, dice:

«Además de las luchas de las cuadrigas dió espectáculos de juegos troyanos y cacerías africanas, ejecutados por una turma (escuadrón) de jinetes pretorianos con sus tribunos á la cabeza, y hasta el mismo prefecto con ellos. También presentó á los jinetes tesalios, que persiguen en el circo toros salvajes, les saltan sobre el lomo después de cansarles á la carrera, y los derriban cogiéndolos por los cuernos.»

«Los tesalios, dice Plinio, han inventado una manera particular de matar los toros: un jinete se acerca á ellos al galope, los coge por un cuerno y les tuerce el cuello.»

El dictador César fué el primero que dió este espectáculo en Roma, por los años 95 á 45 antes de Jesucristo.

Para que la forma del castigo se ajuste á lo preceptuado, se les ha de picar en los rubios, haciéndoles torcer el cuello, echándoles hacia delante, quebrantándolos y logrando que humillen, sin enseñarles á tomar peso en la cabeza, puesto que, de no ejecutarlo así, los toros aprenden á romanear en los caballos y á retener los cuerpos después de su primer derrote, adquiriendo infinidad de resabios.

Si para ser un buen torero de á pie, y como ya hemos indicado en otro lugar de esta TAUROMAQUIA, es necesario reunir determinadas cualidades, igualmente para ser buen picador son precisas otras, sin las que no podrá ejecutarse la suerte en la forma en que se debe hacer para no descomponer á los toros ni enseñarles resabios cuyas consecuencias han de tocar acto seguido el espada en los quites y en el momento de matar, y el peón al banderillarlos y correrlos.

El picador debe tener valor como condición indispensable, ser de complexión robusta y poseer el dominio completo del arte á que se dedica siendo además un buen jinete.

El valor, y no la temeridad, para ver llegar los toros, y comprender en el momento cómo debe tomar á su adversario y despedirle.

La robustez para poder contrarrestar en primer término la brutal acometida del toro, haciéndole salir por delante de la cabeza del caballo al mismo tiempo que rige á éste en opuesto sentido.

*Sin esta facultad, tomando la suerte de picar por simple vocación y dando al olvido que se necesita, no ya la pujanza del brazo, sino la firmeza de todo el cuerpo, para afrontar y sostener el ímpetu de la res, es como salen los malos picadores, menudean las cogidas y se ha llegado

á mantener entre el público la idea de que esta suerte no es sino un motivo para matar caballos y hacer ostentación de un espectáculo sangriento.

Cuando salta al redondel un toro en medianas condiciones, que sin ser un prodigio en valentía y poder, sabe llegar y prodiga al menor acosón una voltereta, el público grita frenético pidiendo *caballos, caballos*, pero debería gritar solamente *brazos, brazos y picadores*.

Y como, dicho está, que la suerte de vara no sólo consiste en picar mucho y apretar mucho, sino en saber además cómo y dónde se pica, y en conocer desde el primer momento las condiciones del toro contra el que va á ejecutarse, he aquí que el picador necesita, como requisito indispensable, buen golpe de vista para elegir aquellos sitios en que pueda llevar ventaja, observar bien hacia qué lado toma sus querencias el animal, lugares en que más pesa, según se dice en lenguaje taurómico, y dónde puede haber menos exposición para la caída.

Por lo común, y claro es que en todo hay excepciones, el picador no es sino un hombre que se sabe tener á caballo, contando, desde luego, con que la montura que se le entregue, lejos de desbocarse ó caracolear, apenas si podrá sostener el peso de la mona de su jinete.

Cuando el toro está en suerte, el caballo no entra. Se ven dos piernas amarillas moverse y espolear á intervalos iguales el vientre del animal, sin causarle la menor impresión. Si se acerca, casi siempre es por el dolor del varazo que propina el indispensable mono.

¿De qué depende esto?

Sencillísima es la respuesta. El picador no podrá ser nunca perfecto, si á las condiciones precisas de robustez y valor no reúne la de ser un consumado jinete, mantenién-

dose erguido sobre el sillín, marcando con airosos movimientos la dirección que debe tomar el caballo, teniendo fuertes las rodillas, para ayudar la tensión de las riendas hacia un lado ú otro y hacerlo retroceder ó avanzar en caso oportuno.

A esto se nos puede hacer una objeción muy lógica.

La de que los caballos que se suelen proporcionar no son los más á propósito para demostrar las aptitudes de jinete que cada cual pueda tener; que los referidos caballos suelen ser locos, estar mal arrendados y algunos, quizá la mayor parte de ellos, no han servido para montar hasta entonces; que suelen ser duros de boca, tener resabios y, en fin, todos los múltiples defectos que pueden explicar la razón de por qué se los desecha y da para sucumbir en la plaza.

Pero para eso está la prueba y su necesidad consignada en el reglamento: para escoger animales avisados de boca y con la resistencia consiguiente y la alzada prescrita.

El caballo para la lidia debe reunir estas condiciones:

Dureza en los remos.

Resistencia en los cuartos traseros, para que el picador pueda mantenerse en la suerte, pues si bien es verdad que en el momento de picar el esfuerzo se produce de atrás hacia delante, el equilibrio de esa fuerza está en los riñones del picador, y cuanta más resistencia ofrezca el punto de apoyo, ó sea el caballo, mayor será la eficacia del antedicho esfuerzo.

Por consecuencia, parece natural que teniendo esto en cuenta, y si la vida del animal estuviera más garantizada, con la seguridad de que habían de montarle buenos picadores, los veedores veterinarios podrían emplear más rigor, desechando para la lidia á los caballos patiabiertos ó resen-

tidos de piernas, á no desprenderse de su aspecto general que los antedichos caballos estaban dotados de la suficiente energía para compensar estos defectos.

Soltura en la boca, y, por consiguiente, docilidad para las riendas.

Carencia absoluta de resabios que pueden ocasionar peligros inminentes para el picador, tales como el de ponerse continuamente de manos, descubriendo el vientre y ofreciendo un blanco terrible para la cornada, y una caída tremenda para el jinete.

Si fuesen demasiado pronto, se debe procurar cansarlos, aunque no con exceso, antes de la corrida.

*
* *

Entre las denominaciones taurinas que imprescindiblemente hay que emplear en esta obra como en todas las que traten de toros, pues nada hay como ellas que exprese tan gráficamente los conceptos, está la de *agarrarse bien á la tierra*, que es el convencimiento, ó, mejor dicho, la concepción de cómo se ha de ejecutar la suerte ó mantener la situación que el picador desea guardar para no perderla á cada movimiento que hagan en la referida suerte.

El lidiador de á caballo no debe soltar la garrocha á no estar la suerte perdida; es decir, á no ser que el toro haya entrado al caballo y el jinete se vea en la precisión, triste por cierto, de dejar la vara y cogerse á los bordones de la silla; pero cuando esto suceda, procurará no perder de vista la forma en que el toro cornea al caballo, y gobernará á éste á fin de sacarlo de la acometida, ya que no pudo detenerlo ó no supo emplear la mano izquierda, pero sin soltar las riendas en ninguna ocasión, ni aun en la caída si es inevitable.

En caso de caer, procurará hacerlo reunido con el caballo, y sin trocarse en la caída, es decir, sin quedar con la cabeza hacia las ancas y los pies hacia el cuello, porque ya que no la exposición de sufrir una cogida del toro, tiene la de estar expuesto á recibir un par de coces en la cara y quedar al descubierto si el potro se incorpora en seguida.

Una vez en el suelo debe agarrar las riendas lo más cerca posible de la boca del caballo para sujetarlo y taparse con él, como igualmente sacar los pies de los estribos en el momento de ir á caer, para no quedar cogido y ser arrastrado si el jaco se incorpora y sale de estampía, como vulgarmente se dice.

Ha de procurar igualmente al caer que quede entre él y el toro el cuerpo del caballo, así como desviarse de las ancas, pues el toro, como es natural, cornea siempre la parte que le presenta mayor volumen.

El cogerse á las tablas á la primera embestida, que es lo que se conoce por *nadar en los tableros*, es ridículo, como es ridículo todo terror inusitado, y sólo deberá ejecutarse cuando se haya perdido el palo y se tenga el caballo herido de muerte, por seguir el bicho corneándole con verdadera saña.

*
* *

La robustez es, asimismo, necesaria para soportar el traje de este lidiador, tan pesadísimo y apretado, que apenas consiente la menor soltura á los movimientos.

La indumentaria de los picadores ha sufrido muchas transformaciones, señaladas, más por la necesidad que por el lujo.

El lidiador que se dedica á la que *antiguamente* se llamaba suerte de detener y hoy solamente de picar, necesita,

más que la soltura para el esfuerzo, la resistencia para el acosón.

Su traje consiste en lo siguiente:

Visten primero un pantalón almohadillado (á que dan el nombre de relleno) y que sube desde el tobillo hasta la tabla del pecho, sujetándose por medio de ojetes, por los que se pasan los correspondientes cordones.

Encima del pantalón, y sobre ambas piernas, se colocan los hierros, conocidos con el sobrenombre de *mona*.

El de la pierna derecha parte del tobillo y llega hasta cerca de la ingle, teniendo, como es natural, sus correspondientes junturas en la parte de la rodilla para el juego de ésta, y que se conocen bajo la denominación de *conchas*.

El hierro de la pierna izquierda parte del tobillo también y llega hasta cerca de la rodilla, dejándola libre.

Tienen ambos la forma de las armaduras y se cierran á los costados respectivos por medio de visagras que se sujetan por un hierrecillo ó pasador que se introduce en los huecos de las referidas visagras.

Los hierros se cubren con unos botines de ante desde el nacimiento del pie hasta la rodilla, cerrados por medio de cordones que se pasan por ojetes, situados en la parte posterior de la pierna.

Después se adapta la calzona que llega desde un poco más abajo de la corva, hasta tres ó cuatro dedos más arriba de la cintura. Unos la llevan cosida hasta la entrepierna, y otros la unen como queda indicado para los botines. Esta calzona lleva la delantera de las llamadas de alzapón ó portañuela, que se sujeta con botones á la cintura.

Los zapatos son de becerro fuerte, color de ante con tres suelas, sobre los que se colocan las espuelas, que son algo mayores que las llamadas vaqueras.

Después se rodean al cuerpo la faja, que es en un todo igual á la de los lidiadores de á pie.

Y completan las prendas de su traje, con el chaleco de tisú bordado y la casaquilla con hombreras y adornos idénticos á las de los demás toreros, abiertas por debajo de los sobacos. Uno de los adornos de las casaquillas eran hasta hace pocos años los moños á la espalda, colocados en dos filas, partiendo desde cerca de los hombros hasta unos dedos antes del remate, en forma semejante á una V sin cerrar en la parte inferior.

Cubren la cabeza con un sombrero de ala ancha, duro, de fieltro, teniendo por adorno unos moños de buen tamaño.

Llevan como los lidiadores de á pie, moña y pañoleta.

Para evitar el que la vara se corra al empuje del toro, se colocan en los dedos índice y pulgar de la mano derecha un dedil de gamuza que humedecen al efecto.

Cuando las piernas de la calzona no están cosidas y su remate no forma campana, se sujetan con cordones por debajo de la rodilla, debiendo tenerse cuidado de ajustar menos los de la pierna derecha, y dejarlos de manera que si el bicho introduce el cuerno por entre ellos y el botín, se rompan con facilidad, evitando así que al tirar el toro el derrote, pueda sacar de la silla al jinete, ó una vez caído si le engancha por recargar, que no pueda suspenderlo y arrastrarlo, poniéndole en grave aprieto.



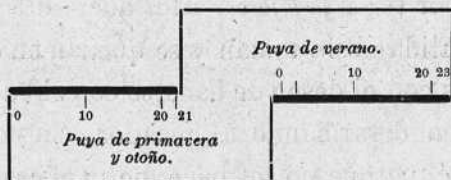
El arma ofensiva y defensiva de los picadores, denominada garrocha, puya, pica y vara de detener, no solamen-

te tiene su historia en la parte que la corresponde del espectáculo en que se emplea, sino su historia nacional; pues si bien es cierto que se construyó para castigar á los toros, también la emplearon el año 8 los vaqueros andaluces, para exterminar á los soldados aguerridos de Napoleón que habían salido ilesos de los metrallazos de Friedland y Jena.

Consiste en un palo de haya, perfectamente alisada con lija para que su aspereza no desaparezca por completo. Tiene 2 metros 60 centímetros de longitud, y un diámetro de 33 milímetros. Á uno de los extremos, y resguardado por una pieza de madera de álamo blanco, en la que se practican ranuras para sujetar la tramilla con que se emboza el conjunto, hay un hierro, cuya parte punzante es de forma triangular.



La parte descubierta, y que alcanza mayores ó menores dimensiones, según la estación, y tal vez según la conveniencia, es la marcada por el aparato que se emplea para medirla, denominado escantillón, en cuyas regletas están consignadas las dimensiones que los hierros han de tener, y cuyo aparato se reproduce exactamente en esta figura.



Escantillón para comprobar la medida de las puyas.

Las varas se deben tener antes de la corrida en agua ó, por lo menos, en un sitio húmedo, á fin de que conserven su elasticidad y no puedan quebrarse fácilmente.

*
* *

Así como en el capítulo primero hicimos una clasificación de las reses, para la lidia en general, la suerte de varas tiene también su clasificación respecto á las aptitudes que los toros demuestran en ella, denominándolos *boyantes*, *pegajosos*, *toros que recargan* y *abantos*.

Se da el nombre de *boyantes* á los toros bravos que toman su terreno en cuanto se lo enseña el picador, y por consiguiente, picándolos en regla, no hay exposición de sufrir percance alguno.

Los toros *boyantes* se subdividen en *blandos*, *duros* y *secos*.

Se llama *blandos* á los que se duelen al sentir el castigo y no aprietan en el momento del encontronazo, y por regla general cocean en los estribos á la salida, y realizan ésta con el cuello torcido.

Los toros *blandos*, por lo tanto, son fáciles de picar.

Los *duros*, en cambio, no se sienten al castigo, no cocean á la salida, salen con el pescuezo derecho y al entrar empujan bastante.

Los *codiciosos* son aquellos que una vez consumada la suerte, y al salir de ella se revuelven y se colocan en espera de otro objeto á que acometer.

Se conoce por toros *pegajosos*, á los que aun cuando tengan libre la salida no la toman y se quedan en el centro tirando derrotes con el deseo de hacerse con el bulto, y cuando lo consiguen desarmando al picador, cuesta mucho el separarlos de él porque no les hace mella el castigo.

Toros que *recargan* son aquellos que al llegar á la garro-

cha y sentir el puyazo, acometen con tanta ó más codicia que los pegajosos.

Se da el nombre de *abantos* en el primer tercio, á los que quedan cerniéndose delante del bulto, no llegan en muchas ocasiones á la garrocha y se escupen, y en otras la toman tirando derrotes para desarmar, pero sin hacer fuerza en el encontronazo.

Con esta clase de toros hay que tener mucha destreza y mucho brazo, á fin de evitar el que consigan lo que se proponen con su continuo cabeceo, y se les debe picar con precaución, puesto que como consecuencia de su propia cobardía, hacen extraños que exigen no poca atención por parte del diestro.



CAPÍTULO IX

A qué se llama terrenos de los picadores.—Corchado, Míguez y Sevilla.—Circunstancias iguales en todas las suertes.—Quites.—Personal inútil.

Hemos consignado ya en uno de los capítulos anteriores la dificultad que existe para fijar los terrenos del toro y los del picador y dar reglas que los marquen con exactitud, por ser diferentes las posiciones en que se practica la suerte.

Sin embargo, repetiremos que hay una regla que se presenta más generalmente que las demás, y, según ella, el terreno del toro es el que éste toma pasando por delante de la cabeza del caballo, á la izquierda del jinete, y el terreno del picador, el que, atendiendo á la clase de toro que ha de picar, le ofrece más pronta y libre salida, hacia los cuartos traseros de la res.

Por consecuencia, no es uno mismo constantemente el terreno del picador ni el del toro, dependiendo esto de las circunstancias del momento, mientras que los terrenos de los lidiadores de á pie están perfectamente marcados.

De aquí, pues, la necesidad absoluta que tienen los picadores de conocer bien las reglas todas del toreo para comprender instantáneamente cuál ha de ser su terreno en

la ejecución de la suerte, según las diferentes clases de toros con que se las han de entender.

Y esto no precisa repetirse, porque un picador que tenga conocimiento de cuanto concierne á las suertes variadas que se ejecutan á pie, y muy especialmente las de capa, conocerá mejor cuándo los toros son francos, cuándo secos y cuándo pegajosos; si están levantados y parados ó cuándo se aploman, y de este modo logrará en menos tiempo el distinguirse de los demás, sin sufrir tantos contratiempos como aquellos que se meten á ejercer la profesión sin más conocimientos que su buena voluntad y haber picado algunos becerros en las tientas.

Así como el lidiador de á pie tiene precisión de buscar la suerte que ha de llevar á efecto, el picador ha de buscarla también huyendo de las *pesadas*, evitando meterse en ellas cuando los toros desafian y comprender dónde puede defenderse mejor, pues sabido es de todos que hay bichos que en las tablas *entierran* al bulto que cogen de frente, y en un tercio de la plaza se les echa por delante sin gran trabajo, por lo cual es muy conveniente que antes de vestir el traje de luces para salir al redondel á cumplir su cometido, y mejor á continuación de la prueba de caballos, examine bien el piso de la plaza para distinguir los terrenos, declives que el piso pueda presentar y otros detalles por el estilo.

Conociendo todo lo manifestado, hay más facilidades para salir airoso en el cumplimiento de su misión y no aburrir á los bichos, hartándolos de caballo y obligándolos á romanear bultos con exceso.

Con la posesión de todos estos conocimientos, se explica que el célebre Luis Corchado picara en el Puerto de Santa María una corrida de toros de la entonces muy famosa y

brava ganadería de D. Vicente José Vázquez, llevando sólo medias de seda, sin que los cornúpetos se llegaran al jaco, que sacó sin el más pequeño rasguño, escribiendo luego al ganadero una carta en que le daba cuenta de lo acaecido y que puede servir de comprobante; el caso de Sebastián Míguez, que llegó á picar varias corridas con un solo caballo; el de Francisco Sevilla, que por su bravura, serenidad, poderoso brazo derecho y experta mano izquierda para evitar caídas y pérdida de caballos, ganaba innumerables apuestas, y el de tantos otros como pudiéramos citar, añadiendo que la mayoría de los picadores que tal han practicado, eran tan lidiadores de á pie como consumados jinetes, acreditándolo en cuantas ocasiones se les presentaron en diferentes plazas, aun haciéndose quites entre sí cuando la tardanza de un capote ponía en peligro al compañero.

De los citados, recordaremos á Míguez y Sevilla, que en la plaza de Madrid consumaron la suerte de recibir en la muerte de algunos toros, y podríamos enumerar así mismo á otros celebrados picadores que toreaban á pie con gran perfección.

Sin embargo de lo variadas y diferentes que son las suertes de picar, dadas las múltiples condiciones de los toros y terrenos de la plaza en que se llevan á efecto, diremos que todas ellas se realizan en circunstancias idénticas, y que las diferencias que distinguen unas de otras, son la parte accesoría.

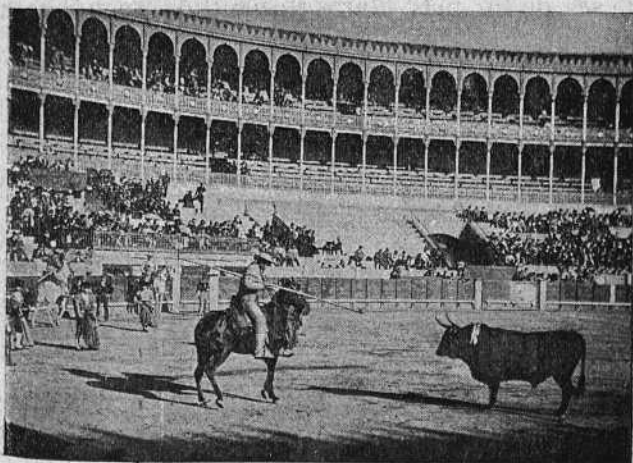
Lo esencial, lo que se ejecuta en el centro de la misma, es igual en todas.

El mayor mérito de la suerte está en que el que la practica no deje llegar el toro al caballo que monta.

Con los bichos pegajosos, por ejemplo, los picadores deben ejecutar la suerte en la forma que se conoce por picar á ca-

ballo levantado, que explicaremos en su correspondiente lugar, forma única de evitar que los toros no se hagan con el bulto, y que á más de ser de gran efecto, evita la caída.

La ejecución en su parte esencial, en lo que tienen de común todas las suertes, se efectúa en la siguiente forma:



Cite del picador

Se sitúa el diestro en la rectitud del terreno que ocupa el cornúpeto, y cuando éste arranca se le deja llegar á la garrocha sin mover el caballo, colocando la puya en los rubios en el acto de humillar, cargando sobre el palo, despidiendo al toro por la cabeza del jaco, al que hará girar por la izquierda, procurando salir por pies del sitio, para tomar el terreno que le corresponde y prepararse de nuevo, una vez rehecho y refrescado el caballo, á lo que dará lugar en primer término la oportuna intervención del matador encargado del quite, y en segundo, la entrada del otro picador.

Esta manera de picar que se dice *sin perder tierra*, se consigue practicarla con lucimiento con las reses que están faltas de poder ó con las que empujan poco en el encontronazo, pues con las demás es difícil conseguirlo.

El picador no debe salirse de la suerte antes de tiempo ni atravesarse en ella ni dejar de ver llegar, porque faltando á cualquiera de estas reglas es seguro el que el toro, aunque sea de los más claros y sencillos, se apoderará del bulto derribándolo.

* * *

Como parte necesaria para la suerte de picar vamos á ocuparnos de la descripción de los quites.

Estos, como se sabe y su nombre indica desde luego, tienen por objeto sacar al toro de la suerte de varas, evitando que vuelva sobre los picadores, ya permanezcan sin haber perdido tierra, ya se encuentren en el suelo más ó menos expuestos.

El quite también tiene otro empleo: el de refrescar á las reses sin perjudicarlas y colocarlas en terreno á propósito para entrar de nuevo, á cuyo fin procurará el matador no separarlas mucho del terreno, á no ser que sea indispensable por las facultades que tengan.

A estas facultades debe atender el espada en primer lugar para efectuarlos, y á las condiciones particulares que el toro haya demostrado desde que abandonó los chiqueros.

Los más apropiados para las diferentes clases de toros, son los siguientes:

A los toros blandos debe sacárseles con largas, bien por alto ó bien por debajo, según como lleven la cabeza.

A los quedados y de pocas facultades, con medias verónicas ó galleando con el capote al brazo.

A los bravos y con pies se les saca abanicándolos, para lo cual se correrá de costado, llevando la capa cogida por las dos extremidades del cuello, teniendo una mano más alta que la otra y ondulándola en sentido vertical.

A los bravos que no tienen muchas facultades, con medias verónicas y apartándolos del terreno corriéndolos á punta de capote.

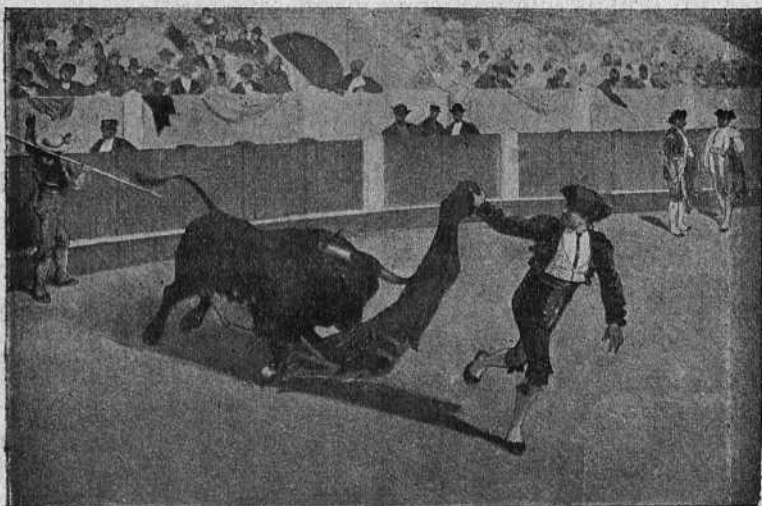
A los que acuden con rapidez y se revuelven con ligereza, á capotazo seco, retirando con prontitud el percal de la cara y marcándoles la salida hacia los medios.

A los pegajosos y de recargue, tomándolos muy sobre corto con el objeto de que acudan al nuevo bulto que se les presenta, pudiendo sacarlos del picador con capotazos seguidos denominados de zig-zag, sacudiendo el capote y arreglando la carrera á la del toro, dejándole llegar y cambiándole así de terrenos.

Rafael Guerra, que ha perfeccionado este quite, lo emplea á menudo con gran resultado.

No obstante, hemos de aconsejar á los lidiadores llamados á intervenir en la defensa de la suerte de vara, que en la ejecución de los quites no se debe buscar únicamente el aplauso sacrificando todo al amor propio, que se satisface con rematar bien un floreo ó unos cuantos capotazos de efecto que se quieran hacer pasar por indispensables cuando evidentemente no lo sean. No; el espada que se coloca cerca del picador debe seguir con notable atención las peripecias de la suerte, y estar pronto á evitar el peligro y sacar al toro y entregárselo al peonaje para que lo corra si es necesario, cambiarle de terrenos ó colocarle de nuevo en suerte, entreteniéndole mientras desaparece el riesgo para el picador, y rematando entonces con el adorno, si es que las cualidades del animal se lo permiten.

Pero, ante todo, se debe tener en cuenta una cosa: el quite no es una suerte sujeta á principios fijos, sino una defensa y como tal debe ejecutarse.



Corriendo por derecho

Cuando el picador está al descubierto, por ejemplo, el corazón debe preponderar sobre el arte.

Así se evitan las cogidas y así se ganan los aplausos.

Durante la suerte de vara, no nos cansaremos de repetirlo, el director de lidia no debe permitir que haya en el rondel sino los peones puramente necesarios para auxiliar, corriendo los toros á las terminaciones de los quites, si es preciso, y abrirlos ó cerrarlos.

A la izquierda del picador y al nivel del pecho del caballo, se situará únicamente el espada á quien por turno le corresponda hacer el quite, con objeto de que la atención del toro no se concentre sino en el caballo, que es el modo de que no acometa con incertidumbre.

Los dependientes de caballerizas deberán asimismo estar continuamente entre barreras, no debiéndoseles permitir saltar á la plaza hasta que el picador necesite de su auxilio, y de tolerar á alguno, debe serlo nada más el que vaya á la cola del caballo para arrearle, pero nunca para llevarle á la suerte marchando delante y tirándole de las riendas.

Casi siempre que esto sucede, el toro entra como de sorpresa, no acudiendo al cite del picador sino á la chaquetilla roja del mono, y en estas condiciones no es posible detener, sino picar mal ó dar un marronazo y caer luego.

La demostración de que los picadores de antaño no necesitaban de estos auxiliares, está en que, según se dice, Juan Gallardo, que picaba allá por el año 48, cuando tenía que habérselas con algún toro tardo ó receloso para el castigo, se valía, para citar, de un pañuelo blanco que anudaba junto al hierro de la garrocha.

Todo personal que no sea indispensable para el objeto, contribuye, según su índole, con sus paseos ó sus capotazos, á descomponer á los toros, no sólo para la ejecución del primer tercio sino para todos los que le suceden.

*
* *
*

Para terminar, y como complemento de este capítulo, creemos procedente, y nuestros lectores nos lo agradecerán de seguro, explicar el por qué en los carteles de toros, y al anunciar los picadores de tanda, se adicionó la coletilla «de que en el caso de inutilizarse alguno de ellos, el público no podría exigir que salieran más».

Hé aquí cómo lo describe nuestro queridísimo amigo el antiguo aficionado é ilustrado escritor taurino D. Francisco López Brime, que es uno de los espectadores más inte-

mina y bien colocado de pitones, designado para lidiarse en quinto lugar. Los dos picadores de tanda y los cinco de reserva tuvieron que entrar en faena, y cuando el público estaba más entusiasmado con la bravura y pujanza del

PLAZA DE TOROS.

EN LA TARDE DEL LUNES 7 DE JUNIO DE 1911 (SI EL TIEMPO LO PERMITE) SE VERIFICARÁ
LA NOVENA CORRIDA DE TOROS,
de las concedidas á los Hospitales Generales Nacionales de esta Corte.

Presidirá la Plaza el Excmo. señor Cefe Polanco superior de la provincia.

En vista de la sucesión que por la última función tenía determinado la empresa suspender el curso ordinario de las corridas para no permitirle desmenuzarse por una parte de los favores con que el público la distingue, y atendiendo por otra á la prohibición que tiene de suspenderse temporariamente de este Hospital el Lidiador PRIMEROS SUETES, ha hecho cuenta celebrar esta corrida á su término para disponer esta función que será la penúltima en que trabaje dicho Lidiador.

Se lidiarán SEIS TOROS de las ganaderías y con las divisas siguientes:

TOROS	GANADERÍA	VICINALIDAD DEL GANADERO	ESPECIAL
Uno	del señor Marques de Casa-García.	Madrid	encornado.
Uno	de los Excmos. señores Duques de Veragua y de Osuna.	Idem	encornado y liado.
Uno	de D. Ricardo Tapia, suena en esta plaza.	Idem del Marqués.	liado.

LIDIADORES.

FIGURONES

ESPAÑOL

BOREALMENTE DE ESPADA

LA CORRIDA EMPEZARÁ A LAS CINCO.

bruto, hubo de suspenderse la lidia, porque los siete picadores habían ingresado en la enfermería.

Se produjo por esta causa un tumulto espantoso: el público se obstinaba en pedir que se continuara picando al toro, y no había ningún picador que no estuviese lisiado.

El presidente, queriendo á todo trance evitar el conflicto, hizo subir á Montes á su palco á ver si encontraba medio de calmar los excitados ánimos, y aquel valiente é inolvidable maestro hizo que *Berrinches*, el menos lastimado de todos, saliera lleno de vendajes á poner un puyazo, asegurándole que él estaría á su lado para que nada pudiera

ocurrirle, y que una vez puesta la vara los ánimos se calmarían y el presidente mandaría cambiar el tercio.

Así sucedió, en efecto, y el público se satisfizo, terminándose la corrida sin más alboroto.»

Tal escándalo y tantas cogidas dieron margen á que el lunes siguiente, 7 de Junio, se incluyesen en el cartel (inserto en la página anterior) anunciador de la corrida el número de picadores, así de tanda como de reserva, y la prevención ya mencionada de que, caso de inutilizarse, no serían sustituidos.

Hemos adelantado mucho, mucho, hasta en la confección de carteles; pero ya no se alterará de seguro la redacción de ninguno de ellos, ni se aumentará el número de sus observaciones, porque en cualquier corrida salga un toro que produzca el pánico en la gente y el vacío en las caballerizas.

Entonces se picaba bien y, sin embargo, ocurría esto.

CAPÍTULO X

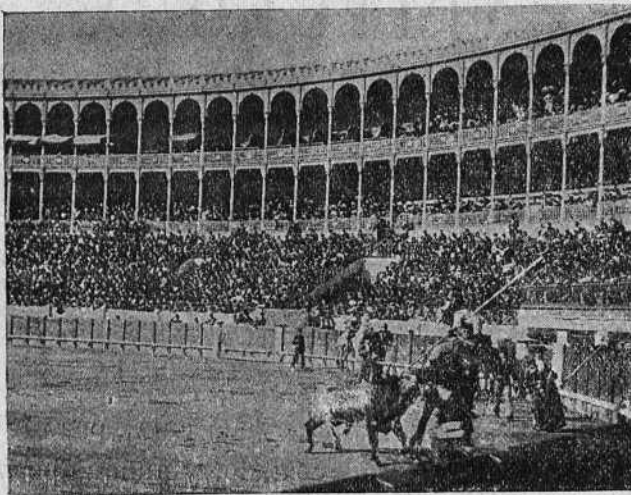
Picar á toro levantado, á toros con facultades, á toros que salen trocados, á los boyantes, á los pegajosos, á los que recargan, á los abantos, toros bravos y secos.—Reglas generales.—Picar en su recitid á toros boyantes.—Posición de toros y picadores para la suerte.—Con los pegajosos, con los que recargan, con los abantos.

La primera suerte de vara que se ejecuta, por regla general, es la de picar á toro levantado, y aunque poco ventajosa, es fácil por ser ejecutada cuando el animal acaba de abandonar el chiquero y está, por lo tanto, sin resabiar, á causa de no haber sido burlado aún.

Conocida ya la colocación que deben tener los picadores de tanda, diremos para reseñar esta suerte, que el que esté más cerca de la puerta del toril, debe esperar la acometida, y cuando el toro haga por el bulto y llegue á jurisdicción y á la garrocha, se cargará sobre el palo, sesgando hacia su izquierda el caballo y mostrando al toro su terreno, que tomará con sencillez, sin precisar al jinete salir huyendo.

Para efectuarla con lucimiento, el picador debe conservar la distancia que hemos indicado, tanto respecto de la puerta de toriles, como de las tablas, puesto que estando más cerca del toril y de la barrera que lo prevenido, si el toro sale con muchos pies hacia donde se encuentra situado el jinete, no le dará tiempo para armarse y sufrirá una co-

lada, expuesta en este caso más que en otros á un percance desagradable, por tener la res todo su poder.



La primera vara

Si además de tomar la indicada dirección lo hiciese muy pegado á los tableros, que es cuando se dice *salir trocado*, el picador no tendrá sitio para enmendarse ni tiempo para salirse de la suerte y, por tanto, es seguro que el bicho se hará con el bulto, y de derribarlo, la caída del picador es expuesta de necesidad, porque queda al descubierto.

De lo explicado se desprende que al estar el picador convenientemente situado, esta suerte resulta de fácil ejecución con los toros boyantes, y lo será también con los demás siempre que se tenga en cuenta lo que sigue:

1.º Si el toro es pegajoso, se cuidará de no dejarle llegar en demasía, para que el encontronazo no sea tan violento, cargando sobre el palo toda la fuerza posible, á fin de hacerle

humillar, en cuyo instante se sesga mucho el caballo, marcando franca salida al bicho para que la tome y dé buen remate, impelido por el puyazo.

Como puede ocurrir que cuando el jinete haya llegado á despedirle casi hasta su verdadero terreno, no sólo no lo tome, sino que se quede empujando, entonces se debe enderezar un poco el caballo, para que el toro no entre sesgado, picando espuelas con objeto de salir del centro de la suerte en cuanto la res lo permita, sin temor de que se revuelva en busca del bulto.

2.º Con los toros que recargan hay que efectuar la suerte con alguna precaución.

Se les tomará como á los toros pegajosos, con la diferencia de que no se intentará buscar la salida, sino que se les apartará lo necesario del centro de la suerte volviendo un poco el caballo y permaneciendo vara en ristre, para evitar que, si recargan, cojan desprevenido y se cuelen sueltos.

En ocasiones dejan lugar á la salida, pero persiguen al bulto, lo cual es peligroso, porque si tienen muchas facultades y lo alcanzan en la huida, ocasionarán una caída violenta, generalmente por la cabeza del potro dejándole al descubierto.

Para evitar los contratiempos mencionados, el picador lanzado á la carrera irá eludiendo la marcha del bicho que le persigue, y si puede procurará picarle á fin de que pare el viaje ó se vaya, pero si no lo consigue, dejará la garrocha arrastrando por detrás del caballo, llevándola cogida junto á la puya, con objeto de que el toro se entretenga con ella y no le sea fácil hacerse con el bulto por encontrar algún obstáculo que le pare y resista el derrote.

3.º Con los abantos el picador debe estar muy alerta, por los contrastes á que el miedo del toro puede dar lugar.

Conforme vea á uno de esta clase dirigirse hacia él, observará si tiene fija la vista en el bulto para poder practicar la suerte, y si viene en debida forma, le cerrará la salida un poco para que sea más ceñida, puesto que de hacerlo así tan pronto como sienta el castigo, se irá.

Dejando llegar mucho, el remate de la suerte es seguro, y se puede anticipar ó retardar á capricho, según el empuje del animal.

Asimismo debe procurar el jinete con los toros abantos que no se cuelen sueltos, si cuando se quedan cerniendo delante de la vara se le adelanta el castigo, lo que no se debe ejecutar en ningún caso, pues con tener bien elegido el punto de vista y no desviar de él la puya, está prevenido nuevamente para herir por si intentara colarse.

Debe cuidar también el picador que el toro no le desarame al sentir el castigo, pues de lograrlo, acometen y recargan con mucho coraje y enfurecidos, lo que se evita desde luego con cargarse bien sobre el palo, y haciendo fuerza, hasta que humilleh. Como estos toros tienen, por regla general, la condición de ser blandos, salen de la suerte por donde primero ven libre el camino; así es que en muchas ocasiones rematan en los cuartos traseros de los caballos, buscando la salida, en cuya ocasión tendrá cuidado el picador de sacar el potro por donde tenga huida larga, para evitar la caída, que ha de resultar expuesta, no sólo por el impulso del toro, sino porque el caballo, al sentirse herido, sale con todos sus pies y sin rumbo determinado, coceando violentamente, y puede despedir al lidiador, dejándole al descubierto.

Pocas veces se puede picar en la forma descrita á los toros bravos y secos, porque permanecen poco tiempo con la condición de levantados.

A los demás no se les puede picar de nuevo inmediatamente á toro levantado cuando se paran, á no venir castigados por otro picador ó corridos por derecho.

Teniendo en cuenta que hay que dar mucho palo á los toros que carezcan de facultades y poco á los que las conservan, se deduce que para picar á los levantados se deberá emplear palo corto, á fin de que no se recelen antes de tiempo.

En esta suerte, como por regla general los toros se arrancan desde lejos, y á veces sin fijeza, no es fácil que los picadores puedan coger los rubios, viéndose obligados á tomarlos al azar y donde los dejan las reses, y de aquí que en algunas ocasiones desgarran la piel de los bichos, lo que no debe ocurrir cuando se les ha dado algún capotazo y se han detenido, acometiendo entonces con fijeza.

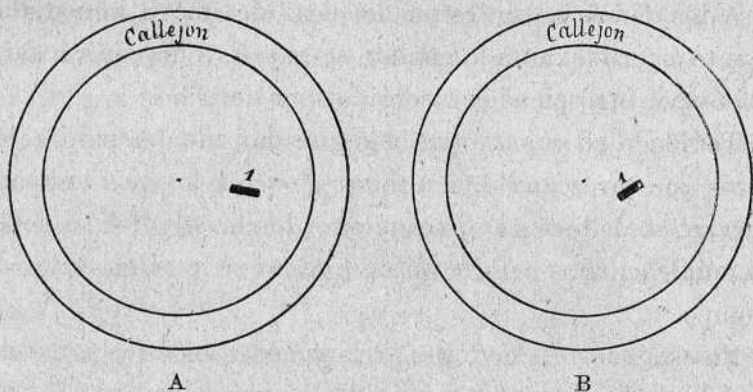
* * *

La suerte de picar en su rectitud, no puede practicarse hasta que el toro no ha comenzado á parar.

Se necesita para ejecutarla bien, comprender desde luego la clase de enemigo con que se ha de llevar á cabo, y aunque sean sus proporciones muy semejantes á las ya referidas, ofrece sin embargo más dificultades, porque los toros tienen mucha más codicia que mostrándose levantados.

* * *

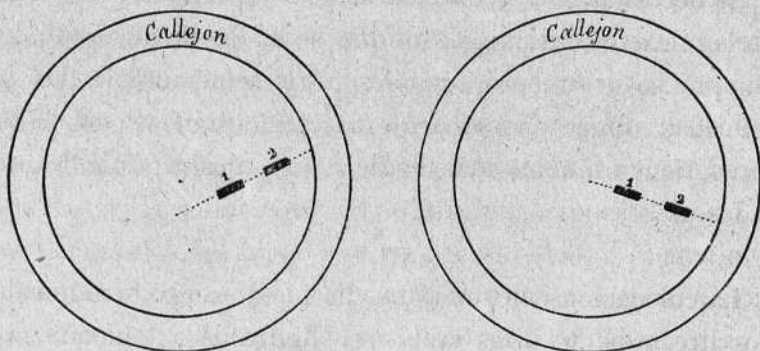
La colocación del toro para ella puede ser, ó bien mirando directamente á las tablas (1 figura A), teniendo los cuartos traseros hacia los medios de la plaza, ó bien estando un poco oblicuo (1 figura B), pero desviado de la barrera lo necesario para que el picador pueda revolver el caballo con facilidad y sobra de espacio.



LAS POSICIONES

El picador se interpondrá entre el bicho y la barrera, y enteramente en su rectitud; de modo que los cuerpos del toro y el caballo formen una línea recta, pero cuidando de conservar siempre la distancia conveniente con arreglo á las facultades que tenga la res.

Por consiguiente, la posición del picador, en relación con la del toro, será la que se marca en las figuras siguientes:



En ambas figuras el número 1 expresa la posición del toro, y el núm. 2, la que debe tomar el picador.

Situados como queda dicho, el picador llamará ó citará

al toro, sin perder de vista los rubios, dejándole marchar hasta que llegue á la garrocha, y en cuanto humille, cargará la suerte apretando á fin de que no llegue en el contronazo á tocar el caballo, mostrándosele la salida á la vez que hará girar el potro por la izquierda, para hacerle dar la conversión precisa y tomar el terreno que le corresponda.

Si el bicho conserva facultades, aun siendo de aquellos que se duelen poco al castigo, tomará su terreno en cuanto se le muestre, y en este caso podrá el jinete quedarse parado, teniendo presente que los toros boyantes no recargan si se les ha picado en debida forma, pegándoles en los rubios, y no en otra parte, tras las orejas ó los huesos, por ejemplo, con lo que se consigue que se descompongan ó huyan, no acudiendo en lo sucesivo con la franqueza que deben.

En la suerte explicada es donde los picadores demuestran mejor sus conocimientos.

Su realización cuando los bichos están aplomados, aunque sean de los más claros, requiere precaución, porque una de las condiciones que tienen en este caso, es la de hacer poco uso de las patas y se quedan en el centro de la suerte, no porque se transformen en pegajosos, sino por su falta de poder para tomar la salida natural que se les marca.

En tal caso, para rematar en regla la suerte, hay precisión de sacar más palo, y evitar que el centro de la misma sea menos ceñido y la salida más franca, procurando variar el caballo lo necesario, con lo que se consigue castigar al toro y meterle en su terreno.

Como los aplomados salen por ley natural con lentitud de la suerte, si no se quedan en su terreno, el picador debe

efectuar la salida con ligereza, porque de pararse, aunque el bicho no recargue, perderá lucimiento la suerte.

Con los pegajosos también puede picarse en la forma de que venimos hablando, siempre que tenga el diestro presente que ha de ejecutarlo como con los toros boyantes, pero poniéndose á la distancia que le indiquen las facultades del animal, con poco ó mucho palo, según los piés del cornúpeto.

Se cita, y desde el momento en que arranca, se irá abriendo y vaciando el potro lo conveniente para que cuando entre á jurisdicción encuentre franco por completo su terreno.

Si el toro no fuera muy seco en su acometida, y el jinete tuviera bastante resistencia en el brazo para echar fuera á la res sin que consiguiera tropezar al caballo, la suerte resultaría lucida, y el toro saldría castigado á ley.

Pero si comprende que esto no se puede lograr, continuará volviendo el caballo hasta su propio terreno, y una vez logrado, le hará salir con la ligereza posible, después de haber castigado al toro en debida forma.

Con los bichos que recargan, se efectuará la suerte de la misma manera que con los boyantes, pero se remata en forma distinta atendiendo á la condición de la res.

Si después de castigada ésta se aparta del centro con ánimo de recargar sobre el bulto, y se separa lo suficiente para que el picador pueda salirse sin temor á ser alcanzado, éste lo efectuará sin demora.

Ocurre en muchos casos que el toro después de apartarse del bulto vuelve á él con mucha ligereza, y si el caballo no tiene ya facultades, lo alcanza. Esto lo debe evitar el picador volviendo el cuerpo lo necesario para castigar de nuevo, con lo que consigue detener algo á la res en el viaje para poder apresurar el suyo y salir de la suerte ó

castigar de modo que desista de su acometida tomando viaje diferente.

Cuando el caballo que monta el picador sea tardo, ó haya perdido sus facultades por estar herido de importancia anteriormente, es casi seguro que el bicho se hará con el bulto, recargará en él ó se colará suelto.

El picador, teniendo esto en cuenta, no debe intentar salir de la suerte, sino cuando el cornúpeto se retire para recargar de nuevo, enmendándose entonces lo necesario antes de sufrir la nueva acometida, en la que nunca son tan duros como la primera vez, ni llegan al caballo en el encontrón, por lo que al salir del recargo, puede el picador tomar su terreno con lucimiento.

Con los toros abantos pocas veces se ejercita esta manera de picar, porque se salen de ella con prontitud en cuanto sienten el castigo.

Si alguna vez se presenta ocasión propicia para efectuarla, se practicará con arreglo á lo ya indicado con los toros boyantes, siendo pocas y sin importancia las variaciones que pueden ocurrir en el remate.



CAPÍTULO XI

Picar al toro atravesado.—En la suerte trocada.—A caballo levantado.—Con toros boyantes, con toros pegajosos, con toros que recargan.—Coleos.—Con toros abantos, con toros que se ciñen, con toros que ganan terreno, con toros de sentido.

Se puede picar á toro atravesado á todas las reses cuando están aplomadas y en querencia, porque, de no reunir ambas condiciones, es muy expuesto el intentarla.

Esta suerte se diferencia de todas las descritas en que no se hace el cite colocando el caballo en la rectitud del cornúpeto, sino presentándole el costado derecho, es decir, atravesándose ante su cabeza.

Una vez así colocado, se le obliga mucho á que acometa, y cuando arranca y da el encontronazo, se meten espuelas, á fin de salir por delante de la cara del toro, el que, castigado y encontrándose en su terreno en la querencia, no hace generalmente por el bulto.

Los toros que recargan suelen salir detrás, en cuyo caso se volverá el picador lo necesario para castigarle otra vez, teniendo la seguridad que, como el bicho tiene menos facultades, ha de cesar en su persecución, volviendo al terreno abandonado y permitiendo al picador rematar la suerte con facilidad y lucimiento.

Para intentar esta suerte debe tener el jinete mucha seguridad en la fortaleza y docilidad del caballo, para poder manejarle con prontitud, puesto que, de ser pesado y falto de poder, cuando el toro en su arremetida lo alcance y consiga derribarlo, es expuestísima la caída, por verificarse generalmente sobre el cuerpo del toro ó completamente al descubierto.

Y si esto ocurre estando el animal en su terreno, es muy difícil que el picador se pueda librar de un percance, aun siendo inmediatamente auxiliado, por la razón sencilla de que aunque se le cite muy sobre corto, los matadores apenas si conseguirán separarle unos pasos de la querencia, á la que volverá en seguida.

En estos casos de exposición, pero en este sobre todos, es cuando se impone verdaderamente la precisión de practicar el coleo.

Todos los lectores de esta TAUROMAQUIA lo han presenciado sin duda alguna, ya que hoy con conocimiento ó sin él, con ó sin necesidad, llevados algunos lidiadores por el único deseo de ganar aplausos y poner de manifiesto la seguridad de sus puños ó su ignorancia suma, lo ejecutan con toros que ni aun se quedan en la suerte.

Consiste, pues, como se sabe, en que al hallarse caído al descubierto el picador y en vez de fijarse el toro en el cuerpo más prominente del caballo, intenta recoger al jinete del suelo, y si al meter con tal objeto la cabeza no bastan los capotes para evitar la acometida, el espada que esté más cerca ó en mejores condiciones, haciendo caso omiso de la capa, entonces inútil, se coge con fuerza al rabo del toro un poco más arriba de su mitad, retorciéndole, á fin de que el dolor haga volverse al animal que gira tratando de dar alcance al coleador.

Este, burlando siempre el encuentro y haciendo que la cabeza de la res guarde de continuo una distancia proporcionada con su cuerpo, teniéndole fuera del alcance de las astas, gira también hasta que el toro, rendido por el destronque, queda aplomado, en cuyo momento el lidiador puede rematar la suerte con algún floreo, que casi nunca es de exposición y siempre proporciona aplausos.

Cuando la querencia casual que toman los toros es la de las tablas y en ellas se refugian sesgándose más ó menos, y se arrancan con dificultad aunque se les hostigue mucho y se les empape con el capote, la suerte descrita toma el nombre de *encontrada*, aunque debía titularse con más propiedad *trocada*, por la situación de los agentes que intervienen en su ejecución.

Es una suerte que teniendo el jinete mucha habilidad y montando corceles avisados y ligeros puede efectuarse sin gran riesgo, porque con poco que el picador castigue á la res ésta se sale de la querencia.

Para efectuarlo el picador llevará al paso el caballo hasta una distancia conveniente, y cuando llegue á jurisdicción, lo más cerca posible, sesgará el caballo, sin atravesarse por completo, porque de hacerlo taparía la salida del toro, y de hacerse con el bulto la exposición del picador sería grande.

* * *

Tanto para picar á toro atravesado, como para verificarlo en la suerte encontrada, necesita el picador ser gran caballista y montar jacos vigorosos, dóciles á las riendas, ágiles y muy avisados, á fin de llevarlas á cabo con seguridad y salir airosos de ellas.

* * *

Cuando los toros á poco de salir de los toriles se van á los medios ó á los tercios y allí, encastillados, no acuden en sus acometidas sino con leves movimientos de avance, retrocediendo otra vez lo que adelantaron, el picador no debe ir en su busca cara á cara, ó mejor dicho en su rectitud, sino que esperará para acercarse á que un peón entretenga al toro avanzando mientras por detrás y procurando que la res no le sienta.

Una vez en suerte y al citarle de pronto, el toro se revolverá sorprendido, y al ver cerca de sí un bulto que no esperaba, hará seguramente por él, en cuyo instante el picador cargará la suerte y saldrá de ella con la velocidad que le indiquen las facultades de su enemigo, dejándole franco de nuevo su terreno.

De volverse el toro al puesto que ocupaba ó á otro idéntico no debe repetirse la suerte, porque avisado ya no ha de rematarla, sino que se quedará en el centro de ella, lo que ocasionaría el hacerse desde luego con el bulto, volviendo luego al sitio del que se hace dueño y dificultando desde entonces toda otra clase de suertes.

*
**

Una de las suertes de picar en que es más necesaria al picador la agilidad y la destreza y montar caballos que obedezcan con prontitud, es seguramente la que se ejecuta á caballo levantado.

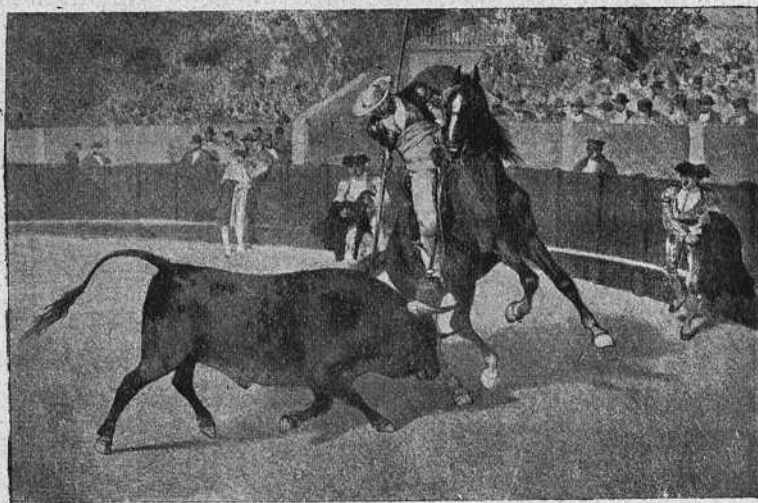
Esta suerte, que es completamente distinta de todas las relatadas, y que se practica en forma igual con toda clase de toros, boyantes, pegajosos, abantos ó que recargan, se efectúa muy de tarde en tarde en nuestros circos taurinos, y es la que con tanta frecuencia realizaban ayer los más celebrados picadores, evitando con ella muchas caídas y economizando caballos.

Corehado, Pablo de la Cruz, Míguez, Marchante, *Hormi-go*, *Clavellino* y otros que sería prolijo enumerar, la practicaban con gran lucimiento.

Se efectúa dejando llegar al toro á la garrocha, terciando un poco el caballo hacia la izquierda, y cuando el bicho esté en el centro de la suerte, en lugar de despedirlo al encontronazo se le deja seguir hacia el brazuelo del caballo.

Entonces se encabrita al jaco lo preciso para en la humillación echarlo hacia la derecha, pasando las manos del caballo por cima del cuello del toro buscando sus cuartos traseros, y al coger tierra salir velozmente.

Haciendo esto con precisión es difícil que el bicho se haga con el bulto, porque cuando está humillado para meterse debajo del caballo, el jinete salva á éste haciéndole girar sobre las patas á la vez que con la tracción de las riendas le hace levantarse de manos.



Picando á caballo levantado.

Las condiciones de los toros implican poco para llevarla á cabo, siempre que, como queda dicho, haya suma precisión, puramente matemática, en cada uno de los movimientos ó tiempos en que se efectúa, siendo el retraso más pequeño causa segura, no sólo del deslucimiento de ella, sino de la caída y cógida del picador, que racionalmente tiene que ser expuesta.

Debe haber dos espadas al quite, uno colocado en el sitio de costumbre, á la izquierda, y otro cerca de la cola del caballo, el cual, en el centro de la suerte, tomará viaje hacia los cuartos traseros del toro, necesitando entonces la intervención inmediata del capote al darse el caso de ser derribado el jinete.

*
* *

La suerte que Montes intitulaba suerte del Sr. Zahonero, y que nosotros denominamos á la antigua verónica, es de fácil ejecución y menos expuesta á contratiempos que muchas de las que hemos explicado anteriormente, siempre y cuando los picadores se penetren bien de ella y conozcan como deben las reglas del toreo de á pie, y muy especialmente el de la antigua verónica en que está basada.

El picador que la ejecute, esperará á que el toro esté rectamente colocado, dividiendo por igual los terrenos, en la misma dirección de las tablas, es decir, como para efectuar la suerte de la verónica, pero teniendo el costado derecho hacia el terreno de dentro. El picador se situará en idéntica posición que los diestros de á pie, cuando van á ejecutar la suerte de capa referida y á la distancia que le indiquen las facultades del toro, teniendo la vara hacia los terrenos de afuera.

Colocados toro y jinete en la misma línea recta, éste hará

el cite, y cuando parta aquél, lo dejará llegar por su terreno, y en el momento de entrar en jurisdicción y humillar, se le pone la vara, cargando algo el cuerpo sobre el palo y tomando para salir el terreno de dentro, dejando libre al cornúpeto el de fuera, que seguirá sin que el picador se vea obligado á huir con precipitación.

De este modo se ejecuta y remata con los toros que sean boyantes.

Con los pegajosos, que son los mejores para esta suerte, se practica de manera igual, variando únicamente el modo de meter algo más el caballo en el terreno de dentro y con mayor prontitud. Así se desvía mucho el encontronazo y se castiga sin que la res vea al bulto delante, no teniendo, por consiguiente, otro remedio que continuar el viaje que emprendió al ser citada, y el picador no se encontrará en la precisión de salir con precipitación de la suerte.

Con los que recargan es lucida y segura, ejecutándola como con los boyantes, sin otra diferencia que, después de divididos los terrenos, en vez de pararse dejando marchar al toro, se debe salir con ligereza para evitar el recargo, pues al intentarle, el bicho no podrá coger por estar el picador distanciado suficientemente.

Con los toros abantos hay que usar más precaución que con los antedichos, por su poca fijeza en las acometidas y la transformación que sufren en el momento de sentir el castigo.

Con los que se ciñen, ó ganan terreno, se debe tener la precaución de sesgar un poco el caballo cuando el toro llegue á la vara y darle el remate conveniente, pero si se cuelan al terreno de dentro, entonces se debe el picador situar en la rectitud del toro completamente, y lo más sobre

corto que permitan sus facultades, nunca menos de dos metros, ejecutando entonces la suerte.

Observando estas reglas, el remate es seguro y lucido, pero si se olvidan y el toro toma el terreno de dentro, la suerte es de exposición, causando á veces la menor inadvertencia, el que se tenga que practicar en la rectitud del toro, con la contra de que ha de llevarse entonces á cabo teniendo los terrenos opuestos.

Para los toros de sentido, que no sean además pegajosos ó los que recargan, basta recordar que la salida debe hacerse con toda la ligereza que permitan las facultades del caballo.

Detrás del picador y á distancia conveniente, debe marchar un diestro, para que cuando el toro toma la salida que se le deja franca, le llame la atención apartándolo del sitio del peligro, evitando los recargues y que se revuelvan en cuanto el jinete separa el palo.

*
*
*

Explicadas las diferentes maneras de llevar á cabo la suerte de picar, vamos á hacer algunas observaciones que deben ser tenidas en cuenta por cuantos se dedican á la profesión para la mejor práctica de todas las suertes en general y de cada una de ellas en particular.

A los toros bravos y duros debe tomárseles en corto y por derecho, esperándoles más que á los otros, y no saliéndose del centro de la suerte hasta haber castigado á ley en la humillación.

A los boyantes y claros se les puede tomar con alguna inclinación á su izquierda.

Sólo se picará con los terrenos cambiados y en determinadas ocasiones, á los toros que defendiéndose en las tablas

no puedan los peones separarlos de ellas, ó abrirlos como se dice en términos técnicos.

A los toros ligeros y que acuden con presteza, es á los únicos que debe picárseles á palo largo.

— No se debe soltar sino en casos apurados la vara de detener y en ninguno las riendas.

Los picadores abandonarán la colocación que tienen y está marcada antes de la salida de los toros, cuando éstos salgan barbeando las tablas, con objeto de dejarles franco el camino.

A los toros aplomados y pegajosos debe presentárseles la suerte en los tercios, para que el matador pueda efectuar el quite con desembarazo por cualquiera de los lados.

Para picar hay que acercarse á los toros con calma y sosiego, sin vacilación de ninguna especie, y no confiando ni en el auxilio de los capotes ni en detalle alguno que no sea la seguridad del brazo y el conocimiento pleno de lo que se va á ejecutar.

Si una vez citados no acuden los toros, el picador debe adelantar unos pasos y citar de nuevo, é ir ejecutando esto algunas veces más hasta acercarse á dos metros de la cara. Si ya en esta posición no acude al cite, se volverá con ligereza para entrar de nuevo mejorando el terreno.

Nunca se debe tapar la salida de los toros, so pena de exponerse á un percance.

No se debe montar el palo hasta el momento preciso, para castigar con seguridad en todo lo alto.

No se debe picar sino en los rubios, porque de ejecutarlo en los huesos, en el pescuezo ó detrás de las orejas, se perjudicará á los lidiadores de á pie en las suertes que son de su incumbencia, puesto que se resabiará á las reses haciendo desaparecer en ellas hasta el asomo de buenas condiciones.

Durante el primer tercio y por la forma de castigarlos, sufren los toros de una vara á otras transformaciones á veces perjudiciales para los mismos toreros de á caballo.

Hay toros boyantes que en cuanto sienten el castigo se enfurecen y vuelven con mayor bravura sobre los picadores, lo que se entiende bajo la denominación de *crecerse al hierro*.

Otros, por el contrario, comienzan con empuje la pelea y ceden al palo doliéndose al castigo.

De los que después de castigados dan algunos pasos atrás para volver de nuevo sobre el bulto, se dice que *recargan*.

A los que se arrancan desde lejos, hay que marcarles pronto la salida y evitar que lleguen á los caballos, porque en relación á la carrera que llevan está la violencia del empuje.

El toro que se consiente y logra colarse suelto ó encuentra poca resistencia en su acometida, se transforma en pegajoso, así como el boyante de gran pujanza, el cual, sin embargo, toma pronto su terreno.

Siguiendo estas reglas no aconsejadas por fantásticas teorías, sino por larga práctica en la lidia de toros, los toreros que se dediquen á la difícilísima suerte de detener, saldrán airosos casi siempre y mantendrán á gran altura su nombre en los anales de esta fiesta.

Luis Corchado, Sebastián Míguez, Francisco Sevilla, José Trigo y tantos otros que lo hicieron así merecieron que su reputación, en vez de halagarles un día como sucede con las reputaciones que se consiguen mal, pasara á la posteridad y su recuerdo se mantuviera vivo siempre para la afición.

Al llegar aquí deberíamos citar varios nombres de picadores de hoy que pueden ser dignos herederos de las glo-

rias que aquellos conquistaron. Mas sosteniendo la decisión formada al trazar el plan de esta obra no mencionaremos sino los nombres de los lidiadores que ya no existen, á no ser en lo puramente indispensable, único modo de que la malignidad no nos achaque apasionamientos ó parcialidades que estamos muy lejos de sentir.



Caida con reunión

El picador de hoy, hablamos en general, debe desvanecer ante todo la idea, muy arraigada por desdicha, de que su misión se reduce á ser instrumento pasivo en la lidia; á dejar que el toro le busque, á entregar el caballo y á demostrar en las caídas su resistencia, dando origen á los aplausos que se tributan al lidiador que le hace el quite.

CAPÍTULO XII

El segundo tercio.—Banderilleros primitivos.—Clases de banderillas y su aplicación.—Distintas maneras de ejecutar la suerte.

Cuando el prolongado toque de clarín anuncia la variación del tercio, y por la puerta de caballos desaparecen bridones y jinetes, y destacándose del rojo fondo de la barrera avanzan los dos banderilleros encargados de consumir la suerte, el ánimo de los espectadores sufre una impresión nueva.

A la lidia de sangre sustituye la de la gallardía; al choque brutal del cuerpo contra el cuerpo, al resoplido de dolor, al mugido de rabia, sucede un ruido tenue y percibido apenas, el del banderillero que corre haciendo sonar los alamares de su vestido; el de la arena rozada ásperamente por la hendida pezuña del toro; el de la seda que se arrastra empapándose quizá en los cuajarones sanguinolentos que escapan aún por la entreabierta herida del coreel caído; el grito viril y poderoso del cite; el rumor de reflujó simulado por la res al remover la tierra volviéndose furioso en la acometida, y, por último, el aplauso, halago de la vanidad, brotando espontáneamente como un tiroto sostenido por las guerrillas del entusiasmo.

Sobre el reluciente lomo del animal, donde brilla exten-

sa mancha de sangre, resplandece el sol, que al mismo tiempo fulgura, quebrándose con vivos reflejos en los adornos metálicos del traje del lidiador que cita, y en aquel mismo rayo de luz, hombre y fiera, enemigos heterogéneos, se encuentran, se cruzan, tratando de herirse, esquivando el riesgo hasta salir fiera y hombre en dirección distinta, el toro con más sangre aún, y el torero con la satisfacción de haber probado nuevamente su habilidad.

La banderilla no es otra cosa, y bien puede conocerse á poco que se pase la atención en ello, que un instrumento derivado del antiguo rejón.

Quando la vara de detener vino á sustituir á éste, y poco después de emplear el famoso Francisco Romero espada y muleta en aquella época en que las corridas de toros comenzaron á ser lo que son y á practicarse más ordenadamente, empezaron á usarse por los lidiadores de á pie los arponcillos, aplicándose para castigar más á las reses que habían de ser muertas á estoque.

Estos arponcillos, muy semejantes á las banderillas que hoy se usan, se clavaban al principio una á una, saliendo á la carrera y siguiendo la del toro, llevando en la otra mano un capote para librar mejor el cuerpo de la acometida de la res una vez conseguido el objeto.

Los encargados de esta operación no guardaban turno para practicarla, sino que el que primero llegaba, aquel los ponía á tener ocasión, sin guardar turnos, sin reparar el sitio en que herían, y teniendo como muy indecoroso el no conseguirlo ó que se cayeran en el momento de soltarlas,

Tiempo después, y cuando los Romeros organizaron las cuadrillas, entraron en orden los banderilleros, y ya guardaban turno para ejecutar la suerte.

Don Eugenio García Barañaga, en sus *Reglas para torear*

á pie, impresas en Madrid el año de 1750, dice al ocuparse de la suerte de banderillar:

«La acción que es mejor vista, por lo muy arriesgada, es cuando se le pone la vanderilla al Toro frente á frente: hácese teniéndola en la mano prevenida y puesta de perfil (no olvidando á qué lado tira el toro sus más continuos golpes), dexándole primero dar el golpe, le plantará su vanderilla, haciendo un compás quebrado, y dos pasos atrás muy promptamente.»

No es posible fijar la fecha en que se estableció la práctica de colocar á pares las banderillas, ni quién fué el lidiador que primero lo ejecutara, aunque no falta quien lo atribuya al célebre licenciado Falces.

Lo único que sobre este caso se sabe, es que en los últimos años del siglo anterior se colocaban ya de este modo.

Desde entonces la suerte de banderillas ha venido progresando sin interrupción, señalándose su mayor perfeccionamiento desde la aparición en los cosos taurinos del acreditado diestro Antonio Carmona (*Gordito*), al que han seguido *Lagartijo*, *Chicorro*, *Cara-ancha*, *Gallo* y *Rafael Guerra*, que han alcanzado en esta suerte la mayor perfección posible, asombrando á los públicos con su manera de ejecutarla.

*
* *
*

La banderilla, como ya se sabe, consiste en un palo adornado generalmente con papeles picados de color, cintas, flores y otros objetos de capricho.

Estos palos, cuya longitud no debe exceder de sesenta y ocho centímetros, llevan en uno de sus extremos una puya terminada en forma de arpón. El espacio que queda al descubierto es de seis centímetros.

Algunas veces los diestros, para dar lucimiento á la suerte y demostrar que la ejecutan á la perfección, suelen emplear al efecto banderillas denominadas de á cuarta, por tener poco más ó menos esta medida.

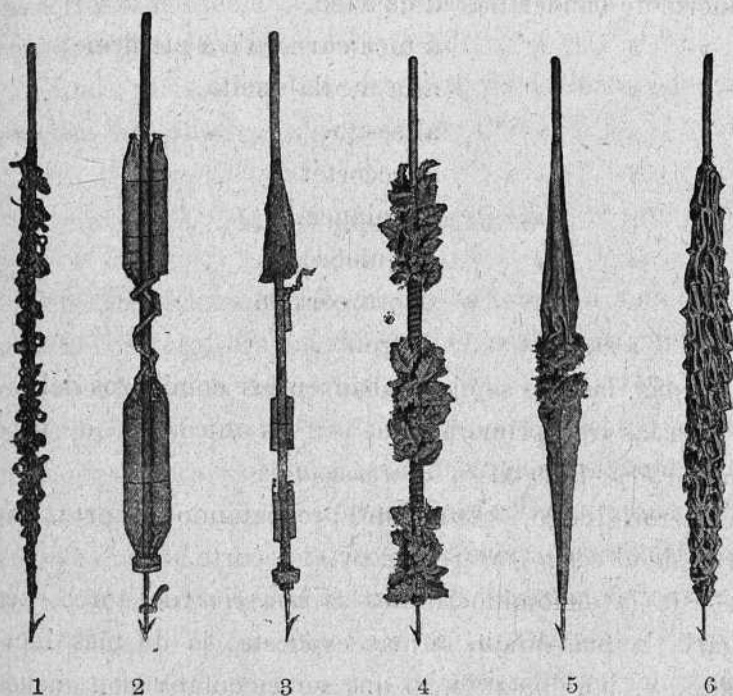
Hay otra clase de banderillas llamadas de fuego, que tienen las mismas dimensiones que las ordinarias, y llevan una armadura de cartuchos de pólvora y petardos, unidos entre sí por una mecha que por un sencillo mecanismo, consistente en una yesca encendida al extremo superior del hierro, que sube al ser clavado el palo, da fuego á la pólvora.

Esta clase de banderillas, que en un principio, á fines del pasado siglo, se utilizaban únicamente para dar más variedad al espectáculo, y que por primera vez fueron empleadas en la plaza de Aranjuez en el año 1791, por su inventor José Ruiz (el *Calesero*), que las colocaba á caballo, sirvieron después para castigar á los toros que no cumplían en el primer tercio, en sustitución de los perros de presa, aplicación que hoy día tienen.

Las banderillas de esta clase llevan generalmente la puya de doble arponcillo, aunque también se construyen con puya ordinaria, siendo aquellas más ventajosas por su dificultad de desprenderse una vez clavadas.

Las banderillas de lujo, que se emplean únicamente en corridas de gran aparato, no son de las que más gusta colocar á los toreros, porque á veces con el volumen que se imprime á los adornos no se puede distinguir tan bien el sitio en que se clavan.

Las figuras de la página siguiente dan clara idea de estos utensilios, que tienen por objeto quitar facultades á los toros, haciéndoles sufrir destronques y ahormarles la cabeza.



Núm. 1.—Banderilla ordinaria.

Núm. 2.—Armazón de una banderilla de fuego antes de prender.

Núm. 3.—Id. de id. después de quemada.

Núms. 4 y 5.—Banderillas de lujo.

Núm. 6.—Banderillas cortas.

*
* *

Hay diferentes maneras de ejecutar la suerte de clavar banderillas por los lidiadores encargados de llenar esta parte del espectáculo, porque son diferentes los estados y condiciones en que encuentran á los toros, y diferentes tienen que ser, ajustándose á cada caso los cites, los viajes, el modo de meter los brazos y las salidas del centro de la suerte para tomar el terreno debido con la menor exposición posible.

Todas estas formas se comprenden en las denominaciones que siguen:

Suerte de banderillas al cuarteo.

»	»	»	á topa carnero ó á pie firme.
»	»	»	á la media vuelta.
»	»	»	al sesgo.
»	»	»	al recorte.
»	»	»	al relance.
»	»	»	al quiebro.
»	»	»	á toro corrido.
»	»	»	de frente.

De estas, las que se ejecutaban en los comienzos del toreo eran las tres primeras, que son las únicas de que hace mención *Pepe-Hillo* en su *Tauromaquia*.

Vinieron luego, según fué progresando el arte, las suertes de al sesgo, al relance y al recorte.

A esta la denominó Montes el *non plus* del toreo, por juzgarla la más difícil, la más espuesta, la de más lucimiento, y, por lo tanto, la que se ejecutaba con menos frecuencia.

Y posteriormente á Montes, hasta el presente momento de la tauromaquia, se han aumentado las restantes, debiéndose á Antonio Carmona (*el Gordito*) las del quiebro, y á Guerrita los pares á toro corrido.

Por consecuencia, cada uno de los modos de verificar la suerte depende en absoluto, y como es lógico pensar, de las condiciones de las reses con que ha de llevarse á cabo, porque ni el toro bueno para el cuarteo, lo es para el relance, ni el que toma las tablas es apropiado para el par de frente, ni el que tiene una querencia, ó sencillamente se sale á los medios, reúne circunstancias beneficiosas para que el lidiador lo paree sesgando, á no ser que suceda lo que suele suceder á menudo, y es que para que un lidiador luzca su especialidad en la ejecución de una de esas distin-

tas formas, se tuerza la natural inclinación del toro, estropeándole para lo que le resta de lidia.

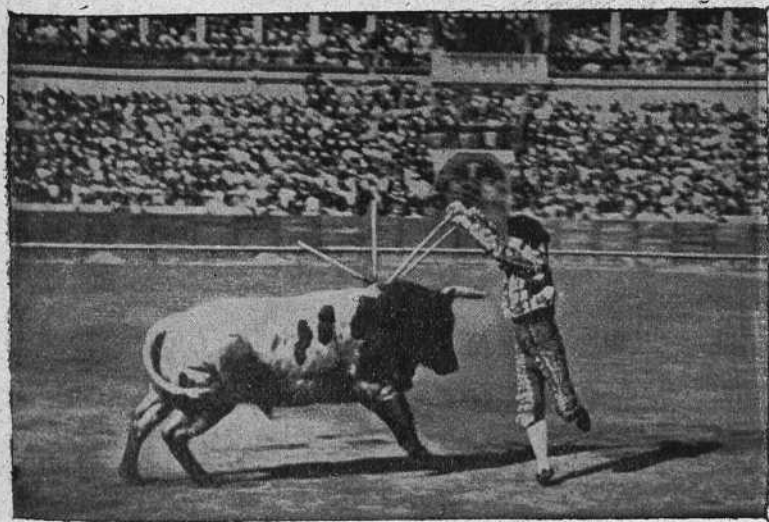
Vamos, pues, á explicar las distintas formas con que se practica esta suerte.

BANDERILLAS AL CUARTEO

Este modo de banderillar, que se presta á mucho lucimiento con toros bravos y boyantes, se efectúa con los sencillos en la forma siguiente:

Se coloca el diestro en el terreno de afuera, frente al toro, que estará en el opuesto, distanciándose con arreglo á las mayores ó menores facultades que haya presentado la res, procurando cuadrar tan luego como ésta se fije en el bulto, por medio de movimientos del cuerpo ó los brazos.

Conseguido lo que antecede, el banderillero cita y sale describiendo una curva, cuyo remate será el centro de la

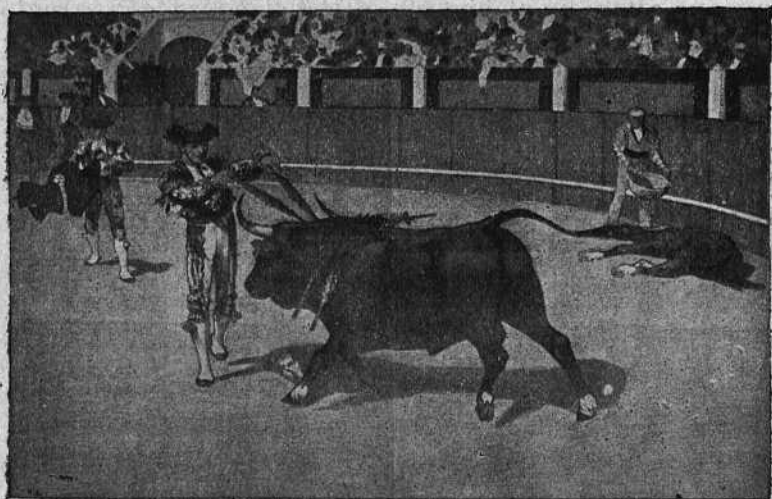


Banderillas al cuarteo.—1.º

suerte en el que se debe cuadrar con el toro, meter los brazos en el momento en que éste humilla y tomar su terreno saliendo con presteza.

Esta forma de practicar la suerte es muy lucida, porque como en el momento de cuadrar está el lidiador fuera del embroque, puede aguardar el derrote sin compromiso, en cuyo instante, y teniendo los palos á la distancia conveniente, el mismo empuje del toro le ayuda á clavarlos.

Puede efectuarse también de otro modo.

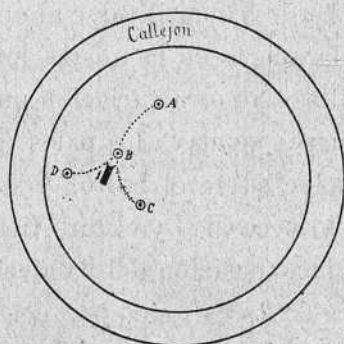


Banderillas al cuarto.—2.º

Consiste en clavar las banderillas antes de cuadrar y de que el toro embista, para lo cual estando el lidiador en el embroque consintiendo mucho para alcanzarlo en la humillación, y en este preciso momento coloca los palos y toma su terreno, porque en tal caso no puede esperar el derrote como hace en la forma anteriormente descrita.

Pareando en esta segunda forma, el lidiador debe inclinar el cuerpo lo menos que le sea posible, pues de fracasar lo que intenta el encuentro con el testuz es casi inevitable y tremenda la cogida que puede resultar, teniendo en cuenta que de todas las suertes la de mayor peligro es la de banderillas, por ejecutarse á cuerpo limpio, tener que aprovechar el instante en que el toro se prepara á dar impulso á su acometida y presentar más el costado y el pecho.

El diestro debe procurar que los palos guarden entre sí la menor distancia, poniéndolos en los rubios uno á cada lado, para lo cual es preciso llevar juntas las manos y levantados los codos sin violencia.



— 1. Toro.

⊙ A. Posición del torero al citar.

..... Viaje del mismo como en el cuarteo.

⊙ B. Centro de la suerte en que cambia el viaje.

----- Nuevo viaje que toma para el punto

⊙ C. que en el cuarteo sería

⊙ D. —

Como ordinariamente se colocan tres pares á cada toro, el banderillero que entra en primer lugar debe hacerlo por el lado que sea más sencillo, á fin de que la res pase al tercio siguiente con la cabeza todo lo más ahormada que sea posible.

Esto evidencia la necesidad que hay de que los banderilleros pareen tanto por un lado como por el otro.

Y cuando así no sucede se debe evitar que los dos que lo ejecuten sean derechos ó izquierdos, es decir, que entren con más desahogo y facilidad por uno de los dos lados, sino que han de ser uno derecho y otro izquierdo, entrando por delante el que tenga predilección por el sitio que el toro esté menos avisado, *sin guardar los turnos que hoy vienen observando*, á fin de que el toro guarde menos resabios cuando llegue á manos del matador, cuyo lucimiento deben procurar los banderilleros antes que el suyo propio, y esto solamente se consigue con la obediencia y práctica de las reglas.

Si el toro que ha de banderillearse al cuarteo es revoltoso, se efectuará la suerte en la misma forma que con los boyantes y sencillos, sin otra variación que la de salir más velozmente en cuanto se clava los palos, porque cuando la res se rehace vuelve sobre el bulto, y si el lidiador se ha detenido más de lo necesario y el toro tiene muchas facultades, es segura la exposición del banderillero.

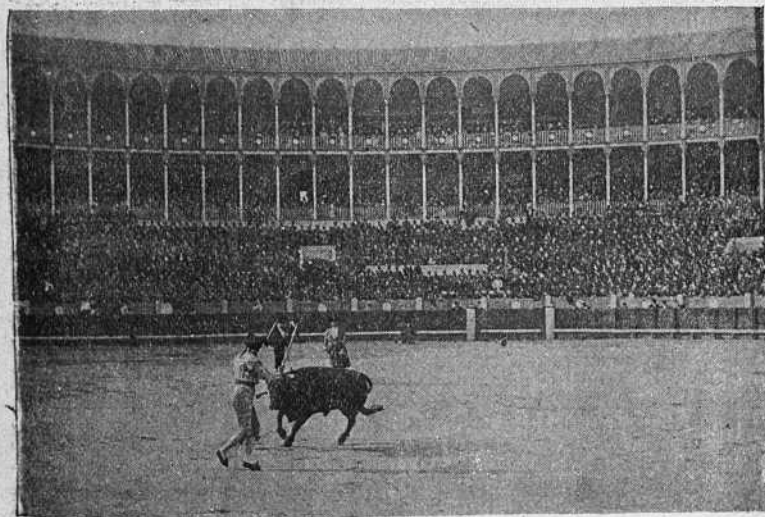
Con esta clase de toros, siempre celosos por hacerse con los bultos, sobre los que arrancan con rapidez, debe tener el lidiador muy en cuenta el momento preciso de su arranque y la medición exacta de los terrenos, para no verse en la situación de tener que salir en falso y pasarse sin clavar, lo que, á más de resultar desagradable y decir muy poco en favor del conocimiento de quien lo ejecuta, es muy expuesto y hace aprender muchísimo á los toros.

Los espadas que velen por su prestigio y el rigorismo en la aplicación de las buenas prácticas del toreo, deben cuidar esto muy mucho, y recordar lo ocurrido, á propósito del caso, al célebre José Redondo (*Chiclanero*), cuando figu-

raba en la cuadrilla de Francisco Montes; aquel espada dotado de una inteligencia clarísima y de voluntad y energía tan grandes, que no toleraba en el redondel ni la más leve falta á los lidiadores, para imprimir al arte todo el clasicismo que á su parecer debía ostentar.

En una tarde en que el referido *Chiclanero* estaba encargado de poner banderillas, se pasó dos veces ante la cara sin meter los brazos. Cuando volvía del segundo viaje para tomar nueva posición, oyó la voz de Montes que le decía: «Muchacho, retirese usted al estribo para que aprenda cómo banderillean los demás», obedeciendo el *Chiclanero* inmediatamente y sin oponer la más pequeña réplica.

Y esto que hizo Montes con su discípulo predilecto, con el niño mimado de su cuadrilla, debían hacer hoy los espadas siempre y cuando los banderilleros saliesen en falso sin motivo ni necesidad justificada más de una vez, porque al toro que no se le puede banderillar de un modo por



Salida falsa

sus condiciones de momento, se le banderillea de otro apropiado á ellas, y el golpe de vista consiste en saber antes de entrar la forma en que, según las condiciones de la res, debe ser practicada la suerte.

Las salidas en falso repetidas, demuestran claramente ó que no hay valor necesario para llegar á la cara ó un desconocimiento superlativo de lo que se intenta.

Los toros que se ciñen son buenos para banderilleados al cuarteo y prestan á la suerte mucho lucimiento, puesto que, cuanto más se ciñan, de tanto más efecto resulta.

Para ejecutarla con esta clase de toros debe el lidiador citar desde mayor distancia que á los toros boyantes y revoltosos, para que si el animal es muy vivo no encuentre el diestro la salida tapada.

A pesar de no ser muy á propósito para banderilleados al cuarteo, también puede con ellos ejecutarse la suerte.

Si una vez hecho el cite y al acercarse el diestro, el toro permanece parado, se le banderillará como á los antedichos; pero si arranca, entonces el diestro sale derecho hacia la cara, observando con cuidado el terreno á que el toro se inclina, y cuando llegue cerca de él, hará rápidamente el cuarteo, buscando la salida por el lado opuesto al que la res tiene marcada propensión de inclinarse, y como cuando el diestro le señala el viaje tiene poca tierra para cortarle, podrá terminar la suerte con seguridad.

Cuando el cuarteo se inicia desde larga distancia con toros que cortan el terreno, los lidiadores se encontrarán casi siempre con la salida tapada, porque señalándoles el viaje con demasiada anticipación tienen tiempo bastante á cortarle ó impedir la ejecución de la suerte.

Si el banderillero consigue en tal caso pasar y ganarle

la cara, tendrá que salir en falso la mayor parte de las veces, y con exposición, si el animal conserva facultades.

Para banderillar á esta clase de toros con menos peligro cuando tienen muchos pies, será oportuno que los peones que auxilian, con el menor número posible de capotazos le quebranten la fuerza en los remos.

Esto que decimos con los toros que cortan terreno, no debe hacerse con los boyantes en modo alguno, porque no ofrecen riesgo para el lidiador, y resulta tanto más lucida la suerte cuantas más facultades conserven en las patas.

A pesar de esto, actualmente presenciamos, á ciencia y y paciencia, que antes que un banderillero entre en suerte, los peones de auxilio tiran tal número de capotazos sin tón ni són, que no hay toro que los resista ni deje de aburrirse, contribuyendo al descrédito de todos y á que no pueda efectuarse suerte alguna en lo sucesivo con sujeción al arte, porque los toros se descomponen y resabian en alto grado, impidiendo, no ya meter los brazos, sino ni aun siquiera acercarse á ellos con tranquilidad.

El mayor inconveniente que presentan los toros que se ciñen cuando el diestro sale marcándoles el cuarteo con demasiada anticipación y los bichos tienen espacio para ganarles mejor el terreno, es que al unirse en el centro, el toro no ha sufrido destronque alguno por rematar sobre el mismo terreno que el lidiador, y como éste no le aventaje en facultades, se verá necesariamente alcanzado en su salida de la cara.

Creemos, por consiguiente, de necesidad, establecer esta conclusión, como una regla para el caso:

«Hacer el cite á bastante distancia; salir en viaje directo hasta la cara, y cuando medie entre ambos poco terreno,

ejecutar el cuarteo, para que el toro corte lo menos posible, llegar al centro de la suerte, clavar los palos y salir por pies.»

A los toros de sentido hay que tomarlos con bastantes precauciones por los inconvenientes que tienen de taparse ó quedarse en el centro de la suerte, observando el viaje del lidiador.

A pesar de esto se banderillean con seguridad, efectuándolo como á los que ganan terreno, procurando meter los brazos desde fuera en la humillación, no parándose un momento y saliendo con mucha rapidez.

Si el lidiador viene embrocado, al salirse el toro por el lado que se le da, se efectúa un quiebro, y sin cuadrar ni parar en el viaje se le clava, si es posible, el palo del lado del embroque, con lo que el toro se escupirá un poco, y fuera ya, y sin peligro, podrá entonces ser clavado el otro, saliendo inmediatamente á la carrera, teniendo en cuenta que para el efecto del público la colocación de los palos debe parecer simultánea; pero nunca se debe intentar la colocación de la segunda banderilla sin ver que el toro se ha escupido, pues de verificarlo sin esta circunstancia, el percance es seguro.

Para hacer vistosa esta suerte y alejar de ella el peligro cuanto sea posible, tratándose de toros de sentido, es necesario quitar á éstos las facultades, con lo cual, y no olvidando lo ya indicado, desaparece el peligro.

Así y todo, se tapanán alguna vez y se quedarán otras; pero como ya no tienen poder en las piernas, el diestro puede salir con tranquilidad.

Cuando en estas circunstancias el toro no humille y se tape, y en el centro de la suerte empiece á tirar derrotes sobre alto, entonces, si no se quiere desistir por amor pro-

pio de poner los palos en esta forma, podrá conseguir el lidiador su propósito llevando en la mano del lado del toro, además de la banderilla correspondiente, un capote liado, que se le tirará al hocico en el momento de entrar en jurisdicción, con lo que se conseguirá que humille, aprovechando este instante para clavar y salir.

Algunos diestros han logrado esto arrojándoles desde distancia conveniente la montera, aprovechando el momento en que el toro hacía por ella para meter los brazos y clavar las banderillas.

El célebre Pablo Herráiz, valiéndose del medio indicado, ha puesto muchísimos pares de gran lucimiento á toros de sentido y que no podía hacerseles humillar.

A los abantos se les parea fácilmente al cuarteo, siempre que no se salgan de la suerte, dejándolos llegar mucho, sin riesgo de meter las banderillas estando embrocado, pues apenas sienten el arponcillo se echan fuera sin volverse en busca del diestro.

Para cuartear á los toros burriciegos, debe tener en cuenta el lidiador la clase á que pertenecen.

Los que ven mucho de cerca y poco á distancia, son los mejores para el cuarteo siempre que vayan levantados, teniendo además la ventaja de que no salen persiguiendo al lidiador cuando éste ha rematado la suerte.

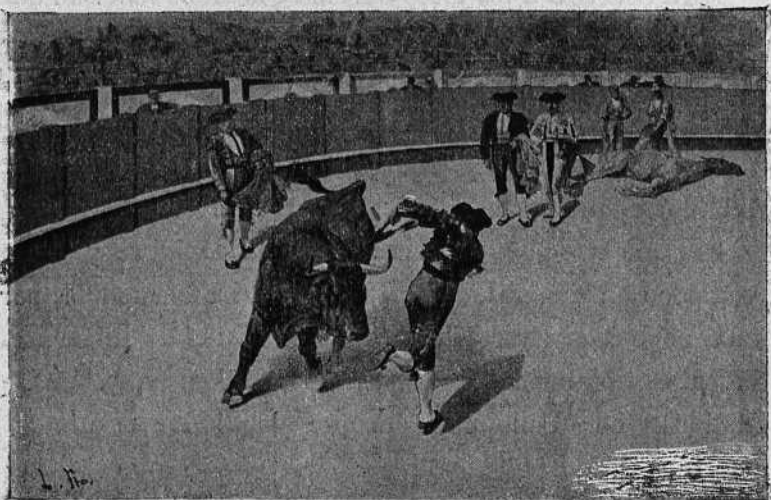
Los que ven poco de cerca y mucho de lejos, y los que ven poco en general, se tapan con mucha frecuencia, por lo cual debe recurrirse al remedio más fijo: el de quitar facultades, especialmente á los que ven de lejos, en razón á que arrancan en el momento en que el lidiador se sale de la suerte.

Con los tuertos se debe marcar el viaje en la dirección del ojo por que ven y tomar la salida por la otra, en

la seguridad de que no pueden hacer por el objeto que se les quitó de la vista en el momento de engendrar el derrote.


Además de cuanto se ha dicho respecto á lo que debe cuidar y mirar el diestro para clavar banderillas al cuarteo, en cada clase de toros según las condiciones que presentan, debe tener en cuenta que á toros que marchen hacia alguna querencia es preciso tomarles la delantera suficiente para poder ganarles la cara y meter los brazos con desahogo.

Con los toros que ganen terreno y los de sentido, difícilmente se podrá efectuar, ejecutándose mejor la suerte esperándolos en la querencia, saliéndolos al encuentro al verlos próximos haciendo el cuarteo de forma que lo vea libre en el remate de la suerte, lo que le facilitará la salida sin temor á contratiempo alguno.



Banderillas de sobaquillo

Algunos denominan pares de sobaquillo á los que pone el diestro entrando como al cuarteo, sin cuadrarse, dejando pasar la cabeza y saliendo por pies, cuando únicamente deben ser denominados así los al cuarteo ó al sesgo que clava el lidiador sin ver dónde los pone por falta de serenidad en el encuentro.



CAPÍTULO XIII

**Banderillas á pie firme ó á topa-carnero.—Con los toros boyantes.—
Con los abantos.—Con los tuerfos.—Con los burriciegos.—Con los
que tengan querencias.—Con los que no debe practicarse.—Banderi-
llas á la media vuelta.—Maneras de practicarla.—Banderillas al
sesgo.—Cómo la explica Montes.**

La suerte denominada por unos á pie firme y por otros á topa-carnero, está en desuso, pero es una de las más vistosas para el espectador practicándose á ley.

Es de las que reclaman imperiosamente la cualidad esencialísima de ver llegar los toros sin que la rapidez de la marcha ni el aparato de la bravura con que acomete hagan vacilar un punto al diestro, seguro de lo que va á ejecutar, ni lleve á su ánimo la zozobra más ligera que sería su perdición, puesto que según acontece, el momento en que se duda es aquel en que el peligro agigantado por la proximidad nos parece mucho más terrible por no haberlo sabido apreciar de antemano.

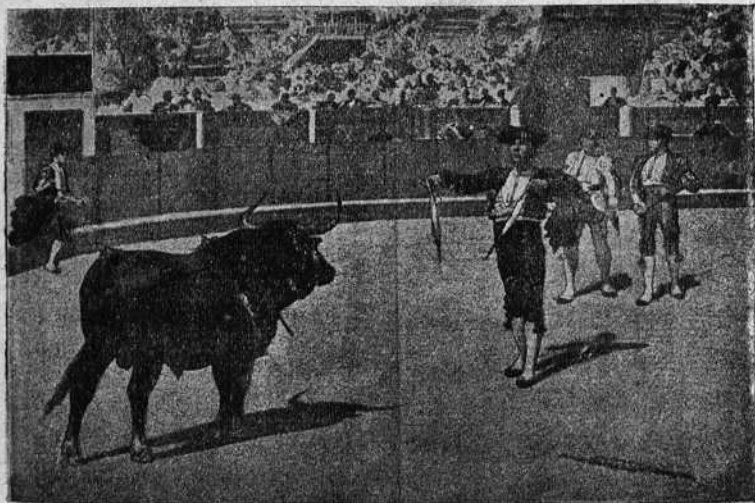
En cualquier riesgo, cuando menos se puede dudar es cuando está encima.

El torero no debe dudar nunca en el momento del embroque, porque en aquel instante crítico es cuando surgen las inspiraciones súbitas para hallar la salida, mientras que la aberración ó el terror instantáneo ó el atolondramiento sin

razón, le entregarán á él, al hombre, á la inteligencia que burla, á merced del bruto que intenta burlar.

Ahora digamos cómo se practica esta suerte.

El banderillero se coloca á relativa distancia del toro, frente á frente de él.



Cite para banderillas

Cuando el animal se fije en el bulto, le citará y alegrará para que acuda:

Se esperará á pie quieto, y al entrar y humillar el toro en su propia jurisdicción para engendrar el derrote, el banderillero, ya por medio de un quiebro con el cuerpo ó dando un paso atrás con el pie que él crea más seguro, se saldrá del embroque y cuadrándose con la res meterá los brazos y dará á la suerte un remate seguro, quedando inmóvil en el mismo sitio, observando el viaje del animal.

Con los revoltosos, es preciso que el lidiador tenga mucho golpe de vista al rematar, pues en este caso los toros de tal índole se reponen con más presteza que en otros y en lugar de continuar el viaje, se revuelven y arrancan con todas sus facultades en persecución del bulto.



Saliendo de la suerte

Con los toros abantos podrá verificarse la suerte con facilidad, puesto que en el momento de llegar y sentir el castigo rebrincarán, doliéndose y siguiendo su viaje, y permitiendo un remate lucido.

Con los tuertos deberá tenerse la precaución de cuadrar por el lado que no ven, á fin de que no puedan rematar en el bulto.

Con los burriciegos que ven de lejos hay que tener presente que se suelen detener á corta distancia del lidiador, en cuyo caso se les volverá á citar, hablándoles para que conozcan que el bulto está cerca y acometan de nuevo. Si

no lo hicieran se adelantará el banderillero y pondrá los palos al cuarteo, porque no sólo es ridículo entonces salir en falso, una vez iniciada la suerte, sino que es de exposición en esta clase de toros, ya que al alejarse del terreno, como le verá mejor, se arrancará de nuevo tras él.

Con los toros que vayan levantados puede efectuarse sin el menor peligro, así como también cuando lleven viaje á una querencia, teniendo en cuenta que arrancan con ímpetu sobre el bulto que les cierra el paso.

Como cuando llegan al centro de la suerte y tiran el derrote pierden de vista el bulto, se sienten castigados y encuentran el paso libre á la querencia, parten hacia ella con rapidez, sin hacer caso de nada, porque su objetivo único es llegar al término que se proponen.

La suerte de parcar á pie firme no deberá ejecutarse con los toros que se ciñan y rematen en el bulto, porque sufren poco destronque, por lo que se meten en el terreno del lidiador y es muy difícil echarse fuera de la cara.

BANDERILLAS Á LA MEDIA VUELTA

Esta suerte, objeto en ocasiones de las censuras del público, sin causa que lo justifique, tiene su correspondiente aplicación dentro del arte, y está clasificada como de recurso, puesto que no se puede banderillar á todos los toros á capricho de los lidiadores, sino en la forma que ellos piden y en los terrenos apropiados al objeto.

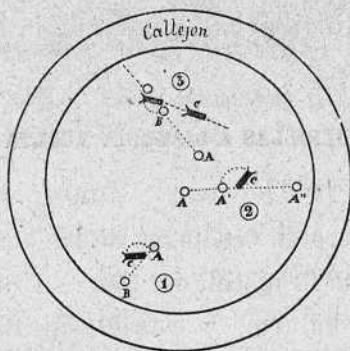
Claro es que antes de intentar el pareo en esta forma, hay que apurar otros distintos medios, empezando por el que, según la creencia, no sólo del lidiador que ha de ejecutar la suerte, sino de los demás que tiene á su alrededor, re-

clamen las aptitudes del toro; pero existiendo la imposibilidad de consumarla así y antes, ó, más bien dicho, mucho mejor que salir en falso, es preferible clavar los palos á la media vuelta.

La sorpresa del encuentro, sobre todo si se repite, es probable que torne receloso al animal, pero como se parte del principio que, á no ser por falta de valor en el torero para hacerla de otro modo, los toros con que se practica la suerte á la media vuelta están ya lo suficientemente resabiados, este será un detalle que ni quite ni ponga nada á sus malas condiciones.

Detallemos algunos de estos resabios.

Las banderillas á la media vuelta están indicadas para los toros de sentido, los que tienen querencias, los que cortan el terreno, los que desarman y para los burriciegos que ven de cerca.



Tres maneras hay de practicarla:

1.^a Estando el toro con alguna inclinación á los tableros (C), el diestro se situará detrás del toro lo más cerca posible (A), sin llamarle la atención, procurando no estar en línea recta con él, sino un poco al costado, que corres-

ponde al terreno de afuera. Ya en esta posición le llamará, á fin de que se vuelva, y al lograrlo, que será humillándose por lo cerca que ve el objeto, el torero adelantará lo preciso por dicho lado, cuadrará, meterá los brazos clavando las banderillas, y saldrá por el terreno de adentro (*B*) con la ligereza necesaria para evitar un percance.

2.^a Estando el bicho en querencia, saldrá el lidiador desde una distancia prudencial hacia él, ya en línea recta, ya formando en su carrera, con la posición del animal, un ángulo obtuso (*A C*), y al llegar á corta distancia (*A'*) le alegrará con la voz ó pisando fuerte, para que se vuelva y haga por el torero, en cuyo instante clavará éste los palos y rematará la suerte como queda dicho, tomando el terreno de adentro con dirección á las tablas (*A''*) por si la res abandonara la querencia y saliera tras el bulto.

3.^a Cuando el toro va levantado y no ha sido posible banderillarlo en otra forma, lo que suele ocurrir con los abantos y huidos, el banderillero (*A*) saldrá tras él, cortando el terreno que sea preciso para acercársele (*B*) y le llamará la atención para que se detenga, yendo siempre como se indica y buscando el costado del cornúpeto que corresponde al terreno de afuera.

Una vez conseguido que se vuelva el toro para hacer por su perseguidor, éste se detendrá, cuadrará, meterá los brazos y clavará las banderillas, saliendo con celeridad.

Esta forma de poner banderillas es de lucimiento, cuando el toro acaba de salir de otro par rebrincando, cabeceando y doliéndose al castigo y como queriendo desprenderse de él con la violencia de sus movimientos. Entonces, al revolverse, no tendrá gran codicia por el bulto, pues su movimiento hacia donde le han llamado la atención será, mejor que acción ofensiva, acción defensiva, rehuendo un

nuevo castigo y permitiendo, por consecuencia, que el remate de la suerte tenga menos exposición.

Al indicar, tanto en la primera como en las otras dos maneras de banderillar á la media vuelta, que el diestro procure que la res grave sobre el terreno de afuera, claro está que es en ventaja del torero, porque entonces su huida es por el de adentro hacia las tablas, las que si el bicho le sigue, le ha de ser más fácil alcanzar que tomando el terreno de afuera, que es siempre el de la res y en el que ésta tiene mayores ventajas para alcanzar, teniendo como tiene más espacio de que disponer.

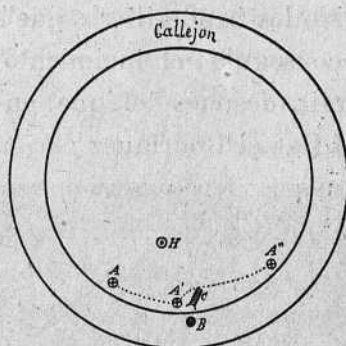
A los toros revoltosos, á los que ganan terreno, á los que rematan en el bulto y á los burriciegos, se ha de tender, en primer término, á quitarles facultades, para luego entrar con más confianza y soltura á ejecutar la suerte.

A los toros tuertos debe citárseles para que se vuelvan por el lado que ven, pues al intentarlo por el contrario es seguro que no podrá efectuarse.

BANDERILLAS AL SESGO

Efecto del cansancio adquirido en la suerte de varas, ó buscando una defensa natural contra tantos que le hieren y burlan, algunos toros suelen aplomarse, y toman querencia á las tablas, sin que ni el continuo capotear de los peones ni los ardidés de que se valen los que ocupan el callejón, ardidés siempre mal empleados, puesto que en la lidia todo ha de ser noble y no traicionero ni forzado, sin que nada logre sacarlos del sitio elegido por ellos, el encargado de poner banderillas se ve entonces en la precisión de renunciar á colocarlas cuarteando, que es lo más general,

presentándosele como único recurso la forma de banderillar al sesgo.



Para ejecutarla se procurará que el toro que no ha consentido salir de las tablas se coloque más ó menos terciado con ellas (*C*) y conserve esta actitud, lo que se consigue conque un peón, siempre un peón, situado detrás de la barrera (*B*) le llame la atención con el capote hasta el momento en que parta el banderillero (*A*), que se colocará al hilo de las tablas, hacia el punto en que la res tiene la cabeza.

En esta posición cita, y en cuanto el cornúpeto le ve, sin dar tiempo á que cambie la postura que tiene, saldrá el lidiador hacia él, y al llegar á la cara (*A'*), sin cuadrar, meterá los brazos, clavará las banderillas y seguirá su viaje con toda la lijereza posible á buscar refugio en el callejón (*A''*), si fuese necesario, y el toro arrancará tras él, sin hacer caso, bien del lidiador (*B*), que procurará entreteñerle de nuevo, ó bien del torero (*H*) dispuesto á parar ó llevarse el toro en dirección contraria á la que tomó el banderillero.

El lidiador que vaya á practicar esta suerte no debe de-

tener un momento su carrera ni pararse al clavar los palos, porque de hacerlo el embroque es seguro y la cogida inevitable.

Muchos han sido los banderilleros que la han practicado; pero pocos han conseguido el lucimiento y seguridad que tenía Pablo Herráiz, después del que, en justicia, merece mención especial Rafael Rodríguez (*Mojino*).

Se debe, así mismo, tener muy en cuenta que en esta suerte lo hace todo el banderillero, y que es muy comprometida por las condiciones en que los toros se encuentran, generalmente muy avisados y de sentido.

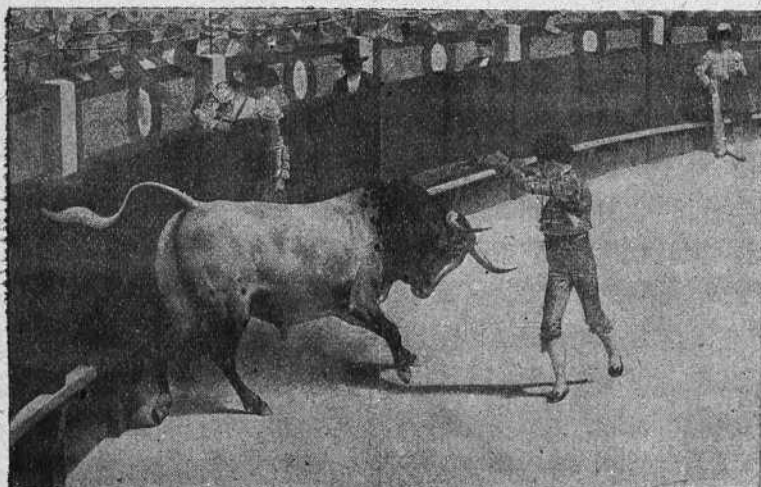
En cuanto el diestro observe, una vez emprendido el viaje, que la res se vuelve ó endereza demasiado, procurará enmendar el terreno para salirse de la suerte.

Decía Montes, ocupándose de ella, que debe ser practicada con toros cansados y aplomados casi, cuando se les observa querencia á las tablas ó á otro punto, y que el lidiador, para llevarla á cabo, debe colocarse detrás y al lado del toro, á una distancia relativa y con arreglo á las facultades del animal, y sin que éste le vea se irá derecho á la cara, y al llegar, meterá los palos, saliendo por pies, procurando no cuadrar, porque de hacerlo, al volverse el toro hay un embroque de cuadrado sobre corto, donde no existe recurso alguno para evitar un perance.

Añade que para que haya seguridad completa en ella, es necesario de todo punto que el toro no tenga facultades, que esté aplomado en sitio propio y *que se salga con todos los pies*.

Esta suerte, dice, es diferente en todo á las demás; si en otras es indispensable que el toro arranque, humille, entre en jurisdicción y tire el hachazo, y que el diestro pare un

momento siquiera, que cuadre, que haga un quiebro, etc., en ésta sólo es de precisión que el toro permanezca inmóvil y que el torero, en lo más veloz de su carrera, clave las banderillas, sin hacer más diligencia que si fuese á ponerlas en la pared.



Banderillas al sesgo

Si en el momento de haber emprendido la carrera hacia el toro observa que se vuelve algún tanto, cambiará el viaje para salirse de la suerte, ó banderillará á la media vuelta, que es de más seguridad.

Esta suerte, llamada á vuelapiés, porque el diestro la ejecuta marchando con la mayor velocidad que pueda imprimir á sus piernas, y sin detenerse un momento, añade luego el célebre espada, puede ejecutarse con toda clase de toros, siempre que estén en las condiciones ya referidas.

Según nuestro criterio, la mejor manera de llevarla á cabo y obtener mayor seguridad y efecto es la forma en que la explicamos primeramente; ésta es quizá la única que vemos practicar hoy, ó, por lo menos, la que más generalmente se usa cuando los toros reúnen las condiciones que se han detallado.



CAPÍTULO XIV

Banderillas al recorte, al relance, al quiebro.—Gordito como banderillero.—Una corrida célebre.—Quiebro á pie firme y en silla.—Cómo se ejecuta.—Banderillas cambiando de terrenos, á toro corrido.

Todos los banderilleros suelen tener su especialidad, ó cuando menos su predilección, por una suerte determinada; pero ésta sólo la ejecutan en casos contadísimos, cuando ven en el toro que van á parear exuberancia de condiciones, por decir así, de las que necesitan para consumir su designio con fortuna.

Casi todos, concretándose á la rapidez con que debe ser ejecutado el tercio, tratan de salir de él con más ó menos inteligencia, allanando obstáculos y valiéndose del medio que les es más fácil y les parece más rápido.

Lo cual constituye una equivocación lamentable.

El banderillero no se debe fijar únicamente en cómo saldrá del paso, sino á qué paso entrará.

No debe valerse de lo fortuito, sino de lo oportuno.

Aprovechar la cabezada dirigida hacia otro objeto y colocar entonces en buen sitio las banderillas sin que el toro le vea, es habilidad y mérito, pero al cabo este recurso se debe eludir, puesto que la lealtad en el cite, el modo noble de ahormar á la res y el conocimiento que el torero debe

tener del peligro que corre para evitarlo, es lo que constituye la grandeza esencial de la lidia.

Nosotros creemos que son mejores banderilleros que los que *aprovechan* por falta de condiciones suyas, los que saben aprovechar las facultades del toro para entrar á ley.

Y á ley se debe entrar con todos los toros.

Nada tiene que ver el que uno reclame, por ejemplo, el uso de las banderillas á la media vuelta, para que el lidiador practique en conciencia la suerte, puesto que al seguir este procedimiento no se obedece á los caprichos del que banderillea, sino que es el resultado de las condiciones de que adolece el animal.

BANDERILLAS AL RECORTE

Una de las diferentes formas de ejecutar la suerte es la titulada de *banderillas al recorte*, calificada por Montes de Non plus ultra.

Cuando el repetido maestro se expresaba de este modo tenía razón sobrada para ello, y aún para añadir que era, de todas las que se ejecutaban en su tiempo, la más lucida, la más bonita y hasta la más efectista, por la mucha dificultad que tiene el lidiador para verificarla con la precisión que requiere.

Entonces no se conocía ni la suerte del cambio, invención de Antonio Carmona (*el Gordito*), que tanto asombro produjo, ni la forma de banderillar galleando, invención de Rafael Guerra (*Guerrita*), en alto grado sorprendente, y que á veces no ha podido ejecutar porque algunos lidiadores, no comprendiéndola, han metido inoportunamente el

capote distrayendo la atención de la res y cambiándole el viaje, juzgando embrocado y expuesto á una cogida al diestro, cuando éste iba procurando perder terreno en la carrera para aguardar el momento de volverse y banderillar, según su propósito.

La suerte de banderillar al recorte se efectúa en la forma siguiente.

Hallándose el toro terciado sale el diestro hacia él como si fuese á recortar, y al llegar al centro de la suerte, en el momento preciso en que el toro humilla, le recorta haciendo el necesario quiebro de cuerpo, y retrasa algo la salida, quedándose muy cerca del costillar, casi de espaldas al testuz y vuelta la cara hacia él con los brazos levantados, teniendo la mano más próxima al cornúpeto, vuelta atrás, y la otra pasando por delante del cuello ó la barbilla para igualar.

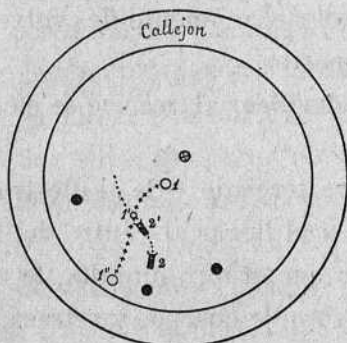
En tal posición, en el instante en que el bicho da el derrote, se clava él mismo los palos que tiene suspendidos el banderillero, que por su posición violenta no puede meterse ni agacharse para clavarlas en la humillación.

Una vez colocadas las banderillas, el diestro se echará fuera con la ligereza marcada por el arranque del animal.

Los mejores toros para esta suerte son los boyantes cuando van levantados; pero hay que cuidar al hacer el quiebro de salir lo necesario para que no le alcance el derrote. También son buenos los abantos que al sentir el castigo no harán por el lidiador, y los tuertos, teniendo cuidado de salir á su encuentro en la dirección del ojo que tienen útil.

A los toros que ganan terreno es preciso tomarles mucha delantera y salir formando un medio círculo, que terminará con ligereza en el centro de la suerte, donde se hará el

quiebro con presteza, saliendo con mucha ligereza en cuanto dejen los palos.



- 1. Primera posición del torero.
 Carrera que describe para ejecutar la suerte, y terminada
 este
 2' ... centro de la suerte.
 ○ 1' Remate del viaje.
 — 2. Primera posición del toro al fijarse en el bulto.
 Carrera que describe si sale en busca del diestro.
 ● ... Peones auxiliares por si el toro sale tras el lidiador.
 ⊕ ... Espada que auxilia.

Si cortan demasiado el terreno y se comprende que no da lugar á pasarse, en este caso cambiará de dirección, escapando por pies.

Con los toros pegajosos y que se revuelven, el torero debe ir muy avisado, porque lo más seguro es que al colocarse cerca del costillar, el bicho, al volverse haga por el objeto con codicia.

Al partir el banderillero para banderillar en esta forma ha de procurar no atravesarse mucho para no taparse la salida, porque si tal le aconteciera no sólo no podrá consumir la suerte sino que la cogida será casi inevitable.

El diestro que no recorte bien debe evitar la ejecución de esta suerte, porque es expuesta en demasía, al menor descuido ó retraso que tenga, y mucho más al hacer el

quiebro, si no tiene precisión para salirse lo bastante del centro de la suerte.

BANDERILLAS AL RELANCE

La realización de esta suerte se verifica cuando el toro acaba de salir de otro par y va levantado.

También es de efecto por lo inesperada que resulta, teniendo además la buena condición de ser una de las de menos compromiso para el banderillero, puesto que, por regla general, cuando este mete los brazos, el toro lleva pasada la cabeza, y no le ve al emprender su viaje.

El diestro se coloca en el sitio oportuno, y aprovechando la carrera del bicho le sale al encuentro, cuadrándose al llegar á jurisdicción, metiendo los palos, marchando después por su terreno sin tener que precipitarse, por venir el toro ya castigado y no ser lo más común que se revuelva.

Esta manera de banderillar puede efectuarse con toda clase de toros, excepto los que cortan el terreno ó se tapan.

Con los demás no debe intentarse si no se conocen positivamente sus condiciones, á no ser que el lidiador se sitúe convenientemente, graduando al primer golpe de vista el centro de la suerte.

Retrasar ó adelantar cualquier movimiento en su ejecución deslucirá la suerte, aun en el caso de poder meter los brazos y colocar las banderillas.

BANDERILLAS AL QUIEBRO

Corren versiones muy distintas respecto á quién fué el inventor de esta arriesgada suerte; pero nosotros, ateniéndonos á lo más probable, diremos que aunque la ejecutara por primera vez el celebérrimo licenciado de Falces ó los toreros portugueses tan prácticos en cuarteos ó cambios, ateniéndonos á un espíritu de justicia, diremos que el que seguramente la perfeccionó, si no la inventó, fué el ex-matador Antonio Carmona (*Gordito*).

A esto sobre todo debió su renombre el notable lidiador sevillano que hizo destacar más la referida suerte pareando al quiebro sentado en una silla, cosa ya ejecutada por algunos lidiadores á fines del siglo pasado, con la diferencia de que por aquel entonces las banderillas en esta forma se colocaban una á una.

A propósito de esto permítasenos hacer algo de historia en que la figura del torero ha de intervenir necesariamente para poder explicar de qué modo empezó á generalizarse esta especialísima manera de poner banderillas, que tanto asombro causó al público por salirse de los límites de lo ordinario y ser de efecto tan grande, que al intentarla no hay banderillero que no despierte á un tiempo mismo la ansiedad y el temor en el público.

Antonio Carmona hizo su primera presentación en la plaza de Madrid formando parte de una cuadrilla de pegadores portugueses en una corrida extraordinaria que se celebró en Octubre de 1852.

Nueve años más tarde, y cuando ya disfrutaba de una envidiable reputación como banderillero y pareaba al sesgo

y á pie firme con gran maestría, volvió á pisar el redondel de la antigua Plaza de toros de Madrid en una corrida que tuvo efecto en 20 de Octubre de 1861, anunciándolo la empresa por medio de cartelillos fijados sobre el cartel de la corrida, en que se decía:

«Hallándose de paso la cuadrilla de los hermanos Carmona, á la que pertenece el famoso Antonio Carmona (*Gordito*), la ha ajustado para que el público pueda admirar á éste.»

Y, efectivamente, en aquella corrida al lidiarse el quinto toro de la tarde, perteneciente á la ganadería de D. Vicente Martínez, ejecutó los difíciles quiebros y puso banderillas en silla, suertes ejecutadas ya por él en Abril de 1858 en la plaza de Sevilla, causando gran entusiasmo en el público que presenciara la fiesta, de tal modo, que durante muchos días no se habló de otra cosa en los círculos donde por aquella época se reunían los aficionados.

Tal alboroto produjo en la citada tarde, que la empresa madrileña organizó otra corrida para el 24 del mismo Octubre, día en que la plaza se llenó de un público ávido de presenciar las suertes referidas, que constituían la verdadera atracción.

Cuando llegó el ansiado momento, el *Gordito*, alardeando de su conocimiento y dominio de la suerte, ejecutó, entre otras distintas maneras de parear, la del quiebro, pero dejando llegar de tal modo, adornándose con tanta elegancia en su realización, que el entusiasmo no tenía límites.

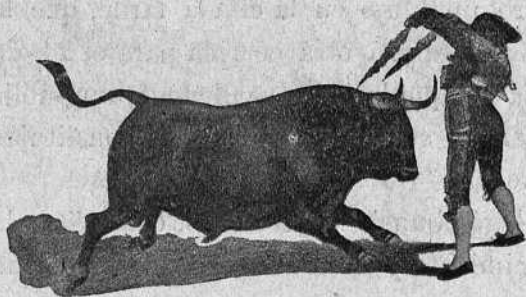
Todas las manos aplaudían, todas las bocas lanzaban exclamaciones de sorpresa, y todos los pechos latían bajo la misma sorprendente impresión que les causara la habilidad del torero. El público arrojaba al redondel obsequios y cigarros, y el marqués de Salamanca, el lord Buckingham

español, el capitalista pródigo y afamado por sus genialidades, arrojaba al banderillero dos vegueros magníficos, sujetos por un billete de mil pesetas.

Antonio Carmona, queriendo, en cierto modo, devolver al prócer finura por finura, obsequió á Salamanca con una corrida en los Viveros, corriendo la muerte de los toros á cargo de Cayetano Sanz y Manuel Carmona.

Relatado este incidente, pasemos á describir la manera de banderillar al quiebro, á pie firme y en silla.

Para banderillar á pie firme se coloca el lidiador frente al toro y en su rectitud, teniendo unidos los talones. En esta disposición llama la atención de la res. Cuando ésta arranca, el lidiador, sin moverse, la deja llegar á jurisdicción é inclina su cuerpo y brazos á un lado, marcando allí á la res el sitio del bulto hacia donde se ha encaminado.



Banderilleando al quiebro.

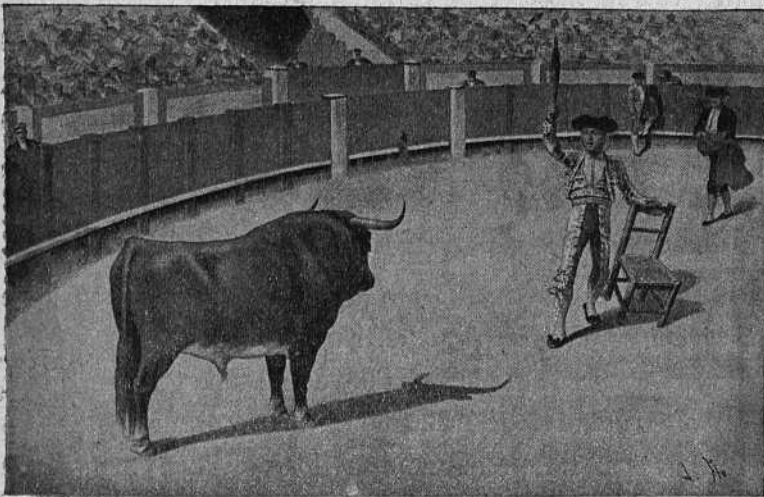
Cuando humilla el toro el lidiador recobra su posición primitiva y clava los palos libre del derrote, puesto que el toro da la cabezada en vago, por el quiebro que el torero imprime á su cuerpo. El animal toma su terreno, continuando el viaje, y el diestro, rematada la suerte, ó bien se queda

en el sitio, que es lo más vistoso, ó bien sale andando con una ligereza ajustada á la que lleva la res, para evitar un percance si se revolviere.

Esta suerte debe intentarse únicamente con los toros bravos y nobles que sean prontos, es decir, que conserven muchas facultades.

Si sorprendente es el efecto que causa al espectador esta suerte, más lo es aún la forma de banderillar en silla.

Provisto el diestro que ha de llevarla á cabo de los paños y una silla, marcha en busca de su enemigo, sin más auxiliares que su frescura y su habilidad, que son, á veces, los mejores para el torero.



Preparándose para quebrar en silla.

A la distancia que le indiquen las facultades del toro colocará la silla, sentándose en ella completamente perfilado con el cornúpeto.

Así situado lo cita, y cuando arranca y llega á jurisdic-

ción se levanta, le marca la salida, echando la parte superior del cuerpo á un lado, y al humillar el torero se hiergue de frente al costado por que ha marcado el viaje á la res, cuadra, méte los brazos y clava las banderillas, siguiendo el toro su viaje.

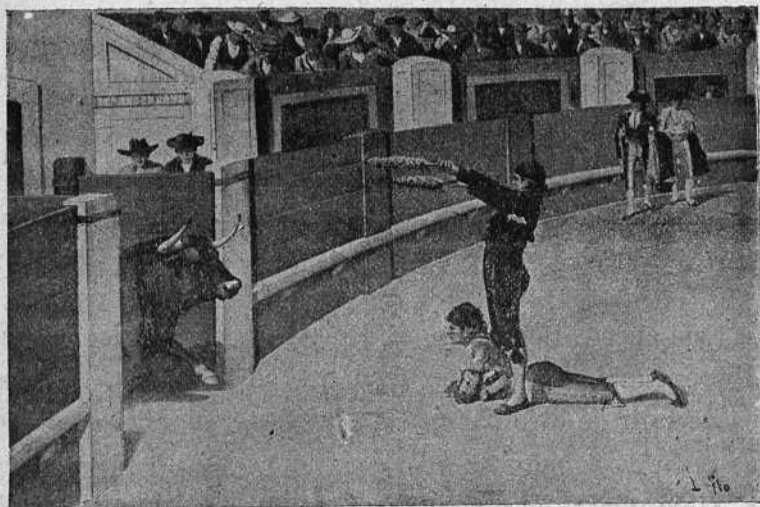
Si después del primer cite el bicho no parte con prontitud por recelarse, el banderillero se acerca con precaución hasta meterse en su terreno, desde el que vuelve á llamarle la atención, á fin de que haga por el bulto, que se le ha ido aproximando con la lentitud necesaria porque no hay momento seguro en la acometida.

Esta suerte aconseja el *Gordito* que se ejecute únicamente con toros sencillos y claros, procurando mucho ver llegar, hacer el quiebro con precisión y no mover los pies hasta darla remate, y esto último nos parece muy oportuno por el destiempo que tal movimiento pudiera causar.

La actitud de los brazos en el quiebro á pie firme es la natural, y al banderillar en silla muy semejante á la del recorte.

Ha sido tal la destreza del *Gordito* al banderillar en estas dos formas distintas, que no sabemos haya sufrido en su ejecución el más pequeño tropiezo.

La suerte á pie firme se ha llevado á feliz término teniendo los pies dentro de un aro ó de un sombrero, situándose sobre un pañuelo, amarrándose los pies con grillos y teniendo echado entre los pies á otro lidiador con la cabeza dando frente á la cara del toro. Esto último lo han verificado contados diestros, no durante el tercio correspondiente, sino á la salida del toro de los chiqueros, figurando *Lagartijo* entre los que tal han llevado á efecto, como lo indica el fotograbado, reproducción hecha con gran exactitud por el lápiz de Perea en el periódico *La Lidia*.



Con cualquiera otra clase de toros de los indicados, ni una ni otra de las dos maneras de ejecutar la suerte debe intentarse so pena de exponerse, no á un fracaso, sino á un percance serio.

Quebrando á pie firme, después del *Gordito*, lo han ejecutado con no menos perfección *Lagartijo*, *Cara-ancha* y el mismo *Guerrita*, inspirador de esta obra.

En silla, si no con el lucimiento del torero sevillano, han banderilleado también *Frasuelo* en sus primeros años de torero y Pablo Herráiz.

BANDERILLAS CAMBIANDO DE TERRENOS

Esta suerte, que viene á ser una derivada del cuarteo, se ejecuta con toros nobles y que estén faltos de facultades.

Se efectúa de un modo idéntico á la indicada del cuarteo,

sólo que el diestro marca la salida por un lado, y al llegar al centro de la misma y antes de meter los palos, cambia de dirección y pone las banderillas.

En ambas suertes, debe encontrarse solo el que las ejecuta para que la res parta con firmeza hacia el bulto.

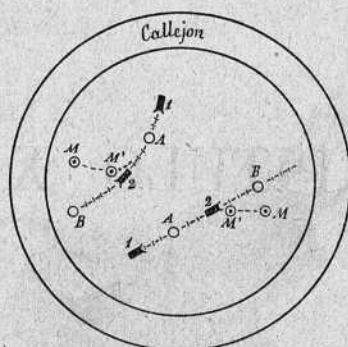
BANDERILLAS Á TORO CORRIDO

Esta suerte tiene alguna semejanza con la del relance, diferenciándose únicamente en que en aquélla el toro acaba de salir de otro par, y en ésta viene en persecución de un peón embebido en los vuelos del capote.

Ni en una ni en otra hay exposición para quien las practica, porque las reses no esperan la intervención del banderillero cuya presencia repentina les sorprende, no dejándoles tiempo para rehacerse y variar el viaje que llevan.

Para que resulte lucida, el lidiador hará que un peón corra al toro hacia la derecha ó la izquierda del lugar en que se encuentra situado, y cuando el animal vaya embebido en el capote y esté á una distancia conveniente, que será lo más corta posible, se irá hacia él, le llamará la atención con una voz, y en el momento de volver la cara, y al tirar el derrote, mete los brazos en igual forma que la descrita para el relance, saliendo por su terreno con la ligereza que el toro requiera.

Esta suerte es la más indicada para los toros que desarmen, los que están inciertos, cortan el terreno ó buscan el bulto, siempre que tengan facultades, porque dificultan la práctica de la generalidad de las otras, especialmente las de la media vuelta, el cuarteo, sesgo, de frente y cuantas llevamos descritas.



- 1. Posición del toro.
 - - - - - Viaje que toma tras
 O A. - al que sigue hasta llegar a
 ■ 2. - centro de la suerte en que el banderillero
 ⊙ M. - le habrá salido al encuentro en el
 | - - - - - viaje tomado para llegar a
 ⊙ M'. - centro de la suerte en que clava la banderilla.

Rafael Guerra prefiere para las referidas clases de toros esta forma á todas las demás, por su fácil ejecución, considerándolas á propósito para evitar las salidas falsas, que tanto descomponen y resabian á las reses en perjuicio de los espadas, al que deben procurar todos los lidiadores lleguen en las mejores condiciones que sea posible.

CAPITULO XV

**Banderillas de frente.—Idem al volapie.—Idem de poder á poder.—
Idem galleando.—Algunas advertencias.**

BANDERILLAS DE FRENTE

Para poner banderillas de este modo, es preciso que el lidiador tenga mucha vista y mida bien los terrenos con objeto de no adelantarse ni retrasarse en el momento de llegar á la cara y meter los brazos.

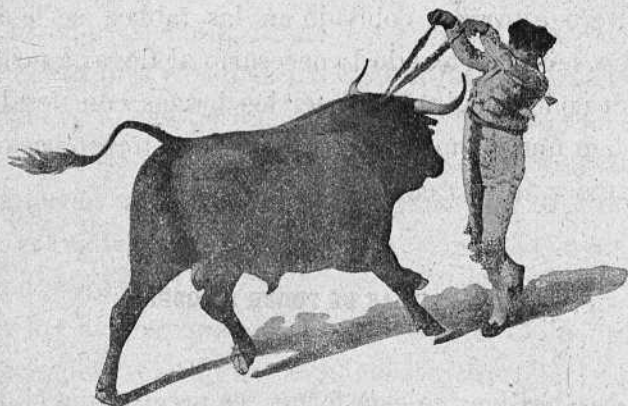
Se igualará previamente al toro en los tercios, con dirección á los medios, en los que se colocará el lidiador en línea recta con su adversario.

Después partirá hacia el toro, apresurando el paso cuando crea conveniente, y alegrando hasta entrar en jurisdicción.

Una vez en el terreno sin haber apartado la vista del animal, bien para que éste al arrancar no le adelante, ó para que no se desiguale de los cuartos traseros, obligándole á pasarse, cuadrará en la cabeza y alargando los brazos iguala y consumará la suerte, saliéndose de la cara por medio de un quiebro de cuerpo dado en el momento de humillar la res.

En la generalidad de los casos, el diestro podrá salir con pausa una vez clavadas las banderillas, porque el bicho al

sentirse castigado no se revolverá en su busca y más si reune la condición de ser blando.



Banderillas de frente

De cualquier modo bueno es que al salir de la cara no se pierda de vista al cornúpeto por si acaso se revuelve buscando el bulto.

Cuanta menos precipitación lleve el diestro desde que parte hasta que llegue al terreno, tanto mayor será el efecto de la suerte.

BANDERILLAS AL VOLAPIÉ

Esta suerte, que es tan vistosa como la mayoría de las ya descritas, se emplea con los toros que están aplomados ó se defienden en las tablas, que es el terreno donde hay doble exposición, por ser donde tiene que trabajar más el diestro, donde pesan más los toros y donde la salida tiene gran número de dificultades.

Si el toro está en los tercios se procurará que sus cuartos traseros se hallen paralelos á las tablas, y una vez cua-

drado, se le citará desde cerca, marcando al avanzar algún cuarteo, y ya en el centro de la suerte, se cuadra y mete los brazos.

Si el toro estuviese cobijado en las tablas, se le citará como al sesgo, cuarteando lo necesario al llegar á jurisdicción para poder cuadrar y meter los brazos con desahogo.

Tanto en uno como en otro caso debe el torero pasar con suma rapidez ante la cara de su enemigo.

BANDERILLAS DE PODER Á PODER

Para banderillar en esta forma, es preciso que el lidiador tenga mucha habilidad y gran dosis de sangre fría, porque no es suerte que se previene, sino que es inesperada la mayoría de las veces.

Podría llamarse también á un tiempo porque se ejecuta cuando el lidiador ha emprendido ya su viaje y el toro lo efectúa de pronto, saliendo á su encuentro con muchos pies.

Si el diestro al ver la acometida no tiene la serenidad necesaria para continuar su carrera y clavar los palos en el momento oportuno, debe desde luego cambiar la dirección de su viaje y pasarse, porque el percance de otro modo es casi seguro.

De tener la frescura precisa y la vista suficiente para medir bien los terrenos, calculando con precisión el centro de la suerte, continuará su camino, y al llegar á jurisdicción, por medio de un ligero cuarteo ganará la cara al toro y en el momento de humillar para engendrar la cabezada, cuadrará y meterá los brazos saliendo con pies de la suerte.

Esta manera de banderillar, que con los toros prontos

es lucidísima y acredita la inteligencia y serenidad de los diestros, tiene más efectos con los toros burriciegos de los que ven de lejos.

La razón es sencilla. Como los toros de esta clase salen con muchos pies y codicia hacia el bulto que tienen á larga distancia, y le van perdiendo de vista según se van aproximando á él, de aquí que el banderillero en el centro de la suerte pueda meter los brazos y clavar sin exposición alguna, saliendo sin tanta precipitación como con las demás clases de toros.

Con los bichos que ganan terreno en el momento de arrancar, debe el diestro cambiar de dirección y pasarse sin dejar las banderillas.

PARES GALLEANDO

Si es de gran efecto para los espectadores el ver banderillar al recorte ó quebrando en la silla ó á cuerpo limpio, aún lo es tanto ó más la suerte de que vamos á ocuparnos y cuya invención se debe á Rafael Guerra (Guerrita).

Porque de efecto y grande tiene que ser para el espectador ver al diestro en una dirección determinada seguido de la res, y en el momento que ésta parece ir á sus alcances volverse de pronto, cuadrar en seco y clavar los palos, saliendo con desahogo de la cara.

Y no sólo tiene que serlo para el espectador, sino para el lidiador que no conociendo bien la suerte y creyendo que el banderillero va á ser alcanzado, sale como es lógico á meter el capote y parar al cornúpeto.

Esto último lo hemos visto en distintas plazas y en varias ocasiones en que Guerrita ha salido para banderillar en esta forma.

Acreditados diestros y peones de justa nombradía se han apresurado á cortar el viaje del toro, metiendo el capote ó llamándole la atención de otra manera, creyendo que el diestro marchaba apurado, lo que les ha valido una mirada de Guerrita, más significativa que cuanto de palabra pudiera haberles dicho.

En un principio del viaje muchos no se han decidido á meter el capote, juzgando que el objeto del lidiador al conseguir que el toro salga tras él es el de mejorar de terrenos, haciéndolo sólo cuando ven que la persecución continúa más allá de lo que creyeron.



Preparando para banderillas galleando, cortando con palos

Esta suerte debe ser ejecutada con toros nobles, cuya ligereza esté en armonía con las facultades del diestro.

Una vez colocado el toro en el terreno que el lidiador juzgue conveniente, se acercará lo bastante para conseguir que acuda en su seguimiento, y en el momento de obtener lo que se propuso tomará carrera con la ligereza precisa, consintiendo al cornúpeto todo lo necesario, y marchará corriendo en un zig-zag elegante, ágil, juguetón, como si se fuese galleando, para cortar la carrera del toro.

En uno de estos zig-zag, el diestro, volviéndose con rapidez, y cuadrando en la cabeza, mete los brazos, y clavando las banderillas sale de la suerte con limpieza y adorno.

Con los toros aplomados la carrera debe ser corta, porque estos al poco cejan en su persecución y hay que consentirlos mucho para que arranquen.

El diestro que haya de ejecutar esta suerte es quien debe prepararse el toro, procurando evitar que se le mareen á capotazos los peones para que resulte más lucida la suerte, llegando á la cara si no acude bien, y dándole con las banderillas sobre el testuz con objeto de que se fije mejor en el bulto que ha de perseguir.

Es innegable que el lidiador que ejecute esta suerte debe tener muchas facultades y conocer bien lo que intenta. Primero, porque si en la carrera pierde terreno, en el momento en que pretenda volverse estará embrocado sobre corto y con la salida tapada por los dos lados, y en segundo, porque de no conocer esta manera de parear lo suficiente para practicarla con holgura, no sabrá el momento preciso en que ha de volverse, y tal vez cuando quiera efectuarlo el toro se haya detenido en su persecución, ó, por el contrario, le haya ganado terreno.

Ahora que hemos explicado las distintas formas en que según nuestro humilde criterio se debe practicar la suerte de banderillas, hablaremos algo respecto á tan conocido utensilio.

De su mejor ó peor confección depende, en muchas ocasiones, el completo lucimiento del lidiador al ejecutar la suerte.

Los arponcillos debe procurarse que estén bien vaciados y que no hayan servido anteriormente, evitándose de esta manera que los filos estén embotados por el óxido ó la sangre seca, que hasta eso sucede, y no claven, estropeando completamente la faena del diestro.

Los banderilleros, que es á quienes compete en primer término esta cuestión, deben cuidar que así suceda, velando por su prestigio antes que por las conveniencias de intereses ajenos.

Muchos de los constructores de banderillas vuelven á utilizar los arponcillos de las que ya se han usado, limándolas ligeramente y limpiándolas de la sangre, sin tener en cuenta ó teniéndola, que la sangre de los cornúpepos destempla no poco el hierro de la puya.


Hay, sin embargo, algunos constructores escrupulosos para la confección de este género de instrumentos, y que miran tanto como á su negocio el que los diestros puedan salir airoso de su cometido.

Y esto ha dado lugar á que muchos banderilleros adquieran de su cuenta los palos que hayan de poner en corridas de importancia, prescindiendo de las adquiridas por la empresa ó servidas por la contrata.

No dejaremos de repetir una vez más el cuidado que los peones deben tener interviniendo en las suertes, por lo que no deben estar en el redondel sino los necesarios para co-

rrer los toros mejorándolos de terreno, ó auxiliar con pres-
teza al banderillero á la salida de cumplir su cometido.

Un espada situado en los medios de la plaza, y otro es-
pada ó un peón de confianza á la cola del cornúpeto dis-
puestos siempre á acudir al sitio que sea de necesidad, bas-
tan para el desempeño de la suerte, sin más bultos que sir-
van para entorpecer el resultado y dar capotazos sin tón ni
són, haciendo pesadísimo para el público este lance.



CAPÍTULO XVI

La suerte de matar en un principio.—Francisco Romero empleando el estoque y la muleta.—Los Palomos.—Estiller, Legurrequi.—Bellón el Africano.

Difícil y ardua tarea, si no imposible, sería precisar la época en que comenzaron á ser muertos los toros en cosos cerrados, porque creemos que esto es tan antiguo como la fiesta misma, considerando que para el hombre una de sus primeras ideas es la de la destrucción.

El cómo se llevaba á efecto tampoco es posible precisar—lo en los comienzos de la lidia, porque entre el infinito número de papeles que hemos revuelto y consultado, nada concreto se encuentra relativo al asunto.

Lo que sí es de creer es que se sirvieran, para ejecutarlo, de las mismas armas que ponían en juego para defenderse de sus fieras acometidas, tales como lanzones, lanzas, rejoncillos, mandobles, machetes y medias lunas, con las que desjarretaban á las reses de cualquier modo.

Por los años de 1380 á 1400, ya se anunciaba la muerte de los toros por individuos que se dedicaban á ello, como lo prueba una noticia encontrada en el archivo de la contaduría de la Real Colegiata de Roncesvalles, de que hace mención el Sr. Millán en su libro *La escuela de Tauromaquia de Sevilla*.

Dice así la noticia:

«El Rey Don Carlos II mandó pagar 50 libras á dos hombres de Aragón, uno cristiano et el otro moro que nos habemos fecho venir de Zaragoza por matar dos toros en nuestra presencia en la ciudad de Pamplona.» (1)

Este dato y otros muchos que tenemos á nuestro alcance, prueban de un modo inescusable que ya en el siglo xiv existían hombres que, tomando por ocupación única el matar toros con alguna habilidad que les distinguiera de los matarifes ordinarios, recorrían pueblos y pueblos á manera de los antiguos comediantes llamados de la legua, buscando ajustes, no ya sólo de las Corporaciones para las fiestas públicas, sino también de los particulares, á quienes la organización social de aquellos tiempos, les hacia buscar todo género de regocijos que pudieran destruir en parte el aislamiento en que vivían.

Era la mitad del siglo xviii.

Acababa de pasar la sombra de un rey, ó, mejor dicho, una decadencia, que era el punto final de la casa de Austria. El advenimiento de los Borbones al trono español había introducido tal cambio de costumbres en las clases altas de la sociedad, asimilándolas á los usos franceses, que bien pudiera decirse que aquella época fué nuestro primer galicismo.

Al jubón de ante, al fieltro con airón y broche riquísimo, á la airosa capilla, á la formidable tizona, habían sustituido el sombrero de tres candiles festoneado de plumas ó galoneado, la interminable casaca, la prolongada chupa, el amplio calzón con vuelillos y el zapato con el altísimo tacón rojo y la desmesurada hebilla.

(1) Se efectuó esto en el mes de Agosto del año de 1385.

Desapareció de aquella corte tan de súbito metamorfoseada, la altivez, el rigorismo, que parecían cobijarse bajo la sombra augusta de los reyes austriacos, dejando para sucederla la versatilidad y la ligereza de aquella Corte fustigada por Voltaire y los enciclopedistas. Madrid fué una sucursal de Versalles, y los aristócratas y el pueblo se apartaron aún más, cosa muy lógica si se considera que el pueblo es lo que tarda más en bastardearse y lo que más conserva, al calor de sus recuerdos y tradiciones, sus fueros de raza.

Felipe V mostró repugnancia por las corridas de toros, y esto bastó para que el servilismo, imperante en todas las Cortes, se declarase enemigo de la fiesta y mirara con repugnancia aquello que era un honor legítimo en no lejanos tiempos, cuando en los días solemnes la majestad de Felipe IV aparecía en los balcones de la panadería Real, y la plaza Mayor se engalanaba y las calles limitrofes temblaban bajo el peso de las carrozas ó el de los conductores de las literas, hombres macizos de esos que hubo siempre para bien de la humanidad.

En resumen, abandonada la fiesta por los campeones ilustres, pasó á ser dominio de los campeones del pueblo, que han solido ser los más arriesgados, y esta aseveración quedó justificada por los primeros que se dedicaron á la lidia de reses bravas, toreándolas á pie y mostrando en todos los lances tan temerario arrojo, que consiguieron hacer bien pronto olvidar las proezas nobiliarias en sus empeños ante los toros.

Lo que hoy llamamos último tercio, adquirió en aquella sazón carta de naturaleza, y fué la parte más esencial y preferida, desde luego, por los espectadores, en vista de lo arriesgado que resultaba su ejecución.

Los públicos han gustado y gustan más de lo arriesgado, de lo expuesto, de lo que implica más varonil arrojo y mayor valentía, que de aquello que conceptúa fácil y al alcance de la mayoría el practicarlo.

De aquí que los primeros lidiadores realizaran en la plaza suertes arriesgadísimas, en que la temeridad fuese la nota culminante; suertes que debieron ensayar en las mismas vacadas, en los mataderos públicos ó auxiliando á los poquísimos caballeros que, sin tener á granjearse el odio de los aduladores de los gustos del monarca, seguían alanceando toros cuando tenían ocasión para ello.

Los primeros lidiadores que usaron el estoque para matar se valían de espadas cortas de hoja ancha de dos filos; lo efectuaban á traición (media vuelta muchas veces), degollándolos, y tapándoles las caras con los ferreruelos (capas cortas con sólo cuello, sin capilla).

Francisco Romero, que como todos los lidiadores contemporáneos suyos tenía la intuición de lo que el toreo había de ser, y deseando sobrepujar á cuantos por entonces mataban toros, ensayóse á ejecutarlo, no á traición, como los demás, sino esperándolos frente á frente y valiéndose de un capotillo plegado sobre un palo de cortas dimensiones para darles salida y evitar que en sus acometidas cargaran sobre el bulto.

Que en los ensayos de esta suerte, á que pudiéramos llamar de recibir, porque á pie firme esperaba (recibía) á los toros, debió llevarse algunos achuchones y varetazos, lo prueba el traje que vestía en la plaza.

Componíase éste de un colete ajustado de ante, calzón de la misma clase, ancho cinturón de cuero que le cubría gran parte del pecho y chaqueta de velludillo con mangas acolchadas.

Los *Palomos*, Esteller, Legurregui y algunos otros de los que figuraron en la primera mitad del siglo anterior como matadores, practicaron esta suerte en la misma forma que el mencionado Francisco Romero; pero aún estaba reservado más á un hombre cuya vida accidentada y llena de vicisitudes y contrastes debían hacerle aparecer con dobles atractivos.

La suerte, caprichosa como todo lo femenino y como todos los tiranos, necesita siempre un ser para su juego. Mira indiferente pasar una generación y deja vivir y morir á los que la componen, sin duda por no ser dignos de hacer otra cosa. Entre todos se fija en uno, que sigue, como los demás, su derrotero, pero aquel es precisamente *lo* que necesita. Con su mano tendida hacia él señala á la furia de los hados maléficos la presa que han de devorar; el hombre aquel, en tanto, mira al cielo y lo encuentra azul, tiende la mano á los demás hombres, y los llama hermanos, piensa que existe la desgracia y se encoge de hombros.

De repente todo le sale al revés de como se propone; si busca ganancias, se arruina; si el decoro, se deshonra; si pretende socorrer, mata; si quiere disculparse, es condenado. ¿Qué hace aquel parásito entonces? Lo primero, por ser lo más inútil, culpar á su mala suerte, como si con esto pudiera evitar que le maltratara; luego se lamenta, ignorando que la mala suerte es una enfermedad peor que la sarna, porque inspira miedo al contagio, pero no inspira compasión. Junto al cadáver del sarnoso se pasa tomando precauciones, aunque poniendo la cara triste, sobre todo si el que pasa es pariente y hereda; el cadáver del hombre que fué juguete del destino es contemplado de lejos únicamente, y tal vez con risa; nadie dirá fué un hombre de mala suerte, sino fué un imbécil, un prevaricador, un

torpe que jamás hizo cosa con cosa; por su culpa sucedió esto ó aquello, ó es digno de lástima, y seguirán así por el estilo en esta derivación de lindezas.

¿Qué recurso le queda, pues, al desventurado á quien toca ser un hombre de mala suerte?

Dos medios: el de expatriar á la humanidad y quedarse sólo en el mundo, medio impracticable porque la humanidad, ese terrible compuesto de estómagos, lo devoraría por el intento solamente ó el de expatriarse y vivir aislado. Sí; aún hay desiertos que nos puedan consolar de la existencia de la sociedad.

Manuel Bellón, que es á quien particularmente se refiere el anterior preámbulo, fué un hombre de los de mala sombra.

Su historia llegó por casualidad á nosotros cuando ni remotamente pensábamos escribir este libro; la oímos relatar en un coche de ferrocarril, como una de tantas narraciones de viaje que suelen distraer sin interesar.

El que la narraba era un descendiente del célebre torero, y nos la pintó como un verdadero héroe de novela; una especie de D. Alvaro que, perseguido por toda clase de desdichas, fué buscando á remotos países un manantial fecundo en que apagar esa sed de olvido que tienen todos los que no saben dejar de sufrir.

Valga por lo que valga, la contaremos como la oímos.

Hela aquí:





CAPÍTULO XVII

Una historia que parece novela.—Una zahurda de Triana.—Goliba el calesero.—Conversación interesante.—Quién era el guapo mozo de la alojería.

En Triana, en ese popularísimo arrabal sevillano más andaluz que la misma ciudad, bullanguero y vistoso de día, zumbón y melancólico de noche, cuando de todas sus calles, de todas sus zahurdas, de todas sus casas, deja escapar cantares melancólicos saturados de la poesía especial que constituye el alma del pueblo; en esa corte de los milagros, donde se refugian tantísimos herederos ilustres de los Monipodios, los Mamferros y demás compadres de al-

madrabas y glorias; en ese plantel abundantísimo de ricas hembras con pestañas sedosas, de ojos que matan al mirar, de frases que hacen ver el cielo, de dichos que sacan ampolla, de donaires que sublevan y de frases de amor que enardecen ó asesinan. En ese maremagnum de enrucijadas y cosas heterogéneas, de hedores y perfumes, de hediondez y miseria, es en donde debe estar ahora el espíritu del lector.

Pero no es al Triana de estos tiempos al que nos referimos.

Es preciso retrogradar un siglo entero, y empezar nuestra caminata en una noche del año de 1780.

Nos encontramos á la entrada de una callejuela torcida y compuesta de edificios bajos y vetustos. El suelo es un barrizal pegajoso, donde si hay un sólo transeunte que se atreva á aventurarse por él, no será sin la exposición de romperse el alma.

La junta de alumbrado aún no había extendido sus beneficios hasta allí, y la multitud de esquinzos y rinconadas eran muy á propósito para toda clase de emboscadas y traiciones.

Sin embargo, en la noche á que antes nos hemos referido, un hombre caminando trabajosamente penetró en el callejón y se detuvo frente á una casa, á la que ni siquiera tuvo precisión de llamar.

La puerta se abrió con sigilo, y una de esas voces á que la edad y el aguardiente dan ese tono bronco y metálico; una de esas voces que al hablar detonan, dijo al visitante desde la oscuridad:

—¡Malos mengues te lleven, chavó!

—¡Es usted, tia Bibiana?

—¿No me has conosío?

—Como usted y su hijo de su ánima tienen la misma vos...

—Echa pa lante, ahí está ese desdichao é Frasquito, que es er que te manda llamar,

—¿Y pa qué risurtao?

—Pa un mal de corasón súbito que la dao por una jembra; anda, y á ver si le quitas der pasapán tóos esos jipíos que me lo van á dejar sin campanilla. Miá que él es er lustre é mi casa y el único sostén de la hija é mi mare.

—¿Es ese?—gritó otra voz desde dentro.

—Er mismo—exclamó la vieja.—¿Qué te susede?

—Na, mare; que tengo curiosiá de saber si eso es salúo ú solamente un sermón de Cuaresma. Entra, Galiba, y déjate de cotorreos.

—¿Pero has visto qué insustansial?—gritó la vieja pateando y fingiendo un paroxismo de dolor que la hacía doblemente ridícula; y luego, andando con paso perezoso y cogiéndose á las paredes, precedió al visitante por un corto pasillo, á cuyo final veíase una puerta baja é iluminada débilmente.

Una cortina, que tal vez habría sido de percal, tenía la pretensión de obstruir la entrada.

La habitación era, más que habitación, una covacha, de paredes ennegrecidas y muy baja de techo. Dos sillas casi rústicas, un banco de encina, un cofre abierto y una colchoneta de crín componían su mueblaje; una inmensa guitarra llena de moños, una estampa de la Soledad, un rosario de cuentas negras y un verduguillo, eran todo su decorado. Del techo, y pendiente de un alambre curvo y ennegrecido, se ostentaba un velón de tres mecheros, con mucho pábilo y poco aceite.

En el centro de la reducida sala, un hombre con las

piernas cruzadas y el busto encorvado, remendaba un calzón que en apariencia tenía más años que la vieja, el zurcador y el visitante juntos.

Al entrar éste, el que remendaba levantó la cabeza.

Era un mozo de edad indefinible, con toda la cara corroída por las viruelas, de mirar avieso y malicioso y perdurable sonrisa.

La vieja era la encarnación de una bruja en sábado, abultada y fofa, con el color materioso, la tez surcada de esas profundas arrugas que son la huella del desorden más que del sufrimiento; la boca prolongada, los labios delgados y negros y los párpados sin pestañas, casi en carne viva, dejaban asomar unos ojuelos sin expresión y velados por las cataratas. Con la suciedad que aquella especie de mujer llevaba sobre su cuerpo, había con qué abonar de largo todas las tierras de Castilla.

—¡Dios te guarde y á la compañía!—dijo el visitante al entrar.

—Galiba—le contestó el otro sin más rodeos,—te he llamao pa un asunto importante.

—¿Qué se ofrece?

—¿Puedo disponer de tu calesa y tus mulas pa mañana por la noche?

—¿Tú?

—¡Yo! ¿Qué hay?

—¿Güeno, y pa ónde?

—Pa muchas horas.

—Según eso aviyelas parneses.

—No fartan.

Galiba quedóse mirando á su interlocutor con mucha insistencia, y luego tendió su vista por el cuarto, y al ver su pobre ajuar, no pudo reprimir un gesto de supremo

desdén. El remendón parecía leer en los ojos del visitante, y dijo de pronto con arrogancia:

—La presona que paga, tié con qué poner yantas de oro en las ruedas de tu carricoche, mil campanillas de prata en las colleras de tus machos y hacerte bailar el sorongo en la cuerda si se la ajuma la chichí.

¿—¿De veras?

—Mira, Galiba, déjate de melindres y al grano; ¿eres hombre de guardar un secreto?

—Se pué hacer.

—Güeno; pus jura por la virgen é la Macarena que apandarás la muí y te pondrás un candao en la boca y ni á los murciélagos dirás tanto así.

—Jaste cuenta que tengo er candao, venga chanelilla.

—¡Allá vá! y usted, mare...

—Por la Virgen é los Desamparaos, hijo, que me estoy comiendo er corasón con tu malisia. ¡Si sabes que soy tan callá como el hoyo grande!

—Hay una jembra en Sevilla, con más rumbo que un galeón y más aire que un ventisquero. No hay guapo que no la corteje, mujer que no la envidie, ni tercera que no desee servirla. Con er fuego de sus ojos había pa secar el Guadalquivir, y cuando jabla parese que tocan á gloria en el mesmísimo sielo. Esa gitana de ley es señora por el nacimiento y el acomó; su pare es una potensia en Sevilla; hay un gachó que se muere por sus pinreles, y ese hombre tié más meresimientos que yo, lo cual da motivo á mi orgullo. La jabla, y ella responde, y con él pela la pava; pero conmigo la dormirá; él es guapo y valiente como un toro; yo feo como un sapo, y cobarde como una ardilla, pero pa mí será la mejorana y el cantueso, y pa él sólo er perfume. ¿Qué quies, Galiba? Dios me hizo tan rufán, que

por fuerza había de compensarlo con el querer de una jembra señorona al fin y caprichosa y tornadisa.

—¿Y temes que ese hombre se mosquee y...?

—Diste en el clavo; quiero poner tierra é por medio...

—Estás picando mi curiosiá, Petate.

—Pide por esa boca.

—¿Quién es esa mujer?

—No orvides er candao.

—Sigue.

—Pa la gente de chipén se llama doña Carmen Salices; pal otro, Carmelita, y pa mí, la Carmela...

—¿La hija del berri?—exclamó Galiba con la sorpresa vivamente pintada en el rostro.

—La hija del berri... pero ¿qué os pasa?

Tía Bibiana se había quedado como si delante de ella viera aparecer el pasado con todos sus horrores.

Galiba no acertaba á hablar.

—¿No sabes—tartamudeó por fin—que esa mujer es la novia de...?

—Sí, der señor Manuel Bellón ¿qué hay? ¿Quiés servirme, si ó no? Pide á tanto la hora, todas las que vayas á mujeriegas sobre la lanza, y no habrá regateo.

Galiba pareció adoptar una resolución súbita.

—Me convengo—dijo.—¿Aónde y cuándo he de estar con mi calesa?

—¿Aónde? En la Alameda por la parte del río.

—Hora.

—Las doce é la noche.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿No hay más?

—No hay más.

—Pus jaste cuenta que ya estás de camino, y hasta más ver.

—Adiós, Galiba; ya sabía yo que nos entenderíamos.

Embozóse el calesero en su capote de lamparilla y salió.

Petate se encaró con la vieja.

—Y á tí, abuela—dijo—¿qué te pasa que estás temblando? ¿te ha dao er baile é San Vito ú qué?

—Hijo, lo que á mí me sucede es que te quió disuadir del mal pensamiento que ta dao. Por lo que más quieras, si quieres algo, que te desapartes de esa mujer.

—¿Y quién manda?

—Voy á contarte un secretito, y al decirlo, es lo mesmo que si me arrancaran el cuajo. Oyè, hace treinta años era yo una real moza.

Petate se quedó mirando á su madre con estupor.

—Malos mengues me llevaron á querer á un hombre que ma abandonó porque él era una presona pudiente.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Tú no has sentío curiosiá nunca por saber quién fué er pare é tu ánima?

—Por sabido.

—Pus has de echarte á temblar también, porque mi hombre y tu pae es el pae de Carmelilla.

Petate soltó una carcajada que hizo estremecer á la vieja de puro espanto.

—No es mala salía.

—Olvidala.

—Ni por esas.

—Que te castigará Dios.

—Ni por un divé la abandono, y además—exclamó cambiando de tono bruscamente—además, no te creo.

Tía Bibiana se transformó entonces; pareció algo así como que la dignidad femenina brotando un momento como la chispa de entre el rescoldo amortiguado, animaba sus facciones, dándole una extraña expresión. Con las rugosas y negras manos, arrancó de un golpe el pañizuelo con que cubría su cabeza, dejando libre su pelo encrespado y canoso adelantó luego los brazos hacia la estampa de la Virgen que decoraba la pared, y gritó, no con el acento destemplado y chillón de otras veces, sino con voz firme y solemne:

—Por esa santa imagen te juro que es verdad cuanto he dicho.

Petate se puso á mirar al techo, frunciendo la boca en forma de media luna y rascándose la nuca como cansado de escuchar á su madre.

—Pus por esa imagen te juro, que manque sea, sacaré á esa mujer é su casa y se vendrá conmigo.

—Es que te perderé.

—Bruja, condená; si eso hicieras, no te alcanzaban los Santos Olios.

—¡Mal alma!

—Ni un divé te socorre si sueltas la mui, ¿sabes? Y ten cuidiao—rugió apretándola las manos con rabia.

La vieja se retorció y le arañaba donde la era posible.

Al fin la gresca se calmó, y Petate, todo nervioso y agitado, se puso á remendar de nuevo sus calzones.

Tía Bibiana, dando alaridos y entregándose á una especie de furia epiléptica, hacía como se arrancaba los pelos.

Luego se tumbó en la colchoneta, sacó de debajo un botellín de aguardiente y empinó de lo lindo, murmurando esta amenaza que Petate no pudo oír:

—¡Mañana verás!

Mientras sucedía la última parte de la escena anterior, el calesero, dando tropezones y encajándose en el barro hasta las rodillas, cruzó calle tras calle todo Triana; pasó el puente, fijándose con mirada distraída en las luces de los buques surtos en el río, penetró en la ciudad, y se dirigió en derechura á la calle de la Sierpe.

Pareció que también la iba á dejar atrás, cuando de pronto se detuvo frente á una de las casas que ponían término á la calle.

Allí había una puerta, ó, mejor dicho, una cancela de cristales verdosos, que transparentaban la luz del interior, luz macilenta á cuyo fulgor podía leerse, sin embargo, la muestra del establecimiento colocada sobre dicha puerta, en la que decía:

ALOXERÍA DEL GUIPUZCOANO.

El interior del tenducho era reducido, pero alegre; paredes blancas con altos zócalos de madera; macetas en los rincones; guirnaldas de flores artificiales cruzando el techo en giros caprichosos y sujetándose en el centro con una especie de araña llena de vasos de colores; dos cornucopias en muros fronteros; seis veladores de pino, rodeados de gentes de toda calaña, y á la derecha, entrando, un mostrador pintado de blanco con la indispensable cubeta de la aloja á un lado y el aparador de los vasos al otro.

La atmósfera del zaquizamí era insoportable; allí estaba lo mejor y lo más anodino de Sevilla. El señorito tonto que con que le den el título de calavera gasta y triunfa; el baratero con cara de perdonavidas; el viejo regañón que concreta su vida á gozar del mus y las copas; el pisaverde que entra por compromiso; los discípulos de Caco que buscan el

sitio más aislado para plantear su negocio; todos esos elementos extraños que en grande y pequeño constituyen la sociedad.

Sin embargo, como del fondo del cuadro se destaca la figura en que el pintor ha puesto su alma entera, así, entre todos aquellos tipos vulgares, se destacaba un hombre que, apoyado en el mostrador y sin alarde ni altivez, mostraba su talla erguida, llamando desde luego la atención hacia sí.

Era un majo en la verdadera acepción de la palabra. Alto de estatura, buenas carnes, quebrado el color, ojos negros y vivos, correctas facciones y aspecto de hombre formal. Llevaba casaquilla color verde oscuro, con agremes negros y caireles de seda. Calzón de pana muy ajustado, faja violeta, sombrero portugués con moño azul, guirindola de vuelillos de encaje, redecilla poco abultada, corbata roja y botas vaqueras. Usaba patillas delgadas hasta el nivel de las orejas y tenía el ceño constantemente fruncido.

—Ya estoy aquí, señor Manuel—dijo Galiba al entrar.

—Creí que no vendrías esta noche, y ya me iba—respondió el majo, yendo á acomodarse junto al velador.

—Tío Cuscurro—gritó Galiba al alojero.—Cartas y un jarro.

El del mostrador trajo lo pedido, y el juego empezó.

Galiba miraba al señor Manuel, y quiso hablar dos ó tres veces, pero no sabía cómo empezar.

El asunto era delicado.

El pobre calesero miraba atentamente las facciones del señor Manuel, plácidas entonces, como todo hombre que posee la dicha, y le daba pena llenar su alma de amargura; pero pensó en la burla, el escarnio sangriento que de él hacían, y no vaciló.



—Señor Manuel—exclamó aprovechando el instante en que su compañero barajaba.

El torero levantó la cabeza.

—Me han dicho que el señor Romero y Félix Palomo y usted se van á Madrid.

—El señor Paco no sé si irá. Sé que andan en tratos para una corrida con motivo de la jura del Principe, Nuestro Señor. Palomo no sé lo que piensa. Yo..., yo no me marcho de Sevilla. Ya sabes, Galiba, que lejos de aquí nada puedo encontrar.

—¡Bah! ¡Quién sabe! El mundo es mu ancho, señó Manuel. Ratón que sólo sabe un bujero...; si yo me arrimara á los toros como usted se acerca; si contara su aquél y su enjundia, por María Santísima que no paraba aquí tres minutos. Me han dicho que en Madri hay mucho güeno; jembras que trastornan y amigos que dan honores. ¡Qué más quié usted?

—Lo que tengo. Más quiero á media noche pelar la pava enredando mi corazón á los hierros de su reja, que ir á Madrid á cortejar á una señorona, ¿lo entiendes?

—¡Qué lástima! Usted sería correspondido.

—¿Más que aquí?—preguntó con malicia el torero.

Galiba conoció que aquel era el momento oportuno, y perdió el habla.

—Tal vez—respondió á media voz.

—¿Qué has dicho, Galiba?—rugió el señor Manuel, cogiendo con fuerza una muñeca del calesero, haciéndole soltar las cartas.

—¿Usted es mi amigo?

—¿Y tú lo eres, ó eres sólo uno de esos encismadores cuya vida no vale para redimir la amargura y el odio que provocan con una palabra?

—Adicto le soy á usted en alma y vida, y pruebas he de darle de que no quiero que jueguen con usted ni mujercillas ni ladrones.

Había tal firmeza en las palabras del mozo, se podía adivinar tanto en ellas, que el señor Manuel vió algo así como una cosa incomprensible que le cegaba y aturdió; vió danzar ante sus ojos las figuras de sus contertulios; sintió que el corazón se le subía á la boca; ánimo y terror á un tiempo; oleadas de sangre que le inundaba el cerebro; y, por último, una laxitud que le paralizaba como si le acabara de invadir el frío de la muerte.

Aquello duró un minuto. Las grandes revoluciones del pensamiento ó del alma no duran más.

Ferrán lo ha dicho:

Las penas pequeñas
son las que hacen daño;
porque las grandes, ó matan de pronto
ó pasan de largo.

Cuando el señor Manuel levantó la cabeza, estaba lívido, pero sereno.

—Mira—exclamó con voz balbuciente,—una cornada en mitad del pecho, si no mata, se cura y se olvida; pero esa estará sangrando mientras aliente. Sí, esa me ha tocado en el corazón.

Después se cruzó de brazos sobre la mesa, adelantó la cara hacia el calesero, y mirándole con ojos chispeantes que denunciaban una curiosidad febril, exclamó con calma:

—Ahora, cuenta.



CAPÍTULO XVIII

Una escena de otros tiempos.—Interrupción inesperada.—Empeños de amor y celos.—Asechanzas.—Adiós á Sevilla.

La rectitud del juez Salices era probada; esclavo del método y la devoción, ni comía á deshora, ni olvidaba el rezar á horas fijas. Su casa para el mundo era un santuario, y su hija Carmela era para él una especie de vestal, tímida y pudorosa, tan pudorosa como la de *La Mojigata*, de Moratín.

Era aquel juez un señor largo y anguloso, muy aseado en el vestir, y tenía pasión por las casacas inmensas y las pelucas de tirabuzones á lo Carlos III. Pesaba y repesaba las palabras, y de tanto pesar, se hacía realmente pesado. Su despacho era el mismo orden. Tenía numeradas las carpetas de los pleitos que perdió en su vida, y es fama que tuvo necesidad de montar un archivo. Hablaba de las cosas insustanciales con toda etiqueta, y no permitía discusiones, ni sobre lo temporal, ni sobre lo eterno. Contaba con dos únicos amigos: su arca y un canónigo de la catedral, y con este último se hallaba cuando tenemos el honor de presentarle á nuestros lectores.

El cura comía á dos carrillos bizcochos remojados en

chocolate, mirando con ansia un fanal que tenía ante sus ojos para después del soconusco, y Salices le miraba á él con satisfacción.

—Crea vuesa merced, señor don Germán—decía el clérigo atragantándose,—que de seguir así, no sé lo que será de nosotros.

—Vamos á la perdición; las costumbres son tan degradantes, que á veces, sin ofender á Dios, quisiera que él me llevara antes de presenciar la ruina que nos amenaza. ¿Qué ve usted por ahí?...

El cura miraba un bizcocho en aquel momento,

—Jóvenes con la debilidad y la decrepitud retratadas en las facciones; cuerpos sin sombra, ateos y degenerados. ¡Ay, mi señor don Francisco! Crea vuesa merced que si todos llevaran la santa vida que usted lleva y la ordenada que yo llevé durante aquellos tiempos dichosos de mi amistad con Jovellanos, en que...

El cura se alarmó seriamente entonces por temor de que el juez le refiriera la historia de su fraternidad con el autor de *El Delincuente honrado*, oída ya mil veces; así es que se apresuró á interrumpir:

—¡Oh, la juventud de usted ha debido ser ejemplarísima!

—Una sola mujer traté, y con aquella contraje. Ni escándalos produjo ni adolecí de locuras y excesos. Mi pobre Angustias, que está en el cielo, sabe que fui el esposo más inocentón y ejemplar que conocí—dijo, y se puso á mirar los artesonados del techo, como haciendo una oración mental por el alma de la aludida.

En aquel momento se abrió la puerta, y el criado anunció á una pobre mujer que llevaba un asunto urgentísimo. El juez pensó negarse, pero no pudo porque en el mismo dintel de la puerta vió aparecer á la tía Bibiana, tratando

de examinar con su velada vista el interior de la habitación.

—Pase usted, buena mujer, y diga lo que quiera.



—¡Ah! ¿eres tú, mi buen berri?—exclamó alegremente la trianera, dejando en suspenso el bizcocho número veintidós, ante las fauces descomunales del clérigo. En cuanto á Salices, no podía darse cuenta de lo que le pasaba.

—¡Ah, un señor cura!—prosiguió la tía Bibiana;—me alegro, me alegro; que lo que me trae más es cosa de confesión que de chungué.

—¿Quién es usted y á qué viene?—preguntó el juez con extrañeza.

—¿No me conoces ya, sarnoso? ¿Tanto ha variado tu sale-rosa trianera, que no te acuerdas ni de tus jonjabeos ni de los desgustos que me diste? ¡Arre allá, que así sois los hombres, y mal rayo os parta! Abogadillo sin pleitos eras entonces, y corrias juergas al menudeo. Yo tenía grandes los ojos, apretás las carnes, menúos los pinreles y una grasia fina que te mataba á selos. Me engañaste y te perdóné, pero Dios castiga. ¿Dí, berri é mis entretelas, tú crees en Dios?

Si en aquel momento hubiera caído un rayo á los mismos pies de Salices, no le trastornaría tanto. La contradicción de sus anteriores palabras se presentaba tan de repente, que no le daba tiempo más que á quedarse alelado con la sorpresa. En cuanto al cura, no hacía sino ponerse colorado, ya por lo ridículo de la escena, ya por la digestión del chocolate.

—Esta mujer está loca—dijo por fin el juez, recobrando el uso de la palabra.—¡Pero ve usted, mi señor don Francisco!

—No estoy loca, no, sino muy avispá. Metía en mi barrio me estuve viviendo como Dios me daba á entender, y ná te pedí, esgalichao (esta última frase hizo un efecto terrible en el juez); pero hoy nesesito venir á verte pa evitar cosas graves. Nuestro hijo...

—¡Nuestro hijo! mi señor don Francisco. ¡Oh! ¡Oh!

—No, por lo visto el de usted, mi señor don Germán—murmuró el cura, queriendo poner á todo trance las cosas en su punto.

—Tú le abandonaste y salió tan mal alma como tú. Mientras tú, vejestorio, te entregas á tus oraciones, tu hija babea con tóos los pisaverdes de Sevilla.

—¡Eso es una calumnia infame!

—Con tóo el que quiere.

—Cállate, furia; calla y respeta mi casa y la presencia de un sacerdote.

—Con nuestro hijo, en fin.

—¡Qué escándalo!—murmuró el cura.

—¡Un médico, por Dios, que me muero!—gritó desaforadamente Salices.

—Muérete, recondenao, si quiés; pero antes evita un sacrilegio. Has de saber que tu hija y tu hijo se marcharán mañana de aquí, juntitos, ¿entiendes?... y...

No pudo concluir, porque la mano crispada del juez cayó sobre la boca de la pobre vieja, haciéndola vacilar. Después entre el criado que había acudido á las voces y el exjoven sin mancha, la echaron á empujones.

—¡Quién había de pensar que al cabo de treinta años...? —rugía frenético el juez.

—¿Conque era verdad?—se atrevió á preguntar el cura.

—¡Quién no ha tenido una locura en su juventud?

—Pues ahora es necesario decidir...

—¿Se atreverá usted á dudar de mi hija, mi señor don Francisco? Mi hija está educada en los principios más sanos de la moral y la religión; esa bruja habrá necesitado dinero, y se ha valido de ese medio infame. ¡Qué baldón! ¡Por Dios, que nadie sepa!...

—¿Qué piensa usted? ¡Oh!

—Nada; usted disimule, mi señor don Francisco. ¡Qué vergüenza!

El cura, que había ido á tomar el chocolate del amigo,

no quiso presenciar la crisis del hombre, y despidióse muy cortésmente.

Salices apoyó la frente sobre su mesa de despacho y lloró, evocó á su Angustias, y, por último, dejándose llevar de los pensamientos de otros días, añadió filosóficamente:

—«¡Cómo pasa el tiempo!»

* * *

En el reloj de la catedral había sonado la media noche.

El aire, saturado con el perfume de los naranjales y los aromas de los patios, no traía el más leve ruido. De vez en cuando, y hacia la parte del Guadalquivir, oíase algún grito lejano, algún «ohé» vigoroso del tripulante que pedía lancha para volver á bordo, y más cerca y levantando ecos pavorosos por las calles de la ciudad, la voz soñolienta y melosa del sereno, que cantaba la hora.

Las estrellas se estremecían, destellando su azulada luz en el negro fondo del cielo, y los escasos faroles de aceite no servían sino para marcar mejor las sombras de las encrucijadas, cuyo paso exigía más precauciones que el del Estrecho en los días de temporal.

Hacia la mitad de la calle de Bustos Tabera, y junto á una reja panzuda, había un hombre con la frente pegada á los hierros y el sombrero echado hacia atrás; por su erguida talla y su traje se conoce en seguida que el que así pela la pava es el señor Manuel. Entre las madreselvas que obstruyen la ventana se ve una mano blanca y menuda, y en el interior... nada, sólo se oye esa voz anhelosa y pausada de mujer, que habla desde la obscuridad con el hombre que quiere ó finge querer. La mujer, como el topo, ama la sombra por instinto. Aquel cuchicheo dulcísimo tenía

todos los sonidos de la pasión contenida de una parte por el recato, y de la otra por el respeto. ¿Sería así?

—Carmela, Carmela—decía el torero con toda su vida puesta en sus palabras,—si no me quieres, por Dios vivo no me engañes; que más vale un golpetazo de frente que una traición inesperada. Dime cuanto quieras, que no me ofenderé; que no te gusto, que soy poco pa tí, que en otro pusiste tus miras, hasta eso, mialas, te lo juro, hasta eso te consentiría. Guardaría mi dolor dentro, muy dentro, aonde los demás no lo puén ver, y pasaría á tu lado resquemándome y todo, pero diría pa mi ánima: Esa mujer no me quiso, pero no me engañó.

Hubo un instante de calma, y se oyó en la sombra un sollozo.

—¿No me contestas, Carmelita?—balbuceó trastornado el torero.

—¿Qué quieres que te conteste?—respondió aquel acento que Petate había dicho que sonaba á gloria y era verdad. ¿qué quieres que te conteste, si nadie más que tú sabe los sobresaltos que tu amor me cuesta? Manuel, si burlando las órdenes de mi padre y cuando todo el mundo duerme en la casa, abro mi reja para tí, ¿qué será? Si trato de apartarte de tu peligroso oficio y pretendo que te dediques á cosas que te den menos gloria, pero que puedan romper mejor esas conveniencias sociales que nos separan, ¿qué móvil será el que me guíe? Espera, espera, que todo vendrá.

—¿Siempre esperando! No parece sino que te asusta mirar al porvenir y quieres que no llegue nunca.

—¿Y qué haremos con violencias?

El majo se quedó pensativo.

—Carmela—dijo por fin,—¿estás dispuesta á todo por mi cariño?

—¿Lo dudas, Manuel?

Por un momento pareció que las dudas del galán desaparecían, y alguien, al ver brillar sus ojos, hubiera traducido su pensamiento en estos términos:

En cuanto agarre á Galiba le respuntee á puñaladas.

—Tal vez—prosiguió—vaya á decir una locura; pero en fin, á ello. ¿Serías capaz de escaparte conmigo?

—¡Manuel!

—Es la única manera de hacerte mía para siempre.

—¡Jesús! qué cosas dices; las dices así, tan de repente, que...

—¿Qué? acaba.

—Que no sabe una qué contestar.

—Bueno, pero ¿qué resuelves?—exclamó anhelante el torero.

A lo lejos sonó una campanada.

—¡Las doce y media ya; qué tarde!—dijo la voz desde la sombra con una agitación visible. Mira, Manuel, vete; esta noche estás alocado... Mañana hablaremos tranquilamente... Ven temprano, ¿sabes? aquí te esperaré...

—Carmela, puede ser que mañana no nos veamos.

—Tienes que venir; si no creeré...

—¿Qué es lo que creerás?

—Que otra te roba mi cariño.

—Descuida, y procura tener el tuyo muy guardado... que hay ladrones.

—Hay reja.

—Las rejas se rompen.

—Entonces, ya te llamaré... Adiós, y...

—Adiós, Carmela.

Oyóse el sigiloso chirrido de la ventana al cerrarse. El señor Manuel se quedó un momento mirando á la reja

con indefinible expresión; luego se volvió rápidamente y echó á andar calle abajo; pero de pronto torció hacia la izquierda, y fué á ocultarse en el hueco de una puerta que había enfrente de la casa.

Su espera duró pocos minutos.

Aquella puerta, objeto de la curiosidad del señor Manuel, se abrió y salieron por ella dos hombres.

El uno, por lo rígido del cuerpo y lo vacilante del paso, fué reconocido en seguida por el buen mozo.

Era Salices.

El otro, por los miramientos con que le trataba, debía ser el indispensable criado.

Los dos pasaron cerca del sitio en que el desdichado amante se ocultaba, y éste pudo oír parte de su conversación.

—¡Oíste bien, Camilo—decía la voz del Juez—ó es que el deseo de servirme te hace abultar las cosas?

—¡Ojalá! Hablando por la reja estaban hace un momento, y de escaparse hablaban.

—¡Voto al chápiro! ¿Conque era verdad? ¿Conque no mentía la vieja? ¡Maldición! Miren la gata muerta y con qué habilidad engañaba á su padre. Bibia..., esa mujer, dijo que la fuga será esta noche. Pícara; el convento torcerá sus inclinaciones.

—Pero á nadie se ve.

—Por el momento, no; será la cita para más tarde.

—Bueno: pues tú me zangoloteas á una ronda, no diciéndoles por de pronto sino parte de mi secreto; yo espero donde sabes; me los traes allí, y hablaremos. Damiana, en tanto, vigilará aquí.

—Mal hace usted en confiar la centinela á una mujer.

—No tengas cuidado; la he elegido porque chilla mejor que ninguna; en todo caso alborotará, y...

—¿No quiere usted evitar el escándalo, señor?

—Como que eso es lo que hay que evitar; lo demás es un enredillo de amor que presto pasa. ¡Ah! mira: con él hay que guardar ciertos miramientos... yo, yo me encargaré de su castigo, y...

La conversación y los dos bultos se perdieron al fin. El señor Manuel quiso lanzarse tras ellos; pero se detuvo al ver que otro bulto se aproximaba. Era el de un hombre mezquino y algo paturraco, que, parándose ante la casa del Juez, y después de mirar á su alrededor, sondeando la oscuridad, se acercó á la puerta y dió tres golpecitos.

Luego imitó el canto de la perdiz y se quedó esperando.

El señor Manuel sintió algo de aquel desquiciamiento que tanto mal le hizo la noche anterior en la Alojería.

Transcurrieron algunos instantes, muy largos sin duda para aquellos dos hombres.

Abrióse de nuevo la reja, y una voz conocidísima para el señor Manuel preguntó quedo, muy quedo, con una especie de sople:

—¿Tú?

—Sí—contestó lo mismo el de fuera.

—Allá voy—repitió la voz.

El torero sintió un vértigo de terror y asombro; luego, sin darse cuenta de lo que hacía, buscó entre su faja lo único que entonces podía vengar su amor propio ofendido y su corazón destrozado.

La puerta empezó á abrirse con lentitud, y en su hueco apareció la cabeza de una mujer; pero sólo tuvo tiempo para echarse hacia atrás, lanzando un terrible grito de espanto.

El torero, con la celeridad del rayo, había cogido á Petate por el cuello, y lo zarandeaba como el gato al ratón.

—Cobarde—rugía mientras le lanzaba lejos de sí y le acorralaba navaja en mano,—defiéndete ó te atravieso sin misericordia.

Al verse perdido el remendón, no tuvo otro remedio que echarse atrás y abrir en un santiamén una faca enorme, con la que tiró un viaje á su contrario.

Dos minutos duró aquello; oíase la respiración fatigosa de Petatè y el aliento del majo, que tenía mucho de rugido. Saltaban, se volvían pateando, embotaban en las chaquetas los hierros, y, por último, el arma del señor Manuel, brillando en la oscuridad, se alzó siniestra y cayó con rabia. Luego se sintió así como un suspiro rápido, algo como el principio de un gemido, y el cuerpo de Petatè se desplomó junto á la puerta.

En tanto, y hacia el interior, surgieron agudos gritos y voces destempladas pidiendo auxilio; algunas ventanas se entreabrían, y muchas caras discretas, pretendiendo no ser vistas, trataban de ver.

El torero se había cruzado de brazos y esperaba.

De pronto sintió que lo arrastraban con fuerza, y siguió aquel impulso.

—Dése usted prisa, camará, que esto va é veras—murmuró una voz á su oído, mientras otras voces desaforadas y pasos muy rápidos al otro extremo de la calle anunciaban la llegada de la ronda.

—¡Ah! ¡Galiba!—exclamó distraidamente el señor Manuel contemplando á su salvador.

Pronto revolvió la calle y se encontraron de manos á boca con el carricoche del calesero.

—Presumí lo que iba á pasar y traje mi calesa—murmuró Galiba, empujando al señor Manuel hacia el interior del coche, sentándose luego en la lanza y empuñando las



riendas.—La calesa creyó ese mameluco que iba á ser pa su gustazo, y es pa usted, güen amigo, que asina no tendré campanillas é prata, pero tengo campanillas en er corazón. Usted es un hombre, señor Manuel, y güeno está lo que hizo, porque lo hizo de frente, que es como matan las presonas cuando tién rasón. ¡Arre, Jardinera! Arre, Gallarda! Ahí vienen esos tunos, pero no nos agarrarán; ¡jée! ¡jée! ¡jée! Tengo más mulas de repuesto en Casalla. Dentro de pocos días, señor Manué, la der viento. Embarca usted pal África, y *laus deo*; pero, por lo que sea, jaga usted er favó de acordarse que Galiba fué un güen amigo.

El señor Manuel le estrechó la mano con fuerza, y luego resguardándose mucho en el fondo del calesín, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, se echó á llorar lo mismo que una criatura.

Promovían aquella crisis el dolor, la cólera, el desengaño, el despecho; ¿quién sabe los múltiples sentimientos que á un tiempo mismo y en momento determinado caben en el alma?

Algunos días después, un barco de cabotaje zarpaba de Cádiz, y apoyado en una de sus bordas, un hombre en actitud pensativa veía borrar-se poco á poco y desaparecer al fin en el horizonte las costas de la tierra baja.

Era el señor Manuel, que iba á buscar en Africa ese olvido tan necesario para lo único que el hombre no debiera lamentar nunca.

El desprecio de una mujer.

CAPÍTULO XIX

Doce años después.—Fin de la historia del Africano.—La gloria y la posteridad.—Martíncho y José Cándido.—Pedro Romero.—Pepe-Hillo y «Costillares».—Consideraciones.—Divisiones de la suerte de matar.

Sevilla, la sultana del Guadalquivir, estaba de fiesta; ni una nube cruzaba el azul profundo de su cielo, ni la menor sombra de tristeza empañaba el semblante del más taciturno. El volteo sin tregua de las campanas ensordecía; las músicas sonaban, la gente reía, á veces sin saber por qué, quizá solamente porque era la Pascua de Resurrección, y porque era fiesta, y porque en el programa tenía que figurar la risa como una obligación para divertirse.

Por las calles cruzaban sin cesar los calesines con guapas mozas y mozos crúos. Ellas, con el rostro encendido y la cabeza llena de flores, guarneciendo las ondas de sus mantillas blancas, el coqueteo en el mirar y la risa provocativa, entreabriendo sus labios rojos y frescos como la fresa acabadita de coger; luciendo á través de redomadas hipocresías de modestia, los lujosos chapines y la media calada bajo la orla de su vestido, y gozando en secreto con la decepción de la amiga y la admiración de los papamoscas. Ellos, recelosos y adustos como todo el que tiene conciencia de que va al lado de una mujer bonita que se

déja ver, sufriendo sus resquemores bajo la casaca bordada ó la flamante chaquetilla, haciendo á su modo ostentación de su verdadera ó imaginada galanura, en jarras los brazos, saliente el pecho, para mostrar los abundantes y ricos caireles, y los ojos más avispados y celosos que ministril en ejercicio, dirigiendo á todas partes esas miradas amenazadoras de valientes que van en coche y pasan de prisa.

Toda aquella multitud se dirigía hacia la plaza de toros, que estaba convertida en vergel; la comunidad, en el deseo del espectáculo, daba más vigor á la fiesta; gritaba el currutaco desde su localidad de preferencia tanto como el *macareno* desde su tendido de sol; y el dicho picante, y la pulla amorosa y subida, y el galanteo y la amenaza, y el chispear de la manzanilla, y el gorgotear de las botas, y el estimulante olor de las meriendas, eran comunes en todos los sitios.

Al fin sonó la hora, y pisaron el redondel los lidiadores.

A la cabeza marchaban los maestros, y los maestros eran dos.

El uno era el señor Francisco Romero, con su cara larga y amarillenta, su alta peña y su abundante moña.

El otro era un hombre de semblante cobrizo y serio... el señor Manuel, en fin, sólo que entonces se llamaba de otro modo.

Se llamaba el *Africano* á secas.

Doce años había estado fuera de su patria, sufriendo penalidades sin cuento, siendo mercader hoy, adiestrador de potros mañana, apacentando búfalos luego, pasando, con apariencias de musulmán, de Trípoli á Tánger, de Tánger á Tombuctú, remontando el Níger, dando caza á las fieras y evitando ser presa de los hombres.

Así paso el tiempo de la proscripción, y llegó el día de remontar nuevamente el Guadalquivir.

La tarde de que hablamos, el señor Manuel dió muestras delante de los toros de lo mucho que los trabajos enseñan á despreciar la vida.

Su serenidad era pasmosa.

El mismo señor Francisco Romero decía de él, que los toros se paraban asustados por la bravura y la tranquilidad del torero.

Montado en nervioso corcel alanceó con tal maestría, que los vitores no cesaban; pero cuando el estupor y el entusiasmo llegaron á su colmo, fué cuando, cogiendo el lidiador una manta y arrollándosela al brazo á la manera con que se arrollan los árabes el alquicel para luchar con el león en las ocasiones desesperadas, empuñando un estoque en la diestra, se fué hasta tres pasos del toro, citó para recibirle, y viendo que no se arrancaba corrió hacia él, y burlándole con la manta, le hundió la espada hasta los gavilanes, haciéndole rodar.

Ante aquella manera de matar toros no vista hasta entonces, yendo el hombre á atacar á la fiera, estalló una verdadera tempestad de aplausos.

Aquello era el volapié de hoy.

Al terminar la fiesta, cuando el sol declinaba y se retiraban los lidiadores fatigados, un hombre se acercó al señor Manuel y le estrechó contra su corazón.

Era Galiba.

—Bien, maestro—le dijo precipitadamente,—por ser como usted daría mi calesa, mis machos y la metá de lo que me queda por vivir.

Bellón se sonrió melancólicamente.

—¿Ves?—le dijo:—eso es lo que se saca; aplausos, glo-

ria, que jables de uno, que le envidien hasta los hombres tan güenos como tú...

—No importa: ella murió y er pasao murió también; pero este corasonsito vive, y la corná que tú sabes está sangrando todavía.

*
* *

La vida oscura que el *Africano* llevó después, su hastío por sus glorias, su extraño y sombrío carácter quisieron borrar inútilmente las huellas del torero; pero su nombre, como el de sus célebres coetaneos Francisco Romero y Félix Pachón, padres del toreo, llegó á la posteridad sin pretenderlo, que es como llega para siempre.

El tiempo amengua el mérito, y cuando son ficticias las glorias ó sólo comprendidas por una pequeña parte de la sociedad, no son perennes. ¿Quién es aquel figurón de bronce que con el sobretodo á la espalda se levanta orgullosamente sobre su base de mármol? Fué un gran ministro, dice la crónica, y la generación que la oye, se encoge de hombros y derriba la estatua. ¿Qué hizo el varón cuyo nombre lleva esta calle? Fué un médico ilustre, un abogado que jugó limpio, un hombre que hizo versos premiados por la Academia. Y la generación se echa á reir entonces, y tapia el nombre y sobre él coloca el de un necio cualquiera.

La humanidad es así; la gloria no se impone por la estatua, ni por el pregón, ni por el libro acaso, sino por la tradición únicamente. La tradición es como el eco que lleva resonando por todas partes el estallido de la tempestad, sin que puedan amenguar su voz todos los rumores de la tierra; el nombre que debe coger lo coge, y lo guarda y lleva á través de los tiempos y de las costumbres, sin que ni las

vicisitudes del tiempo ni la variedad de los usos lo puedan arrojar al olvido. ¿Qué comediante llegó más al corazón del pueblo? ¿Se llama Máiquez, Talma, Garrik? Pues esos no necesitan ni que su nombre figure con ostentación en las fachadas de los edificios públicos, ni que el cincel los inmortalice en los bajo relieves; no necesitan más que lo que han sido para que el pueblo no los olvide. ¿Quiénes fueron los lidiadores que mostraron más denuedo y bizarría en el ejercicio de su profesión, entusiasmando á los públicos? Los Romero, *Pepe-Hillo*, el *Africano*, *Costillares* y tantos más? pues pasarán generaciones, y esos nombres, sin embargo, flotarán sobre ellas. Los padres se los transmitirán á los hijos, y las imaginaciones jóvenes agrandan los hechos del pasado. Eso basta. Ni el nombre del actor ni el del torero se escriben en la arena como alguien dijo. Pueden olvidar las mujeres, los allegados, los amigos, todos los que menos debían olvidar; el pueblo, no; el recuerdo que guarda lá posteridad cuando es merecido, es lo único que no hace traición.

Y ahora volvamos al tecnicismo.

Pareciendo poco sin duda lo ejecutado hasta el tiempo en que se dedicó á matar el célebre *Martincho*, llevado éste de su desmedido arrojo y su temeridad sin límites, intentó algo nuevo, que puede considerarse como la mayor perfección en vaciar toros. Sentado en una silla con los pies sujetos por pesados grillos, y teniendo en la mano izquierda un sombrero de toquilla (1) para alegrar y citar á las reses, las dejaba llegar á su terreno, echándolas fuera con gran facilidad, no sin herirlas antes de muerte.

Ya en el camino de las innovaciones, pensóse en des-

(1) Sombrero de alas anchas.

echar la espada por creer que hacía falta intentar algo de más riesgo, y José Cándido y el mismo *Martincho* empezaron á matar toros valiéndose de un sombrero de anchas alas, que llevaban para vaciar en la mano izquierda, y un puñal ó cachete en la derecha, y mataban esperando á pie firme é hiriendo en el testuz al humillar la res (1).

Cuando la nota del arrojo sin límites y la temeridad inútil pasaban los límites de lo prudencial y el público sentía la necesidad de algo más ordenado y más lógico, surgieron las grandes figuras de Pedro Romero, *Costillares* y *Pepe-Hillo*, que encauzaron la lidia por los derroteros por los que poco á poco había de llegar la fiesta á su más alto grado de esplendor, que es como nosotros consideramos el toreo de hoy.

No hemos de quitar un ápice al verdadero valer de aquellos toreros del pasado tiempo dentro de la tauromaquia, pero aunque reconocemos y confesamos sus méritos grandes como iniciadores de la transformación que imprimieron á la lidia, no por esto los colocamos en esa línea en que parece quiere colocarse siempre por algunos todo aquello que no hemos visto, y de lo que se puede inventar y argüir cuanto se quiera, contando con la impunidad de que no habrá argumentos en contrario.

Son los iniciadores de la revolución efectuada en el toreo, y esta es su gloria, más que la de grandes toreros.

Si esas glorias de la tauromaquia, porque lo son indudablemente, como aquellos á quienes se deben los adelantos todos que conocemos, revivieran y presenciaran las corridas de ahora, no renegarían de cuanto hicieron en pro

(1) El rey D. Juan II, el 23 de Agosto de 1418, mató ya un toro en esta forma valiéndose de un puñal, suerte que, según las crónicas, estaba en boga, pero sin indicar cómo la practicaban.

del arte ni ansiarían volver á sus tumbas avergonzados de los toreros de hoy, como creen distinguidos aficionados, sino que, por el contrario, se solazarían de haber hecho cuanto hicieron para que el arte llegara á la altura en que se encuentra, y admirarían las faenas que ejecutan diestros que pasan al presente desapercibidos, y cuyas faenas, en sus tiempos, ni siquiera habían soñado.

A pesar de lo indicado de que algunos lidiadores al practicar la suerte de matar toros se valieron para llamar la atención de sus adversarios y marcarles la salida en sus viajes de los sombreros de anchas alas, esto, después de conocido el uso de la muleta, no fué lo corriente, sino lo excepcional, para demostrar más palpablemente su arrojo.

La muleta, desde que Francisco Romero introdujo su empleo para defenderse en el trance supremo de la acometida de la res en el momento de dar la estocada, no dejó de ser empleada por los matadores como el más poderoso recurso de defensa que han encontrado y lo más apropiado también para el objeto á que fué destinada.

Su manejo fué poco á poco perfeccionándose y sirviendo en un principio, como hoy sirve, para preparar á las reses en el momento de matar, aplicando los movimientos de ella no solo para librar la acometida, sino para ir quitando á los toros los resabios adquiridos durante la lidia.

De estos movimientos impresos á la muleta, nacieron los pases, que también como las estocadas fueron poco á poco alcanzando la perfección y nomenclatura que nos son conocidas, y de las que hemos de ocuparnos en los capítulos siguientes.

La muleta que, como decimos anteriormente, se compuso de un pedazo de tela, de pequeñas dimensiones, y sin que pueda precisarse el color más en boga, consiste hoy de

un capotillo como los de correr, pero sin esclavina, que en la línea recta que corresponde desde la mitad del cuello á la mitad de su vuelo, lleva dos ó tres ojales. La tela es de fino paño encarnado, con forro amarillo comunmente.

Como complemento, y para su manejo, se emplea un palo de unos cincuenta centímetros de largo y del grueso del de las banderillas, con una pequeña virola de hierro en un extremo.

Esta virola se introduce por uno de los ojales, según las dimensiones que quiera darse á la muleta, y se recogen sobre el extremo opuesto del palo las puntas de modo que quede formando un cuadrado, redondeado por el ángulo inferior, más próximo al espada.

Dicho lo que antecede, no nos resta más que entrar de lleno á ocuparnos de la variedad de pases de muleta que se dan á los toros antes de entrar el lidiador á cumplir su misión, y de los diferentes modos que vienen empleándose para matar con el estoque.

De aquí, pues, nace el que sea de necesidad dividir la suerte suprema en dos partes.


Una, los pases como defensa del lidiador, y manera de ahormar la cabeza á los toros y quitarles los resabios que tuvieran, adaptándolos en lo posible á las condiciones del espada.

Y otra, la estocada, que ha de dar fin de las reses, con el menor peligro y mayor lucimiento por parte del que haya de llevarla á cabo.

Debemos añadir que el lidiador, al practicar la suerte, ha de reunir las condiciones indicadas en otro lugar; pero más especialmente las del conocimiento exacto de las reses, sus condiciones de lidia y toreo que requieren, así como la indispensable de ver llegar los toros como ningún

otro lidiador, porque la suerte de matar es la más complicada de cuantas tiene el arte.

Y esto se comprende, desde luego, porque además de llegar los toros á poder suyo avisados por las faenas con ellos ejecutadas anteriormente, hay que manejar á un tiempo la muleta, el estoque y el cuerpo, imprimiendo á cada uno un movimiento distinto, complemento unos de otros, y que de no ejecutarse en el momento preciso, pondrán á los espadas en grave riesgo de sufrir un percance.



CAPÍTULO XX

**La práctica y la observación.—El origen de la muleta.—Su empleo.—
Los pases.—Clasificaciones.—Pase regular ó natural.—De pecho.**

La práctica, ese libro nunca terminado, que el tiempo corrige y amplía sin cesar, y que, como la historia, cuenta con el privilegio de no tener jamás último tomo, enseña más al hombre que todas las teorías, por bien expresadas que estén, y por más alcance que tengan, puesto que el hombre, á pesar de su eterno amor propio, es más perezoso para pensar que para observar, y esto dimana de que eminentemente egoísta puede encontrar con la observación la conveniencia, y si la halla con el pensamiento, es á través de muchas brumas de cálculos á que casi siempre se resiste su molicie. El origen de la medicina, que casi va unido al origen de la humanidad, no se adivinó, sino que se observó, porque el instinto principal del hombre es la conservación de sí propio. Esta práctica, ensanchándose sin cesar, cogiendo los medios que el acaso proporcionaba y reunía, empieza á constituir un ramo de la ciencia. En los primeros tiempos del mundo todos son médicos; los enfermos se exponen en los caminos, y á ellos se llegan con el objeto de remediar el mal cuantos observan que las propiedades

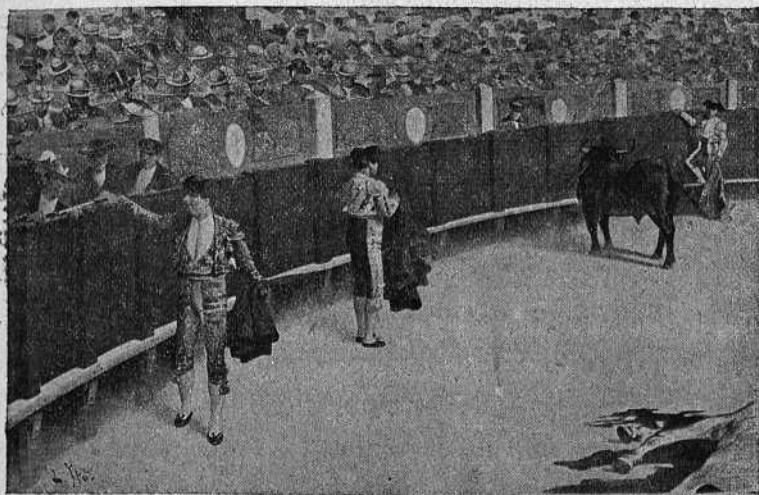
de tal ó cual yerbajo, que el instinto ó la casualidad les proporcionó, es útil para remediarlo. Aquellos hechos se consiguen, aquellas plantas se recogen, la necesidad indica el análisis y éste la bondad de sus propiedades, se busca más y la Naturaleza se abre como un inmenso indicador ante los ojos ávidos y la inmensidad de curanderos se sintetiza en un hombre que absorbe las observaciones de los demás. Es la historia del médico, es la madre *práctica* que origina la ciencia.

La humanidad, sufre; la materia, quebrantándose, soporta la ley brutal de la fuerza; el rencor, el odio, la violencia, revuelven á los hombres, y entonces los hombres, sintiendo revelarse su fondo moral, *observan* que para el orden de la vida hace falta *practicar* el derecho. Y ese derecho tuerce los instintos brutales, sofoca las violencias é impone las leyes que todos acatan, sabiendo por instinto que su práctica ha de llevarles al mejoramiento social.

Sí; en todos los órdenes de la vida, desde los esplendores del saber humano hasta los detalles que constituyen lo que pudiéramos llamar el *pequeño vivir*, se ensanchan y crecen con la observación y con la práctica. Para la esgrima, la agilidad en el salto ó la parada combinada hábilmente sustituyen con un movimiento el empleo del broquel, resistente y embarazoso.

Para burlar á la fiera en la plaza, la práctica muestra al hombre ardidés sin cuento, con utensilios en que antes no vió sino un solo empleo.

Los que empezaron á valerse de la muleta para distraer ó empapar á los toros en el momento de herir, diéronla el nombre de muletilla, no sólo por sus pequeñísimas dimensiones en relación con las que hoy se usan, sino por estar considerado únicamente como un tranquillo ó medio de



Disponiéndose al brindis

llevar á la práctica con mucha menos exposición el acto de estoquear, llamando la atención del toro hacia un punto que no era el cuerpo del lidiador cuando este se preparaba á darle muerte.

Poco á poco esta muletilla, empleada exclusivamente hasta entonces en la ocasión precisa de herir, fué aumentando en importancia y vuelo hasta llegar á ser lo que es hoy: un artefacto que se utiliza para defensa y para adorno, que en buenas manos quita á los toros los resabios y en malas se los aumenta, é instrumento de astucia, como sonrisa de mujer embebe, engaña, consiente, burla, prepara mejor y ayuda á bien morir.

Al flamear con reflejos de grana, excita el coraje y el ímpetu brutal del toro. Por algo decía Lavi á su sastre después de una corrida en que había estrenado un vestido color grana y oro á gusto de aquel, recibiendo más achuchones y volteos que se pueden contar. «Ma vestío usté é

muleta, y los toros se alegraban en cuanto me veían.» Es cierto; nada hay que anime á estos animales como la muleta, hasta el punto de poder decir que todo el toreo está reasumido en los movimientos de ese paño rojo destinado á sujetar á los toros huídos, á bajar la cabeza á los engallados, á levantar la de los que humillan, á humillar para el descabello, á elevarse con gracia en los pases ayudados y en los cambios, á jugar como una mariposa de sangre en los de molinete, á consentir y esquivar con los naturales y destroncar con los en redondo.

Hay, no obstante, quien, entendiendo esto al revés, no emplea la muleta sino para que los toros vean mejor el bulto y se le cuelen de continuo ó le desarmen; pero esto precisamente es lo que quisiéramos evitar, sentando como base nuestra creencia de que, siendo el acto de matar, ó, mejor dicho, el de preparar los toros para la muerte, el más difícil de cuantos constituyen el toreo, no puede llegar á manejar dicho utensilio con soltura, ni aun á estoquear como es debido, quien no siga paso á paso y por todos sus trámites, desde los más escabrosos hasta los más altos, la profesión de lidiador; desde el montón anónimo de la capea hasta el exclusivismo de la gloria, siendo peón y banderillero, y, por último, espada, es decir, el sumun de la profesión y último grado de la carrera, si así se quiere denominar. Si no, y á no ser por esas rarísimas excepciones que dan al traste con todas las reglas y leyes de la lógica, pensando una noche ser matador de toros al siguiente día, y salir con mucho empeño á sentar plaza de grandeza, de valor y de arte, es pensar en ser papa, ceñirse una mitra de papel á la frente y fingirse un cónclave de cardenales, que eso es lo menos en lo que puede terminar semejante locura.

Todo porvenir dichoso y sonrosado no se puede mirar sino á través del prisma de un calvario muy triste. ¿Qué pruebas hemos de añadir que puedan sintetizar mejor nuestra idea que la demostración de que los frailes necesitan ser legos? Imagináos un hombrecillo flojo de piernas, torpe y pesado en el andar y que no habiendo montado nunca se metiera á desbravador. Un pescador de caña con dispepsia y vahídos, convertido de pronto en grumete y navegando por el mar del Norte, pues eso únicamente suele ser el iluso que, llevado del fuego de su fantasía ó el error de su vocación, cree que es lo mismo matar toros con el pensamiento que practicarlo sobre la arena de la plaza.

En fin, y ateniéndonos á un dicho vulgar: todo se remedia menos la muerte, y en esta cuestión una cornada á tiempo suele ser el mejor antídoto para semejantes locuras.

Pero volviendo á nuestro propósito y tratando de explicar el uso de la muleta, así como la diversidad de pases y condiciones de los toros con arreglo á las que se deben dar unos y evitar otros, diremos que en los últimos años del siglo anterior y primeros del corriente, era escasisima la nomenclatura de los pases, conociéndose tan sólo los regulares, con la mano izquierda ó con la derecha, y los de pecho; y tanto es así, que *Pepe-Hillo* y *Montes*, en sus respectivas *Tauromaquias*, mencionan éstos únicamente, si bien en la del último y sin aventurarse á darles nuevos nombres, ya se habla de los pases altos ó por bajo, sin darles otro nombre que el de regulares por alto ó regulares bajando el pico de la muleta contrario al en que se lleva sujeta para sacarla de la cara, de modo que los que hoy se distinguen con otras denominaciones son modernos y deben ser considerados como maneras especiales de engendrar y rematar los primitivos.

He aquí su clasificación:

Pases redondos.

- » altos.
- » de telón.
- » ayudados.
- » de frente.
- » de molinete.
- » cambiados.

Pudiendo con estos y los primitivos formar la siguiente nomenclatura:

Pases primitivos.	Pases derivados.
Regular.....	<div style="display: inline-block; vertical-align: middle;"> { Redondo. Alto. De telón. De molinete. De frente. Cambio. Ayudado. </div>
De pecho.....	

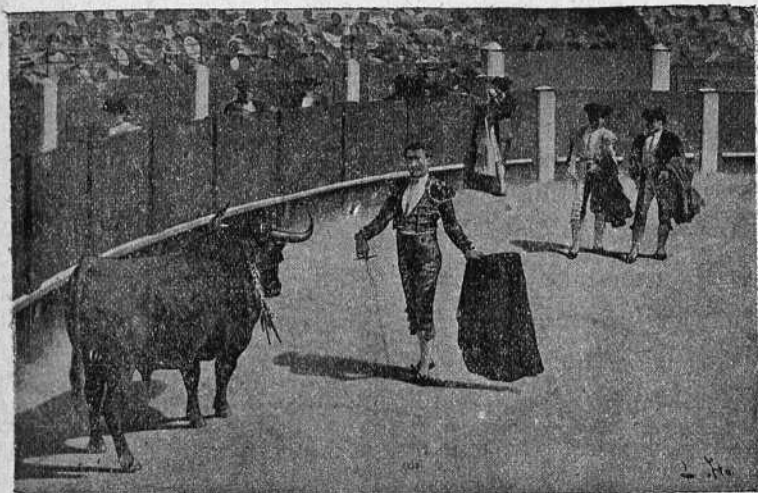
El pase regular ó natural y sus derivados pueden darse tanto con la mano izquierda como con la derecha.

El pase de pecho por regla general se da sobre la mano izquierda, por más que también puede llevarse á cabo con la derecha, siendo mucho más comprometido.

El ayudado indispensablemente con la mano izquierda.

PASE REGULAR Ó NATURAL

Se da este nombre al que se ejecuta colocado el diestro en la rectitud del toro, teniendo la muleta con cualquiera de las dos manos y haciendo el cite desde una distancia arreglada á las facultades que conserve la res, terrenos que ocupe y resabios que haya adquirido durante la lidia



Pase natural

en los tercios anteriores. Cuando el animal llegue á jurisdicción y tome el engaño se cargará la suerte, que se remata girando y estirando el brazo hacia atrás con sosiego, describiendo con los vuelos de la muleta un cuarto de círculo, á la vez que se imprime á los piés el movimiento preciso para que una vez terminado el pase quede el diestro en disposición de repetirlo.

Si el toro es boyante puede el espada tener la muleta completamente cuadrada, considerando que esta clase de reses van siempre por su terreno, toman el engaño con sencillez y rematan bien la suerte, siendo únicamente preciso perfilarla en el momento de cargar la suerte para marcarle la salida.

Si el cornúpeto no se pára al ser rematado el pase y continúa persiguiendo la muleta, se repite el giro las veces que sea preciso, conservando el espada su terreno con la quietud necesaria.

A la continuidad del pase natural, y en el momento en que el lidiador y el toro hayan dado una vuelta completa, es decir, que ocupen las posiciones que tuvieron en un principio, se da el nombre de pase en redondo, considerado como de gran castigo, porque el toro describe un círculo marchando siempre arqueado y en posición violenta, que le quebranta, no sólo en las facultades que pueda tener, sino en la médula espinal.

Con los toros que se ciñen, la muleta debe presentarse en dirección oblicua, debiendo el lidiador adelantar el cuerpo lo necesario hacia el terreno en que haya de cargarse la suerte, para que una vez consumada ésta, pase á ocupar el torero el centro que va dejando la res.

Cuando los toros son de sentido, como distinguen perfectamente el cuerpo del engaño, la muleta debe perfilarse mucho delante del cuerpo, de modo que no vea más que un objeto, sobre el que partirá, y al tomarlo, el diestro, que habrá tenido quietos los pies, se mete en su terreno, le cuadra la muleta, empapa bien y da el remate cuando esté fuera del centro, sacando la muleta por alto.

A los huidos se cuidará de empaparlos mucho para que no vean la salida y se vayan, teniendo la precaución al rematar el pase, de no marcarles demasiado viaje, sino, por el contrario, procurar no despegarles la muleta de la cara hasta el momento preciso para poder de nuevo hacer que la tomen.

Si los toros se quedan cerniendo en el engaño, el espada cuidará de no mover los pies hasta que la tome por completo ó se escupa, porque de hacer cualquier movimiento, se saldrá huyendo, dejando desairado al lidiador ó se meterá en terreno del diestro llevándose por delante.

Esto se evita toreándolos muy en corto y quedando pre-

venido por si toman el terreno contrario al que se les marca, volver la muleta y dar el pase de pecho.

A los toros burriciegos, se tendrá en cuenta para darles el pase natural, cuanto queda expuesto en los lances de capa, cuadrando ó perfilando la muleta, según sean bravos ó de sentido.

En los toros que por consecuencia de un pajazo ó algún accidente de lidia pasen á la muerte sin alguna de las vistas, hay que pasarlos situándose en su rectitud y tendiéndoles bien la muleta para que la vean y acudan á la misma adelantándose para recibirlos en ella y darles el rematé por el lado que ven, quedando el diestro en su terreno sin temor de que rematen en él.

Cuando el toro que se haya de pasar esté aplomado, se adelantará mucho la muleta, perfilándola ú oblicuándola, porque estando cerca, caso de tenerla cuadrada, como el bicho parte con el deseo de coger, es lo más probable que logre alcanzar. Los toros que se aploman, no es generalmente por falta de facultades, sino porque van haciéndose de sentido ó buscan una querencia donde se defienden, y es difícil entrar al diestro.

Para torearlos de muleta con alguna seguridad, será conveniente que los peones les hagan abandonar la querencia, economizando el número de capotazos y les quebranten las facultades si las conservan.

Una vez conseguido este objeto, puede torearles con seguridad en la forma dicha, sin olvidar el sitio de la querencia ó terreno en que estaban, para darles hacia aquel lado la salida, cuando se ve que tienen hacia él marcado cariño.

Cuando los toros derrotan alto ó se tapan y desarman, el diestro debe dejarlos llegar bien á la muleta, bajando

ésta lo más que le sea posible al cargar la suerte, á fin de quitarles los referidos resabios, que dificultarán siempre el que el matador pueda meter bien el brazo en el momento de la estocada.

Si los toros se cuelan al tomar el engaño ó se revuelven con gran prontitud sin dar tiempo al espada para prepararse de un pase á otro, el matador ordenará á un peón que se coloque en el terreno de afuera á fin de que meta el capote cuando la res, llegando á jurisdicción, tome la muleta, para que distraída con ésto, no se revuelva, dando tiempo al espada para prepararse otra vez.

Un solo peón bastará para distraer al toro; pero habiendo más de uno, se producirá el efecto contrario, pues la afluencia de lidiadores presentará muchos puntos de mira á la res, que vacilará, no sabiendo á cuál dirigirse, y se hará menos manejable para la labor del espada.

Con las demás clases de toros, el peón es innecesario, porque su intervención servirá únicamente para deslucir la faena del que mate, teniendo presente que el animal al rematar un pase, arrancará tras el capote del que pretende ayudar, dejando desairado al espada.

Se prescindirá, en absoluto, de los pases naturales con los toros que tengan tendencia á humillar.

Con los encampanados ó que lleven la cabeza muy alta, se procurará bajar la muleta cuanto sea posible, inclinando el cuerpo y estirando los brazos cuanto se pueda á fin de que no pueda dar el derrote en manera alguna, sino en el pico del engaño.

El matador que no tenga mucha práctica en su ejecución, no debe intentar el pase natural en la forma indicada, sino cuando esté seguro de la nobleza de su adversario, y esto sin llegar al abuso, para evitar que el toro sufra un

gran destronque y que se convierta en manso ó quedado en demasía.

El pase natural se engendrará y rematará lo mismo con una ó con otra mano, debiendo el espada tener en cuenta que es el más lucido y de más efecto el que se da sobre la mano izquierda, porque efectuándose con la derecha, como hay más trapo ante la cara de los toros, á causa de desarrollarla más con la punta del estoque, que necesariamente lleva en la misma mano, el público juzga que es menor el peligro del matador.

Los pases naturales dados con la mano derecha, están indicados cuando los toros se acuestan del lado izquierdo ó cuando toman las tablas, para irles llevando poco á poco á terreno conveniente, y cuadrarlos é igualarlos en él entrando entonces á matar con eficacia en la forma denominada al volapie.

PASE DE PECHO

Es el que se verifica cuando á la terminación del pase natural ó regular, y estando perfilado el lidiador con la res, arranca ésta velozmente sin dejar tiempo al espada para repetir el pase natural, en cuyo caso y teniendo la cadera izquierda frente al testuz, adelantará el brazo izquierdo por delante del pecho hacia el terreno de afuera en la rectitud del cornúpeto y sin mover los pies, y al llegar el toro á jurisdicción y tomar el engaño, se dará salida empapándole bien de manera que derrote fuera del centro de la suerte, á fin de que quede en terreno apropiado para que el pase natural se repita girando la muleta de derecha á izquierda y levantando el brazo de modo que el trapo

rojo pase desde los pitones hasta la cola, pasando por encima del lomo.

Este pase es de lucimiento con los toros bravos que toman bien el viaje que se les marca.

A veces se recurre á él para evitar las coladas, y en tal caso el lidiador debe apartarse lo menos posible del centro de la suerte.

Puede ejecutarse con la mayoría de los toros, siendo tan seguro como el natural, y de más lucimiento, por aparecer más próximos toro y torero.

Con los revoltosos se tendrá cuidado de dar al rematarlos algunos pasos de espalda para ganar terreno y tiempo.

Con los toros que ganan terreno no se dará el pase de pecho sino después de mejorar el en que está situado el diestro, dando un par de pasos para quedar en disposición de efectuarlo, pero sin distanciarse mucho, porque esta clase de reses piden ser toreadas más sobre corto que ninguna.

Con los toros de sentido no debe intentarse á no cubrir suficientemente el cuerpo con el engaño para que no quede al descubierto y procuren rematar sobre él.

A los toros tuertos se les pueden dar estos pases sin peligro, dejándolos el lado por el que ven hacia el terreno de fuera.



CAPÍTULO XXI

Pases por alto.—Ayudados.—De molinete.—Por delante.—Medios pases.—Algunas generalidades.

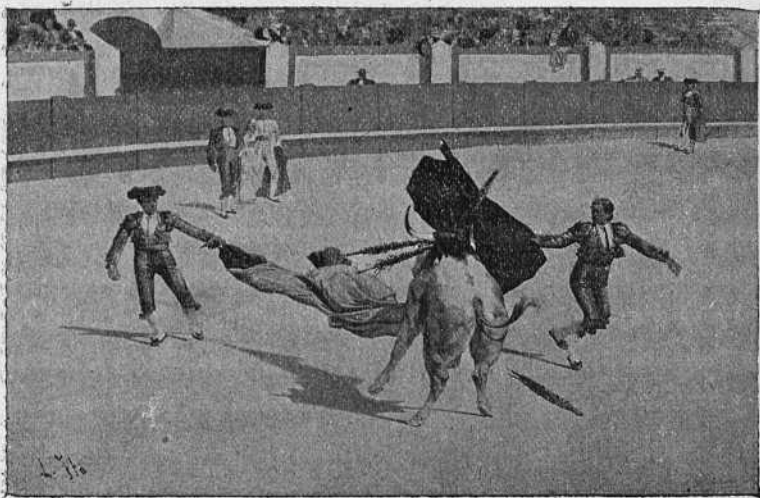
PASE ALTO

Engendrado como el natural, pero más airoso y elegante, se remata levantando el brazo en el momento en que derrota el animal, pasándole el paño por encima de la cabeza y en dirección á la cola, dejando que el cuerpo del toro pase en toda su longitud bajo los vuelos de la muleta, sin que el lidiador ceda un ápice de terreno hasta rematar, para reponerse en seguida y esperar el nuevo ataque.

Respecto á la colocación del espada, y forma de presentar la muleta, en este pase hay que tener presente lo que se deja consignado acerca del pase natural, debiendo añadir que éste como todos cuantos se dan á las reses para prepararlas á la suerte suprema, tiene su fin determinado, y que el pase alto es el indicado con los toros que tengan marcada tendencia á humillar ó lleguen á manos del espada arrastrando la cabeza por el suelo.

Estos pases, cuando la muleta se mueve en sentido de abajo arriba, sin que el trapo rojo recorra el lomo del animal, y á que se denominan generalmente de telón por mo-

verse en la misma forma que los telones de teatro, se emplean con el objeto de levantarle la cabeza, no debiendo abusar de ellos el lidiador si quiere conseguir lo que se propone.



Fase alto sobre la mano derecha

También son útiles los pases por alto con la mano derecha, y con la izquierda, cuando se acuestan los toros del lado izquierdo ó derecho respectivamente, pero dando los puramente precisos y evitando la repetición de ellos cuando el espada vea que el bicho perdió el defecto que se trataba de corregir.

Los altos sobre la mano derecha son de efecto seguro cuando los toros buscan el abrigo de las tablas, se amparan en ellas y en sus acometidas no adelantan más que dos ó tres pasos.

Para practicarlo con lucimiento y causar el resultado apetecido, se deben dar acercándose lo más posible á la

res, adelantando bien la muleta y cargarle mucho la suerte á fin de desengañarle.

Para evitar que al quitar el trapo de la cara pueda la res, si se revuelve con prontitud, cortar el viaje del lidiador, es conveniente que cerca de los tableros, y detrás del espada, haya un peón que meta el capote al cargar la suerte y le corte la intención de revolverse llamándole la atención.

PASE AYUDADO

Desplegada la muleta ante la cara de la res y sujeta en su parte inferior con la punta del estoque, tapando la salida del toro, en el momento en que éste acomete y humilla, el espada, apoyado con fuerza sobre la pierna que deba adelantar, eleva el trapo mientras el toro pasa por debajo como una exhalación frente al torero, que queda en el terreno abandonado por la res. De gran defensa, no de menos castigo y de poca exposición para el diestro, por pasar el toro terciándose á bastante distancia, tiene por principal objeto levantarle la cabeza y enderezarlo si se acuesta del lado izquierdo, así como el suprimirle facultades en fuerza del destronque sufrido al revolverse en busca del engaño.

Cuando con este pase no se pretende cortar facultades, sino que se descubran ó bajen la cabeza, entonces, en el momento de engendrar el derrote, en lugar de sacar la muleta por encima de la cabeza del toro, pasará por delante de la cara formando una media circunferencia, que también describirá la res en su persecución.

Estos pases no se deben emplear en manera alguna con los toros que se acuesten del lado de la muerte ó sea del lado derecho.

Ya sea de este modo ó en la forma anterior, al ejecutar este pase el diestro debe tener gran quietud en los pies y no sacar la muleta de la cara antes de que la res humille, para no exponerse á un percance.

Con los toros prontos y bravos resultan de muchísimo efecto; pero no deben intentarse de ninguna manera con los toros aplomados ni con los que se queden.

PASE DE MOLINETE

El origen de todos estos pases de adorno no debe buscarse en la profunda observación ó el estudio concienzudo del torero, sino en la improvisación ó en la casualidad. Quizá el que primero los practicó no fué sino un modesto novillero que no pudo pasar de tal categoría; tal vez el prurito de *hacer novedades* durante una de esas corridas en que la fortuna protege al lidiador que logra en aquel día cuanto se propone y aun más, abusando del privilegio de ser el favorito de la suerte; tal vez, decimos, ese lidiador los descubriera, quedándose absorto pensando en la facilidad con que se pueden inventar ciertas cosas.

Aún falta mucho por descubrir; el mar no ha dicho su última palabra y la tierra tampoco; y si la tierra ni el mar la han dicho ¿cómo la ha de decir el arte en sus distintas manifestaciones?

Pero no hablemos de la mar, y concretémonos á la aridez del asunto.

El pase de molinete, como saben ó deben saber nuestros lectores, no es un pase precisamente, sino el adorno que lo termina.

Se consuma el natural, y cuando el toro ha entrado en

la suerte abandona el espada la posición que antes tenía, colocándose junto al costillar, y al perderle de vista la res da una vuelta con el cuerpo girando sobre los talones, y procurando quedar otra vez de cara al bicho. Si este acomete entonces de pronto, y el diestro puede conseguir un pase ayudado y muy ceñido, la faena resulta preciosa, y el momento propicio para ejecutar otro floreo, pues el toro quedará destroncado.

El molinete no debe llevarse á la práctica sino con toros bravos y de facultades: nunca con los revoltosos ó con los que buscan el bulto.

CAMBIO

Este pase, de difícil ejecución, y que consiste en marcar la salida de la res por un lado y dársela luego por otro, debe ejecutarse lo más cerca posible, teniendo en cuenta el lidiador no sólo las facultades del bicho sino las suyas propias, por si aquel no obedeciera bien al engaño.

Colocado el diestro en la rectitud del toro, con la muleta plegada ó en su desarrollo natural, citará á la res, y al llegar esta á jurisdicción le tenderá el engaño cargando la suerte hacia el terreno de dentro, y antes de que llegue al centro se la cargará de nuevo, marcándole la salida por el terreno de afuera.

Este pase, conque algunos matadores han solido comenzar sus faenas, sólo debe emplearse con los toros que llegan nobles y con facultades al último tercio.

Algunas veces se utiliza de recurso en situaciones difíciles, y con toros que se hacen de sentido,

PASES POR DELANTE

Se emplean para sacar á los toros de las querencias y para mejorar de terreno á los aplomados con exceso.

Se ejecuta colocándose el diestro á la distancia conveniente; ya en actitud, se adelanta el brazo de la muleta llevándola bastante perfilada, hasta dar con ella en la cara de la res, y cuando acomete la retirará hacia sí con ligereza, retrocediendo el diestro á medida que avanza el toro.

En cuanto el animal vuelve á detenerse, se vuelve á repetir el pase, procurando no dejar reponer mucho á las reses, ni permitir que retrocedan.

El diestro que esto ejecuta, debe tener gran confianza en sus piernas para salirse con rapidez en el caso de que el toro, arrancando de pronto, salga tras el torero, en cuyo caso sería fácil el embroque, por la posición que precisá tener al retirar la muleta.

Con los toros aplomados en demasía y que tienen la cabeza por alto, son de gran utilidad los pases por la cara, cuya perfección se debe al director técnico de esta obra, que los ejecuta con gran habilidad y eficacia.

MEDIOS PASES

Como indica este nombre, son aquellos que no llegan á consumarse y que siempre dejan poco satisfecho al espectador. Un artillero, definiría el medio pase diciendo que es un cañonazo del que no se vé más que el humo; un botánico, diría que es una flor de la que no se vé sino la raíz, y

nosotros diremos que es una de tantas cosas á medio hacer que pueden reportar alguna ventaja para el que las ejecuta, pero ninguna para aquél ó aquéllo contra quien sé ejecutan.

En fin, ya saben nuestros lectores lo que son medios pases, y que en esta clasificación se comprenden los llamados de pitón á pitón y los que *produce* el diestro saliéndose de la suerte antes de la llegada del enemigo, retirando la muleta antes de que el toro la tome y enseñándole por dónde se va á coger en buen sitio.

En concreto, los medios pases, á no ser empleados en la preparación del toro para descabellarlo, son de muy mal efecto é indican poca tranquilidad y dominio de la suerte en quien los hace, puesto que abandonar el terreno ó tratar de mejorarle antes de tiempo, y sin que el animal entre en jurisdicción, no puede ser de utilidad ninguna para el conjunto y sí un detalle para malear las condiciones de la res.

*
* *

Dice, con razón sobrada, Montes en su *Tratado de Tauromaquia*, que aunque en sí es bastante fácil el pasar de muleta, lo hace difícil la circunstancia de ser lo último que se ejecuta, puesto que cuando va el lidiador á practicar la suerte, los toros están aplomados, en querencia, y, por sencillos que sean, con alguna intención; todo lo cual, hace necesaria mucha inteligencia para que el éxito resulte como se pretende conseguir.

El pase de muleta es de mucho lucimiento con los toros boyantes, con los toros celosos y con los prontos, siempre que el lidiador tenga los pies en la mayor quietud, cargue la suerte en el momento preciso y juegue los brazos con la soltura que requiere.

Manejada la muleta con arreglo á las condiciones de los toros, no sólo se conseguirá el aplauso, sino el logro que debe proponerse al tomarla en sus manos el diestro.

Teniendo en cuenta cuanto hemos dicho al ocuparnos de cada uno de los pases, vamos á reasumir los que deben emplearse en las diferentes clases de toros, según las condiciones con que lleguen al último tercio.

A los que se quedan en la suerte ó se ciernen en el engaño, hay que empaparlos mucho en la muleta, dándoles luego mucha salida.

Con los toros que tengan tendencia á humillar ó estén humillados, se emplearán los pases por alto, ó los ayudados y aun los llamados de telón.

Con los toros que lleven alta la cabeza, están indicados, en primer lugar, los naturales, y si éstos no fueran suficientes, los ayudados por bajo, ó los mismos naturales rematando por bajo también.

A los que se tapan, debe toreárseles con pases en redondo.

A los que se acuestan del lado derecho, con altos sobre la mano izquierda, y á los que se acuestan del lado izquierdo, con pases ayudados ó con altos sobre la mano derecha.

Cuando se cobijan en las tablas, y tienen los cuartos traseros del lado izquierdo pegados á los tableros, con naturales sobre la mano derecha.

A los toros que están en querencia, á más de muy aplo- mados, se les saca con pases por delante, retirando la muleta de la cara con ligereza suma.

El pase de pecho debe darse á continuación del natural á los toros que se revuelven con prontitud y á los que cortan el terreno.

Hay toros á que el espada debe pasar de muleta completamente solo, y otros en que precisa estar auxiliado de uno ó dos peones cuando más.

A los toros que conserven muchas facultades, se procurará que los peones las disminuyan, pero de modo que no lleguen á su poder sin ellas.

Queda terminada la explicación de lo que bien pudiéramos llamar, y es realmente, trabajo preparatorio del instante supremo para el espada.

Ese instante terrible en que cuando se lía y la punta del estoque se dirige al morrillo, el ignorante que va al suicidio cierra los ojos, y el inteligente que va á por la gloria los abre desmesuradamente.

Para el uno, ha llegado el momento de entrar.

Para el otro, el de vaciar y salir.

Por la imaginación del que teme, la alucinación hace pasar una nube de bisturís, vendas, miembros amputados y fosas abiertas.

Por el pensamiento del que olvida el riesgo, sólo pasa una idea fija.

La esperanza del aplauso.

Aquí está el torero.

El que después de sentir los sobresaltos naturales que á todo hombre acosan, dígase cuanto se quiera, ante la inminencia del peligro, no consigue el triunfo de la razón sobre la flaqueza y vacila en mirar frente á frente las poderosas armas del toro, sus ojos soslayados y relucientes, su jadeante papada y ese resoplar continuo y furioso que no se percibe jamás desde los tendidos, donde tanto se grita contra los que tanto se exponen. El que no tiene la necesaria vocación para darse mil veces por muerto, estrechándose con las reses y dejando que los cuernos pasen rozan-

do el cuerpo, estudiando y aprendiendo hasta en las cogidas la manera de evitarlas en lo futuro y trastear con resultado; el que eso no sepa ó no pueda hacer, que se desengañe y no ponga la mano en la escala. La subida es fácil cuando se quiere subir á pesar de todo; pero cuando antes de poner el pie en el primer peldaño ya se lleva el miedo del primer coscorrón, y el coscorrón sucede entonces, no se puede llegar, y en cambio existe la desventaja de lo que se ha sufrido.

Para poder juzgar lo que es este momento terrible, sería preciso, aunque fuera por una sola vez, que cada espectador de los que más censuran y de los que colman de insultos extemporáneos á los lidiadores, se vistieran la taleguilla, y solos, sin más amparo que el de su valor y el de su inteligencia, pues el auxilio de los capotes es casi siempre dudoso por millones de circunstancias que sería prolijo enumerar, se pusieran delante de un toro, á dos metros, ya ven si les damos distancia, aunque el animal estuviese aplomado, y la entrada y el vaciado fueran cosa como se dice de coser y cantar.

Probablemente, y no dudando del valor de nadie, puesto que creemos que el dominio de los peligros nace de la costumbre de afrontarlos, probablemente, decimos, se les agigantaría el animal de tal manera, que más les parecería que estaban delante del León del Apocalipsis.

Nadie más que los que toreadan saben lo que pesa el toro para el matador; *Pepe-Hillo* decía que quería vivir mucho cada semana como si se tuviera que morir al llegar cada lunes; en la época en que había fe y los toreros rezaban en la capilla, no había uno sólo que no encomendara su alma á Dios por si tenía dispuesto el llamarle á sí aquella tarde. La vida del torero vista por fuera es un perenne relumbrón,

un lucir eterno, una felicidad fácilmente lograda; tiene cuanto quiere: amor, fortuna, influencia, gallardía, juventud, todo, como si todo esto no se pudiera perder en veinte minutos. La vida del torero por dentro es la intranquilidad continua, el insomnio, la ansiedad, la viceversa, la lucha constante entre el alma que desea cumplir y el cuerpo que decae bajo la fatiga. Se cree que las protestas no le ofenden, y que es obligación del que sale á la plaza dejar la dignidad á la puerta. ¡Error grave! Si se pudieran notar, cuantísimas veces late el corazón muy de prisa por el insulto grosero ó por la frase injusta. ¿Quién querrá su propia desdicha?

Es preciso marcar bien las lindes hasta donde llega el torero y empieza el público; por algo el diestro y el espectador están separados con una valla infranqueable.

Hagamos un poco de filosofía á nuestra manera.

El espectador entra á ver.

El torero á exponer su vida.

El uno lleva los colores de la digestión en la cara, el placer en el espíritu y el puro en la boca.

El otro lleva en el alma la ansiedad y la incertidumbre.

El uno desea la señal de salida, porque es el principio de su diversión.

El otro suele desearla también para que llegue cuanto antes el comienzo de su calvario.

Al espectador le verán volver sus hijos al acabarse la corrida, pletórico de censuras para el espectáculo ó satisfecho de él.

La familia del torero suele esperar la camilla ó la mala nueva.

Al uno le puede suceder un accidente fortuito.

Nadie está libre de él.

Al segundo, lo probable, lo casi seguro, es que le suceda.
¿Cuál es el preámbulo de la fiesta para el espectador?

El sol que fulgura, la tarde de ambiente sereno, el carruaje, la animación, el ruido, el amigo que chilla, la mujer que sonríe, el convecino que anuncia *hule* con una especie de cruel satisfacción que recuerda aquello de

Y al prójimo en la guerra
le dan contra una esquina,

y que, sin embargo, es la expresión de un deseo unánime que por puro que sea su corazón suele llevar cada espectador metido en el alma.

¿Cuál es el preámbulo de la fiesta para el torero?

Primero, el martirio de ponerse el traje de luces, ese maldito traje con que se sueña antes de vestirlo por primera vez, tanto como sueñan las mujeres con el traje de boda.

Luego, el pleno convencimiento de que allí no hay bastidores tras de los cuales vuelven en sí los desmayados, resucitan los muertos y sanan de pronto los heridos, sino una enfermería con seis ú ocho camas, un botiquín abierto, unas manos prontas á operar y otras manos prontas á dar la unción; la evidencia de que las cornadas destrozan tejidos, rompen tendones y desgarran arterias, y la seguridad de que esto no lo tiene en cuenta el público, así como no tiene en cuenta tampoco que en el corazón del torero se albergan los sentimientos naturales de todo hombre: la mujer, los pequeños, todo eso que es tan profundo en la vida moral y tanto origen puede dar á la burla del que no se encuentra en circunstancias iguales.

¡Ah! Si el espectador una vez, una vez sola pudiera sentir esto y mucho más que no decimos, se haría pedazos la

lengua antes que proferir un insulto contra el lidiador, que no tiene allí otro afán que el de complacerle.

Y si no lo consigue, nadie dude que lo siente de veras, y que por remediar el padecimiento de su orgullo herido, haría, aún más, hace muchas veces hasta el sacrificio de la propia vida.



CAPÍTULO XXII

La espada.—Componentes que entran en su fabricación.—Precauciones que se deben tener con ella.—Clases de estocadas.—Clasificación de las suertes.

Hemos procurado explicar el empleo de la muleta y la forma en que se utiliza preparando á los toros para morir, restándonos la descripción del instrumento con que se da la muerte.



La espada, propiamente dicha; el estoque, como vulgarmente se dice, aunque aplicando un calificativo que en verdad no le corresponde; *el acero* tan repetido en las revistas, es de la forma que representa la figura del margen, y consiste en una hoja de acero de la mejor clase, de un ancho prudencial, de dos filos y lomo de los llamados de anguila.

Están templadas en agua ó en frío á fuerza de remache, siendo preferibles las de este sistema, empleado en la fábrica de armas de Toledo, por ser el que da mejores resultados.

Las materias que entran en la composición de las hojas son una parte de hierro para formar lo que se llama el corazón, y dos de acero inglés de la mejor clase que sea posible.

La aleación se verifica del modo siguiente:

Se meten en el horno los componentes en tres barras; la superior y la inferior de acero, y de hierro la interna, sacándolas cuando están al rojo, y batiéndolas á martillo hasta darles la forma usual, pulimentándolas luego y aguzando los filos con piedra de agua.

Su longitud es de 85 á 90 centímetros desde la punta hasta el nacimiento del puño.

La longitud desde la cruz hasta el pomo tiene de 10 á 12 centímetros, estando revestidos la guarnición y el árbol del puño de cinta de lana color grana, y el pomo de piel ó gamuza, á fin de que la mano no se resbale, y sea segura la dirección de la estocada.

Antes de estrenarse, por si los estoques son duros, y con el objeto de poder darles lo que entre toreros se llama muerte, que es una pequeña curvatura á la hoja, se introduce en una res recién muerta, á fin de prestarles ductilidad.

Con los estoques bien templados no es preciso guardar tantas precauciones como se cree cuando los espadas han terminado su misión, debiendo tardar un rato en limpiarlos con una esponja humedecida.

Esto se hará inmediatamente si la hoja, por estar mucho tiempo en el cuerpo del toro, llegase á tomar el tinte azulado, señal inequívoca de pasar el calor que acaba de soportar de 40 grados, lo que es sumamente difícil.

De todos modos no está de más la precaución, pues hay hojas que por su mal temple lo requieren, puesto que de no tenerse tal cuidado pudiera ocurrir que se quebraran, por más que este accidente es más común en las que se ha baticado poco á martillo la aleación, y lo llamado corazón no se ha repartido convenientemente.

Los estoques que dan mejores resultados son los de la fábrica de Toledo, que en Madrid se encuentran en la espadería de Selgas, en Valencia en la casa de Ferrándiz y en Sevilla en la de Serrano.

Para conservarlos en buen estado debe procurarse tenerlos engrasados y en sitio en que no haya humedad.

*
* *

Hecha la explicación del arma, expliquemos la forma de herir.

El espada, en el momento que el toro esté igualado y en condiciones para entrar á matar, se situará en su rectitud, perfilado lo suficiente y á una distancia relativa á las condiciones del animal, con el brazo de la espada hacia el terreno de afuera y la mano á la altura del centro del pecho, formando el brazo y el estoque una misma línea para dar más fuerza á la estocada, á cuyo fin debe tenerse alto el codo y la punta del acero dirigido rectamente al sitio en que se haya de clavar.

La muleta se plegará un poco al palo sobre el extremo opuesto al que está asido con objeto de no pisarla y reducir al toro á que acometa la parte que presenta mayor cantidad de trapo, á fin de que sea el punto que persiga en su acometida.

Y en el momento de la ejecución, ó sea en el centro de la suerte y cuando el toro humille para dar el derrote, á la vez que con el vuelo de la muleta se le marca la salida, se adelanta el brazo derecho y se consuma la estocada, debiendo ser simultáneos los movimientos de los brazos, para mayor seguridad en la ejecución.

La estocada dada en todo lo alto, es difícil que interne

por la reunión de huesos que forma el centro superior de las agujas y médula espinal sobre los brazuelos, sitio que vulgarmente se conoce con el sobrenombre de los rubios, sin que el diestro pueda evitarlo ni hacer más por el toro, por cuya causa no debe medirse el mérito de la suerte por razón del número de veces que un espada intenta clavar el estoque, sino por la forma en que entre y salga, pues más bien puede llamarse fortuna que habilidad, el rematar los toros á la primer estocada.

Según el sitio en que quedan clavados los estoques, la mayor ó menor profundidad de la estocada y la dirección que lleva el acero, así tienen sus correspondientes denominaciones.

Las principales son las que siguen:

Estocada honda.

- » corta.
- » contraria.
- » trasera.
- » delantera.
- » baja.
- » ída.
- » tendida.
- » perpendicular.
- » caída.
- » atravesada.
- » envainada.

Se llama estocada honda aquella en que el estoque penetra totalmente en el cuerpo de la res.

Estocada corta, la en que no entra más que una tercera parte de la espada.

Estocada contraria, la que quede clavada en el lado izquierdo del cuerpo.

Se da el nombre de trasera cuando el estoque se clava detrás de la cruz.

Por delantera se conoce á la que, por el contrario, entra el estoque por delante de la cruz.

Se denomina baja á la estocada que entra por el cuello de la res á más de cuatro centímetros de la médula, junto á las paletillas.

Se llama ída, á la estocada que, entrando alta, propende por su dirección á cortar la herradura.

Es tendida, la en que el estoque queda colocado casi horizontalmente, y cuando, por el contrario, el estoque entra en el cuerpo de la res y queda clavado perpendicularmente, estocada perpendicular.

Estocada caída, es la que, estando á un lado de la cruz, sin ser baja, se dirige abajo con el peso de la misma espada.

Y atravesada, aquella en que el estoque queda atravesado dentro del cuerpo del cornúpeto, asomando la punta por el lado opuesto al en que entró, ó marca, sin asomar por completo, el lugar inmediato al en que ha quedado, en forma de un bulto.

Cuando la estocada, á más de ser baja, atraviesa los pulmones de la res, toma el nombre de golletazo.

Se llama envainada, cuando el estoque penetra por el tejido que cubre la piel, y sigue entre cuero y carne produciendo poco daño en la res,

* * *

Las estocadas en lo alto, y con buena dirección, producen la muerte con rapidez cuando cortan la médula espinal, cuando cogen la herradura, como las pasadas por pararse y aquellas en que se tiene la fortuna de descordar.

Las estocadas que seccionan la médula espinal, son seguramente de las de más efecto porque producen la muerte con la misma rapidez que cuando se las remata con la puntilla.

Esta clase de muerte resulta favorabilísima al lucimiento del matador, si ha tenido la fortuna de haberla precedido con una faena bonita.

El toro, si á mano viene, ha sido de cuidado, uno de esos que tienen al espectador con el alma en un hilo; de repente se aploma, el espada se acerca tanteándole y alegrándole sin que acuda. Entonces se perfila ante la cara, y el público tiene un momento de sobresalto que se trueca en ovación entusiasta, cuando la ciega fortuna, empujando la mano del matador, le hace acertar con una de esas estocadas que matan como el rayo, haciendo desplomarse al animal; pero estas estocadas suceden pocas veces

Cuando el estoque coge y parte lo que la gente del oficio llama la *herradura*, producen también la muerte con gran rapidez, aunque haya entrado únicamente la mitad de la hoja.

Esto ocurre, cuando el acero entra oblicuo y bajo en el pecho destrozando los pulmones ó el corazón, y produciendo una hemorragia interna, cuyo efecto hace que el toro se detenga de pronto, quede en pie con las fuerzas agotadas y sin arrojar sangre al exterior, tambaleándose como si estuviera atontado, y cayendo al fin sin que intervenga el puntillero, que no hace entonces otra cosa más, que acabar por completo con la agonía de la res.

Cuando la estocada, á más de honda está atravesada, se consigue acelerar la muerte de los cornúpetos, valiéndose de lo que los aficionados llaman *hacer la rueda*, que consiste en hacer dos ó tres peones que dé vueltas en sentido in-

verso á la direcci3n que tenga el estoque, con la celeridad posible y sin llegar á cansar al p3blico.

Las estocadas que se denominan pasadas por ejecutarse estando parado el matador hasta el momento en que el toro entre humillado en el centro de la suerte, en cuyo momento se mete el brazo en direcci3n vertical, se llevan á cabo introduciendo el estoque por la cruz y pasando los pulmones, lo que da lugar á que arroje sangre en abundancia por la boca, levantando la cabeza como buscando aire que le falta para respirar.

La estocada 3 pinchazo descordando es aquella 3 aquel que, se3alados en lo alto, cortan tendones de importancia 3 las v3rtebras cervicales, ya inutilizando al toro 3 haci3ndole caer instant3neamente.

Aunque muchas veces los p3blicos protestan de estas estocadas, debe tenerse en cuenta que son hijas de la casualidad, y suceden tal vez cuando el torero, menos se lo imagina.

A este prop3sito recordamos que en una corrida de becerros que organizaron, all3 por los a3os de 1860 á 61, en la plaza de Guadalajara varios aficionados de la localidad, uno de los individuos que actuaba de matador, al dar un pase, sali3 perseguido de cerca y achuchado por el becerro.

El pseudo-espada, al ver las intenciones del animalejo, sinti3se sobrecogido de un terror sin l3mites, y m3s que á correr empez3 á volar hacia la barrera, volvi3ndose de vez en cu3ndo y tirando una estocada al torete que apenas le hac3a detener un segundo, para proseguir luego su persecuci3n con m3s ímpetu.

Pero h3ete aqu3 que en uno de estos momentos, y al humillar el becerro viendo el bulto cerca, el aprendiz del *Chiclanero*, sin ver d3nde daba, acert3 á descordar.

Las carcajadas del público parecieron entonces clamoreo de muerte.

Ya hasta le pareció que el callejón no sería un sitio seguro para refugiarse, y saltando la valla y viendo entreabierta la puerta que daba acceso al exterior, tiró la muleta, el verduguillo, el sombrero ancho y la chaqueta, y redoblando la velocidad de su carrera, cruzó toda la población, con el cabello en desorden y, el pánico retratado en los ojos.

Los transeuntes le miraban pasar sin darse cuenta del espanto del mozo, hasta que al revolver una calle le detuvo un amigo, que le preguntó riendo á carcajadas:

—¿Dónde vas?

—¡Déjame, que viene el toro!—respondió el matador estremecido.

—¿Pero qué toro ni qué caracoles?

Entonces el perseguido miró tras de sí, y exclamó con la más viva sorpresa pintada en el rostro:

—¿Pues dónde está?

—Asado y esperando que le vayamos á comer.

—¡Ah! eso ya es otra cosa. ¿Y quién ha matado aquel elefante?

(El elefante era un utrero.)

—Tú.

—¿Yo?

Y dijo esto más sorprendido que D. Juan Tenorio cuando el Comendador le notifica

Que el capitán le mató
á la puerta de su casa.

Entonces el amigo le refirió el caso, pero el torero de afición, en vez de participar de la merienda, emigró de Guadalajara.

Las reses que caen por efecto de estocadas ó pinchazos de los referidos quedarían vivas, aunque sin poder servirse de sus remos en la mayor parte de las ocasiones, por cuya razón los puntilleros las rematan sin pérdida de tiempo.

Si la estocada fuera de muerte y tardara en surtir el efecto apetecido, hay varios medios para obtener que los toros doblen, debiendo recurrir á ellos inmediatamente para no hacer pesada la lidia y causar el aburrimiento del público.

Uno de estos medios es, cuando la estocada es honda, procurar sacarla del cuerpo de la res, enredando al puño un capote, ó si está el bicho recostado sobre los tableros puede efectuarse por un peón ú otro individuo cualquiera con la mano, un bastón, el palo de una banderilla ú otro objeto, para que una vez fuera haya mayor derrame y entrando el aire en la herida precipite la muerte.

Cuando la estocada es corta y está colocada en buen sitio, para que se ahonde, uno de los peones debe correr al toro por derecho con la lentitud posible, para que el trote que lleve sea duro y, en el caso de no arrancar se le dan nuevos pases por alto, procurando que la muleta ayude la acción del peso del estoque, y que el movimiento de la res lo facilite.

Si dentro ó fuera la espada se ve que la herida arroja sangre á borbotones, en tal caso se dan capotazos á derecha é izquierda alternativamente, para que con los movimientos que haga el bicho á uno y otro lado el derrame sea mayor y cause más pronto la muerte, y si esto no bastase, estando el toro lo suficientemente despegado de las tablas, entonces se procurará hacerle dar vueltas, porque con ellas á más de obtener el derrame en mayor escala por

la violencia del movimiento, se consigue que pierda fuerzas y se atonte, lo que le obligará á doblar con más prontitud.

De estos capotazos no debe abusarse, para evitar las protestas del público.

Cuando estando los toros heridos de muerte se aploman por completo teniendo abiertas las manos para conservar mejor el equilibrio ó buscan la querencia de las tablas, en las que apoyan los cuartos traseros para no doblar tan pronto, se les deja breves momentos sin molestarles, con el fin de ver si se acuestan.

Pero si transcurre el tiempo y por el vigor que es propio en esta clase de animales continúa en pie, el espada procurará incitarle con la muleta, metiéndola bien en la cara al objeto de conseguir que abandone el sitio en que se encuentra y le falte el punto de apoyo.

Ya agotados estos recursos y cuantos en el preciso momento puedan ocurrirse al espada, si el toro permanece quieto y en pie, entonces el diestro entrará de nuevo á matar en la forma que le marque el estado de la res y posición que ocupe, ó procurará que baje la cabeza y se descubra, dándole algunos muletazos por bajo ó bien pinchándole en el hocico con el pico de la muleta mejor que con la punta del estoque, á fin de proceder al descabello, última de las suertes que practica el matador y de la que nos ocuparemos oportunamente en el lugar que la corresponde.


Terminados estos preliminares, vamos á entrar de lleno en la explicación de las diferentes maneras conocidas que hay de matar toros, cuya nomenclatura es la siguiente:

- 1.^a *Suerte de recibir*, la primitiva del toreo.
- 2.^a *Suerte de vuelapiés ó volapié*, que fue la que se hizo precisa con los toros que se aplomaban y no hacían por los lidiadores.

- 3.^a *Suerte aguantando.*
- 4.^a *Suerte á un tiempo.*
- 5.^a *Suerte á paso de banderillas.*
- 6.^a *Suerte á la media vuelta.*
- 7.^a *Suerte encontrada.*
- 8.^a *Suerte á toro corrido.*

Cuyas suertes toman el nombre con que van designadas por la forma en que se practican, distintas todas y todas ajustadas á las diferentes condiciones que pueden presentar los toros en el último tercio de lidia, cosa muy digna de tenerse en consideración, puesto que de ajustarse ó no á ellas depende en gran parte el éxito de la suerte.

Conocidos los resabios que pueden llevar los cornúpetos á la muerte y sus muchas ó pocas facultades, si con la muleta se ha sabido corregirlos, las facultades que conserve la res le marcará, atendiendo también á las suyas, la mayor ó menor distancia á que debe colocarse, para una vez liada la muleta entrar á matar con decisión y lo más derecho que sea posible, no olvidando que los cuarteos muy pronunciados, además de ser feos y dar malísimos resultados, ponen de relieve que el diestro, ó tiene poca conciencia de lo que ejecuta ó tiene una buena dosis de entrañable apego á la existencia.



CAPÍTULO XXIII

La suerte de matar recibiendo.—Cómo la definieron D. Eugenio García Barañaga, Pedro Romero, Pepe-Hillo, Montes, Domínguez, Cayetano Sanz y Cara-ancha.

En los preliminares del capítulo referente á la suerte de matar, hemos consignado la antigüedad de ella, mencionando también que desde las postrimerías del siglo xiv, según se desprende de documentos y antecedentes que hemos registrado, los que lo ejecutaban hacíanlo con verdugillos de hoja de dos filos, y entrando á traición, luego de tapar á las reses la cara con los ferreruelos.

Hemos consignado, asimismo, que el primero que se lanzó por su cuenta y riesgo á estoquear toros frente á frente, descubriendo horizontes amplios para el arte, fué Francisco Romero, que se valía de un pedazo de tela sujeta á un palo corto para marcar la salida en el momento de estoquear, evitando la cabezada y colocándose en la rectitud del toro en espera de su acometida, sin mover los pies hasta que, partiendo el animal y siguiendo el engaño hacia el lado derecho, le hundía la espada en los rubios.

Esta manera de matar fué generalizándose en cuanto se vió que el arte de buscar y evitar el riesgo podía ennoblecer el oficio. De allí podían dimanar reglas que, aumentán-

dose después con el transcurso del tiempo, podían llegar á constituir el espectáculo brillante que tanto nos admira.

En todo, lo principal es el detalle. El señor Francisco Romero, matando toros con traje de velludillo y puños de encaje, desafiando el peligro á pie con pasmosa serenidad, borró del espíritu público poco á poco la imagen terrorífica del carnicero de grasiento delantal, cuello apoplético, mirada encendida, cerdoso pelo que llevaba en la fornida mano esa especie de gladio ó espada corta, conque figuramos á todos los ángeles exterminadores, aunque sean de los del gremio de carnes muertas.

La figura simpática y fría del matador sustituyó á la abigarrada del matarife. Eligiéronse trajes á propósito, se dió cierta organización á la fiesta, se empezaron á construir plazas, á las mujeres las empezaron á gustar las faenas de aquellos hombres y las peripecias de la lidia; volvieron á tomar parte los aristócratas en el fomento del espectáculo; creáronse escuelas tauromáquicas bajo el patronato de un rey que no hay para qué nombrar; se colocaron los atributos del arte bajo el pabellón de España, y empezaron á surgir de Ronda, de Sevilla, de toda Andalucía verdaderas pléyades de toreadores que se estimulaban, procurando llegar todos á la meta.

Los principales acaudalados andaluces tomaron á su cargo el obtener el mejoramiento, ó, mejor dicho, la perfección de las ganaderías con cruzamiento de razas, elección de pastos y cuanto contribuyera á mejorar las condiciones y bravura de las reses de lidia, y toda aquella rizada de entusiasmo y vigor, fluyendo sin cesar de la tierra baja, encauzándose á través de la nación entera, prevaleciendo sobre opiniones, luchas, disturbios, convulsiones sociales, cambios de tronos y dinastías, vino á caer con es-

trépito sobre este inmenso vertedero que se llama Madrid, centro acaparador de todas las cosas, que tomó la exclusiva en la fiesta nacional y se erigió en dictador.

Sucedió á la gran Metrópoli (lo decimos refiriéndonos á lo que será en el porvenir) lo que al pobre enano, que se creía Dios; porque había soñado que la creación del mundo era obra suya, y nada más que suya.

Poseía, eso sí, aquellos toros clásicos, aquellos magníficos toros que hacían exclamar tan deliciosamente á Moratín, padre:

No en las vegas del Jarama
pacieron la verde grama;
nunca animales tan fieros,
junto al puente que se llama
por sus peces, de Viveros,
como los que el mundo vió
ser lidiados aquel día,
y el júbilo que gozó
la popular alegría,
muchas heridas costó.

Había contado como puntos principales de sus fiestas, dos elementos: las pistas y los toros; pero los toros rejoyneados por caballeros de ilustre alcurnia, y cuya vista no ofrecía más variantes que el cite de los pajecillos y la habilidad del jinete clavando la cuchilla de á palmo, hasta que hiriendo al toro en la cerviz, lo hacía caer desplomado.

Pero el torero de á pie, el torero que hoy admiramos y conocemos, vino de allá, del territorio andaluz; porque por la abundancia y proximidad de ganaderías, tenía más facilidades para aprender y salir. Los madrileños recibieron á Pedro Romero, á *Pepe-Hillo*, á *Costillares* y á cuantos por entonces comenzaban á brillar, con los brazos abiertos.

Los títulos principales del Reino se disputaban la amistad de estos lidiadores, distinguiéndoles con su protección,

hasta el punto de que á *Pepe-Hillo*, en una gravísima cogida que tuvo en la plaza de Madrid, donde primeramente se le asistió fué en el palco de los duques de Osuna, á donde le subieron casi agonizante.

Don Nicolás Fernández Moratín, partidario acérrimo de la fiesta de toros, fué un entusiasta apologista de Pedro Romero; Goya, el inimitable pintor, dejó muchas veces dormir su valiente pincel sobre el caballete, así como don Ramón de la Cruz dejaba su pluma sobre el gráfico cuadro de costumbres para participar de un rato de charla con *Hillo*; manolas y duquesas se disputaban á arañazos los favores de sus ídolos, y el público se dividía en bandos por unos ú otros, y llegaba á los golpes con la mayor facilidad. En resumen, Madrid hizo sus hijos adoptivos á los toreros.

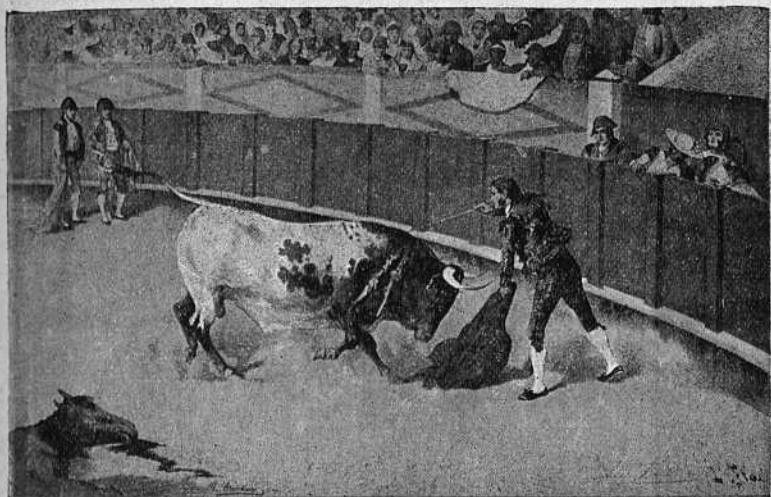
* * *

Queda, pues, sentado, volviendo á referirnos á la suerte de estoquear, que la primitiva fué la de recibir.

Acerca de ella, decía lo siguiente el distinguido escritor don Eugenio García Barañaga, en su libro, dando reglas para el toreo de á pie, escrito en 1750:

«Hay una suerte muy vistosa, aunque muy poco usada, que llamamos á la *ley*, que es cuando se hace con un lienzo blanco en vez de capa: sirve éste para burlar el toro, como para matarle; cuando se hace para matar al toro, se debe ejecutar de esta manera: estando de perfil llamará al toro, y sabido cuando quiere embestir, le aguardará á que ejecute el golpe, y corriendo con presteza la espada, le dará su estocada, ejecutando al instante un compás cuadrado á la derecha con dos pasos atrás.»

El famoso, y tantas veces mencionado, Pedro Romero, que seguramente á creer los testimonios de muchos que se



Pedro Romero en la suerte de recibir

han ocupado de la suerte de recibir, ha sido de los que mejor la practicaron, decía á sus discípulos de la escuela de Tauromaquia, de Sevilla, ocupándose de ella:

«El matador de toros debe presentarse al bicho enteramente tranquilo, teniendo la espada y la muleta en las manos. Una vez delante, no debe contar con sus pies, sino con la mano, y una vez el toro derecho, al arrancar debe parar aquellos, á fin de que se consienta y humille.»

Pepe-Hillo, en su *Arte de torear*, impreso en Cádiz en 1796, define la suerte de recibir, sin ocuparse de la colocación de los pies, del modo siguiente:

«Consiste esta suerte en situarse el diestro á la derecha, metido en el centro del toro, con la muleta en la mano izquierda, más ó menos recogida, pero siempre baja, y la espada en la otra, cuadrado el cuerpo y con el brazo reservado para meter á su tiempo la estocada; cita así al toro, y

luego que le parte llega á jurisdicción y humilla, al mismo tiempo que hace en el centro el quiebro de muleta mete la espada al toro, y consigue por este orden dar la estocada dentro y quedarse fuera al tiempo de la cabezada.»

Francisco Montes, por su parte, en el *Arte de torear*, explica la suerte en la forma que sigue:

«Para matar, pues, á un toro boyante, se situará el matador, después de haberlo pasado las veces que le haya parecido, en la rectitud del toro, á la distancia que le indiquen las piernas de él, con el brazo de la espada hacia igualmente á dicho terreno, y la mano de la espada delante del medio del pecho, formando el brazo y la espada una misma línea para dar más fuerza á la estocada, por lo cual el codo estará alto, y la punta de la espada mirando rectamente al sitio en que se quiere clavar. El brazo de la muleta, después de haberla cogido un poco sobre el palo en el extremo por donde está asido, lo que se hace con el doble objeto de reducir al toro al extremo de afuera, que es el desliado y de que no se pise, se pondrá del mismo modo que dijimos para el pase de pecho, en la cual situación, airosisima por sí, cita al toro para el lance fatal, lo deja llegar por su terreno á jurisdicción, y sin mover los pies, luego que esté bien humillado, meterá el brazo de la espada que hasta este tiempo estuvo reservado, lo cual marca la estocada dentro y á favor del quiebro de muleta se halla fuera cuando el toro tira la cabezada. Este modo de matar, que es el más usado y muy bonito, se llama á *toro recibido*.»

Montes, que escribió las anteriores líneas y que fué discípulo de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, y por tanto del célebre Romero, jamás practicó en debida forma la suerte de recibir, por sesgar la muleta en demasia y no cruzarla á tiempo, como lo manifiestan cuantas reseñas

hemos leído y pudieran atestiguar algunos de los aficionados que aún viven.

En cambio el *Chiclanero*, el discípulo predilecto de Montes, sin más que oír las advertencias que acerca del modo de coger la muleta y moverla en el preciso momento de marcar la salida para recibir, le hacía un célebre aficionado, de quien aún es posible que recuerde alguno de nuestros lectores, y el cual tenía establecimiento de cerería en la calle de Toledo; en cambio, decimos, el *Chiclanero* llegó á consumir la suerte con tal perfección, que el mismo Montes llegó á decir alguna vez:

«Yo no sé qué tiene este niño para traerse los toros á la punta del estoque y que se le maten solos tan á ley.»

Lo cual demuestra que dentro del toreo no hay mejor enseñanza que la que hemos dicho: la práctica.

¿Podrá decírsenos dónde sino en la práctica adquirieron sus primeros conocimientos la inmensa mayoría de los toreros, acudiendo á tomar parte en las novilladas que se celebran en los pueblos y hasta asistiendo á los mataderos?

Pero prosigamos.

Manuel Domínguez se explicaba así tratando de la suerte de recibir:

«Para matar á un toro recibiendo debe situarse el matador derecho y perfilado con la pala superior del cuerno derecho, teniendo cuidado de que el toro coloque las manos juntas y el cuerpo recto en el terreno conveniente, el brazo derecho con el estoque hacia el terreno de afuera y la mano del pecho formando con el arma una misma línea, de modo que la punta mire al sitio en que se quiera clavar; el brazo de la muleta, después de liada, se colocará como para el pase de pecho. En tal disposición citará á corta distancia, y cuando el toro tenga la cabeza levantada y pre-

parada, con el objeto de traerle por su terreno y luego que llegue á jurisdicción se hará el quiebro de muleta hacia la parte del terreno del toro, con lo cual debe quedar el matador fuera del embroque, y entonces es cuando debe aprovechar la ocasión de meter el brazo cuando el toro humille la cabeza, pero sin adelantar la suerte ni mover los pies.»

Cayetano Sanz, que en la suerte de recibir, si no mostró tanto valor como algunos de los citados, lo ejecutó con más arte, decía:

«Se llega el lidiador al terreno que le indiquen las facultades del toro en armonía con las propias, llevando la muleta plegada; una vez igualado el cornúpeto, se despliega el trapo rojo y se le pasa despegándole, según su bravura y condiciones, hasta ahormarle la cabeza, procurando que quede con pocas facultades. Entre los pases debe procurarse que no falte alguno ó algunos de pecho, para cerciorarse mejor si puede ó no ser recibido. Sabido esto, y una vez cuadrado el toro, se le desafía, engilando el cuerpo y adelantando al mismo tiempo la pierna izquierda; se le empapa en los vuelos de la muleta, se embraguetta un poco y se vacía, cruzando el brazo derecho sobre el izquierdo, resultando la estocada recibiendo en el momento en que el toro humille, sin perder el diestro su posición hasta dejar clavado el estoque, pasando inmediatamente de consumada la suerte á ocupar el terreno que antes tuviera el cornúpeto.»

Posteriormente á estos diestros, la hemos visto ejecutar á *Bocanegra* en una corrida con división de plaza celebrada en Madrid el 14 de Mayo de 1885, con un toro de la ganadería de *Surga*; á *Frascueto* y *Caraancho* en diferentes ocasiones con mejor ó peor éxito, y aun después á algunos

otros lidiadores, entre los que se cuenta, y con recta imparcialidad y espíritu de justicia hemos de consignarlo, el inspirador de esta TAUROMAQUIA.

Bocanegra y *Caraanca*, después de haber toreado convenientemente se han perfilado con el toro en la dirección del cuerno derecho, después de enmendar el terreno hasta la conveniente distancia, cuidando de que la res se encuentre cuadrada, y en tal situación han liado la muleta, acercándola al hocico de la res, avanzando al mismo tiempo que el brazo izquierdo para hacer el cite un poco la pierna izquierda, lo suficiente para que sirviera de punto de apoyo y cargar sobre ella el peso del cuerpo al clavar el estoque, en cuya posición, teniendo el brazo de la espada hacia el terreno de afuera y la mano que la sostenía delante del pecho y al llegar el toro á jurisdicción, han marcado la salida á favor del quiebro con la muleta sin mover los pies, metiendo el brazo al humillar el toro y consumando la suerte sin abandonar su posición.

El distinguido escritor Sr. Sánchez de Neira dice, por su parte que, siendo la suerte de recibir la de matar toros frente á frente y á pie quieto, hasta después de meter el brazo, en que el torero saldrá á colocarse en posición de dar frente al toro con la muleta desliada, debe practicarse ajustándose á las reglas que consigna en su *Tauromaquia* el célebre *Paquiro*, el Napoleón de los toreros, como le llamaban muchos de sus contemporáneos.

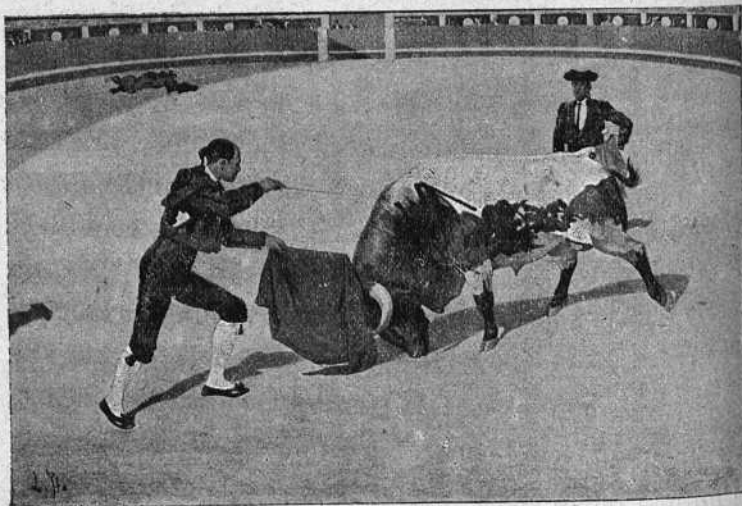
En una de sus obras, para dar una idea más exacta de lo que es la suerte, presenta una lámina en la que figura el toro arrancando, el espada parado y con los talones unidos, las puntas de los pies formando escuadra, el brazo de la muleta hacia el terreno de afuera y el derecho con el estoque introducido hasta la mitad.

Debajo de la lámina se lee: *Modo de recibir en el acto de la mitad de la consumación.*

De donde se desprende que, según su opinión, el diestro, una vez perfilado, citará únicamente con la muleta sin imprimir movimiento alguno á los pies hasta después de terminada la suerte.

Rafael Guerra, teniendo en cuenta lo que antecede y cuanto la práctica le ha enseñado en las veces que ha recibido toros, explica en los términos siguientes cómo debe practicarse la suerte de recibir.

«Se coloca el diestro perfilado convenientemente frente á la pala del pitón derecho, teniendo en la mano izquierda la muleta en posición natural, ó sea algo más alta de la cadera izquierda como si fuese á dar el pase derecho. Tendrá el brazo de la espada delante de la barba ó del pecho, según la estatura, con el codo más alto que la punta del estoque. Una vez en esa posición citará adelantando el pie



Guerrita en la suerte de recibir

y la mano izquierda. De este modo, sin mover ya los pies, esperará la acometida, marcará la salida natural con la muleta, y al humillar la res clavará el estoque.

También puede, una vez perfilado, echar el pie derecho hacia atrás en lugar de adelantar el izquierdo, y ya de este modo colocado meter la muleta en la cara del cornúpeto, y al acudir al cite y tomar la salida que se le marque, dar la estocada en el momento de la humillación sin mover los pies hasta consumir la suerte.»

*
* *

De las diferentes explicaciones que van transcritas sobre la suerte de recibir, se desprende en buena lógica que el lidiador, ya adelante ó retrase una pierna antes ó en el momento mismo del cite, ó ya las conserve unidas, teniendo juntos los talones y los pies formando escuadra, ó bien que, si hecho el cite adelantando la pierna izquierda vuelvo á juntarlas rápidamente enderezándose, debe permanecer inmóvil desde que la res parte acudiendo al desafío hasta que se ha dado la estocada, en cuyo caso pasará á ocupar el terreno que antes tuvo la res con más ó menos prontitud.

Y que en una ú otra disposición, más cerca ó más distanciado de la res, siempre que conserve la posición que tome en el momento de hacer el desafío ó cite hasta marcar la estocada, *se recibe*, resulte como resulte clavado el estoque, aunque en el encontronazo cambie de posición el torero.

Que no se recibe si se adelanta poco ó mucho la suerte ó se mueven los pies una vez hecho el cite.

Y, finalmente, que ha sido más general en cuantos han

practicado la suerte á que venimos refiriéndonos, la de adelantar la pierna izquierda poco ó mucho, de donde derivase la frase de meter el pie, para indicar que se ejecutó ó intentó el matar al toro recibiendo.

Como ya hemos indicado y volvemos á repetir, aunque se nos tache de pesados, el toreo se aprende y perfecciona más con la práctica que con las enseñanzas teóricas; de aquí que nada tiene de extraño que cada uno de los diestros que han dado reglas para la ejecución de cada una de las diferentes suertes, y muy especialmente en la de recibir, *la de matar toros frente á frente y á pie quieto*, en el terreno variasen en algunos detalles, ajustándose á sus propias facultades y á las del enemigo con que habían de practicarla por las diversas condiciones en que llegan á la muerte.

Hemos indicado también las variantes que en la suerte introducían Montes y José Redondo, refiriéndonos á cuanto de ellos han dicho los que les vieron matar toros recibiendo, entre los que figuran los señores Reguera y Sánchez de Néira.

Manuel Domínguez, hijo de su falta de facultades para imprimir al cuerpo ligeros movimientos, debido en parte á su corpulencia, y muy principalmente á la carencia del ojo derecho, se perfilaba un poco más á la derecha que los demás, efectuándolo sobre la pala del cuerno del lado derecho, y muy próximo, casi en el terreno de los toros, para que los bichos, en el momento de acudir al desafío, tomasen la salida y no pudieran rehacerse en el terreno en que se sentían heridos buscando el bulto del espada, puesto que les es más difícil hacerlo que cuando ya llevan más carrera. Esto, pues, le daba tiempo á mejorar el terreno con facilidad, y á prepararse de nuevo si el bicho, he-

rido ó no, al perder de la cara los vuelos de la muleta, se revuelve en busca del cuerpo del lidiador.

Cayetano Sanz tenía poca seguridad en el momento de meter el brazo, y á veces sobra de indecisión para ejecutarla, pero cuando se decidía en la colocación y cite, tenía mucha más elegancia y arte que la generalidad de todos sus contemporáneos.

Boca, Frascuelo y Caraancha, han sido bastante desiguales en la práctica de la suerte de recibir, y los dos últimos, que á veces han esperado bastante la acometida de los toros, en otras han tenido poca paciencia para aguardar, y ó bien se han salido del terreno para volver á tomarlos de muleta, ó bien se han arrancado á dar la muerte.

En ocasiones han embarullado la suerte, desluciéndola por querer mejorar el terreno en el momento de partir la res tras los vuelos de la muleta en cuanto han iniciado el desafío.

Lo que antecede no quiere decir que no hayan en ocasiones efectuado la suerte con bastante lucimiento, siendo más generales en ella *Boca y Caraancha*.

Antes de entrar ahora en las particularidades de la suerte y la forma en que ha de verificarse con cada una de las clases de toros, hemos de decir que, si respecto á la posición que ha de tener el diestro hay alguna discrepancia, tampoco deja de haberla en lo que se refiere al cite.

Pedro Romero y *Pepe-Hillo*, según algunas crónicas que hemos leído, colocados en la rectitud de los toros y preparados ya á la suerte, lo citaban.

Montes adelantaba el pie izquierdo á la vez que desafiaba con la muleta, y en esta posición recibía á los toros.

El *Chiclanero* citaba á un tiempo con el pie y la muleta,

pero una vez hecho el cite juntaba rápidamente los pies, y enderezándose con mucha elegancia, recibía los toros.

Cayetano Sanz adelantaba un poco la pierna izquierda, sin separarla mucho de la derecha, y después, adornándose y con mucho garbo, procedía al desafío.



CAPITULO XXIV

Modo de ejecutar la suerte de recibir con los toros boyantes.—Con los toros revoltosos.—Con los que se clien ó ganan terreno.—Con los de sentido.—Con los abantos.

Transcritas ya las diferentes definiciones que sobre la suerte de recibir han dado diversos diestros de los que la han puesto en práctica con mayor aceptación por parte del público y de los buenos aficionados, definiciones todas ajustadas á las propias facultades, hemos de decir, antes de entrar á indicar las variantes que debe introducir el espada en ella con arreglo á las condiciones de los toros con que han de ejecutarlas, que la definición dada por Rafael Guerra es la más viable de todas.

Las razones saltan á la vista con sólo fijarse un poco en las palabras empleadas por el diestro, para definir la manera cómo debe llevarse á cabo.

La colocación del diestro perfilándose con la pala del pitón derecho, permite á éste mayor desenvoltura para con la muleta marcar la salida de la res, despegándola lo necesario, adaptándose á la condición en que haya llegado la res al último tercio.

Tener la muleta en la posición natural, ó sea algo más alta de la cadera izquierda, lleva por objeto el que el bicho

consERVE levantada la cabeza y estar en disposición si el toro se arranca de pronto y antes de que el diestro desafie, para echarle fuera por medio del pase de pecho, ó en caso de estar ya en disposición, aguantarle y darle la estocada.

El adelantamiento de la pierna izquierda, sin exageración ó retraso de la pierna derecha son necesarios, porque tiene el espada punto de apoyo para resistir el empuje del toro en el momento de la embestida y cargar el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda en el encontronazo ó sea el instante en que introduce el estoque, apoyo que no puede tener con los pies unidos, como tampoco puede tener el empuje que en la forma que prescribe *Guerrita*, y esto es de sentido común.

De aquí que muchos diestros que se han ajustado á las reglas dictadas por los que prescriben, que son pocos, que el lidiador conserve unidos los talones, hayan salido atropellados de la suerte y despedidos del terreno por la violencia necesaria que imprime la acometida de la res sobre el brazo en que tiene el estoque al introducir éste en el cuerpo del toro, faltándole, como tiene que faltarle, el punto de apoyo preciso para contrarrestar en algo el empuje siempre poderoso de los toros.

La posición indicada, además, tiene la ventaja de que, una vez consumada la suerte, le basta al diestro un pequeño movimiento para ocupar con rapidez el terreno que antes ocupara el toro, y estar dispuesto á tomarle con la muleta al revolverse con más ó menos prontitud en busca del bulto que acaba de perder de la vista.

La ejecución de la suerte, tal como queda definida, se refiere á los toros bravos y boyantes que acuden por su terreno, más bien fuera que dentro, y á los que ha de tener cuidado el lidiador de traérselos en los vuelos de la mule-

ta hacia el cuerpo, puesto que si no, como se embeben en la parte de muleta que presenta mayor volumen, que es la del pico, se desvían no poco en el centro de la suerte y no puede el torero dominarlos bien ni darles la estocada dentro, y de hacerlo, por más que el diestro pretenda enmendarlo, el estoque, por necesidad, ha de quedar atravesado en el cuerpo del cornúpeto.

Esto, pues, hace preciso el marcarles la salida lo más próximo posible al cuerpo para que entren ceñidos, pasando muy próximos en el momento de la humillación al muslo derecho ó cuerpo del lidiador, á fin de que la suerte quede mejor hecha y con muchísimo más lucimiento para el que la practica y da pruebas de más tranquilidad y conciencia para dominar el peligro que indispensablemente existe en cuantas suertes se ejecutan con los toros.

Pepe-Hillo y *Montes*, en sus obras de *Tauromaquia*, vienen á decir lo propio que *Guerrita* con esta clase de toros, á los que se mata recibiendo con más facilidad que á los demás, y mayor efecto para el que presencia la suerte.

A los toros revoltosos se les puede matar recibiendo, siempre tenga cuidado el espada de dejarles todas las facultades y marcarles un viaje más largo á la salida de cada pase, sin abusar de la muleta.

Montes, al ocuparse de esta clase de toros, dice que es muy bonito pasarlos muchas veces seguidas, alternando con el pase natural ó regular el de pecho, y en uno de éstos darles la estocada; todo lo cual, ejecutado con mucha prontitud como es necesario, por la rapidez con que se vuelven, constituye la suerte más bonita de matar, pues aun teniendo ya dada la estocada, se les sigue trasteando con la muleta hasta que caen.

Esto mismo añade *Montes* en su *Tauromaquia*, aunque

puede hacerse con otros toros en teniendo habilidad para recogerlos y que queden preparados para segunda suerte, nunca es tan completo con los revoltosos, porque éstos, en virtud de su índole particular, se prestan para este modo de suerte de una manera muy ventajosa para el matador, pudiendo reputarlos desde luego como los mejores.

Esta manera de practicar la suerte que indica el célebre torero, pueden ejecutarla bien los toreros que tengan grandes facultades y mucha habilidad en el manejo de la muleta, especialmente en los pases de pecho, puesto que la mucha rapidez de los toros la requiere mayor en el torero, al que de faltar las condiciones indicadas, le resultaría la ejecución muy embarullada, á más de expuesta en demasía á un percance, por no dar tiempo á reponerse de un pase á otro, y más en el que ha de indicar para dar la estocada.

* * *

Los toros que se ciñen ó cortan el terreno, siempre que no hagan en demasía, son también buenos para matarlos en la suerte de recibir, y se les puede estoquear con lucimiento dejándoles facultades.

El ceñirse es, como hemos dicho antes, conveniente y favorable para el efecto, y rematarán la suerte con más lucimiento para el espada cuantas más facultades tengan.

Para hacerles el desafío no debe acortárseles mucho el engaño ni marcarles, como á los boyantes, el viaje hacia el centro, porque ellos lo buscan por su natural instinto, y si se inclinan á él desde los primeros pases que dé el espada, como en cada uno de los sucesivos ha de buscarlo, más pudiera, en el momento de consumarse la suerte, embrocar al diestro.